



AVISO LEGAL

Título: *Perfil del Brasil contemporáneo*

Autores: Contreras, Mario; Faria, José Eduardo; Lamounier, Bolívar; Guilherme Mota, Carlos; Ribeiro, Darcy; Singer, Paul; Almino de Souza, João

Colaborador: López Portillo Tostado, Felicitas; Serna, Juan Manuel de la; Borges, Zoraida (traductores)

ISBN: 968-36-0066-2

Forma sugerida de citar: Contreras, M., Faria, J. E., Lamounier, B. et al. (1987). *Perfil del Brasil contemporáneo*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

- © Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC-BY-NC-SA 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

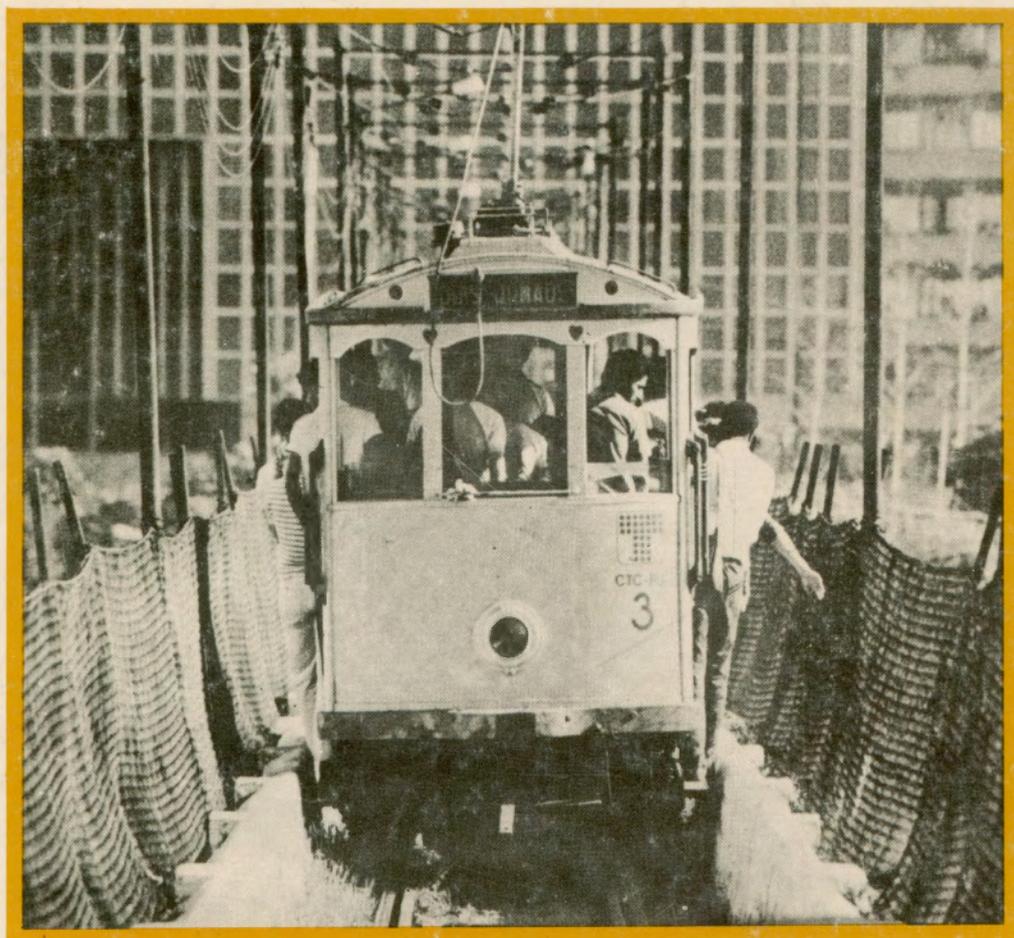
Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

PERFIL DEL BRASIL CONTEMPORÁNEO



16

NUESTRA AMERICA

centro coordinador y difusor de estudios latinoamericanos

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

PERFIL DEL BRASIL CONTEMPORÁNEO

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR
DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

PERFIL DEL BRASIL CONTEMPORÁNEO

MARIO CONTRERAS. JOSÉ EDUARDO FARIA. BOLÍVAR LAMOUNIER.
CARLOS GUILHERME MOTA. DARCY RIBEIRO. PAUL SINGER. JOÃO
ALMINO DE SOUZA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 1987

Primera edición: 1987

**DR © 1987, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.**

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN 968-36-0066-2

PRÓLOGO

En América Latina lo maravilloso es una categoría de lo real. Las sorprendentes coincidencias que descubrimos entre lejanos puntos de nuestro continente, aislados por el desconocimiento, siempre nos maravillan dentro del asombro que nos causa el descubrir que la reflexión, o la creación, se escapan del silencioso camino de la dependencia, como si tuvieran origen en el mundo fantástico de nuestros propios deseos.

Tal es el caso de este volumen, en el que sus autores coinciden, desde diferentes puntos de vista, en un debate de alto nivel teórico, sobre el papel de la democracia, del estado y de la participación política en un Brasil que se transforma, en este libro, en un pequeño laboratorio donde se ensayan cuestiones fundamentales para la vida latinoamericana: proyectos que se clausuran, conceptos básicos de la vida política que se aclaran, futuro que no se deja entrever.

La unidad evidente que posee este libro colectivo no se debe a un tema común que intencionalmente hubiésemos propuesto a sus autores, sino a la preponderancia que tiene, para las ciencias sociales de nuestro continente, la actual coyuntura política. Si en un extremo nos maravilla la coincidencia en la reflexión, debemos reconocer que eso se debe en su mayor parte, a que en el otro extremo, el de la realidad concreta, la homogeneidad impuesta por el colonialismo, es la base común que nos permite hablar de todos nosotros cuando hablamos de nosotros mismos.

Los autores, profesores e investigadores sobre temas brasileños en las áreas de la historia, la sociología, la antropología y el derecho, son, con la excepción de Mario Contreras, brasileños dedicados en su propio país al análisis del Brasil contemporáneo. De ahí el signo de actualidad que preside su lectura.

El ensayo de Contreras, catedrático de Historia del Brasil de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México es el único que se aparta de la atracción ejercida por el momento actual brasileño. Su atención se mueve hacia un tema

que le ha tomado algunos años de apasionante y fructífera investigación: la relación entre el nacional-socialismo alemán y el régimen de Getulio Vargas, sobre todo en el período que va de 1934 a 1942. Además de la profusión documental de su trabajo, que nos proyecta una cantidad inmensa de posibilidades de investigaciones futuras, su análisis nos conduce a perfilar dos aspectos centrales. El primero tiene que ver con la manipulación política e ideológica de la dictadura, posterior a la Revolución de 1930, que revela el surgimiento de una práctica política en lo que se refiere al manejo de la disidencia, de una gran complejidad y siniestra eficacia. Por detrás, como un personaje dramático y al mismo tiempo escenario de lo que analiza Contreras, el modelo populista brasileño. El segundo aspecto tiene que ver con un dato casi siempre descuidado en las historias contemporáneas, el papel de nuestros países en los planes hegemónicos de las potencias centrales. El nazismo cifró en Brasil, pretextando los grandes contingentes de la inmigración alemana, sus pretensiones expansionistas y proyectaba, por lo tanto, una necesaria ocupación en aquellas latitudes, "una vez ganada la guerra". La leyenda casi mítica de la riqueza americana, imagen publicitaria creada por las necesidades políticas de respaldar el descubrimiento y la conquista por potencias ya caducas, resurge en pleno siglo XX en los delirios imperiales del estado alemán.

José Eduardo Faria, profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de São Paulo, editorialista político, abre con su artículo, "Autoritarismo y liberalización: el discurso político en Brasil", la serie de interrogantes sobre la contemporaneidad política del Brasil que preocupa a los demás autores. Para él el concepto de democracia es un *topos*, una fórmula de búsqueda permanentemente abierta e indeterminada. En este terreno difuso, las instancias de poder en crisis buscan un nuevo equilibrio que dé legitimidad a un nuevo pacto de dominación que actúe también sobre un nuevo punto de gravedad. Pero ¿cómo lograrlo al margen de las demandas reivindicativas de los grandes grupos de oprimidos? Ni el conformismo tradicional de las clases medias en progresiva proletarización es un muro de contención confiable, ni los fusiles, recuerda, sustituyen para siempre la política. Ante esto lo que se abre es una gran interrogante sobre los rasgos futuros de la sociedad brasileña, sobre la cual ningún rasgo presente parece alentador.

Bolívar Lamounier es profesor de Ciencias Políticas de la Pontificia Universidad Católica de São Paulo, ex-investigador del CEBRAP

y actual Director del IDESP. Tomando como campo de observación el caso del voto urbano en São Paulo, desde 1974, en los comienzos de la "apertura política", Lamounier se pregunta sobre las motivaciones profundas que llevan a la población de aquella ciudad a votar masivamente por la oposición. ¿Es éste un voto "ideológico" en el sentido amplio y profundo de la palabra? ¿Por qué la participación en las campañas electorales, tan reducida, se desmiente en las urnas? La importancia de este ensayo crece en la medida en que el arriba mencionado proceso de "apertura" se alarga hacia otro período de elecciones indirectas. Si los procesos electorales democráticos son reabiertos dentro de la dictadura militar como necesidad de legitimización, no por eso, o con eso, obtiene el régimen un instrumento de control político.

Carlos Guilherme Mota, profesor de Historia de la Universidad de São Paulo y autor de un libro clásico de la historiografía brasileña contemporánea, *Ideología da cultura brasileira*, aborda en este libro un tema correlato al de su mencionada obra: los intelectuales y el poder, concentrado aún más el clima de este volumen en torno a los procesos actuales que se efectúan en el seno de una sociedad en busca de su expresión como lo es la brasileña. Superados los esquematismos culturalistas de los años treinta, la *intelligentsia* brasileña, consciente de la carga de autoritarismo y desmovilización (para emplear un término al que Mota es especialmente afecto), que entrañaba la despolitización implícita en sus políticas culturales oficiales, toma conciencia de su compromiso y de su relación con un estado crecientemente centralista. El auge de esta política que alcanza "un modelo burocrático de exclusión estatal", a partir de 1964, se da en la censura periodística y en la exclusión de los cuadros universitarios de gran parte de su inteligencia más activa. La mayor parte de la actividad crítica de estos años surge, pues, fuera de los causes previstos por el estado.

En el proceso de la toma de conciencia de la sociedad civil, de la Orden de los Abogados, de los sindicatos independientes, de la Iglesia, participan los miembros de la *intelligentsia* disidente, reagrupa^d bajo un nuevo signo de relación con el poder estatal. Tal vez, concluye Mota, este sea el camino de una cultura popular y de resistencia.

La obra de Darcy Ribeiro rebasa las fronteras brasileñas. Antropólogo, ensayista, novelista, político, creador del mejor proyecto de educación superior que tuvo el Brasil, de él podemos decir que ha realizado dos obras simultáneas: su producción intelectual y su vida, símbolo de resistencia y lucidez.

Visionario y desenfadado, Darcy se dedica en este ensayo a corroborar la posibilidad, soñada por el hombre del siglo XVI, de que esta América aún pueda realizar el sueño utópico. Repasa, desde ese punto de vista, la potencialidad edénica de estos parajes, oculta no sólo por la opresión, sino por la misma visión enajenada y eurocentrista de sus habitantes.

Paulo Singer es uno de los más destacados y productivos investigadores del Centro Brasileño de Análisis y Planeación, el CEBRAP, autor de libros fundamentales sobre desarrollo y urbanismo.

En este ensayo, "Interpretación del Brasil una experiencia histórica de desarrollo", creo no equivocarme al afirmar que se le ofrece al lector latinoamericano uno de los más serios y brillantes análisis de las transformaciones económicas en el Brasil del siglo XX. Después de dividir en etapas los ciclos de producción agrícola e industrial, busca, con un conocimiento admirable de una gran cantidad de casos ejemplares, la repercusión de estos cambios en la estructura social del país. "Se trata —dice— en última instancia, de un desarrollo desigual y combinado, en que las nuevas formas de combinación con el capital multinacional generan nuevas formas de desigualdad."

João Almino de Souza, quien se dedica, sobre todo, a la reflexión sobre el poder de Brasil (*Os democratas autoritários*, Editora Brasiliense, 1980), es actualmente consejero cultural de la embajada del Brasil en México y profesor de Filosofía del Brasil en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Discípulo de Castoriades, ha sido capaz de aplicar, con pertinencia y brillantez, una serie de nuevos conceptos a la reflexión sobre los fundamentos de la vida política en Brasil. El resultado constituye una revelación, original y aguda, de los mecanismos profundos sobre los que se desliza el complejo aparato político brasileño. En este artículo expone el proceso de democratización, desde 1946, en Brasil. Precisamente recompone el papel de la ideología, del quehacer político y del sujeto de la construcción de un proyecto "democrático" para el Brasil, que a su vez representan las bases, no sólo de nuestras actuales estructuras de poder, sino de las ficciones sobre las que actúan gobernantes y gobernados.

Esperamos que este volumen cumpla con el fin de divulgación y estudio para el que fue diseñado, y que sirva de aproximación a esa gran área del conocimiento latinoamericano que es el Brasil.

Valquiria Wey

EL BRASIL COMO META HISTÓRICA DE LA ALEMANIA NAZI

MARIO CONTRERAS

I

En plática con Hermann Rauschning y otros invitados, Hitler externó su pensamiento donde, con suma claridad, estableció líneas teóricas y de acción para que la Alemania nazi se preocupara por Sudamérica y de manera muy especial por el Brasil. Sobre el Brasil dijo: “Aquí debemos crear una nueva Alemania. Aquí tenemos todo lo que necesitamos”. Es indudable que estas expresiones revelan para los latinoamericanos el pensamiento tradicional europeo que tiene su punto de partida en el descubrimiento, conquista y colonización y sigue su ritmo con los diferentes imperialismos que culminan en el siglo XX. Nuestras tierras, aún actualmente, son tierras de conquista, tierras de reparto, de división entre potencias mundiales y con ellas, la mayoría de su población es vista de manera despectiva y en el momento hitleriano como seres inferiores a los que —en referencia a México— les hacía falta un gobierno fuerte “que impusiera el orden” y “substituyera los estados mestizos corruptos”, para crear así un “dominio alemán”. Hitler invoca derechos por el antecedente histórico de los Fugger y los Welser. Sabe que en el Brasil se necesitan capitales y “espíritu de acción” y él agrega que junto con éstos habría que incluir un “tercer elemento”: la cosmovisión (*Weltanschauung*) nazi.¹

En el mes de julio de 1933 los lectores alemanes se enteraron de que “Brasil es el país más rico del mundo que tiene no sólo, como la mayoría de los países sudamericanos, cereales, maíz y ganado, sino también frutas de toda especie, tiene cacao y sobre todo café, sufi-

¹ Esta plática tuvo lugar a principio del verano de 1933. Hermann Rauschning, *Gespräche mit Hitler*, 2a ed., Wien, Europaverlag-AG, 1973, p. 61-62.

ciente para cubrir la demanda de todo el mundo, tiene también carbón y hierro, maderas de todo tipo, caucho y petróleo. . . Brasil tiene de todo demasiado".²

Desde luego esto se conocía con anterioridad. Durante la Primera República ". . . los principales grupos financieros alemanes penetraron en el país a través de la firma exportadora Theodor Willie y Cía.",³ así como otros grupos que aprovecharon ventajosamente la riqueza mencionada del Brasil. En la década de los 30, Brasil ocupa un importante lugar como exportador de algodón para Alemania.⁴ ". . . Ya en 1934 el valor de la producción algodonera (precios pagados al productor) correspondía al 50% del valor de la producción cafetalera, mientras que en 1929 aquella relación había sido menor del 10%".⁵ En este sentido la economía brasileña se beneficiaba al tener un producto alternativo al café y Alemania cubría sus necesidades básicas de consumo de algodón. Para 1935 Alemania se convierte en el mayor consumidor del algodón brasileño al importar casi el 60% de la producción.⁶ De hecho, la importación alemana de materias primas ". . . pasó del 1.6 al 3.9%. . ." ⁷

Cuando a partir de mayo de 1938 las relaciones entre el Brasil y Alemania se pusieron tensas, debido al pretendido *Putsch* de la Acción Integralista Brasileña (AIB) y a que el embajador alemán Ritter fue declarado persona *non grata*, hubo necesidad de recurrir al expediente de la realidad de las relaciones económicas antes de tomar, por parte de Alemania, alguna otra medida drástica en el momento. El diplomático Clodius reportó en octubre de 1938: "El

² Auswartiges Amt. Abteilung III (en adelante AA Abt. III) Akten betreffend: *Innere Politik, Parlaments- u. Parteiwesen Brasiliens. Vom 1. Januar 1933 bis 21.4. 1936*, Band 8 (Politik 5 Brasiliens); "Berliner Börsen-Zeitung", 6 de julio de 1933. Esta documentación se localiza en el Archivo Político del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Federal de Alemania.

³ Boris Fausto, "A revolução de 1930" en Brasil em perspectiva, prefacio de João Cruz Costa, organización e introducción: Carlos Guilherme Mota. 4a. ed., São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1973, (Corpo e Alma do Brasil/Temas político-económicos, XXIII) p. 230.

⁴ Lourdes Sola, "O golpe de 37 e O Estado Novo" en *Ibid.*, p. 270; Gabriel Cohn, "Problemas de industrialização no século XX" en *Ibid.*, p. 298; Nelson Werneck Sodré, *Formação histórica do Brasil*, 4a ed., São Paulo, Editora Brasiliense, 1967, X-419, p. 322.

⁵ Celso Furtado, *Formación económica del Brasil*, trad. de Demetrio Aguilera Mata, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, (Sección Obras de Economía), p. 203.

⁶ Sodré, *op. cit.*, p. 322.

⁷ Friedrich Katz, "Algunos rasgos esenciales de la política del imperialismo alemán en América Latina de 1898 a 1941" en *Hitler sobre América latina. El fascismo alemán en Latinoamérica 1933-1943*, México, Editorial Fondo de Cultura Popular, 1968, p. 24.

director del Ministerio, Schlotterer, me comunicó hoy que en el Ministerio de Economía del *Reich* existirían serias interrogantes debido al desarrollo de nuestras relaciones con Brasil. Desde el punto de vista económico Brasil sería para nosotros, por encima de todo, el país más importante de América del Sur. Además, con la escasez de divisas seguiría aumentando su importancia de manera constante. Como ejemplo *Herr* Schlotterer mencionó que el territorio de los Sudestes tendría necesidad de por lo menos 80 000 toneladas de algodón por año. . . Como proveedor sólo podemos tomar en cuenta al Brasil ya que es difícil aumentar nuestras compras con los Estados Unidos de América, el segundo gran proveedor, por la escasez de divisas.

Por este estado de cosas en el Ministerio de Economía del *Reich* se considera procurar que las relaciones políticas no se agraven y de esta manera se deterioren las relaciones político-económicas”.⁸

En julio de 1940, el embajador alemán Prüfer manifiesta las dificultades que hay para llegar a un acuerdo comercial (producción alemana contra materias primas brasileñas) debido, entre otras cosas, a los difíciles problemas de financiamiento y crédito en el Brasil⁹ aun cuando desde 1938 la compañía Krupp ha vendido armas y vehículos para el ejército brasileño.¹⁰

⁸ *Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik 1918-1945. Aus dem Archiv des Deutschen Auswärtigen Amtes.* (en adelante ADAP Serie D), 13 v., 1950-1970, v. V Documento No. (en adelante D-) 629, p. 735-736. Estos documentos de la época nazi han sido seleccionados por los aliados para su publicación. Se dividieron en tres series como sigue:

Serie C de 1933 a 1937.

Serie D de 1937 a 1941.

Serie E de 1941 a 1945.

Las series A y B corresponden al período comprendido entre 1870 y 1933.

⁹ ADAP Serie D v. X D-118, p. 109.

¹⁰ ADAP Serie D v. XII.2 D-612, p. 827-829, v. XIII.1 D-93, p. 101-102. Sobre la venta de armamento un historiador norteamericano nos dice: “Los años de 1938 a 1940 se distinguen por la estrecha y creciente cooperación entre los militares alemanes y brasileños. Una comisión de compras del ejército (brasileño) se embarcó para Alemania para supervisar e inspeccionar los 60 millones (de dólares) en armas — la mayoría cañones antiaéreos —, municiones y equipo pedido en 1939 (esta comisión permanecería en las instalaciones de la Krupp en Essen hasta diciembre de 1941). A principios de 1939, oficiales de la Fuerza Aérea Brasileña fueron invitados al Tercer *Reich* para visitar fábricas de aviones donde tuvieron como anfitrión al Mariscal de Campo Hermann von Göring. Para el año siguiente estaba programada la visita de Góes Monteiro a Alemania para observar maniobras del ejército pero el viaje fue demorado y al final, abandonado. Góes Monteiro fue a Washington no a Berlín”. Cfr. Tams. Lewis A., “Five times against the system: brazilian foreign military expeditions and their effect on national politics” en Henry H. Keith, y Robert A. Hayes (eds.), *Perspectives on Armed Politics in Brazil*, Tempe, Center for Latin American Studies, Arizona State University, 1976, p. 189-190.

Brasil, no es sólo el lugar de abastecimiento de ciertas materias primas y productos alimenticios para Alemania, sino un importante y prometedor mercado de consumo para la producción industrial alemana, básicamente la dedicada a la industria de guerra. Con el objetivo político de ganar al Brasil para la causa nazi se le ofrece aumentar el intercambio de productos, "tan pronto la guerra termine" de 170 (en 1938) a 300 millones de *Reichsmark* (en 1940).¹¹ Asimismo se contribuiría con una inversión de 70 millones de *Reichsmark* para la construcción de la usina de acero, proposición demasiado tardía porque en octubre de ese mismo año Brasil aceptó la oferta de los Estados Unidos:¹² "En mayo de 1940, Vargas informaba al Departamento de Estado americano que la Krupp, firma alemana, se disponía a construir la usina. Summer Wells, subsecretario de gobierno de los E.U.A. estaba convencido —lo declaró expresamente— de que la dependencia militar del Brasil en relación a Alemania se consumaría definitivamente si intervenía la Krupp. En septiembre de 1940, el gobierno brasileño recibía de los E.U.A. la oferta que deseaba: los préstamos de veinte millones de dólares..."¹³ Estos hechos señalan ya hacia qué lado se inclinaría el Brasil en el conflicto mundial.

II

Volviendo a 1934 y al elemento irruptor de la cosmovisión nazi, Hitler está seguro que en poco tiempo se podrá activar en América del Sur la lucha contra el juego democrático y para ello piensa que no hay nada mejor que la juventud alemana que "debe aprender a colonizar"¹⁴ y a través de esta colonización sentar ejemplo de buena administración y gobierno. En Brasil la colonización alemana es muy antigua y a la vez muy ambigua.

A partir de 1933, por un lado estarán los alemanes del *Reich* y por otro los alemanes del *Reich* "desnacionalizados", por llamarlos de alguna manera, es decir, judíos, comunistas, socialistas, socialdemócratas, etcétera, a los que políticamente se les despojó de su nacionalidad, pero todos, como quiera que sea, alemanes. Y estos ale-

¹¹ ADAP Serie D, v. X D-145, p. 146-147; v. IX D-498, p. 521-522. Las frases "tan pronto la guerra termine", y "al final de la guerra", son reiterativas en toda la documentación.

¹² ADAP Serie D, v. X D-145, p. 146-147 (ver nota 11 en p. 147).

¹³ Sola, *op. cit.*, p. 275.

¹⁴ Rauschnig, *op. cit.*, p. 62.

manes traerán junto con su tradicional bagaje cultural su cosmovisión diferente, así como sus opiniones y reyertas políticas y las plantarán en suelo brasileño. La lucha entre ellos estará a favor o en contra el fascismo. Y es claro que a los “desnacionalizados” se les unirán muchos alemanes del *Reich* como miembros del clero, órdenes religiosas, intelectuales, comerciantes, etcétera. Los alemanes del *Reich*, nazis a su vez, contarán con el apoyo de la Organización para el Extranjero (*Auslandsorganisation*), del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán (NSDAP), del Frente Obrero Alemán (*Deutsche Arbeitsfront*), de representantes religiosos y de otras agrupaciones alemanas manejadas desde el *Reich*, así como con muchos descendientes de alemanes en el extranjero (*Volksdeutsche*) — como los miembros del grupo “25 de julio” — y seguidores brasileños como los miembros del grupo fascista Acción Integralista Brasileña, miembros del gobierno, de las fuerzas armadas y ocupaciones en que se mueve la sociedad brasileña. Luego, la situación de los alemanes en Brasil, como la de todo grupo nacional extranjero, fue complicada y Hitler no pudo prever que fuera de otra manera.

En Brasil la cultura alemana y sus tradiciones se conservaron, pero el impacto de la cultura brasileña fue tal que en momentos de decisión precisos — como en los momentos coyunturales de 1938 y 1942, pese a la llamada Quinta Columna, al control fascista ejercido sobre la población alemana o de origen alemán — predominó y se impuso el nacionalismo brasileño.

Refiriéndose Hitler al modo de convertir en realidad la idea de la creación de un dominio alemán dice: “Necesitamos dos movimientos en el extranjero, uno leal y otro revolucionario. . . No desembarcaremos como las tropas de Guillermo El Conquistador para con las armas en la mano sojuzgar al Brasil. Las armas que tenemos son invisibles. Nuestros conquistadores tienen una empresa más difícil que la de los antepasados, por eso sus armas son más complicadas”.¹⁵

Los diplomáticos alemanes acreditados en el Brasil así como los representantes de la Cámara de Comercio Alemana y desde luego los representantes de las diferentes organizaciones políticas del Estado nazi alemán observaron cuidadosamente — a veces con mucha simpatía, en ocasiones con simpatía mezclada con temor o escepticismo, o a veces con verdadera desconfianza, y en otras con franco desprecio — la evolución de personas, grupos e instituciones dentro

¹⁵ *Ibid.*

del concierto político, social, económico y cultural del Brasil. Especial objeto de estudio fueron los movimientos de personalidades políticas y militares, con claras tendencias autoritarias y/o fascistas y de grupos decididamente admiradores y seguidores del fascismo europeo como la Acción Integralista Brasileña. Por ejemplo, en un reporte político, fechado el 5 de enero de 1933, el representante diplomático alemán en Río dice: "En la tan llamada 'legítima' esfera revolucionaria, entre los tenientes, reunidos en el Club 'Tres de Octubre', se toma rumbo cada vez más claro hacia un socialismo de estado con tendencia fascista. El poder central debe fortificarse y cimentarse la unidad y el sentimiento nacional brasileño, a como de lugar".¹⁶ Reportando el resultado de las elecciones de 1933 para la Asamblea Nacional señala: ". . . se dice que el general (Góes Monteiro), el antiguo comandante de las tropas de Río contra São Paulo (en la guerra de 1932) tiene en mente crear un régimen fascista en el Brasil, en unión con los *tenentes*. . . Ya se había reportado antes que se propaga aquí la ideología fascista, especialmente en los círculos de los jóvenes militares y en el 'Club 3 de Octubre'. El movimiento fascista recibió un impulso extraordinario debido al descubrimiento de diversas intrigas comunistas. . ."¹⁷

Y los reportes siguen así más o menos en el mismo tenor. Se habla en ellos de Góes Monteiro como un elemento susceptible a la influencia y permeable al fascismo, de la misma manera que otros individuos conocidos por su germanofilia como Felinto Müller, el jefe de policía en el régimen de Vargas.¹⁸

Sin embargo, un momento cumbre en que se hacen oficiales, de manera ultra-secreta, las relaciones entre la Acción Integralista Brasileña y el régimen nazi, se da en 1935 cuando la legación alemana en Río envía al Ministerio de Relaciones Exteriores alemán un reporte favorable a la AIB recomendando el viaje a Alemania de un tal Dr. Zamarin, miembro prominente de la AIB, y sugiriendo apo-

¹⁶ AA Abt. III, *Innere Politik*... v. 8. La legación alemana en Río de Janeiro a Relaciones Exteriores en Berlín, *Confidencial*, 5 de enero de 1933. Asunto: la política interna brasileña, p. 5.

¹⁷ AA Abt. III, *Innere Politik*... v. 8. La legación alemana en Río de Janeiro a Relaciones Exteriores en Berlín, *Confidencial*, 12 de mayo de 1933. Asunto: elecciones en Brasil para la Asamblea Nacional, p. 3-4.

¹⁸ A propósito el jefe de la *Delegación Especial de Segurança Política e Social*, capitán Miranda Correa, llegó a Alemania invitado por Himmler para estudiar los métodos anticomunistas de la Gestapo, viaje incluido en un intento por llegar a un acuerdo común, Brasil-Alemania, a nivel policial, para luchar contra el comunismo. ADAP Serie D, v. V D-549, p. 688-690 (ver especialmente nota 1 en p. 690).

yo material y moral a los integralistas. Anexa a esta documentación figura una carta del Dr. Zamarin al Canciller del *Reich* en donde sintetiza el paralelismo entre los objetivos del nacional-socialismo y el integralismo.

Se dice, de modo oportunista, que los fines de la Alemania nazi son los mismos que los de los integralistas que a su vez luchan por los intereses alemanes, y que por esa razón el Dr. Zamarin desea viajar a Alemania ya que quiere aprender los métodos de trabajo y organización del NSDAP.

En otro anexo, redactado en alemán, se explica quién es Plinio Salgado, qué es el integralismo, sus objetivos, y sus planes de organización administrativos y políticos; se explica también la manera como está jerarquizada la organización, cuya base de movilidad en forma de milicias debería alcanzar la suma de un millón de miembros, aparte de la formación de un ejército profesional militar de no menos de medio millón de soldados. Y es de notar en este anexo, — como posteriormente en entrevistas de prensa hechas a los jefes del movimiento, en declaraciones, y en no pocos análisis realizados por los nazis en diferentes medios —, que aquel paralelismo de objetivos y realizaciones entre el nacional-socialismo y el integralismo se interrumpe cuando se discute, se polemiza o se argumenta sobre el problema racial (*Rassenfrage*). Los integralistas se declaran ignorantes y dicen desconocer el problema racial. Hay dos excepciones a esto: no simpatizan con el inmigrante japonés y condenan al judío como parásito internacional.* Otro punto importante en esta ruptura del mencionado paralelismo está en los fines. Para los integralistas una meta que “fantasea en la cabeza de muchos integralistas” es la creación de un impero brasileño que sólo se lograría con la inyección de sangre nueva, alusión obvia al apoyo para incrementar la cuota de inmigrantes alemanes al Brasil.

Como quiera que sea, a través de estos documentos los integralistas manifestaron su pobreza de recursos económicos. Recursos necesarios básicamente, según ellos, para contrarrestar la amenaza comunista. Para convertir el órgano de difusión del integralismo, *A Ofensiva*, de semanario a diario se necesitarían dos millones de *Reichsmark*.** Tal ayuda y otras de diversa naturaleza serían consi-

* Más adelante y con seguridad por presiones personales y de los medios de comunicación nazis, el Dr. Barroso, secretario de la AIB, dio principio a un ataque sistemático contra los judíos.

** En menos de un año, *A Ofensiva* comenzó a aparecer todos los días, apoyado económicamente por industriales de Minas Gerais, quienes sirvieron de canal al dinero alemán.

derados préstamos con intereses pagaderos para cuando se tomara el poder. Esta ayuda a su vez, comprometía a los integralistas a ofrecer óptimas condiciones al intercambio comercial entre Brasil y Alemania, así como preferencia absoluta a los productos industriales alemanes.

En otro anexo se manifiesta el descontento de los integralistas en contra de las diferentes organizaciones nazis en Brasil, en virtud de que éstas no logran entender la cosmovisión integralista y se muestran reservados.¹⁹

En ese mismo año de 1935 la Acción Integralista Brasileña acompañará al régimen de Vargas en la represión contra el levantamiento e intento de golpe de Estado de la *Aliança Libertadora Nacional* que agrupaba a partidos y organizaciones de inspiración socialista. De esta participación, que mereció la felicitación de Vargas,²⁰ los integralistas salieron fortalecidos y envalentonados creyendo que la toma del poder estaba cercana.

Esto ayudó a que en 1936 la AIB controlara 2 000 grupos con un total aproximado de 800 000 miembros.²¹ Vargas los usa, incluso, para instaurar su propia dictadura, la del *Estado Novo*, y a la vez, toma sus precauciones contra ellos al lanzar el decreto del 3 de diciembre de 1937 que “. . . determinaba la disolución de todos los partidos y prohibía cualquier símbolo, gesto y uniforme identificador. Gracias a eso, no sólo los grupos opositores fueron neutralizados; se alcanzó también a la Acción Integralista Brasileña. . . El gobierno logró así deshacerse de cualquier compromiso ideológico y partidario que pudiera limitar sus actividades”.²²

La sorpresa de los integralistas fue notoria. A partir de ese momento se prepararon para la toma del poder. En enero de 1938 rompieron con Vargas, en marzo les fueron encontradas armas²³ y en mayo se aventuran al golpe de Estado. Ante el fracaso sobreviene la represión que va a afectar no sólo a la AIB, sino a todas las organiza-

¹⁹ AA Abt. III, *Innere Politik*... v. 8. La legación alemana en Río de Janeiro a Relaciones Exteriores en Berlín, *Ultrasecreto*, 18 de junio de 1935. Asunto: la Acción Integralista Brasileña. 5 anexos (sólo aparecen 4).

²⁰ AA Aby. III, *Innere Politik*... v. 8. La legación alemana en Río de Janeiro a Relaciones Exteriores en Berlín, 4 de diciembre de 1935. Asunto: reporte sobre política interna, p. 6.

²¹ AA Abt. III, *Innere Politik*... v. 8. La Embajada alemana en Río de Janeiro a Relaciones Exteriores en Berlín, 18 de marzo de 1936. Asunto: el movimiento integralista brasileño, p. 5.

²² Sola, "O golpe de..., *op. cit.*, p. 267.

²³ *Ibid.*; ADAP Serie D, v. V D-599, p. 695-697; D-602, p. 701-702.

ciones nazis en Brasil, lo que provocó que el embajador alemán Ritter, luego, fuera declarado persona *non grata*.²⁴

Como es lógico suponer, las armas más poderosas de Hitler se enfrentaron a otras armas, si no más poderosas, todavía más heterogéneas y por lo mismo más difíciles de detectar para su destrucción o por lo menos a neutralizar. Tales armas responden a los intereses nacionales, de grupos de poder, y de grupos sociales con multiplicidad de cosmovisiones. Los nazis no supieron, no pudieron descifrar el lenguaje de América Latina y en el momento preciso comenzaron a ser hostigados, reprimidos, expulsados, o internados. Por la derrota de mayo en Brasil, en julio de 1938 los jefes de las misiones diplomáticas alemanas acreditados en Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay se reúnen para discutir problemas comunes y preguntarse el objetivo claro a perseguir en Sudamérica.²⁵

En 1939 Vargas, en esa política ambigua, llena de caminos torcidos, da nuevas señales de buena voluntad, de deseos de acercamiento él, según sus propias palabras, simpatiza con los gobiernos fuertes, totalitarios y no con "la estéril demagogia de las democracias políticas", felicita al *Führer* en su cumpleaños, envía a su hijo a estudiar seis meses a Alemania, normaliza otra vez las relaciones diplomáticas a nivel de embajadas. . . , en suma, se muestra gran admirador de la Alemania nazi y de sus triunfos, tanto políticos como militares,²⁶ lo mismo que sus generales Góes Monteiro y Dutra, que, desde principios de 1933, son identificados como afectos a los sistemas totalitarios.²⁷ Ya para 1940 Aranha, ministro del exterior del Brasil, ". . .parafraseando al general Dutra, ministro de la guerra, dijo que 'el ejército (brasileño) no es pro-americano ni pro-alemán sino pro-armamento' ".²⁸

Todo el sistema político brasileño juega al chantaje y de este chantaje los Estados Unidos lograrán un aliado muy importante en la lucha contra la Alemania nazi.²⁹ Realmente no fue fácil para los

²⁴ ADAP Serie D, v. V D-604, p. 705-706; D-605, p. 706; D-606, p. 707; D-607, p. 708; D-608, p. 708; D-610, p. 709-710; D-612, p. 710-711; D-616, p. 717; D-617, p. 718; D-622, p. 723; D-623, p. 723-726; D-625, p. 730; D-627, p. 733-734; D-628, p. 734-735.

²⁵ ADAP Serie D, v. V D-624, p. 726-729; D-632, p. 740-741.

²⁶ ADAP Serie D, v. V D-636, p. 745-747; D-638, p. 749; D-639, p. 750; v. IX D-518, p. 545; v. X D-90, p. 83.

²⁷ Sola, *op. cit.*, p. 273, 274; ADAP Serie, v XI, 1 y D-182, p. 264-265.

²⁸ Neale C., Ronning, "The military and the formulation of internal and external policy in Brazil in the "Twentieth Century" en Keith, *op. cit.*, p. 212; Sola, *op. cit.*, p. 273.

²⁹ Sola, *op. cit.*, p. 273-276.

Estados Unidos atraer a su lado a los gobiernos latinoamericanos que en su mayoría hubieran querido mantenerse neutrales en el conflicto armado, pero la persistencia y presión norteamericanas los obligó a declararse de su lado.³⁰ De todos los países latinoamericanos Brasil será el que mayores ventajas logre: 200 millones de dólares en armamentos cuyo 35% debería pagar hasta 1948, además los Estados Unidos le comprarían hierro, caucho, café y azúcar;³¹ Connell-Smith dice que "la ayuda por préstamos y arrendamiento le fue concedida a dieciocho países latinoamericanos, elevando el total a unos 475 millones (de dólares), de los cuales más del 70% fue absorbido por el Brasil. . . ."³²

Brasil, una vez del lado norteamericano, concentrará su política exterior a tratar de obtener todavía mejores ventajas del aliado del norte. La respuesta alemana, entretanto, arrogante e incomprensiva, fue la de atemorizar al Brasil torpedeando algunos de sus barcos mercantes. Pensaron que esta acción obligaría al Brasil, por lo menos, a mantenerse neutral en el conflicto armado.³³

III

La historia posterior se resume tan sólo en la organización de la Fuerza Expedicionaria Brasileña (FEB) que se distinguió en el frente de Italia. Y lo paradójico de la historia misma es que Hitler, que no quiso emular a Guillermo El Conquistador, se encontró con un Vargas que sí envió sus tropas para desembarcarlas y enfrentarlas a las tropas alemanas y vencerlas y claro que si no sojuzgó a Alemania por lo menos alcanzó notoriedad y altura internacional. Lo paradójico de Vargas, con su sistema dictatorial, es su alianza con las democracias occidentales, hecho que permite a la sociedad brasileña buscar otros caminos hacia la democracia y deponer a Vargas en 1945 mediante un golpe militar.³⁴ El otro lado de la moneda está en aquellos militares que se mantuvieron verticales en su fidelidad a su muy particular cosmovisión, a su nacionalismo y a sus tendencias totalita-

³⁰ Gordon Connell-Smith, *El sistema interamericano*, trad. Nelly Wolf, México, Fondo de Cultura Económica, 1971 (Sección de Política y Derecho), p. 147-148; ADAP Serie D, v. XIII, 2 D 450 p. 608-609.

³¹ Sola, *op. cit.*, p. 276; ADAP Serie D, v. IX D-470, p. 494-495.

³² Connell-Smith, *op. cit.*, p. 153.

³³ Sola, *op. cit.*, p. 153.

³⁴ Nilo Odália, "O Brasil nas relações internacionais: 1945-1964" en *Brasil em...*, p. 356.

rias. Así, la Alemania nazi fracasó en sus intentos de penetración y dominio y puede decirse que más que influencia del nacional-socialismo en el Brasil hubo coincidencia en muchas cosas, hasta determinado momento: llegado este momento los grupos dominantes brasileños siguieron su propio camino, delineado éste por su propio interés.

AUTORITARISMO Y LIBERALIZACIÓN: EL DISCURSO POLÍTICO EN EL BRASIL

JOSÉ EDUARDO FARIA*

“Despertar a la historia significa adquirir conciencia de nuestra singularidad, momento de reposo reflexivo antes de entregarnos a la creación”. Cuando Octavio Paz hizo esta afirmación en *El laberinto de la soledad*, tal vez no la haya imaginado como una sutil artimaña. Pues si por un lado ésta le permitió manifestar su preocupación con el sentido de la singularidad de su país, por otro nos regresó al viejo problema de la correlación entre teoría y praxis.

Un tema clásico, es cierto, que el pensamiento platónico entendió en forma rígida: mientras la teoría es un acto de soledad, la praxis es un acto colectivo. Hoy en día se invirtió esa cuestión: no se quiere más conocer por conocer, sino conocer para actuar — y lo que hizo del marxismo una propuesta tan atrayente, e igualmente polémica, fue, justamente, su tentativa por fundir el conocimiento intelectual de la realidad social con la acción política sobre esa misma sociedad.

La artimaña de Octavio Paz, por eso mismo, consiste en el riesgo de enfrentar una realidad singular sin dejar de dar la debida atención tanto a la dimensión práctica de los mitos, como es el caso de la idea de la democracia, como a las consecuencias de considerarse verdadero y justo solamente el conocimiento efectivo (y viceversa). Consciente de los peligros que implica esa afirmación, este artículo procura, inicialmente, detectar el sentido único de la retórica democratizante en mi país para, a continuación, identificar y analizar sus diferentes discursos en el contexto de un régimen en crisis de identidad frente a los dilemas de un sistema político discriminativo y de una sociedad altamente desigual.

Más que un epígrafe, por lo tanto, la indagación de Octavio Paz debe servir como una guía y como un hilo conductor de las preocu-

* Profesor asistente de la Universidad de São Paulo.

paciones aquí contenidas: "en vez de preguntarnos a nosotros mismos. ¿no sería mejor crear, trabajar sobre una realidad que no se entrega a aquél que la contempla, pero sí a aquél que es capaz de sumergirse en ella?"¹ Y si esta pregunta surge como un pretexto del miedo de enfrentar la realidad, como él afirma, es porque hay la suficiente convicción de que el hombre no está en el vacío, pero tiene su comportamiento asociado a las condiciones materiales de vida. En pocas palabras: él actúa a partir de sus intereses y de su conciencia de clase a fin de tratar, hegemónicamente, de organizar la sociedad.²

Así, si es cierto que las concepciones del mundo son el inevitable punto de partida de toda reflexión sobre el propio mundo, sobre la vida y la sociedad, y si se tiene un mínimo de sentido, la reflexión crítica del marxismo acerca de que no es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino que es su ser social el que, inversamente, determina su conciencia, seguramente cualquier discurso político será siempre impreciso, irracional y tenso. Consecuentemente, como en materia de opinión ningún pensamiento es verdadero, ya que los puntos de vista van de un polo a otro, recorriendo situaciones conflictivas, cuando mucho llegando a opiniones generales, mas nunca a formas universales e indiscutibles, existe en el trato de los asuntos públicos, posibilidades imaginables de afirmación y de acción. ¿Cómo, entre tanto, controlar ese riesgo? Más que eso: ¿Será realmente posible controlar ese riesgo?

Responder a estas preguntas no es fácil. Al menos éstas nos permiten situar el tema de la democracia como esa forma de gobierno tan invocada, pero casi nunca demostrada, justamente por ser una idea de contornos *razonablemente* precisos, pero no *exactamente* precisos. Una idea que, revestida de un carácter de universalidad e indiscutibilidad, ha sido objeto de confrontaciones de opiniones excluyentes, lo que lleva a creer que existen tantas democracias cuantas sean las múltiples opiniones que la interpretan.

I

a) LA DEMOCRACIA COMO FÓRMULA DE BÚSQUEDA

Por eso, asumiéndose como un problema práctico tanto el condicionamiento social del pensamiento como el hecho de que donde ha-

¹ Cf., Octavio Paz. *O Labirinto da Solidão*, Rio de Janeiro. Paz e Terra. 1976. p. 14.

² Véase Karl Max. *A Ideologia Alemã*. Sao Paulo. Grijalbo. 1977. p. 36-39.

ya clases en lucha el poder está en crisis, la democracia puede ser comparada con la virtud: en principio, todos están a favor. De tal forma que, si ésta aumentara cada vez que su nombre fuera pronunciado, seguramente estaríamos viviendo en el mejor de los mundos aquél que los utopistas no osaron imaginar.

¿Quién, entre tanto, habla de democracia en los días de hoy? Al responder a esta pregunta, nos percatamos de que las cosas se ponen un poco más difíciles. Personas de todo tipo: de un líder sindical, un estudiante o un religioso, a favor de una ampliación creciente del espacio público de la palabra y de la acción, a un tecnócrata, un militar o un empresario, a favor de la institucionalización de un régimen que manifieste estructuras y garantías destinadas a proporcionar lo que el pensamiento weberiano llamó seguridad burguesa de las expectativas.

Al girar retóricamente en torno a una correlación dialéctica entre la *libertad del ciudadano* y la *exigencia de orden*, la democracia se transformó en uno de los más importantes lugares comunes del discurso político contemporáneo. Esta es, así, una idea ambigua. A tal punto que sus innumerables adjetivos —democracia liberal, democracia social, democracia cristiana, democracia popular— apenas refuerzan su valor argumentativo, dejando entrever el empeño con que se procuró sostener la legitimidad de estos regímenes. Y la posibilidad de incorporar el título de democracia a un sistema político se volvió una forma decisiva de auto-legitimación, esto es: un modo eficiente de repeler acusaciones de indisciplina y de dar un mínimo de calidad al ejercicio del poder.³

Al abordar el tema aquí propuesto, teniendo como punto de referencia el pensamiento de Octavio Paz, no se busca responder a una investigación sobre lo que es la *verdadera* democracia. Por el contrario, lo que se pretende es algo más modesto: bajo un enfoque pragmático, que destaca el papel de persuasión en el sentido clásico de la retórica, lo que se busca es examinar la democracia como una estructura política cuyo objeto está constituido por los *dubia* conflictivos en los que las partes procuran persuadirse unas a otras de la importancia de los valores y motivos que informan sus demandas y sus propuestas. Estos conflictos se presentan como un conjunto de

³ La idea de que la legitimidad es un título mediante el cual el poder es ejercido y de que la legalidad es una cualidad de ese mismo ejercicio se encuentra en Norberto Bobbio. *Studi per una teoria generale del Diritto*. Torino, Giappichelli, 1970. p. 79-93.

posibilidades estructuradas en alternativas de naturaleza incompatible, que solicitan una decisión por parte del sistema político.⁴

De ahí la convergencia natural entre la política y el derecho positivo: ¿Pues qué es la norma si no la integración de hechos y valores, que encuentra su momento culminante en un acto de selección y reglamentación, en el cual se incluye el poder político? Así, si la política es la disputa hegemónica que grupos y clases sociales desarrollan con el fin de obtener poder, y si los sistemas políticos son aquéllos que – gracias al monopolio de la fuerza y a la originalidad de competencia – imponen autoritariamente valores, el contenido de los textos normativos, los cuales expresan las obligaciones políticas, está condicionado a la pauta ideológica de los grupos y clases que están en los cargos de mando.

Aun cuando, si las decisiones de estos sistemas por un lado permiten superar, al menos en un determinado momento, la tendencia al conflicto por un esfuerzo de cooperación, por la propia praxis política, por otro no son estáticas: finalmente este permanente conflicto de grupos y clases, y los esfuerzos en pro de un orden no se anulan, permanecen, sin embargo, en una tensión dialéctica de implicación y polaridad, motivo por el cual la democracia puede ser vista como una especie de *fórmula de búsqueda*: una confrontación, que explica, tanto en el origen de cada norma como en el génesis de cada pacto de dominación, la auto-delimitación del poder y, en su aplicación la efectividad, producto de la motivación que resulta del encuentro entre el interés particular de cada ciudadano y el interés general de la colectividad, cuya función es atender las necesidades de interdependencia de los diferentes segmentos y fracciones de grupos y clases que componen la sociedad.⁵

No es por casualidad que los economistas emplean, con cierta monotonía, el concepto del *the second best* en oposición al *the first best*: no aquello que se desea, sino aquello que parece más factible bajo determinadas condiciones. Esta oposición, en materia política, es antigua. Está ligada al realismo y necesitó de valor para ser enunciada. Maquiavelo, por ejemplo, lo tuvo. Y por eso, acabó siendo tratado injustamente: a fin de cuentas, el realismo acostumbra ser

⁴ Cf. Theodor Viehweg, *Tópica y jurisprudencia*, Madrid, Taurus, 1964. Véase, también, Chaïm Perelman, "Cinq leçons sur la justice," en *Droit, morale et philosophie*, Paris, LGDJ, 1976 y Tércio Sampaio Ferraz Jr., *Director Retórica e Comunicação* São Paulo Saraiva, 1974.

⁵ Véase Hélio Jaguaribe, *Sociedade, Mudança e Política*, São Paulo, Perspectiva, 1975; e *Introdução ao Desenvolvimento Social*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1979.

algo feo. De tal modo que siempre tratamos de justificar o disfrazar nuestro realismo, pero no podemos tolerar el de nuestros adversarios. Lo que debemos hacer con relación al realismo de los otros, por lo tanto, es denunciarlo, mostrando que nuestros opositores no hacen lo que dicen. Y ellos, evidentemente, harán lo mismo en relación a nosotros.

Un buen ejemplo ha sido dado por los regímenes autoritarios,⁶ donde el pluralismo es limitado y la legalidad no siempre respetada totalmente. Ahí no hay propiamente una ideología pero, como lo demostró Linz, sí una mentalidad típica. En este sentido, el realismo no excluye, necesariamente, las ambiciones más altas y utópicas. En realidad, esas mismas ambiciones han servido para justificar su propia negación a corto plazo. Se impide la libertad de expresión para defender la libertad de pensamiento. Se acaban las libertades políticas, paradójicamente, con la finalidad de preservarlas.

b) DEMOCRACIA E IDEOLOGÍA

Admitiéndose que todo eso tenga sentido, percibiremos la naturaleza pragmática de la democracia, como *fórmula de búsqueda*, a partir del conflicto ideológico tras los *dubia* ya mencionados. Y, asumiéndose el condicionamiento social del pensamiento, notaremos que tales *dubia* conflictivos son determinados por la situación de los grupos y clases y por los intereses ligados a la situación de cada uno.⁷ Este condicionamiento, a su vez, nos conduce a la cuestión del impacto de la desigualdad sociopolítica entre los varios participantes del espacio retórico en el modo de producción de la persuasión y del consentimiento, lo que presupone el tratamiento sociológico de los diferentes contextos de la comunicación, en los cuales deben ser determinadas, entre otras, las relaciones de poder tanto entre el agente privilegiado y los demás participantes, como entre el agente privilegiado y el grupo social destacado, las desigualdades sociales entre los participantes y, finalmente, las composiciones de clase de los grupos sociales destacados y no destacados.

⁶ Cf., Juan Linz, *An authoritarian regime. Spain in mass politic: studies in political sociology*, editado por E. Allart y S. Rokkan, New York, The Free Press, 1970.

⁷ Como la noción de clase y cuadro dirigente es equívoca, asumo, aquí, las posiciones de Adam Przeworski, "O proceso de formação de classes" en *Dados*, vol. 16, Rio de Janeiro y Nicos Poulantzas Ralph Miliband, *Debate sobre o Estado Capitalista*, Porto, Crítica e Sociedade, 1975.

Por eso la mención al realismo, pues cuando criticamos a los otros no dudamos en hacer diagnósticos de este tipo y, fácilmente, explicamos las convicciones políticas ajenas como preconceptos derivados de sus intereses. En cuanto a nosotros mismos, es verdad, nos resistimos a admitir una explicación semejante.

Al reconocer que las decisiones envuelven problemas altamente complejos para permitir una completa objetividad, ¿qué es entonces lo que nos lleva a decidir? En parte, es cierto, nuestro análisis objetivo tanto de los problemas como de los medios para resolverlos, pero sólo en parte. Una vez que por encima de ese inicio en donde la completa objetividad deja de ser posible, decidimos, es cierto, en función de preferencias subjetivas. Y, por extensión, es natural que esta subjetividad dependa de algún modo, de nuestra situación concreta y de nuestros intereses.

Al defender un ideario político, en otras palabras, estamos partiendo de una decisión que no fue enteramente objetiva. El reconocimiento de este subjetivismo es fundamental a la visión pragmática de la democracia, pues, sin eso, el sistema político se quedaría en espera de respuestas científicas que nunca llegarían, una vez que la decisión totalmente científica de los asuntos políticos es sólo un ideal regulador y no una finalidad que pueda ser alcanzada. Puede decirse que es posible esforzarse para aumentar el nivel de objetividad de las elecciones y de las decisiones, en el dominio político, lo que explica de algún modo, la permanente aspiración a la racionalidad. Pero tal vez sea igualmente racional el tomar conciencia de que esa objetividad nunca será enteramente alcanzada.

La defensa de un ideario puede ser la actitud de honradez de quien sabe que su elección reunió elementos ideológicos. Y aun así, exige el derecho que reconoce a los otros, de participar de la acción política en el debate público. De este modo, conscientes de que sería utópico esperar una solución científica y carente de ideología de los problemas políticos, podemos darnos cuenta de que el ejercicio de la democracia es la práctica más simple —y, posiblemente, la más eficiente— para equilibrar el subjetivismo y acarrear hacia un espacio delimitado, el conflicto ideológico.⁸ Está claro que la mayoría no suple perfectamente esa objetividad, siempre imposible de ser obtenida. Sin embargo, el control democrático permite, al menos, recu-

⁸ Cf., João Paulo Monteiro. "Democracia e ideologia", en *Jornal da Tarde*, 23 de junio, São Paulo, 1978.

perar parte de esa objetividad que se perdió en el momento en que las decisiones fueron tomadas de manera menos "científica" y más "ideológica".

En este sentido, la ideología puede ser configurada como una especie de "enfermedad" inevitable: sin ella, no se podría caminar por ese terreno relativamente movedizo, que es el de las decisiones políticas en el contexto de una sociedad de masas, cuyo sistema político no pasa de un jerarquizado y burocratizado conjunto de fuerzas con instrumentos específicos de intervención, permanentemente sujeto a una multiplicidad de presiones conflictivas por parte de diferentes grupos y clases organizadas, pero capaz de equilibrar tanto los antagonismos, como de garantizar las relaciones asimétricas entre las clases, mediante la consecución de patrones mínimos de lealtad en torno a determinadas instituciones y ordenamientos.⁹ Como en esa consecución, la argumentación y la persuasión desempeñan papeles fundamentales, la democracia aparece como remedio desmitificador de esa "enfermedad": un remedio que no puede ser calificado como una salida ideológica, como las demás opciones.

Finalmente, la alternativa democrática puede ser objetivamente justificada como condición necesaria de ese control popular que permite equilibrar el subjetivismo de las opciones ideológicas que todo grupo gobernante está obligado a crear. Sin la democracia, por lo tanto, tal subjetividad no se encontraría con barrera alguna, o sea, no sería sometida a ninguna prueba de sus pretensiones de objetividad. En este sentido, la idea de "equilibrio del subjetivismo de las opciones ideológicas" destaca los conflictos inherentes a la vida social contemporánea en el universo capitalista, caracterizada por la creciente división del trabajo, por la centralización y jerarquización del capital, por la antinomia entre lo político y lo racional, por el fenómeno de la burocratización, por el desarrollo de los sistemas de información y seguridad, por el antagonismo de clases.

En términos históricos, esta idea de "equilibrio del subjetivismo" adquiere mayor significado cuando se toma conciencia del papel ambiguo que el hombre asume frente a las obligaciones jurídico-

⁹ Sobre la importancia de los patrones mínimos de legitimidad, ver Claus Offe, "O dilema da tecnocracia" incluido en la antología organizada por Gustavo Bayer, *Tecnocracia e Ideologia*, Río de Janeiro, Tempo Brasileiro, 1975. Sobre el papel del Estado capitalista contemporáneo y la multiplicidad de presiones conflictivas por parte de grupos y clases organizados, ver Jean-Marie Vincent, "O Estado em crise" y Joachim Hirsch, "Observações teóricas sobre o Estado burguês em crise" incluidos en la antología de Nicos Poulantzas, *A Crise do Estado*, Lisboa, Moraes, 1978.

políticas: por un lado, él es el fundamento de todas esas obligaciones; pero, por otro, él también es su objeto central. En este contexto que marca la desaparición, en nuestra cultura, de la *mathesis universalis*, en donde el campo del saber era perfectamente homogéneo, provocando la explosión del campo epistemológico en diferentes direcciones, la problemática contemporánea se debate entre una concepción del hombre como transformador de las estructuras del mundo y el mundo como una estructura planificada, la cual incluye al propio hombre.¹⁰ De ahí que socialmente venga el problema de la organización de los cuadros técnicos y profesionales, así como la consecuente confrontación entre el político por vocación y el tecnócrata. De ahí, que políticamente venga la presencia de las masas reclamando su ciudadanía para poder influir en la determinación de las soluciones finales. De ahí que, económicamente venga el problema de la producción planificada, en un principio entendida como antinómica a la democracia liberal.

c) LA DEMOCRACIA EN EL ESCENARIO CAPITALISTA

En estos términos, el mundo aparece como un complejo de problemas que actúa motivacionalmente sobre el hombre. Estos problemas tienen la capacidad de movilizar un complejo de soluciones y, siendo en sí inestables, se vuelven la causa de un proceso de soluciones. De este modo, los problemas son concebidos como problemas abiertos, para los cuales siempre existen innumerables soluciones posibles que servirán de base para una decisión, la cual sólo es la elección de una de esas soluciones y la exclusión de las demás. Esta concepción, cuya finalidad no es la de obtener el consenso de los grupos y clases que componen a la sociedad, sino la de absorber la inseguridad proveniente de los conflictos sociales, repercute en la estructura capitalista del Estado contemporáneo, cuya ampliación de funciones y responsabilidades es una respuesta a las necesidades de una estructura económica cada vez más oligopolizante, al predominio de los grandes conglomerados productivos y a la decreciente capacidad de autorregulación del mercado.

Este Estado, por lo mismo, es un aparato organizador de intereses y formulador de decisiones, del cual sobresale apenas, su función coercitiva en la imposición autoritaria de las opciones efectuadas por los

¹⁰ Cf., Tércio Sampaio Ferraz Jr., "Direitos do homem, positivação do direito e perversão ideológica", en *Anales de la Cátedra Suárez*, núm. 12, Granada, 1972.

cuadros dirigentes. Destaca, igualmente, la permanente búsqueda de un consenso mínimo en una sociedad crecientemente estratificada y, por extensión, estigmatizada por tensiones insolubles y por la precariedad de sus mecanismos de estabilidad, una vez que ni siquiera la burguesía — considerada la clase dominante — es, necesariamente, homogénea y armónica.¹¹ Por el contrario, constituídas por capitales desigualmente desarrollados y actuando en función de diferentes modos de producción, lo que les impidió articularse hegemónicamente en torno a intereses comunes explícitos, tales clases se vieron fragmentadas y fraccionadas en bloques de intereses en mayor o menor grado dependientes de apoyos y subvenciones del sector público, de tal forma que su competencia asegura que el ejercicio del poder, a alto nivel, sea un tanto difuso.¹²

Así, la reglamentación, el control, el arbitraje, papeles tradicionales del Estado capitalista, paralelamente a la transformación del sector público en un agente directamente productivo, no sólo expresan una especie de distribución de las áreas de acción y competencia entre los diferentes segmentos de la burguesía y de las empresas estatales, sino que, igualmente, crean la necesidad de una organización eminentemente política de los intereses en conflicto. Ya que, con la decreciente capacidad de autoregulación de la economía de mercado y con la constante divergencia de intereses entre los bloques y facciones de la burguesía, los agentes económicos necesitan de un mínimo de seguridad y protección en sus campos.

Entonces, la creación de condiciones favorables para la reproducción del capital pasa a depender del predominio de las soluciones encaminadas por los *círculos burocráticos*¹³ en las negociaciones socioeconómicas. Y por mejor sucedidas que sean las estructuras tecnocráticas en el cumplimiento de su función que es la de suprimir o reprimir los problemas tradicionales de estabilidad y de adaptación socioeconómica, al establecerse crean nuevas y problemáticas situaciones de riesgo, cuya totalidad constituye el dilema político de los cuadros dirigentes.¹⁴

¹¹ Véase Karl Marx, *The poverty of philosophy*, New York, International, 1973 y Sérgio Henrique Abranches, "Estado e desenvolvimento capitalista: uma perspectiva de análise política estrutural" en *Dados*, vol. 20, Rio de Janeiro, 1979.

¹² Cf., Nicos Poulantzas, *Poder Político e Classes Sociais*, São Paulo, 17 de octubre de 1979.

¹³ Cf., Fernando Henrique Cardoso, *Autoritarismo e Democratização*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1975, p. 205-208.

¹⁴ Cf., Claus Offe, *Odilema...*, *op. cit.*

Por lo mismo, el Estado capitalista contemporáneo presupone una alianza de clases y cuadros dirigentes que lo caracteriza como un organismo heterogéneo y jerarquizado, cuya creciente complejidad se da en la misma proporción en que el sector público es obligado a extender sus actividades de proveedor, controlador y reglamentador, a las acciones directamente productivas. Finalmente, dadas las contradicciones internas y las tensas relaciones de hegemonía de estas clases, su capacidad de acción y cohesión acaba siendo organizada solamente a nivel de las diferentes demandas del sector público —aquéllas que, al menos formalmente, están separadas de las facciones en conflicto que componen los sectores dominantes.

El resultado inevitable ha sido el delineamiento de una de las más importantes paradojas del Estado capitalista contemporáneo: su transformación en un organismo simultáneamente regulador (legitimador) y empresarial (productor y acumulador), oscilando entre un papel tradicionalmente liberal que, contradictoriamente, solamente puede ser desempeñado en esta etapa del capitalismo, en función de su condición de socio autoritario y burocrático.¹⁵ Esto da al estado un poder sobre los capitales particulares, creando cambios de poder en el interior de la sociedad capitalista y conduciendo a la discusión acerca del alcance y la inmunidad del sector público respecto a las presiones de las facciones que componen la burguesía.

En la medida en que la presencia del Estado en la vida económica lo transforma en el mayor consumidor del sector privado, su capacidad de consumo, inversión, crédito e incentivos, se vuelve un poderoso instrumento de maniobra política, asegurando una relativa autonomía con relación a los intereses específicos de un sólo grupo o una única facción de clase. Como los capitales particulares pasan a depender cada vez más de los beneficios estatales, cuya concesión exige la competencia de burócratas y militares unidos corporativamente por sus valores políticos específicos, el problema central es, respecto a las condiciones sociales, económicas y políticas, que, en el tiempo y en función de las peculiaridades de cada contexto, vuelven posibles las alianzas y rupturas, mediante una retórica democratizante, entre los cuadros dirigentes, los propietarios de los instrumentos de producción y los segmentos más articulados de las clases no propietarias.

¹⁵ Sobre las palabras de la democracia moderna, véase Norberto Bobbio, *¿Existe una teoría marxista del Estado?*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, p. 36-40 y C.B., Macpherson, *A Democracia Liberal*, Río de Janeiro, Zahar, 1979.

d) EL ESTADO COMO DOMINACIÓN Y ORGANIZACIÓN

El reconocimiento de estas alianzas, independientemente de la polémica que pueda suscitar, en términos teóricos y analíticos, conduce la discusión hacia dos aspectos importantes que, en función de los límites de este artículo, solamente pueden ser enunciados. Por un lado, aunque las relaciones de dominación expresen acuerdos específicos que varían conforme a los patrones de desarrollo capitalista, de ningún modo agotan las combinaciones posibles. Es la autonomía relativa del Estado la que le permite garantizar el interés general de los cuadros dirigentes y de las facciones y bloques de las clases dominantes, organizando — bajo la orientación de los responsables de la alianza o coalición — el equilibrio inestable de compromisos entre las partes.¹⁶ Por otro, entre mayor es la divergencia entre los capitales privados, en función de intereses materiales específicos en conflicto, mayor en su situación no-hegemónica y mayor su dependencia de las decisiones estatales. Consecuentemente, mayor es la posibilidad de autonomía del sector público. Ya que, si las fuerzas se encuentran equilibradas en este conflicto, el papel estatal de organizador político adquiere más peso en el liderazgo normativo del proceso de producción.¹⁷

Es cierto que el reconocimiento de las diversas coaliciones posibles y de la mayor autonomía del sector público conduce a otra paradoja de la sociedad industrial: aunque el Estado proveedor, controlador, reglamentador, empresario y árbitro¹⁸ sea capaz de alcanzar alguna independencia de los capitales privados, aun así acaba conservando sus rasgos capitalistas. O sea: una estructura de producción sustentada en la propiedad privada, una estructura de dominación basada en una alta estratificación social y una organización política que destaca por el enorme abismo entre sus garantías formales y la libertad e igualdad reales. Finalmente, a pesar de las concesiones que necesita hacer a fin de legitimarse ante las clases no propietarias, en términos concretos — y la conocida ley férrea de la oligarquía puede ser invocada para sostener esa afirmación¹⁹ — termina no permitiendo que

¹⁶ Gianfranco Poggi, *The development of Modern State*, London, Hutchinson, 1978 y Sérgio Henrique Abranches, *op. cit.*

¹⁷ Sérgio Henrique Abranches, *op. cit.*

¹⁸ Véase W. Friedmann, *The State and the rule or law in mixed economy*, London, Stevens, 1971.

¹⁹ Raymond Aron, *Démocratie et totalitarisme*, Paris, Gallimard, 1965, p. 148-149.

la competencia salga del nivel de las cabezas, una vez que cualquier democratización efectiva de la vida política y de la programación económica presupone tanto influencias partidarias y legislativas sobre decisiones consideradas eminentemente racionales y técnicas, como dadas las presiones sociales redistributivas y las consecuentes alteraciones en los patrones de consumo y ahorro, una disminución de los excedentes disponibles para nuevas inversiones. Por extensión, el problema que se presenta es el de saber en qué medida, no obstante esa relativa autonomía del sector público en relación a los capitales particulares, el Estado capitalista está, invariablemente, dependiendo de los acuerdos de los cuadros dirigentes con los sectores de la iniciativa privada, sin poder transformar esa autonomía relativa en una autonomía absoluta.

Esta cuestión procede, una vez que la ampliación de los excedentes apropiados por el Estado refuerza su capacidad de inversión y aumenta su espacio de alternativas en actividades directamente productivas, de modo que los grados de autonomía del sector productivo público, si no fueran neutralizados por los controles jurídicos y por los grupos de presión del sector productivo privado, podrían generar un conflicto entre los intereses del *empresariado estatal* y los intereses globales del Estado. Este problema es bastante visible en los contextos autoritarios: en ellos, por ejemplo, la tecnocracia puede instrumentarse por las alianzas con la corporación militar en torno a pretendidos proyectos de grandeza nacional, los cuales encuentran en el desenvolvimiento de la gestión económica su principal condición de legitimación, manipulando las zonas oscuras del proceso resolutivo, agotando los instrumentos de acción partidaria y legislativa de que se valen los segmentos que componen a la sociedad civil y, así, desarrollando una legislación casuística según la lógica de la acción empresarial privada.²⁰

e) UN CASO CONCRETO: LA CRISIS BRASILEÑA

El escenario político brasileño, entre los años sesenta y setenta, configura, seguramente, uno de esos contextos autoritarios, en cuyo ámbito ninguno de los participantes en el bloque en el poder fue suficientemente fuerte para mantener una posición hegemónica frente a sus aliados. Si por un lado las Fuerzas Armadas se volvieron los

²⁰ Véase Hélio Jaguaribe, *Desenvolvimento Político*, São Paulo, Perspectiva, 1975 y Sérgio Henrique Abranches, *op. cit.*

tentáculos del pacto de dominación que, formalmente, se inició en marzo de 1964, por otro, el vacío de las actividades sindicales, partidarias y legislativas, provocó la burocratización y la *tecnocratización*²¹ de los intereses sociales. De tal modo que, con la creciente desactivación de los mecanismos de mercado, de articulación política y de lealtad, el Estado no sólo se volvió el foro de mediación fundamental, así como, igualmente, la principal arena para las negociaciones. Los controles autoritarios tuvieron el papel de reprimir tanto la movilización popular y la acción de oposición, como el de mantener la integridad del acuerdo político organizado sobre una base inestable, basada en una correlación interna de fuerzas de carácter no hegemónico.²²

De hecho, 1964 marcó el momento en el que la movilización política de los diferentes sectores sociales condujo a un proceso de decisión inconsistente y anárquico, expresado por el fenómeno de *parálisis* de las decisiones públicas y derivado del agotamiento de las posibilidades del modelo de sustitución de importaciones y de la pérdida de legitimidad del régimen anterior. Tal fenómeno de parálisis expresa la no viabilidad de las reglas del contrato social, desgastando su eficiencia y su posibilidad de legitimación. Fue esa parálisis la que minó las bases de dominación del régimen anterior: la reacción conservadora, en este sentido, dispuso la formulación de nuevas reglas, con la finalidad de crear condiciones propicias para la cimentación de lo que los grupos y clases victoriosas llamaron *capitalismo maduro*: una estructura económica de grandes unidades y alta concentración de capital, internacionalizado por la asociación de empresas públicas y privadas con corporaciones extranjeras.²³

De ahí las peculiaridades del sistema político posterior a 1964: un régimen centralizador, burocratizante y corporativista, en el cual las fuerzas victoriosas se arrogaron la responsabilidad de redefinir los canales de acceso, los mecanismos de promoción y exclusión de intereses, en torno a los cuales sería promovido el proceso acelerado de acumulación

²¹ Jürgen Habermas, *Técnica e Ciência quanto "Ideologia"*, São Paulo, Abril, 1980 y *Legitimation Crisis*, Boston, Beacon, 1979.

²² Cf., Celso Lafer, *O Sistema Político Brasileiro*, São Paulo, Perspectiva, 1975.

²³ Cf., Wanderley Guilherme dos Santos, "Parálisis de decisões e comportamento legislativo: a experiência brasileira - 1959/1966" en *Revista de Administração de Empresas*, núm. 13, julio de 1973; "Coalizões parlamentares e instabilidade governamental: a experiência brasileira - 1961/1964" en *Revista de Administração de Empresas*, vol. 13, núm., 4, diciembre de 1973; y Celso Lafer y Wanderley Guilherme dos Santos, "A força da paixão e a lógica da razão" en *Folha de São Paulo*, 21 de enero de 1979.

de capital. Y si la ejecución coherente y continuada de esta estrategia pasó a depender tanto de la coerción organizada, en el plano político, como en la consolidación y ampliación del aparato burocrático, en el plano de la gestión económica, la validez del proceso fue alcanzada por el éxito de las medidas adoptadas a través del ejercicio autoritario del poder. Como demostró Sérgio Henrique Abranches, “la tutela militar y la autonomía de la tecnoburocracia en el proceso de formulación de políticas estatales, juntamente con la privación y reducción del intento de conflicto. . . , son los elementos principales para mantener la estabilidad de la dirección política en un contexto de crisis permanente de hegemonía en el interior del bloque en el poder”.²⁴

El riesgo poco imaginado, a esa altura, fue el no darse cuenta que, cuando el proceso de legitimación es estructurado por los gobernantes en funciones, cualquier declinación de la eficiencia siempre acaba provocando un fuerte impacto político. Tal dependencia al desenvolvimiento de la gestión es la que explica el hecho de que, por un lado, el régimen no se haya basado en una alianza suficientemente amplia de fuerzas sociales capaz de darle viabilidad en ese tiempo. La exclusión de los trabajadores y la inmovilización política se convirtieron en condición necesaria para la viabilidad del modelo económico: finalmente, la tesis de que el desarrollo está asociado a la seguridad y a la estabilidad presupone la neutralización de las presiones distributivas y nacionalistas, las cuales están en la esencia de la retórica democratizante de las clases no propietarias. La dependencia del desarrollo de la gestión también explica, por otro lado, el hecho de que el hincapié en el crecimiento acelerado haya ampliado el grado de intervención estatal, como forma de respuesta a la parálisis de decisión que destruyera el contrato social del régimen anterior.

El problema que ahí se crea, especialmente en función de la acción de los militares y de los tecnócratas, y por el debilitamiento de las organizaciones propias de la sociedad civil en el tratamiento de los problemas substanciales suscitados por la expansión económica, habla respecto a la posibilidad de que sólo los intereses de las clases más articuladas y con acceso a los *loci* decisivos sean atendidos. Puede decirse que a la paradoja derivada del hecho de que la expansión de los mecanismos de intervención estatal, en nombre del pretendido

²⁴ Sérgio Henrique Abranches, *op. cit.*

favorecimiento de intereses más amplios, inevitablemente se hizo acompañar de rasgos políticos de carácter autoritario. Esta paradoja minó al Estado posterior a 1964 y condujo al dilema brasileño de nuestros días, en la medida en que sus papeles de regulador y empresario, bajo la forma de una retórica democratizante y bajo la protección legal de un ordenamiento de inspiración liberal, sólo pudieron, contradictoriamente, ser desempeñados gracias a su condición de socio autoritario y burocrático de las clases dominantes.

II

Si estas consideraciones permitieran poner a salvo la artimaña que Octavio Paz sutilmente formula, cuando afirma que “sería mejor trabajar sobre una realidad que no se entrega a aquél que la contempla, pero sí a aquél que es capaz de sumergirse en ella”, el dilema brasileño puede ser visto bajo la forma de un proceso multidimensional de reorganización del poder. Un momento de transición provocado por el desgaste creciente de una alianza específica que, al revelarse incapaz de legitimarse en bases autoritarias permanentes, pasó a tener que enfrentar, simultáneamente, las consecuencias quíerases de la contradictoria dinámica de su proceso decisorio, quíerases la articulación contradictoria emprendida por los sectores más articulados de la sociedad civil.

Es verdad que este dilema acabó siendo comprendido por los detentores del poder, aunque no siempre totalmente conscientes tanto de los riesgos a asumir como de la propia capacidad del régimen de absorber derrotas y críticas. Sucesivos fracasos electorales del partido gubernamental, a pesar de una legislación especialmente preparada para favorecerlo, el derramamiento de las actividades políticas por fuera de los limitados canales institucionales, huelgas crecientes, altos índices de violencia urbana, disputas de tierras productivas en el campo, gradual pérdida de apoyo de las clases medias, desgaste junto a algunos segmentos más ágiles de la burguesía industrial y los efectos de una desfavorable situación económica, condujeron a los detentores del poder a la promoción de una liberalización permitida.²⁵ En una tentativa de reformular de arriba a abajo las bases de la dominación, promovieron lo que convencionalmente llamaron *proceso de distensión*: una poca explícita estrategia de avances y retro-

²⁵ Véase, Ernest Gellner, “Da revolução”, en *Documentação e Atualidade Política*, Brasília, Abril, 1977.

cesos con la finalidad de neutralizar la acción contradictoria mediante la obstaculización de algunos sectores de la sociedad civil y de reconquistar grados mínimos de legitimidad para el régimen. Esa "apertura lenta, gradual y segura", como este proceso fue retóricamente llamado por uno de los presidentes del período analizado, llevó al país a una tensa situación de control autoritario, en la cual los límites jamás fueron claros respecto a la liberalización y los márgenes de negociación crecieron sólo relativamente.

Por esto mismo, también es cierto que un día más, un día menos, los responsables de esta estrategia tropezarían con la incompetencia de sus concesiones formales en la búsqueda de un nuevo contrato social, ya sea a nivel de la atención sólo parcial de las demandas sociales de garantías públicas reales y de mayores oportunidades económicas, ya sea a nivel de las exigencias de los grupos dirigentes y clases dominantes en la composición de una nueva alianza capaz de sostener un pacto de dominación efectivo. A esa altura, mediados de los años setenta, en el ámbito del propio Estado coexistían diferentes lógicas de acción que, desde 1964, habían determinado una estructura estatal funcionalmente diversificada en cuyo ámbito se volvieron intensos el conflicto y la competencia a partir de una multiplicidad de orientaciones políticas originadas en diversas jurisdicciones burocráticas. Así, este proceso de distensión se transformó en un juego político de reordenamiento autoritario de las bases del poder, que los cuadros dirigentes y las clases dominantes llamaron retóricamente democratización, pero que no logró esconder ni idiosincrasias recíprocas ni la existencia de un consenso, por menor que fuera, sobre el alcance posible de una reforma social y de la creación de una nueva legislación — condiciones fundamentales para un nuevo orden estable, con un mínimo de legitimidad.

Por detrás de los argumentos y de los valores que informaban y justificaban los diferentes discursos pretendidamente democratizantes, había un dato obvio disfrazado por el ambiguo lenguaje político: los intereses inconciliables comunes a cualquier sociedad de clases. En este sentido, los elementos estructurales determinantes del dilema político brasileño contemporáneo pueden ser encontrados en la heterogeneidad de todas las partes. La burguesía nacional, cuyo bajo índice de cohesión solamente no fue registrado cuando su hegemonía se vio amenazada, como antes de 1964, consideraba no negociable cualquier medida que, en la viabilidad del nuevo pacto, relativizara, por ejemplo, el derecho de propiedad.

Los valores estamentales corporativos de las Fuerzas Armadas, igualmente les impidieron aceptar cualquier control político sobre sus prerrogativas, protegidas por el mito de una doctrina de seguridad absoluta del Estado. La tecnocracia, independientemente de la mayor o menor articulación de sus cuadros en torno a un proyecto político común, acusaba, por su lado, a casi todas las discusiones relativas a la validez de su política económica basada en la concentración del ingreso y en la exportación de productos primarios y semimanufacturados, de provocar una super-excitación nacionalista o populista — una forma notoria de rehusar cualesquiera reformas sociales que alteraran los perfiles de ahorro (consumo y de ingreso) inversión, y, por extensión, el nivel de acumulación de los excedentes.²⁶

a) ESTADO-SOCIEDAD: LOS DOS DISCURSOS

Esta simple ejemplificación de la confrontación de los intereses inconciliables comunes en el contexto del capitalismo contemporáneo, y que revelan la insuficiencia de los análisis meramente estructurales de la acción estatal, en la medida en que le retiran todo el carácter de substancia de clase, resalta las dos dimensiones del Estado brasileño en un momento de reordenamiento de las bases de poder, con la indiscutible finalidad de rescatar una forma política de manutención de un patrón de un proceso acumulativo. Si, como dominación, este Estado autoritario expresa una correlación de fuerzas sociales, como organización traduce un aparato centralizador de demandas, de filtración de intereses y de articulación de las necesidades de los cuadros y de las clases que lo controlan.

De tal forma que este Estado refleja, simultáneamente, tanto la unidad política general materializada en un patrón de dominación específico, en un régimen crecientemente centralizador y corporativista como los conflictos de clase originados en el interior de la sociedad civil. Frente a este Estado, tomándose la democracia como una fórmula de búsqueda, abierta e indeterminada cuyo objeto son los *dubia* conflictivos en donde las partes tratan de persuadirse unas a las otras de los valores y motivos que informan sus demandas y propuestas, el análisis del dilema político brasileño, requiere, ahora, de

²⁶ Cf., Hélio Jaguaribe, *Desenvolvimento Economico e Desenvolvimento Político*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1968; y *Brasil: Crise e Alternativas*, Río de Janeiro, Zahar, 1974.

una distinción entre el discurso democratizante oficial y el discurso democratizante de oposición.

Ambos discursos, en la perspectiva pragmática adoptada, expresan razonamientos que, en pocas palabras, traducen un conjunto de signos informativos en función de la disputa por el poder. Estos razonamientos son construidos a partir de opiniones generalmente aceptadas, los *topoi*, que no son nada más que lugares comunes productores de un efecto de adecuación en relación a las referidas opiniones. Mediante diferentes argumentos, lo que estos discursos pretenden, de acuerdo con las reglas de la retórica, es obtener la adhesión del *auditorio* —en nuestro caso, los individuos, grupos y clases situados en el espacio público de la palabra y de la acción— al punto de vista adoptado por sus responsables — los *oradores* — sobre un determinado asunto o cuestión. Por eso, para ser persuasivos, estos discursos tienen que tener libertad para procurar los argumentos más convincentes conforme las circunstancias del momento. Se puede decir: abiertos e irracionales dialogales y horizontales, los discursos políticos son formas de argumentación destinadas a ganar la adhesión de los escuchas, cualesquiera que sean sus modos de presentación. Aunque sólo a título de mero esclarecimiento, es importante hacer notar, todavía, que estos discursos, al procurar la persuasión admitida con base en una lógica formal del pensamiento, por medio de la cual el razonamiento argumentativo produce la persuasión del auditorio y no la demostración de la conclusión, presuponen la igualdad formal de oportunidades de los participantes en el proceso político. Mientras tanto, como vimos anteriormente, esta igualdad es ilusoria, dado el impacto de la desigualdad sociopolítica entre los individuos, grupos y clases en el modo de producción del consentimiento.

Expuesto esto, el primero de estos dos discursos democratizantes es producido por la alianza de grupos y clases que, en 1964 arrebató el poder. Ya el segundo es desarrollado por una intelectualidad que, habiendo sido mantenida desde el inicio apartada de los centros decisivos en manos de los militares, tecnócratas y grandes empresarios, invariablemente asociada al orden anterior y perseguida y/o exiliada, mantuvo el control del sistema de producción del conocimiento, de explicación e interpretación de la sociedad, creando condiciones para la convergencia de las clases no propietarias contra el enemigo común: el autoritarismo. En el caso del primer discurso, sus responsables contaron con la tecnocracia para administrar ope-

racionalmente el poder, echando mano de los pocos ideólogos de que podían disponer cuando, condicionando su legitimación por la eficiencia y guiándose por una ética de convicción, alejaron de los círculos de influencia a los representantes de una remanente cultura jurídica ortodoxamente liberal. En el caso del segundo discurso, la *intelligentsia* estableció los patrones de valoración de la actuación política, desgastando las bases del régimen mediante un proceso de *deslegitimación* de los fundamentos de la dominación vigente.

En este sentido, el primer discurso traduce la manera por la cual el régimen procura mantener el control autoritario del debate político, mientras el segundo expresa su incapacidad de movilizar apoyo y lealtad, caracterizándose bien por el esfuerzo de cooptación, bien por la dosis de intransigencia. Por esto mismo, mientras este último sigue un ritmo constante, de 1964 a nuestros días, aquél es inestable, en la medida en que los detentadores del poder utilizan una estrategia de avances y retrocesos con la finalidad explícita de impedir que cualquier liberalización real amenace sus prerrogativas. La identificación de ambos discursos, por lo tanto, permite subrayar el abismo profundo entre el *país formal* — aquél dirigido por Brasilia, que concibe el proceso político a partir de una visión burocratizante de las relaciones sociales, como si fuera posible alejar a los hombres cuando no son compatibles con su concepción de orden, en la perspectiva del universo absurdo de Kafka o de Brecht — y el *país real* — tenso, inestable, de rupturas intensas, heterogéneamente articulado en términos de oposición y contradicción.²⁷

En el ámbito del primer discurso, la retórica democratizante tiene un sentido altamente conservador. La línea conductora de sus manifestaciones es, por un lado, la permanente defensa de un “orden con responsabilidad” que permita el desarrollo económico, y, por otro, el reconocimiento de que la mayoría del pueblo todavía no está preparada para gozar de las libertades públicas, motivo por el cual no se puede aceptar una democracia de rasgos liberales bajo el riesgo de comprometer la eficacia de la política económica.²⁸ Considerando como pre-requisitos para gobernar una nación, el “realismo económico”, la “equidad social” y la “institucionalización política”

²⁷ La distinción entre país formal y país real es de Oliveira Vianna, *Instituições Políticas Brasileiras*, Río de Janeiro, José Olympio, 1949.

²⁸ Un ejemplo de crítica vigorosa al liberalismo es el discurso del general Emilio Garrastazú Médici, como presidente de la República, hecho en la Escuela Superior de Guerra en marzo de 1970. Para un resumen de esa argumentación, véase *O Estado de S. Paulo*, 11 de marzo de 1970.

no son más que *topoi* destinados a justificar un Ejecutivo fuerte, centralizado, "imprescindible a las acciones de planificación y conducción de la política económico-financiera y de seguridad, atribuyendo al Legislativo las funciones de fiscalización, representatividad efectiva y foro de debates, aunque con algunas restricciones institucionales, al Jurídico el arbitraje de juicios sociales y constitucionales a modo de asegurar la armonía e independencia de los Poderes dentro del concepto jurisdiccional tradicional, cabiendo al Judicial guardar la conformidad del Acto de Poder con las reglas del Derecho".²⁹

En este sentido, lo que los detentadores del poder pretenden, en el plano ideológico, es mantener socialmente abierta una sociedad políticamente cerrada, que se sostiene en la expansión de la empresa capitalista privada o pública. Como forma de justificación de la autoridad establecida, de racionalización administrativa, de organización del apoyo público a las élites dirigentes y de institucionalización de los propósitos sociales gubernamentales, el hincapié a la racionalidad, al patriotismo y al moralismo desempeña el papel ideológico de proyección de las técnicas de persuasión y de delimitación de las reglas básicas para el margen de acción permitido.³⁰ Así, la participación política es aceptada sólo nominalmente mientras no comprometa el éxito de la programación económica, de modo que la restricción de las libertades públicas esté justificada por la promesa de un futuro cuadro de bienestar social.

El "participar", por lo tanto, se vuelve lo mismo que promover el desarrollo, asegurar las bases de la industrialización y conmoverse con el "engrandecimiento de la patria", mediante su transformación en "gran potencia". Como estas metas exigen una mayor organización, especialización y complejidad, la participación real se acaba, en la medida en que no significa nada más que la adhesión pura y simple a los proyectos preparados por una burocracia aparentemente apolítica. Consecuentemente, la "participación con responsabilidad" se vuelve un comportamiento sin adversario dentro de los

²⁹ El entrecomillado es de uno de los generales más respetados vinculados al régimen, Rodrigo Otávio Jordão, en una declaración al periódico *O Estado de S. Paulo*, 15 de junio de 1980. Las mismas ideas, las mismas palabras y el mismo problema también están en el texto de uno de los más controvertidos tecnócratas del régimen, Roberto de Oliveira Campos, *A Nova Economia Brasileira*, Río de Janeiro, José Olympo, 1974.

³⁰ Cf., Irving Louis Horowitz, "Formalización de la teoría general de la ideología y la utopía", en *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, Buenos Aires, Eudeba, 1964.

cuadros políticos, una vez que cualquier actitud de oposición o cualquier contra-argumentación técnica se convierten en un comportamiento al margen del proceso — y, por lo tanto, sujeto de una configuración de una conducta subversiva. Esto es lo que explica, en ese tiempo, la continuidad de la centralización de los mecanismos decisorios y el predominio de los valores de obediencia y disciplina en detrimento de los valores de libertad y pluralidad en el ámbito del ordenamiento institucional.

Un ejemplo ilustrativo es la doctrina de seguridad nacional vigente pos-64, en la cual el aspecto *nacional* pretende fundir al *militar* y al *jurídico*. En la legislación específica, impuesta por decreto del Ejecutivo, se percibe que sus editores sentían que la seguridad nacional no podría ser conceptuada en reglamentos, artículos y párrafos, por ser una cuestión a ser resuelta a nivel de sentido común de los “intereses de la Nación”, tomados globalmente. En este sentido, recordando algunas palabras de orden que imperaron especialmente a partir de los años setenta, o se *era* brasileño, o no se era nada; o se *amaba* al país, o se era obligado a dejarlo; o cada uno se sentía como *verdadero responsable* de una obra cuyas principales directrices habían sido formuladas por los círculos burocráticos, o se tenía que sujetar a la sospecha de mal patriota. Por otro lado, mientras tanto, los detentadores del poder no pudieron escapar a la necesidad de un mínimo de conceptualización legal de las conductas discrepantes: el resultado fue el prevalecimiento de fórmulas generales y demasiado abiertas, sujetas no a interpretaciones técnicamente jurídicas, sino a arbitrios fundados en peligrosos sentimientos de responsabilidad funcional de la burocracia del régimen.

En suma, lo que el discurso democratizante oficial traduce es la dependencia del ejercicio de la hegemonía por algunas facciones de las clases dominantes y de los cuadros dirigentes a su propia capacidad de, al mantener cerrado el sistema político y al intentar legitimarlo por el desempeño de la gestión, (a) asegurar una compensación por la retribución objetiva de las demandas socio-económicas del bloque en el poder y (b) atender, desigual y asimétricamente, a las reivindicaciones de las clases dominadas. En términos concretos, en la medida en que los intereses de segmentos de la burguesía, de grupos tecnocráticos y de segmentos de las Fuerzas Armadas identificados como los intereses *nacionales*, la expansión económica acelerada, especialmente en la primera mitad de los años setenta, abrió perspectivas para la absorción de los sectores más modernos de las

clases medias ligadas a la burguesía y seducidas por la posibilidad de ascensión social.³¹ Consecuentemente, la estabilidad, aunque relativa y obtenida a alto costo en términos de amortecimiento cultural, concentración de ingreso y eliminación de las libertades públicas, fue conquistada por la formulación de un modelo de desarrollo que, sin eliminar las contradicciones del bloque en el poder, las volvió compatibles frente a los enemigos mayores, representados por la amenaza de una política favorable a las clases populares.

El discurso democratizante de oposición tiene ya un sentido completamente opuesto, empezando por la adopción de palabras de orden inherente a una concepción liberal de democracia: la insistente defensa de los derechos humanos, la reivindicación de la certidumbre y de la seguridad jurídicas, la reclamación de amnistía y la apelación al Estado de Derecho, culminando con la transformación de una asamblea nacional constituyente como condición básica de legitimación de cualquier orden político. Tal vez el ejemplo más nítido y cristalino de este tipo de discurso haya sucedido, justamente, en el auge de las condiciones económicas favorables a la viabilidad del bloque en el poder, en el segundo semestre de 1973: utilizando las mismas reglas del juego electoral editadas por el régimen para formalizar la sucesión de militares en la presidencia de la República, la oposición lanzó lo que llamó “anti-candidato” – una forma de aprovechar el espacio político y de competir para obtener la atención de los medios de comunicación masiva, con el fin de ampliar su capacidad de movilización. Como forma de oposición a la autoridad establecida, de contra-argumentación política a las manifestaciones racionalizantes de una burocracia pretendidamente a-ética y de organización de la crítica a las clases dominantes y cuadros dirigentes, la oposición se valió de innumerables recursos retóricos en la tentativa de provocar lo que Horowitz llama “síndrome contra-utópico”:³² la reacción opositora a las técnicas oficiales de persuasión y a la manipulación ideológica en la delimitación de las reglas básicas para las acciones políticas permitidas.

A la idea de “participación con responsabilidad”, tópicamente encaminada por el discurso democratizante oficial, el discurso democratizante de oposición propuso una participación real que

³¹ Fernando Henrique Cardoso, *Autoritarismo e Democratização*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1975; Peter McDonough, “Os limites da legitimidade autoritária no Brasil” en *Dados*, núm. 20, Río de Janeiro, 1979.

³² Cf., Irving Louis Horowitz, *op. cit.*

ampliara el espacio político institucional, creado por una legislación casuística, y que encontró en la repetición de los versos de Fernando Pessoa su recurso retórico más elaborado:

La carabela va a partir. Las velas están pandas de sueño, aladas de esperanzas. El ideal está en el timón y el desconocido se desata al frente. En el muelle alborozado, nuestros opositores, como el viejo del Tridente de todas las epopeyas, con su voz de Casandra y su mirar derrotista, susurran las excepciones de la inmovilidad y lo invencible del *establishment*. Conjurán que es hora de quedarse y no de aventurar. Pero en el episodio, nuestra carta de navegación no es de Camões y sí de Fernando Pessoa al recordar el clamor: navegar es preciso, vivir no es preciso.³³

Sintetizando los discursos, mientras que el oficial siempre encerró un proyecto político explícito y no contó con ideólogos que encaminaran una defensa retórica de su autoritarismo, el de oposición se valió siempre de *clichés* y *slogans* para canalizar sus cargas contra los cuadros dirigentes y facciones de las clases dominantes capaces de imponer soluciones no democráticas. Los *clichés*, como lo demostró Perelman, resultan de un acuerdo sobre las maneras de explicar un valor, transformándolo en una forma estereotipada que se repite sucesivamente. Los *slogans* asumen ya la misma estructura formal de los proverbios y máximas, pero, al contrario de éstos, no tienden a construir algo duradero, basado en un consenso tradicional. Son, en realidad, creados para producir acciones específicas en circunstancias determinadas, llamando la atención por su ritmo, su forma concisa y por su fácil memorización.³⁴

La opción de los responsables del discurso de oposición, mediante estos recursos retóricos (en detrimento de un proyecto político alternativo formulado de consenso), no debe ser entendida como una elección gratuita. Finalmente, dado el alto grado de estratificación y la débil integración social, la articulación opositora de las clases no propietarias al régimen, se encontraba — como sucedió siempre — en las inhibiciones y en las indecisiones, inherentes a una sociedad civil que se resentía de las debilidades propias de la etapa de maduración en que se encontraba. Debilidades que,

³³ Cf., Ulysses Guimarães, *Navegar é Preciso, Vivier nao é Preciso*, discurso pronunciado en la VI Convención Nacional del Movimiento Democrático Brasileño, Brasilia, 21/22 de septiembre de 1973.

³⁴ Cf., Chaïm Perelman, *La lógica jurídica y la nueva retórica*, Madrid, Civitas, 1979 y Boaventura de Sousa Santos, *O Discurso eo Poder*, Coimbra, Boletín de la Facultad de Derecho de Coimbra, 1980.

entreabriendo las consecuencias históricas del prevalecimiento de una práctica autoritaria sobre intenciones liberales agravadas por un proceso de crecimiento del poder público, teniendo inicio en la década de los treinta, se acentúan gradualmente, configurando un Estado como el protagonista del desarrollo a partir de los años sesenta.³⁵ Esta “ideología del Estado”, presente en muchas tendencias políticas aunque vaga y difusa, fue siempre dañina a la libertad de la organización civil, pues neutraliza cualquier posibilidad de un sistema político menos discriminatorio y más participante. Aun en los momentos de más oxigenación política, como en los años cincuenta, el libre desarrollo de la sociedad civil brasileña estuvo obstaculizado por un sistema de representación de intereses ligado al Estado en forma de una estructura sindical sustentada en el espíritu del corporativismo.

Por eso mismo, la urgencia de un discurso democratizante de oposición, cada vez más contundente, que reúne *clichés* y *slogans* renovados con relación a las persuasivas palabras de orden, como lo eran la reivindicación de la amnistía y la defensa de una asamblea nacional constituyente, está directamente asociada a las condiciones socioeconómicas que, en los años setenta, permitieron una movilización opositora crecientemente eficaz de los segmentos más articulados de la sociedad civil. Desconociendo las particularidades de esta situación, dada su dependencia casi total a un único canal de informaciones, una comunidad de seguridad que predetermina lo que capta y transmite a partir de la polaridad “aliado” *versus* “enemigo”, los detentadores del poder, fundamentaron su dominio conservador — en el sentido de creer que la nación está próxima a una crisis permanente y de que es necesario desarrollar económicamente al país antes de posibilitar su desarrollo político — en función de una concepción ortodoxa de la praxis política: en suma, como si se limitara a todas las acciones realizadas sólo en el ámbito del poder político y a partir del poder.

³⁵ Véase Werner Baer, Anibal Villela e Isaac Kerstenetzky, “As modificações no papel do Estado na economia brasileira” en *Pesquisa y Planejamento*, vol. 3, núm. 4, diciembre de 1973; Jorge Vianna Monteiro y Luis Roberto Azevedo da Cunha, “A organização do planejamento econômico” en *Pesquisa e Planejamento*, vol. 3, núm. 4, diciembre de 1973; Wilson Suzigan, *Aspectos de la Participação de Governo na Economia*, Rio de Janeiro, Ipea/Inpes, 1976; Luciano Coutinho y Henri-Philippe Reichstul, “O sector produtivo estatal e o ciclo”, incluido en la antología de Carlos Estevam Martins, *Estado e Capitalismo no Brasil*, São Paulo, Hucitec-Cebrap, 1977 y Francisco Correa Weffort, “É preciso criar espaço, para a liberdade” en *O Estado de S. Paulo*, 25 de septiembre de 1977.

Al ignorar que la política se hace, necesariamente, al nivel de la sociedad, no restringiéndose al aparato del Estado, el régimen no se dio cuenta de que sus concesiones formales habían abierto un pequeño espacio para la movilización de algunos sectores sociales, de tal forma que el debate político no se situaba en el ámbito de los arreglos institucionales promovidos por el gobierno, sino fuera de él: en las universidades, en los sindicatos, en las iglesias, entre los profesionales liberales y aun (por qué no) en los medios empresariales. El aniquilamiento de las tendencias y de los mecanismos formales de representación, por lo tanto, fue sustituido por una curiosa situación, en la que la articulación de los grupos opositores generó un proceso real de liberalización política, en el cual las cuestiones principales surgieron fuera del marco constitucional y, por extensión, como una amenaza para él. Así, la práctica política fuera de los canales institucionales, autoritarios y restrictivos, posible sólo porque algunos sectores de la sociedad civil consiguieron maximizar el poco espacio disponible, permitió que uno de los dos partidos existentes se consolidara como instrumento de oposición del mismo modo que posibilitó, aunque de modo disperso, la aparición de nuevos liderazgos emergentes, que salieron de las entidades asociativas y representativas sólo por un hecho de continuidad institucional de la carrera política.

A esta altura, esbozados los dos principales discursos democratizantes, es necesario identificar su dinámica y su orientación dada por los diferentes actores mediante el examen de las condiciones políticas y económicas que posibilitaron la transición de la Revolución a la liberalización. De lo que fue expuesto, es importante recordar la situación singular ya mencionada: un proceso de desarrollo capitalista sin una ideología burguesa hegemónica. Mientras la reacción opositora estimulada y organizada por la *intelligentsia* se amplió gradualmente a todos los sectores de la sociedad civil, la ausencia de una intelectualidad conservadora, suficientemente capacitada para formular los argumentos necesarios para la legitimación del sistema económico dominante, resultó en una práctica autoritaria que prevaleció en los momentos difíciles. Lo que hizo que esta liberalización se caracterizara por los avances y retrocesos, o sea, por una tensión dialéctica entre cada logro democratizante y cada retroceso autoritario, dada la necesidad de los detentadores del poder de "no decidir bajo presiones" y, así, de demostrar su autoridad como algo inocente.

b) LAS CONDICIONES DE LA LIBERALIZACIÓN

La liberalización del sistema político brasileño es un curioso proceso que intenta modificar una estructura partidista, un cuadro legal y parte del sistema decisorio sin, por eso, aceptar una participación real de todos los sectores sociales en la vida pública. La propia naturaleza del régimen —sustentado por una alianza entre los cuadros dirigentes y las clases propietarias— indica que el grupo gubernamental responsable por las estrategias liberalizantes jamás contó con una autonomía total. Lo que confirma, en términos prácticos, las preocupaciones teóricas de Gellner, para quien los grupos liberalizantes, que encuentran en la frustrada experiencia checa del ministerio de Dubcek, en 1968, su ejemplo más dramático, invariablemente se enfrentan a un mismo problema: los límites poco claros de un camino resbaladizo y estrecho, exigiendo permanente sutileza y sensibilidad, en la medida en que, frente a las presiones de los sectores capaces de imponer soluciones no democráticas, como la institucionalización militar y de la burguesía, las estrategias no pueden de forma alguna ser operadas mecánicamente.³⁶

Por eso, dependiendo de un esquema táctico que posibilite alianzas y neutralice resistencias, por un lado, y de un cuadro institucional de referencias, por el otro, la liberalización presupone el establecimiento de un dominio un poco más preciso de la ley. No que deje de atender las conveniencias de éstos o sea relativizada como instrumento de dominación, sino en el sentido de que la ley, cuando es respetada en su forma y en sus procedimientos procesales, simbólicamente despierta sentimientos de confianza y facilita los esfuerzos de persuasión en el ámbito de las clases no propietarias.³⁷ Ahora bien ejercido de modo absoluto, el poder es legalmente encuadrado y, en apariencia, sujeto a un control mínimo, lo que deja entrever una de las características que Linz identifica en los regímenes autoritarios: el ejercicio del poder dentro de límites formalmente mal definidos, pero previsibles en función de un pluralismo limitado.³⁸ Sucediendo, pues, en una variedad de contextos dramáticamente

³⁶ Cf., Ernest Gellner, *op. cit.*

³⁷ Para una visión de la norma en cuanto símbolo, véase Thurman Arnold, "El derecho como simbolismo", incluido en la antología de Vilhelm Aubert, *Sociología del Derecho*, Caracas, Tiempo Nuevo, 1971. Véase también, Pierre Legendre, *Jour de pouvoir : traité de la bureaucratie patriote*, Paris, Minuit, 1976 y José Eduardo Faria, *Legalidade e Legitimidade*, Brasília UnB, 1980.

³⁸ Véase Juan Linz, *op. cit.*

contrastantes, la liberalización no es una modificación sociopolítica moderada. Por el contrario, es un tenso proceso de institucionalización de algunas expectativas y garantías, en el cual la consecución de los fines considerados liberalizantes muchas veces exige, paradójicamente, métodos autoritarios. Se acaban las libertades públicas, para preservarlas. Se cierra, para abrir.

Finalmente, todo régimen liberalizante tiene que lidiar, simultáneamente, con resentimientos e idiosincrasias, con sospechas y con los intereses antagónicos de clase, motivo por el cual se ve obligado a intervenir en el espacio público. Como se sabe, en función del patrón histórico de desarrollo de las sociedades capitalistas existen diferentes maneras de lo que se ha llamado intervención reguladora, y aun empresarial, del Estado. Consecuentemente, existen diversos tipos de implicaciones político-industriales, de tal forma que la amplitud de la acción estatal acaba condicionando, en las relaciones entre el Estado y la sociedad, múltiples formas de articulación de intereses dentro y fuera de los canales tradicionales de representación, como los partidos y los parlamentos.

En este sentido, la liberalización brasileña verificada en los años setenta está directamente asociada a la consolidación de modalidades corporativas de articulación entre intereses sociales y organismos estatales. Estos, en la medida en que el régimen condicionó su legitimidad en el desempeño de su gestión, pasaron a operar, al mismo tiempo como *loci* decisorios, estructuras funcionales de representación y mecanismos de resolución y control de conflictos. Esto es lo que explica el superdimensionamiento de los papeles desempeñados por el Consejo de Seguridad Nacional, en el plano de las decisiones políticas fundamentales, procurando someter a una sociedad de clases a soluciones formuladas en función de valores estamentales, y por los consejos Monetario Nacional y de Desarrollo Económico, en el plano de la formulación y de la implantación de la política socioeconómica, formulando estrategias no siempre compatibles con los mecanismos jurídicos de control del poder fijados por la Constitución, pero heredados de una rancia cultura liberal. Pues, con el término de las actividades legislativas, el Congreso dejó de ser un *locus* institucional de transa y acomodación de intereses en conflicto, del mismo modo como el término de las actividades partidarias estimuló la aparición de grupos de presión.

La *despoliticización* de la política en nombre de la eficiencia y de la racionalidad, especialmente entre 1968 y 1974, condujo hacia un

Estado altamente interventor. Y la profundización de este papel, derivado de la tentativa gubernamental de hacer válido el ejercicio absoluto del poder por parte de la administración, exigió la expansión de las agencias estatales. La concentración de esta expansión en el ámbito del poder Ejecutivo, por su lado, provoca la adaptación de las fuerzas sociales organizadas a este patrón, por medio de la multiplicación de los grupos de presión, que se articularon con las agencias estatales responsables de la reglamentación y formulación de políticas relativas a sus sectores de interés. Así, era natural que el proceso decisorio, sin límites institucionales y sin encuadramientos legales, fuera envuelto por círculos de información y presión que pasaron a actuar como mecanismos destinados a permitir la articulación entre sectores del Estado y sectores de las clases sociales.³⁹ Tales sectores permiten darse cuenta de cómo la ampliación de la intervención estatal en la economía, sea por la fuerza de la capacidad decreciente de auto-regulación de mercado, sea por el hecho de que los intereses militares y tecnocráticos exigieron la presencia de empresas públicas en el sector productivo, trajo como consecuencia nuevas formas corporativas de articulación de intereses, de formulación y de implantación de políticas.

En resumen, este corporativismo, esta burocratización y esta *tecnocratización* de la política fueron justificados como elementos necesarios a la organización política del Estado, en la medida en que, a los ojos de los detentadores del poder, podrían viabilizar la realización de sus funciones reguladoras ampliadas. Y, como vimos en el inciso anterior, esta enorme concentración de poder llevada a efecto por la alianza entre cuadros dirigentes y facciones de las clases dominantes, aliada a la inexistencia de bases de legitimidad independientes de la gestión económica, fragmentó todas las posibilidades de un mínimo de movilización de apoyo popular, reabriendo un espacio propio de actuación política para los sectores que se encontraban intimidados o neutralizados, como los medios religiosos, universitarios y sindicales.

Lo que no debe olvidarse, aquí, es que la reapertura de este espacio, entreabriendo una liberalización acelerada por la tensión dialéctica inherente al conflicto de intereses entre el bloque en el poder y

³⁹ Cf., Fernando Henrique Cardoso, *op. cit.* y Bolívar Lamounier, "O discurso e o processo (da distensão as opções do regime brasileiro)", incluido en la selección organizada por Henrique Rattner, *Brasil: 1990: Caminhos Alternativos do Desenvolvimento*, São Paulo, Brasiliense, 1979.

los grupos de oposición que supieron articularse fuera del ámbito de los arreglos gubernamentales, está directamente asociada al comportamiento de la economía brasileña en los años setenta. En este sentido, en la medida en que la situación económica se tornó desfavorable por la crisis energética y por el desorden del sistema monetario internacional, en el plano externo, y por la consecuente necesidad de alterar el perfil industrial de una economía potencialmente inflacionaria y altamente dependiente del petróleo importado, en el plano interno, los excedentes pasaron a no cubrir las exigencias de inversión de las empresas estatales y de las empresas privadas, trayendo como consecuencia una confrontación de objetivos en el ámbito del bloque en el poder.

La percepción de los diferentes grados de tensión entre el sector público y la iniciativa privada, de 1964 en adelante, varía conforme a los resultados obtenidos. Mientras la economía crece en tasas satisfactorias, como entre 1969 y 1972, se vuelve más fácil la división de los lucros. Al final, todos ganaron lo suficiente para financiar su expansión. No obstante, la situación se altera cuando la economía se desacelera; en ese momento, las nuevas oportunidades de inversión se identifican con los nuevos y escasos proyectos que dependen de la decisión política de aquellos que controlan las zonas de incertidumbre vitales en un sistema caracterizado por sus rasgos corporativistas, como los militares, en términos de fuerza, y los tecnócratas, en términos gerenciales, entreabriendo la crisis política a nivel de alianza entre los sectores dirigentes y las clases dominantes.

El desgaste del bloque en el poder se da a partir de 1973, cuando el dinamismo de las industrias de bienes de consumo duradero y no duradero fue menor que el necesario para mantener los niveles deseados de ocupación de la creciente capacidad instalada en el período inmediato anterior. Esto propició una acelerada disminución de la inversión en esos sectores, produciendo efectos desaceleradores para el conjunto de la economía. Mientras que, gracias a las formas autoritarias de acumulación y de localización de los excedentes, la desaceleración no se hizo profunda: se transformó en una recesión debido al mantenimiento de niveles elevados de inversión pública, tanto de las empresas estatales como del propio gobierno, dada la necesidad de una estrategia social que atendiera, conjuntamente, las demandas salariales irreprimibles y las demandas de bienestar, en vista de que los controles políticos institucionales se mostraban insuficientes para contener la insatisfacción popular.

Otro aspecto de la crisis es el recrudecimiento del proceso inflacionario, provocado por la correspondencia de los precios internos con los precios externos en elevación. Con esto, por un lado los precios de los productos agrícolas en el mercado interno tendieron a seguir los precios internacionales, ampliando la tensión social y exigiendo del gobierno concesiones y nuevas técnicas de captación; por otro, la repentina elevación de los insumos importados repercutió directamente en la estructura de costos de las empresas, especialmente en combustibles y transportes. Esta elevación de precios sucedió en un momento en que la economía ya había entrado en una desaceleración del crecimiento, obligando a las empresas privadas a aumentar su endeudamiento corriente y generalizando la práctica de la remarcación de precios. Perjudicando el cálculo económico asociado a las decisiones de inversión, estimulando la especulación y desgastando los salarios, esas presiones alcistas sobre los precios fueron reforzadas por la consolidación de un sistema financiero crecientemente poderoso, alimentado por la política monetaria y por las tasas de interés. A todo eso se suma, todavía, el pésimo desempeño de una agricultura fuertemente subsidiada, pero ineficaz, en términos de productividad.⁴⁰

Condicionado por la necesidad de legitimarse por la acción económica, y sin posibilidades de continuar manteniendo a la sociedad civil estrangulada mediante controles políticos autoritarios, el régimen pasa a debatirse entre las tentativas por encontrar un nivel óptimo de compatibilidad entre una estrategia anti-inflacionaria, la neutralización de los desequilibrios de la balanza de pagos y la preservación de un determinado ritmo de actividad económica. Y su acción, invariablemente, refuerza la transferencia del presupuesto del sector privado al sector público, lo que, por extensión, deja ver el carácter político de la recomposición de las inversiones públicas y privadas, en la cual éstas son dependientes de las compras gubernamentales y de los incentivos fiscales.

En otras palabras, mientras que condiciones económicas favorables posibilitaron la expansión acelerada, gracias a una política de concentración del ingreso y de formación obligatoria de un ahorro garantizado por los instrumentos de ejecución, los excedentes obte-

⁴⁰ Cf., Henri-Philippe Reichstul y Lidia Goldenstein, "Sessenta anos de economia - do complexo cafeiro a industrialização", en *Gazeta Mercantil*, 29 de abril de 1980 y Marcellio Marquez Moreira, "A economia brasileira e os años 70" en *Jornal do Brasil*, 9 de abril de 1978.

nidos fueron suficientes para mantener unidos a los capitales públicos y privados, viabilizando la alianza de cuadros dirigentes y clases dominantes. Pero, del mismo modo como volvió posible, autoritariamente, la capitalización de la burguesía, mediante el aniquilamiento salarial y el férreo control sobre el movimiento sindical, tales instrumentos también revelaron sus aspectos coercitivos contra esa burguesía una vez que los poderes concentrados en el Ejecutivo pasaron a controlar la tecnocracia, militarmente sustentada, cuando las circunstancias económicas desfavorables se sucedieron y los diferentes segmentos del bloque en el poder se vieron en una situación de relativo equilibrio de fuerzas en la defensa de sus intereses. Consecuentemente, en función de su volumen reducido, la repartición de los excedentes tendría que hacerse con base en una revisión de criterios. Contando con instrumentos de excepción y controlando operacionalmente el aparato del Estado, mientras el empresariado no se podía valer sino de un Congreso sometido y de frágiles entidades de clase, el sector público empezó a ganar ventaja en la división y a desarrollar reglas de decisión sobre sus propias acciones. Configuró, así, una ampliación de su autonomía, llegando a una especie de "capitalismo de Estado", dejando entrever el potencial de acción arbitraria del aparato estatal en situaciones autoritarias, en las cuales la sociedad civil se ve expropiada de instrumentos propios de acción política.⁴¹

Por eso mismo, la reacción del empresariado, ya sea promoviendo un debate político a favor de la democratización, ya sea patrocinando una campaña contra la estatización de la economía, desencadenando importantes hechos políticos en la segunda mitad de los años setenta, no fue, sólo, el reconocimiento implícito de su marginalización en el interior de los centros decisorios. Más que eso, trajo la erosión del bloque en el poder, al mismo tiempo que agravó el dilema de un régimen que, para mantenerse, se vio obligado a patrocinar una liberalización consentida, tolerada. Por un lado, la reducción del coeficiente de acumulación de capital, en virtud de la desaceleración económica, pasó a exigir nuevos criterios políticos de distribución de los excedentes, lo que, por extensión, no sólo amplió la confrontación de intereses entre el sector público y la iniciativa privada, sino que volvió notorio el conflicto entre la lógica empresarial de la acción estatal y las actividades de formulación política del Es-

⁴¹ Cf., Joaquim Hirsch, *op. cit.*; Carlos Estevam Martins, *Capitalismo de Estado e Modelo Político No Brasil*, Río de Janeiro, Graal, 1977 y Fernando Henrique Cardoso, *op. cit.*

tado. Por el otro, la tensión social latente, favoreciendo la movilización opositora y despertando el espíritu de desobediencia civil a los controles autoritarios carentes de cualesquier grados de legitimación, pasó a exigir del gobierno respuestas a corto plazo en relación con la atención de ciertas demandas irreprimibles.

En sus diferentes matices, por lo tanto, la liberalización brasileña expresa el modo por el cual ese dilema fue enfrentado. En pocas palabras, se traduce en un momento de reorganización multidimensional del poder, en el cual las partes procuran conquistar nuevos aliados para, así, obtener la fuerza política necesaria para la reconquista de prerrogativas o la readopción de las condiciones de mando. Por eso mismo, la alineación política es angustiosa, de tal modo que, mientras los sectores más modernos del empresariado, como el de bienes de capital, se aproximan a los liderazgos sindicales más activos, como los que representan a los trabajadores en los centros más industrializados de la América Latina, segmentos de las Fuerzas Armadas hablan un lenguaje nacionalista y los tecnócratas promueven una cierta recomposición en el poder de compra de los salarios.

Retomando la discusión del inciso anterior, relativa a los dos discursos democratizantes que franquean la liberalización, es necesario, ahora, analizar las posibilidades de un nuevo pacto institucional. Como estos discursos son marcados por *topoi*, *slogans* y *clichés*, entre los cuales es posible establecer jerarquías flexibles y el conflicto de lugares comunes contradictorios en la argumentación de un caso concreto, se vuelve necesario identificar el comportamiento específico de cada parte en su tentativa de valerse retóricamente de la idea de democracia para, con esto, persuadir a las demás partes de la importancia de los valores y motivos de que informan sus propuestas de una distensión tolerada, a los ojos del Estado, y de una democratización efectiva, a los ojos de la sociedad civil.

c) CORPORATIVISMO – REPRESENTACIÓN:
EL CONFLICTO POR UN NUEVO PACTO

Si la liberalización brasileña es, por un lado, la ruptura de una alianza de clases, en la medida en que la acción tecnocrático-militar violó la norma del pluralismo limitado y alejó de los círculos del poder a la facción más débil en la disputa por los excedentes, y, por otro, una confirmación de que la estabilidad política alcanzable por instrumentos jamás es absoluta sin una base mínima de legitimidad,

aunque el régimen esté dispuesto a cargar con los pesados costos de la represión, la actual reorganización multidimensional del poder deja ver una situación ambigua: la posibilidad de un retorno a las instituciones democrático-representativas, conforme a los intereses de la sociedad civil, en una simbiosis con las prácticas burocrático-autoritarias introducidas por la corporación militar y por el establecimiento tecnocrático desde 1964.

Es cierto, como vimos, que tanto los cuadros dirigentes como las clases dominantes tienen hoy conciencia de que sólo un nuevo orden institucional logrará traer la estabilidad básica para la consecución de sus intereses. Pero, también es verdad, que no se manifiestan dispuestos a aceptar un pacto más abierto que permita, por ejemplo, la conversión en poder concreto de la representatividad opositora. Por esto, su retórica democratizante, que destaca la participación *con responsabilidad*, no nos dice más que el temor a una revolución de clases. O sea: la disposición de determinar parámetros estrechos para la negociación entre las diferentes fuerzas políticas "responsables" y relativamente aceptables por los grupos capaces de imponer soluciones no democráticas.

Este cuadro, en el cual los márgenes de negociación están sufriendo una relativa ampliación sin que lo esencial pueda ser realmente debatido, configura lo que Linz llamó situación autoritaria:⁴² una crisis de legitimidad del sistema político sin ninguna perspectiva de una institucionalización, de una solución nuevamente autoritaria. Las clases dominantes y los cuadros dirigentes saben que tienen que ceder anillos para no perder los dedos, es cierto, pero no tienen posibilidades de apoyar un nuevo retroceso político como el verificado con la edición de los instrumentos de excepción, entre 1968 y 1974. Del mismo modo como también es cierto que los liderazgos sociales emergentes, aunque representan a una oposición retóricamente movilizada, no disponen de un proyecto explícito ni de fuerzas necesarias para imponer una democratización real.

En pocas palabras: todo el apoyo que el régimen pueda eventualmente tener, continúa dependiendo, esencialmente, de sus realizaciones inmediatas y de concesiones que hagan viable la captación de algunos grupos opositores moderados, como los representados por los liberales y por las facciones de la burguesía, que fueron mar-

⁴² Cf., Juan Linz, "The future of an authoritarian situation or the institutionalization of an authoritarian regime: the case of Brazil", incluido en la selección de Alfred Stepan, *Authoritarian Brazil*, N. Haven, Yale, 1973.

ginados de los círculos decisorios. Mientras tanto, cada dificultad económica se convierte seguramente en una implacable crisis de legitimidad y ese apoyo se desvanece inmediatamente, rompiendo la norma del pluralismo limitado que caracteriza a los regímenes autoritarios. En última instancia, mientras el proceso decisorio continúa monopolizado por la corporación militar y por el establecimiento militar, articulándose por el Consejo de Seguridad Nacional y por el Consejo de Desarrollo Económico, el sistema de producción de conocimiento, explicación e interpretación de la sociedad permanece controlado por una *intelligentsia* permanentemente crítica. Lo que revela, por extensión, lo precario e inestable del pacto que, a partir de ahora, está emergiendo en el Brasil.

No se puede olvidar, en este sentido, que la discusión política se traba en dos niveles: el de los arreglos institucionales, en el que el régimen cuenta con una autoridad *formal*, y aquél fuera del marco oficial, en los sindicatos, en la Iglesia, en las universidades, en las asociaciones de profesionales liberales y aun dentro de las entidades empresariales. Si bien es cierto que el espacio público fue institucionalmente ampliado por la reforma constitucional que encuadró legalmente un poder antes ejercido en forma absoluta, concedió una amnistía parcial, autorizó la reorganización partidista y restableció algunas libertades públicas, también es cierto que el régimen no consiguió obtener, a pesar de esas concesiones, un mínimo de *autoridad real* que lo calificara para el diálogo.⁴³

La verdad es que, sin competencia para formular una ideología hegemónica que encaminara la defensa de sus intereses conservadores y con la necesidad de ser tomado en serio en su discurso democratizante, el régimen se vio preso en la propia trampa de la que se valió siempre para controlar autoritariamente el espacio público de la palabra y de la acción: la de identificar la praxis política como posible sólo al nivel del aparato del Estado, considerando tanto ilegal como ilegítima la participación política por medio de otras enti-

⁴³ *Autoridade formal*, aquí, debe ser entendida como aquella establecida por una ley que, impuesta por un Estado que es el detentador del monopolio de la fuerza, no es necesariamente legítima. Por *autoridad real*, aquí, se debe entender el reconocimiento del escucha como habilitado para el diálogo. La calificación de esa habilitación se da cuando el orador reconoce al escucha no sólo el derecho de crítica, sino también, la posibilidad de éste a exigir nuevas justificaciones del discurso de aquél. En estos términos, todo discurso envuelve una regla fundamental: el deber de prueba. Este deber, que se manifiesta en la reflexión de la discusión, es su regla básica y su centro ético y lógico, a partir del cual es posible concebir el diálogo teniendo en cuenta sus diferentes componentes. Cf., Tércio Sampaio Ferraz Jr., *op. cit.*, p. 8.

dades que no fueran los partidos. Pues, al intentar amoldar la acción política a una rígida estructura bipartidista, incompatible con la diferenciación de núcleos políticos e ideológicos inherentes a una *sociedad altamente estratificada*, no sólo transformó cada elección en un plebiscito sino que, igualmente, creó condiciones para que la oposición se uniformara a partir de simples *slogans* y *clichés* y ganara fuerza. Mientras que jamás aceptó que convirtiera su representatividad en poder concreto, en una condenación semejante a la de Sísifo, como en la leyenda contada por Homero. Aunque legalmente autorizara al partido de oposición a compartir con el partido de situación el monopolio de la representación política, el régimen siempre ignoró al primero como un interlocutor fuerte, valiéndose de una legislación casuística para manipular el juego electoral, y, así, evitar la alternación en el poder.

Por lo tanto, habiendo roto con algunas reglas básicas de la comunicación política,⁴⁴ como el deber de prueba de sus decisiones y el reconocimiento del derecho de crítica de la sociedad, utilizando los pretextos de la seguridad nacional y aniquilando las manifestaciones de pensamiento, ¿de qué manera podría el régimen encontrar condiciones para calificarse, en términos de autoridad para el diálogo, en el camino retórico de una distensión tolerada destinada a compensar el desgaste provocado por una alianza de clases incapaz de legitimarse en bases autoritarias permanentes? Esta paradoja se configura con nitidez en la medida en que, habiendo enviciado la representación institucional por la perversión de los mecanismos de lealtad política,⁴⁵ todo el eventual apoyo que el régimen podría cooptar junto a la oposición legalmente constituida, en la negociación de un nuevo pacto de dominación, sería insuficiente para encaminar su

⁴⁴ Como en un diálogo existen siempre tres componentes, el orador, el auditorio y el objeto de la discusión, las reglas generales y básicas del discurso dialógico, que es el discurso político, son las siguientes: a) toda acción lingüística puede ser cuestionada; b) una acción lingüística primaria del orador no puede, eventualmente, ser defendida por el orador; el escucha se limita a ella, pero c) el orador no puede ya ponerla en duda. Este tipo de discurso, así, articula las alternativas, pero no las elimina, lo que demuestra su carácter abierto e imprevisible. A fin de cuentas, siendo el objeto de la discusión reflexivo, revela una estructura que no sólo constituye un modelo directivo, sino un esquema plurivectorial de posibilidades generalizadas, esto es, posibilidades dotadas de una cierta neutralidad frente a las diferencias, la cual no limita, sino por el contrario, aumenta el potencial para la complejidad. Cf., Chaïm Perelman, *op. cit.*, y Térciop Sampaio Ferraz Jr., *op. cit.*

⁴⁵ Los mecanismos de lealtad política son aquellos que garantizan el respeto a las reglas del juego político necesarias para la seguridad y la certeza de los mecanismos de mercado, de naturaleza económica, y de los mecanismos de voz, de naturaleza política. Cf., Albert Hirschman, *Voz, Salida e Lealdade*, São Paulo, Perspectiva, 1973.

proyecto de distensión formal y de reconquista de la estabilidad: una vez que, dada la realidad de un sistema parlamentario frágil y de liderazgos partidistas sin autoridad moral frente a todas las clases de la opinión pública, este apoyo expresaría cuando mucho, un eco popular demasiado difuso y, por lo mismo, poco representativo. Así, dada la necesidad de una movilización real y efectiva para el restablecimiento de niveles mínimos de lealtad a las instituciones, ¿de qué modo podría reconocer el régimen como válidos los liderazgos sociales antes ignorados en los sindicatos, en la Iglesia, en las universidades, en las entidades de profesionales liberales y aun en los medios empresariales, sin perder todavía más su credibilidad?

Esta incongruencia revela, en toda su dimensión, uno de los principales dilemas del Brasil contemporáneo: aunque exista una conciencia de que hay una necesidad absoluta de negociación de un nuevo contrato social, los interlocutores, actuando en niveles distintos, no pueden valorarse recíprocamente. A nivel de la sociedad civil, lo que se ansía es tanto una condensación de los canales de representación como una definición de fórmulas de participación política más ágiles, en condiciones de complementar los mecanismos parlamentarios y de aumentar la complejidad del sistema político en función de la creciente complejidad social, mediante la multiplicación de las discusiones y de los *loci* decisorios en los más variados niveles. A nivel del Estado, por lo tanto, los sectores capaces de imponer soluciones no democráticas, de forma alguna prescinden ya de las fórmulas burocrático-autoritarias, que inhiben los sistemas asociativos y debilitan los canales de representación global de la sociedad, ya de los mecanismos de formación compulsiva de ahorro, localización de recursos y dirección del proceso económico. El enfoque conservador de su discurso, en este sentido, es el de tratar de simplificar la complejidad social, uniformándola a partir de una concepción pretendidamente burocratizante del poder y de las relaciones sociales, en la cual, lo que importa no es ni la libre argumentación ni la posibilidad de persuasión, inherentes a la praxis política, sino la obediencia en función de criterios jerarquizantes de un saber especializado y de valores estamentales.

Entre tanto, ese cuadro nebuloso de una liberalización producida por la tensión dialéctica entre los dos discursos democratizantes ya analizados, que operan en espacios distintos y en rutas opuestas, en realidad encuentra su punto de estrangulamiento en las profundas desigualdades sociales materializadas por los altos índices de violen-

cia urbana, por la insatisfacción de las clases medias, por la inseguridad del empresariado, por los conflictos parcelarios y, principalmente, por una especie de espíritu de desobediencia civil perceptible en las huelgas estudiantiles, de empleados bancarios, metalúrgicos, profesores y trabajadores del servicio público en las capitales más industrializadas del país.⁴⁶ Es necesario decir que: la deuda social del régimen es tan alta que, hoy agravada por una inflación incontrolada que castiga drásticamente a los asalariados, por una deuda externa que hace que el país esté próximo a la insolvencia y por una reducción del nivel de actividad económica que de hecho encubre una recesión, puede llevar a la ruina del espacio institucional, provocando un explosión del proceso político. Así, el abismo entre el *país formal* y el *país real*, creciente y preocupante, deja entrever una participación política cada vez más contundente y fuera de los marcos institucionales, contra las propias instituciones, creando condiciones para el advenimiento de una mezcla-populista inestable, precaria, ineficaz y de consecuencias imprevisibles.

Aquí, justamente, se debe concentrar la atención al papel que actualmente desempeñan los sectores más articulados de la sociedad civil; sectores despreciados como interlocutores formales por los detentadores del poder, como la Iglesia, la nueva clase obrera y el movimiento universitario. Pues si bien es verdad que el principal factor de deflagración de la liberalización fue el desgaste de la alianza de clases en el poder, también es cierto que el rencuentro de un eje de gravedad político ahora también está asociado al comportamiento de estos mismos protagonistas — los cuales, de cierto modo, tienen la

⁴⁶ Tras esos conflictos se encuentra, realmente, este sombrío cuadro de desigualdades materiales:

DEUDA SOCIAL EVOLUCIÓN 1960-1977	MILLONES	
	1960	1977
ANALFABETAS (7 años o más)	23.4	22
CARENTES TOTALES	—	20
MENORES ABANDONADOS	—	2
TRABAJADORES NO REMUNERADOS	3.4	5
FAMILIAS ABAJO DE LA LÍNEA DE POBREZA (hasta 1 SM)	—	5
VIVIENDAS RÚSTICAS	4.6	5
VIVIENDAS DE UN SOLO DORMITORIO	4.3	7
PERSONAS SIN AGUA ENTUBADA	32	55
VIVIENDAS SIN INSTAL. SANITARIAS	7	6
PERSONAS SIN LUZ ELÉCTRICA	44	40

Fuentes: PNAD — 1977 y Censo General de 1960.

dimensión de su papel político directamente asociada a la actividad económica y a las restricciones de las libertades públicas del régimen autoritario implantado en 1964. Se trata de una situación que, revestida de una apariencia paradójica, tiene su lógica explicada por la pretendida tentativa de los detentadores del poder de legitimarse por los resultados concretos obtenidos por el desempeño de su gestión.

A fin de cuentas, en el ámbito sindical, fue justamente la importancia concedida al crecimiento acelerado y a los proyectos de grandeza nacional la que propició un proceso de industrialización responsable por la aparición de una nueva clase obrera, profesionalmente más calificada y, políticamente más capaz de articularse para reclamar una mayor parte de aquello que ayudó a construir. En el área universitaria, la creciente localización de recursos y la consecuente ampliación de la oferta de lugares, multiplicaron la población estudiantil, abasteciendo, así, un peso importante en la consolidación de las fuerzas de oposición. En el plano científico-cultural, a pesar de la mutilación de los cuadros académicos, la intelectualidad supo maximizar el restringido espacio dejado para producir una ideología liberalizante, francamente opositora. Lo curioso, aquí, es que, por un lado, el régimen juzgó legitimarse por una visión puramente cuantitativa de su propio esfuerzo administrativo, por otro, la *tecnocratización* de la vida pública generó una demanda de participación política que, contenida por la represión policíaca, hizo que la sociedad civil superara las debilidades naturales de su proceso de maduración y forjara liderazgos más contundentes y preparados. Estos liderazgos se fortalecieron en la medida en que, para sobrevivir a los momentos de mayor autoritarismo, tuvieron que maximizar sus potencialidades y substituir por un espacio propio el pequeño y controlado espacio institucional.

La nueva clase obrera, dirigiendo sus reivindicaciones más en función del patronato privado que de una disputa por concesiones providenciarias estatales, el movimiento estudiantil, convirtiéndose en un factor de entrenamiento y de reclutamiento político de las nuevas generaciones y una Iglesia progresista, francamente volcada a las actividades comunitarias en defensa de los intereses de las clases no propietarias, representan, así, la respuesta de la sociedad civil a las tentativas de los detentadores del poder, de homogeneizar la representación partidista, artificializar los conductos parlamentarios, arruinar los esfuerzos legislativos y diezmar la renovación de los liderazgos sociales. Tales protagonistas pueden continuar sin un

proyecto político explícito y articulado, aunque cuenten con una ideología nítida y elaborada por la comunidad académica, sin embargo, ya no se movilizan sólo a partir de *slogans* y *clichés*. Consecuentemente, el hecho de que continuaran siendo ignorados formalmente por el régimen, como protagonistas políticos, le da al discurso democratizante oficial un aspecto carente de sentido, como en el universo absurdo de Brecht, en el sentido de que los hombres deben ser anulados cuando no son compatibles con las leyes.

La verdad es que la necesidad de un nuevo orden institucional sustentado en bases más duraderas de legitimidad parece llegar a niveles críticos, bajo el riesgo de la anomalía social y de la explosión del conjunto de instituciones formales, al mismo tiempo en que los detentadores del poder continúan insistiendo en entender la liberalización exclusivamente como un conjunto de concesiones. Captando y comprendiendo la realidad prácticamente por un único canal de información, materializado por la comunidad de seguridad que predetermina lo que transmite a partir del criterio *amigo—enemigo*,⁴⁷ el discurso del régimen de ninguna forma expresa la percepción y la conciencia de que cualquier nuevo contrato social solamente será eficaz si corresponde a las exigencias de fuerzas ideológicamente diferenciadas — entre éstas, Iglesia y sindicatos como partidos políticos de hecho —. Pensar lo contrario, como lo hacen los detentadores del poder en su visión burocratizante de las relaciones sociales, no es sólo un error estratégico que ha motivado la aparición de focos de intransigencia tanto en el Estado como en la sociedad, que encuentran sus mejores ejemplos en las manifestaciones de terrorismo. Es, también, una demostración de debilidad —lo que permite reafirmar que, si la liberalización fue provocada por el desgaste de la alianza de clases dominantes y cuadros dirigentes en el poder, hoy, por la propia dinámica de la liberalización y por las consecuencias de la confrontación de los dos discursos democratizantes, ese bloque no tiene posibilidades de reproducir esa alianza mediante una exclusión *a priori* de los liderazgos emergentes de la sociedad civil. Aun cuando, no bastara la contundencia de la acción opositora del clero y de la nueva clase obrera, convirtiendo la distensión en un hecho irreversible y el retroceso autoritario en un riesgo de consecuencias imprevistas para aquéllos capaces de soluciones no democráticas,

⁴⁷ Sobre la predeterminación de las informaciones por un único canal, y aun por criterios de seguridad nacional, ver Celso Lafer, *O Sistema... op. cit.*

tanto la corporación militar y el establecimiento tecnocrático como los segmentos que componen la burguesía, no tienen, necesariamente, una nítida conciencia de grupo, presentan una cohesión decreciente y se rigen por una unidad de acción de discutible precisión.

De hecho, la multiplicación política de los precios del petróleo y el desorden del sistema monetario internacional, con base en la decisión de la OPEP que reclamó un nuevo orden mundial, en el segundo semestre de 1973, llevando a la explosión del costo de materias primas, a la adopción de una flexibilidad controlada en las tasas de cambio y al fin del *boom* sincronizado de las economías de la OCDE, en el Brasil tuvo la consecuencia práctica de depurar las clases propietarias del bloque en el poder, dejando entrever a los verdaderos responsables de las decisiones fundamentales: los militares, en el plano político, y los tecnócratas, en el plano gerencial. Sin un proyecto político claramente articulado y capaz de moldear el aparato estatal simultáneamente a la estructura de la sociedad en conformidad con la lógica de la economía de mercado, el empresariado acabó tomando conciencia de que, aun en los años económicamente favorables, siempre *sub-utilizó* y *sub-ejerció* el poder. Con la configuración del carácter burocrático-corporativista del régimen, este mismo empresariado se reveló incapaz de darse cuenta de que su acceso sectorial al Consejo Monetario Nacional y al Consejo de Desarrollo Económico, reflejando la dislocación del eje dinámico de la política sustantiva del Legislativo para las agencias relativamente autónomas del Estado, en el ámbito de las cuales predominaba el juego de presiones y contra-presiones entre burocracias especializadas, debilitaba la representación global de sus intereses.

Aún ahora, aunque algunos de sus segmentos más articulados hayan conseguido un mínimo de prestigio político por la insistencia en posiciones liberalizantes y por un tránsito razonable junto al clero y a la clase obrera, teniendo la ventaja de actuar en sectores decisivos para la conservación de la soberanía nacional en el proceso productivo, el empresariado, como clase, continúa actuando en función de diferentes intereses inmediatos, lo que les impide articularse hegemónicamente en torno a un proyecto común explícito. Una simple pregunta —¿Cómo controlar al Ejecutivo a fin de contenerlo y de reorientarlo en dirección de un capitalismo industrial, capaz de garantizar las condiciones para la reproducción del capital a partir de lo que Weber llamó cálculo económico?— revela que no tiene cohesión ni unidad de acción, y mucho menos, conciencia de grupo en la

formulación de una estrategia que permita retomar los recursos apropiados por el aparato estatal. Mientras su sector más moderno tiene la sensibilidad necesaria para darse cuenta que solamente podrá readquirir la influencia perdida si consolida alianzas con los liderazgos emergentes de la sociedad civil, con la finalidad de ganar poder de decisión para competir nuevamente con las empresas estatales en la disputa de los excedentes, su sector más atrasado continúa entendiendo que su participación debe estar volcada hacia el mantenimiento de algunas prerrogativas. A fin de cuentas, formado especialmente por pequeños y medianos empresarios, su actitud reaccionaria está asociada a su incapacidad de lidiar con los sindicatos obreros fortalecidos.

Por lo tanto, la retórica anti-estado del empresariado no se traduce más que en una cierta falta de autoridad y una elección angustiante, entre riesgos, por una clase heterogénea.⁴⁶ Pues, si por un lado no esconde su temor de relacionarse con los grupos que jamás tuvieron asiento en la mesa de decisiones, por otro, no consigue neutralizar la sospecha de poder sustituir sus reivindicaciones liberalizantes una vez que sus fines inmediatos sean obtenidos. En resumen: la retórica democratizante de ese empresariado heterogéneo es conservadora y, aun en el ámbito de una burguesía nacional capaz de una composición más amplia con los demás sectores de la sociedad civil en torno a un proyecto nacional, suscita una duda: en el régimen de sus sueños, ¿a quién servirán las instituciones más abiertas, sea en el control de la intervención estatal, sea en la conservación de liberales principios de certeza jurídica, inherentes a las concepciones de Estado de Derecho?

d) LOS DUEÑOS DEL PODER Y SU CRISIS DE IDENTIDAD

Si el empresariado enfrenta la inexistencia de una nítida conciencia de grupo en condiciones de aumentar su cohesión en la acción volcada hacia la reconquista de prestigio e influencia junto al blo-

⁴⁶ Véase Wanderley Guilherme dos Santos, *Ordem Burguesa e Liberalismo Político*, São Paulo, Duas Cidades, 1978; Luis Carlos Bresser Pereira, *Estado e Subdesenvolvimento Industrializado*, São Paulo, Brasiliense, 1977; Fernando Henrique Cardoso, "A fronda conservadora", en *Folha de São Paulo*, 21 de enero de 1979; Eli Diniz y Renato Boschi, *Empresariado Nacional e Estado no Brasil*, Río de Janeiro, Forense-Universitária, 1978. Véase, también, el amplio resumen de la investigación sobre el pensamiento político del empresariado brasileño, realizado por el Instituto de Pesquisas de Río de Janeiro y publicado por el *Jornal do Brasil*, el 13 de febrero de 1977.

que en el poder, también la corporación militar y el establecimiento tecnocrático tienen dificultades semejantes para mantener el control del proceso de liberalización.

En el caso de la tecnocracia, su expansión fue acompañada por un simultáneo proceso de fragmentación y creciente autonomía de algunas agencias estatales. A tal punto que la pequeña resistencia opuesta por el sector privado a la expansión reguladora y sintetizadora del Estado puede ser explicada por la coexistente fragmentación de su capacidad locativa.

Si bien es cierto que el propio tipo de capitalismo que el régimen de 64 pretendió salvar, acabó generando nuevas fuentes de poder independiente, también es cierto que la tecnocracia, a pesar de disponer de la localización global de los recursos y mercados individuales, mediante la producción directa en sectores monopolizados, jamás llegó a actuar articuladamente como grupo.

Es verdad que para forzar una unidad de acción, el régimen modernizó y consolidó los órganos más altos, dotándolos de un inmenso poder de legislar. Pero, dentro de los parámetros trazados por los órganos normativos genéricos, la ejecución específica de las normas se quedó al capricho del juego de negociaciones y presiones que se estableció entre las diversas agencias estatales fragmentadas y las diferentes facciones que componían su clientela específica. Esta situación se puso en evidencia todavía más después de la crisis energética, llevando al régimen a concentrar la responsabilidad por las decisiones en la jefatura de un Ejecutivo autocrático y neutralizando parcialmente los órganos interministeriales de altura como *locus* de negociación y transa en la formulación de la política económica. Así, sin una sede común que funcionara como válvula de seguridad para las tensiones de una compleja maquinaria burocrática, el conflicto inter-burócratico en el ámbito tanto de la administración directa como de la administración indirecta ganó mayor intensidad.

A fin de cuentas, a partir de ese cuadro, los objetivos fueron definidos en una estrategia de contener las importaciones, por el estímulo a la producción interna de insumos básicos, aunada a un mayor rigor en el control de las cuentas externas y una tentativa de evitar una reducción drástica del nivel de actividad económica, frente a la necesidad de un millón de nuevos empleos por año. Mientras que los instrumentos de implantación estaban dispersos entre los diferentes ministerios y agencias, cada uno dirigido por un protagonista con una determinada manera de percibir y afectar la

realidad nacional.⁴⁹ con una determinada concepción del instrumental a su disposición y actuando en función de su percepción y de su espacio funcional, la dispersión aumentó y con ella, las confrontaciones se tornaron inevitables.

Por eso, hoy el aparato estatal no puede orientarse con eficacia y su capacidad de afianzar metas y de implantar políticas públicas es discutible. Corroída por las fricciones internas, se revela impotente en cuestiones esenciales, como, por ejemplo, el control del nivel de "privatización" en la lógica de acción de sus propias empresas. Al final, en torno a cada proyecto en el ámbito nacional, el Ejecutivo está obligado a componer los intereses específicos de cada segmento de sus propias empresas y agencias. Mientras que ninguno de esos intereses, es capaz de imponerse sobre los demás, el Estado, entonces, se vuelve blanco de reivindicaciones contradictorias que no consigue conciliar ni atender.

Las empresas estatales, por ejemplo, preocupadas con la minimización de los riesgos, con el costo del equipo, con su calidad tecnológica y con el plazo de entrega, el cual debe corresponder a sus cronogramas de inversión, no se preocupan por dar prerrogativas a sus pedidos para el mercado interno, ya sea con el fin de incentivar el desarrollo del empresariado privado nacional, ya sea con el fin de ahorrar divisas. En este sentido, fijando sus objetivos bajo una lógica gerencial privativista, estas empresas públicas dejan de ser instrumentos de una política económica, debilitando crecientemente el poder estatal de componer intereses y de definir una estrategia industrial consecuente. Alimentan, por extensión, el círculo vicioso de las dificultades económicas agravando los problemas de la inflación y de la balanza de pagos, estrechando el radio de acción y volviendo inevitables los cambios en su carácter y en su forma de sustentación.⁵⁰

Por lo tanto, esa tecnocracia fragmentada hace patente no sólo el desgaste del bloque en el poder, en la medida en que la margina-

⁴⁹ Sobre los diferentes modos de percibir y afectar una realidad política, ver la distinción que Raymond Aron hace entre *política-conocimiento* y *política-realidad* en *Démocratie et Totalitarisme*, *op. cit.*

⁵⁰ Véase, José Eduardo Faria, "A hora da legitimidade das discordancias" en *O Estado de S. Paulo*, 16 de septiembre de 1979; Wanderley Guilherme dos Santos, *Poder & Política (Crônica do Autoritarismo Brasileiro)*, Río de Janeiro, Forense, 1978; Sérgio Henrique Abranches, "Empresa estatal e capitalismo: uma análise comparada", incluido en la selección de Carlos Estevam Martins, *Capitalismo de Estado e Modelo Político no Brasil* y Eli Diniz y Renato Boschi, "Elite industrial e Estado: uma análise da ideologia do empresariado nacional nos anos 70", incluido en la misma selección.

ción del empresariado privado nacional lleva a su sector más moderno a promover una campaña democratizante y anti-estado y a dialogar con los liderazgos emergentes de la sociedad civil, sino que, al igual, deja entrever la vulnerabilidad brasileña como país dependiente y periférico en el contexto del capitalismo mundial; pues, conscientes de que el modelo económico brasileño depende de recursos externos sólidos y de transferencia de tecnología, las transnacionales se niegan a comprometerse en proyectos por demás ambiciosos bajo el patrocinio estatal, en los que un cálculo económico muchas veces es sustituido por los valores estamentales de grandeza de los militares o por los intereses específicos de segmentos tecnocráticos y a invertir sin que les sean ofrecidas ventajas y garantías.

El último protagonista a ser analizado es la corporación militar. Factor decisivo en la composición del régimen posterior a 1964, su comportamiento político en esa época marca el momento en el que las Fuerzas Armadas encuentran una definición más clara y coherente respecto a lo que debería ser el papel de su organización en la sociedad brasileña. Abierto a las diferentes formulaciones ideológicas e influencias profesionales, el Ejército necesitó acomodar concepciones divergentes en cuanto a la naturaleza de la "buena sociedad" a ser creada y en cuanto al modo de crearla. A pesar de todo, sin embargo, las divergencias internas jamás desaparecieron. Con la crisis de los años setenta, su identidad se manifestó difusa, a tal punto que la fragmentación política tornó problemática la formación de un consenso en cuanto a sus objetivos, una vez que existían tantas concepciones al respecto de lo que debería ser el papel de la organización militar como facciones en las que se pulverizó el campo de discusión política civil.

Esa identidad ambigua, revela así el carácter paradójico de la intervención política de las Fuerzas Armadas. A fin de cuentas, en cuanto corporación, su unidad debería ser obtenida por sus valores estamentales, como el respeto a la disciplina y a la jerarquía. Pero, en la medida en que trataron de dirigir una sociedad de clases, se politizaron y su cohesión interna pasó a depender de combinaciones; no porque la política haya afectado la estabilidad de la institución militar sólo por haber introducido en su universo elementos disgregadores del espíritu de cuerpo y disciplina, sino porque siempre fue, en sí, opuesta a los componentes típicos de la organización militar. Mientras tal organización gira en torno a las ideas de autoridad, disciplina, jefatura y obediencia, la política, siendo plural e irracional,

implica la divergencia, la negociación, la transa y el conflicto. Por eso, en la medida en que se aceleró el proceso de incorporación abierta y pública del debate político por las Fuerzas Armadas, la movilización en su interior empezó a ocurrir independientemente de cualquier acción opositora de la sociedad civil. De este modo, los límites de esta movilización política localizada en el ámbito militar se vincularon a la resolución de cuestiones de las cuales dependía, en última instancia, la sobrevivencia del propio régimen: la permanencia de la informalidad de los órganos de seguridad, la sumisión parlamentaria, el empleo de militares en la administración directa e indirecta, las directrices de la política económica y el problema de la sucesión presidencial monopolizado por el Ejército.⁵¹

Una de las consecuencias del grado creciente de politización de los cuadros militares, hoy evidente, es el desequilibrio entre su papel profesional y su papel político. A fin de cuentas, es cada vez más difícil separar las situaciones que exigen el ejercicio profesional y las que requieren el papel del político, del mismo modo como se vuelve inevitable conferir significados políticos a las tareas militares y viceversa. Esta simbiosis de papeles, por extensión, conduce al militar a una inevitable ruta de choque con el tecnócrata.⁵² En este sentido, el conflicto entre la burocracia civil y la militar, que se intensificó en la disputa por los escasos recursos después de la crisis iniciada en 1973, deja entrever el carácter diverso de una y de otra: aunque ambas sean regidas por los mismos principios de disciplina y jerarquía, no actúan de la misma forma. Si entendiéramos por organización una unidad colectiva de decisión y de acción, es posible afirmar que la burocracia militar, al contrario de la burocracia civil, es una "organización típica". El burócrata civil rige su conducta funcional por el principio de mando, es cierto, pero en la defensa de sus intereses personales, de los sectores de la sociedad a la que sirve y de uno de los diferentes grupos burocráticos en que se sitúa, se vale del derecho positivo para defender posiciones diferentes de las del jefe, colocándolo frente a la alternativa de ser responsabilizado legalmente por decisiones contrarias a las normas vigentes. El militar, aunque sujeto

⁵¹ Cf., Maria Lúcia Gomes Klein, "A nova orden legal e suas repercussões sobre a esfera política" en *Dados*, Rio de Janeiro, Forense-Universitaria, 1977; Eurico Lima Figueiredo, *Os Militares e a Democracia Análise Estrutural de uma Ideologia*, Rio de Janeiro, Ipuerj, 1977; Wanderley Guilherme dos Santos *Ordem Burguesa...*, op. cit., y Walder de Góes, *O Brasil do General Geisel*, Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1978.

⁵² Cf., Oliveiros Ferreira, "A luta entre as duas burocracias y servidão militar e liberdade política", *O Estado de S. Paulo*, publicados respectivamente.

al derecho positivo, ya se basa más en la autoridad de su superior para alejar de sí cualquier responsabilidad por decisiones. Más importante para él es la obediencia a los reglamentos disciplinarios.

Así, en esta ruta de choque que expresa otra cara del desgaste del bloque en el poder, el aparato estatal se encuentra convertido, de hecho, en una especie de burocracia armada con bayonetas. O sea: el producto del cruzamiento entre los antiguos y los nuevos conceptos de seguridad nacional y los intereses de una burocracia que se nutrió de esos conceptos y armó su poder sobre el conjunto de la sociedad. Es decir: en un país burocratizado en todos los niveles, como el Brasil, la burocracia civil, habiendo crecido en capacidad organizativa y en poder económico a pesar de estar fragmentada, hoy determina en gran parte la manifestación de los grupos militares, los cuales, de este modo, se encuentran amenazados de perder, de hecho, el control irrevocable del poder. La manifestación de que entre estas dos burocracias existen profundas diferencias -- las cuales, en la acción y en la existencia social de cada individuo dentro de su grupo específico, los vuelven diferentes quieran o no -- deja entrever un aspecto importante: la incompatibilidad de los valores organizacionales de la corporación militar con la economía moderna, aunque oligopolística y, más, con una sociedad organizada según el principio de las clases sociales.

De aquí la contradicción antagónica, de cuya dinámica, aliada a otros factores, depende el destino de la liberalización brasileña: la tentativa de un estamento, que impida el monopolio de la fuerza, para dirigir una sociedad de clases. Una sociedad que, lejos de aquella pseudo-conciliación que ha desempeñado un papel considerable en la historia política brasileña, mediante la recomposición de las facciones disidentes de la burguesía con los cuadros dirigentes/clases dominantes, como la captación de los elementos intermedios situados más cerca de la pirámide social,⁵³ hoy se encuentra al borde de la explosión. Una sociedad que, por el propio éxito del tipo de modernización económica promovido por el régimen posterior a 1964, ya sea haciendo de la opresión salarial y de la represión sindical formas de capitalización y formación compulsiva de ahorro, sea beneficiándose por la mano de obra no calificada obtenida por la intensa migración entre las regiones de agricultura de

⁵³ Cf., Michel Debrun, "A 'conciliação'" en *Jornal da República*, 19 de octubre de 1979 y Leoncio Martins Rodriguez, "O autoritarismo do Estado e a mobilização da sociedade civil en *Jornal da Tarde*, 2 de febrero de 1980.

subsistencia y/o excesivamente mecanizadas y de los polos industrializados, formando inmensos anillos de pobreza alrededor de los centros metropolitanos,⁵⁴ necesita urgentemente de un nuevo orden político.

O sea: de una estructura política con complejidad suficiente, en términos de condensación de los canales de presentación, de fórmulas más ágiles para complementar la participación política y de multiplicación de los escenarios decisorios, para responder a la complejidad social de una realidad estigmatizada por profundas fragmentaciones en torno de acentuadas desigualdades materiales. Ya que, aunque la liberalización haya sido provocada por la incapacidad del bloque en el poder de legitimarse en bases autoritarias en un contexto económico desfavorable, en el cual el nivel de los excedentes se volvió insuficiente para atender a las necesidades de sus partes componentes, y que la acción conjunta de la *intelligentsa*, clero, nueva clase obrera y movimiento estudiantil hayan dado a la distensión un carácter de aparente irreversibilidad,⁵⁵ el estadio en que se encuentra el Brasil no tiene un espacio definido para el segmento social mayoritario: aquél que Hélio Jaguaribe llama "no-clase", esto es, la masa marginada.⁵⁶

e) CONCLUSIÓN

Aquí, finalmente, podemos retomar el epígrafe que sirvió de conducto y guía para este trabajo: la afirmación de Octavio Paz en el sentido de que *el despertar para la historia significa adquirir conciencia de nuestra singularidad, momento de reposo reflexivo antes de entregarnos a la creación*. Sí, porque esa masa marginada que vive en los anillos de pobreza de la periferia de las grandes ciudades no tiene prácticamente ningún grado de organización y de conciencia política. Pues, si no fuera simplemente descalificada como protagonista político, y si tuviera un mínimo de capacidad de organización,

⁵⁴ Una vigorosa denuncia contra esa situación de marginalidad elaborada por un sector de la sociedad civil que más se ha caracterizado por la crítica a las injusticias sociales, es el levantamiento hecho por el Centro Brasileño de Análisis y Planificación (Cebrap) para la Comisión de Justicia y Paz de la Arquidiócesis de São Paulo, *Crecimiento e pobreza - São Paulo, 1975*, Edições Loyola, 1976.

⁵⁵ Sobre la posibilidad de retroceso autoritario en el proceso de liberalización, véase Guillermo O'Donnell, *Notas para el estudio de procesos de democratización política a partir del Estado Burocrático-Autoritario*, vol. 2, núm. 5, Buenos Aires, Cedes, 1979.

⁵⁶ Cf. Hélio Jaguaribe, "Estado forte pode conviver com a democracia" entrevista a *O Estado de S. Paulo*, 15 de junio de 1980.

simplemente podría convertir la tensión social en una rebelión de consecuencias imprevisibles.

Dentro de ese cuadro, entendiéndose la democracia como un *topos*, o sea, como una fórmula de búsqueda permanente, abierta e indeterminada, se puede captar la dimensión real de la crisis institucional brasileña, en la medida en que sus partes, intentando persuadirse recíprocamente, buscan un nuevo equilibrio que legitime un pacto de dominación en función de un nuevo eje de gravedad. El carácter excluyente del régimen, aunado a una política económica de bajo contenido de preocupación social, se constituye en la principal razón de la movilización de la sociedad civil. Por esto, las aspiraciones de mayor participación política aparecen en el centro de la actividad económica bajo la forma típica de una revalorización de ciertos elementos de la democracia representativa y de un liberalismo pluralista como instrumentos retóricos de un orden institucional,⁵⁷ sin los cuales no sería posible una estructura socioeconómica más igualitaria. Evidentemente, las demandas propiamente económicas no están ausentes de las manifestaciones críticas, sin embargo, se traducen políticamente por medio de una retórica de inspiración liberal, ya sea porque es casi imposible una movilización de los sectores más oprimidos a partir de ideas concretas, al menos a corto plazo, o bien, porque es casi imposible, para los liderazgos emergentes, un consenso razonable en torno a un proyecto explícito y articulado, dada la heterogeneidad de la oposición.

Así, en este momento en el que las polarizaciones políticas se inclinan a tener como punto de referencia las demandas inmediatas de mayor participación política y de mejor distribución de beneficios, con el predominio de la retórica democrática liberal, los canales institucionales de naturaleza partidista y parlamentaria del *país formal* están siendo gradualmente explotados por el tipo de acción política practicada en el interior del *país real*. En éste, no sólo se busca convertir representatividad en poder, en los más variados niveles, sino, también se promueve un debate sobre las diferentes fórmulas que permitan incorporar las reivindicaciones de la "no-clase". En ciertos segmentos del *país real*, especialmente los de las clases medias, vin-

⁵⁷ Sobre los diferentes niveles y las diferentes posibilidades de participación política en las sociedades industriales, véase Jürgen Habermas, "Participação política", incluido en la selección de Fernando Henrique Cardoso y Carlos Estevam Martins, *Política & Sociedade*, São Paulo, Nacional, 1979. Véase también Leôncio Martins Rodrigues, *op. cit.* y Bolívar Lamounier, *O Discurso e o Processo...*, *op. cit.*

culados a las instituciones universitarias, a la Iglesia y a las entidades profesionales liberales, hay conciencia de la necesidad de administrar la incorporación de las masas marginadas en función de algunos parámetros de viabilidad política y económica. Esto es: en un cuadro en el que las demandas de ciudadanía política de las masas no superen los márgenes de tolerancia y de concesiones de las clases medias.

El mayor problema, sin embargo, es el de la determinación de los grados de sacrificio que algunos segmentos tendrán que pagar por el precio del desarrollo social, como condición básica para el desarrollo político, lo que permite recordar la advertencia de Gramsci, en el sentido de que, antes de pensarse en la toma definitiva del poder, es preciso que se democratice la sociedad civil. Se trata, en pocas palabras, de determinar cuál es el nivel de concesiones que, en una determinada ecuación de fuerzas, clases medias y aun facciones de la burguesía industrial puedan hacer a fin de transformar las condiciones de vida de los sectores marginados. Y eso no es fácil.

A fin de cuentas, esa transformación gradual pasa, obligatoriamente, por el camino del Estado, una vez que, dadas las profundas desigualdades materiales, solamente el aumento de participación del sector público en la economía puede actuar en el área de infraestructura social y en el abastecimiento de bienes colectivos, subsidios de consumo y gastos sociales en general. Esta situación no deja de ser paradójica, pues la democratización social, como condición de la democratización política, tiende a generar un crecimiento de los cuadros tecnocráticos. Y éstos no solamente están fragmentados, sino también distantes del filtro de la opinión popular, rebelde a toda tentativa de la sociedad civil de crear mecanismos de control político sobre el aparato burocrático estatal.

Como si esto no bastara, hay otro dato que no puede ser despreciado, que habla respecto del fenómeno de la inconciencia en materia política: el de que los sectores sociales más factibles de ser atemorizados con los costos necesarios para la incorporación política de las clases marginadas, dejando entrever una sospecha *a priori* en cuanto a la credibilidad del discurso democratizante de las múltiples facciones de la iniciativa privada y de los altos círculos de las clases medias, puedan asociar *más democratización con más burocracia* y, por extensión, *más democracia con más estatismo*. Consecuentemente, sin conciencia de los riesgos inherentes de una posible desajenación y posterior movilización de esas masas marginadas, y

concluyendo en que un exceso de democracia, especialmente en el campo social, es indeseable desde el punto de vista del sector privado de la economía, esos protagonistas podrán convertir su discurso liberalizante en apoyo a una nueva alianza conservadora y corporativista, volcada hacia los gastos de infraestructura necesarios para el proceso de acumulación privada y hacia los proyectos de grandeza nacional.⁵⁸ Una situación, en fin, que sugiere que los procesos de liberalización de los Estados burocrático-autoritarios, cuando desprecian formas más apropiadas y adecuadas de participación y de representación capaces de absorber los riesgos de conflicto y radicalización inevitables, difícilmente conducen a un mínimo de estabilización de la democracia política.⁵⁹

Por eso mismo, en la medida en que son pobres las ilusiones que disimulan al autoritarismo esos riesgos y esas paradojas, el destino de la liberalización brasileña depende de un proceso de articulación de alternativas y de una organización de las opciones en el ámbito de un espacio político abierto y accesible a todos los grupos sociales, que se legitime por la institucionalización de la discordancia y de la libre negociación. Este proceso, sin embargo, no es fácil de conseguirse. Por un lado, porque el propio desgaste de los restringidos canales formales de participación y representación, por el tipo de práctica política que la sociedad civil desarrolló en los momentos más represivos, hizo que la simple posibilidad de organización partidista congestionara el espacio de los liderazgos opositores. A fin de cuentas, habiendo desaparecido las condiciones que permitieron su cohesión y su unidad de acción a partir de un lenguaje apenas *razonablemente* preciso contra un enemigo común, ahora necesitan de un lenguaje *totalmente* preciso para la formulación de un proyecto alternativo que, como vimos, todavía resbala en los límites de una poco nítida conciencia de grupo, dada la heterogeneidad de esa sociedad civil. Por otro lado, porque la inclinación de las fórmulas burocrático-autoritarias todavía es lo suficientemente fuerte junto a aquellos sectores que todavía esperan poder valerse de la concentra-

⁵⁸ Esa reacción conservadora será todavía más nítida si por la movilización opositorista, los liderazgos emergentes consiguen redimensionar la intervención del sector público de la economía en el gasto público. Como sucedió anteriormente en Europa y en los Estados Unidos, se pueden esperar críticas en contra de la tributación que sustenta tales gastos. Véase al respecto, Gianfranco Poggi, *The development...*, *op. cit.*; Nicos Poulantzas/Ralph Miliband, *Debate sobre...*, *op. cit.* y Pedro Malan, "O aprendizado da flor", en *Isto É*, 26 de diciembre de 1979.

⁵⁹ Cf., Guillermo O'Donnell, *Notas para el estudio...*, *op. cit.*

ción de recursos de poder y de los instrumentos decisorios, convencidos de que las reformas sociales pueden ser contemporizadas a través de una retórica populista.

Así, aunque toda y cualquier conclusión corra los riesgos inherentes de los intentos de futurología, una cosa es cierta: la liberalización brasileña se encuentra en un estadio que no sólo es inestable e incierto, sino también, poco visto en la historia. Basta recordar que, en los primeros años de este siglo, los liberales rusos pecaron de falta de audacia, perdiendo la confianza de las masas, de tal modo que una autocracia sustentada en el ejército y en la burocracia no se percató que el poder desprovisto de base social es un poder condenado. Creyó tener posibilidades de apostar en la frivolidad de las masas, pero la mentalidad de éstas ya había cambiado: la primera crisis grave, como se sabe, las transformó en masas insurrectas. Creyó tener posibilidades de contar con el temor que las clases medias tienen al extremismo, pero, cuando los partidos radicales se ven debilitados por la represión, hay siempre un momento en que las clases medias se sienten tentadas a aliárseles, ya sea a fin de salir de una situación económica que las proletariza, o con el fin de sacudirse una tutela política que las asfixia. Finalmente, también creyó tener posibilidades de apoyarse en los militares, pero se olvidó de que se puede hacer todo con los fusiles, menos sentarse en ellos. Moraleja de la historia:⁶⁰ no hay peor error para el autoritarismo que el pensar que el apoyo militar puede substituir a la política.

Por lo tanto, si la democracia no es ni la ilusión del consenso, ni mera consecuencia de valores supuestamente económicos, tanto la democratización como el retroceso autoritario, desdoblamientos posibles de una liberalización inestable, están para el Brasil como el adolescente y el viejo de la cita de Octavio Paz:

No tiene importancia, entonces, si las respuestas que demos a nuestras preguntas fueran más tarde corregidas por el tiempo; el adolescente también ignora las futuras transformaciones de ese rostro que ve en el agua: indescifrable a primera vista, como una piedra sagrada cubierta de grabados y signos, la máscara del viejo es la historia de algunas facciones amorfas que un día emergieron confusas, vagamente captadas por una mirada absorta. En virtud de esta mirada las facciones se hicieron rostro y, más tarde, máscara, significación, historia.⁶¹

Traducción: Zoraida Borges

⁶⁰ Cf., el expresivo e ingenioso artículo de Gerard Lebrun, "Como fracasam as' aberturas" en *Jornal da Tarde*, 2 de agosto de 1980.

⁶¹ Cf., Octavio Paz, *Os Labirintos...*, *op. cit.*

ELECCIONES Y APERTURA POLÍTICA EN EL BRASIL: EL IMPACTO DEL VOTO URBANO, 1970-1978. *

BOLÍVAR LAMOUNIER **

INTRODUCCIÓN

En octubre de 1965, un año y medio después de la caída del gobierno de Goulart, el gobierno militar tomó la decisión de suprimir los partidos existentes durante lo que convencionalmente se llamó "democracia populista". Extintas las 13 agremiaciones que existían desde 1946, se decretó de arriba a abajo la imposición de una estructura bipartidista, siendo la ARENA (Alianza Renovadora Nacional) el partido de apoyo al gobierno, y el MBD (Movimiento Democrático Brasileño) la oposición tolerada.

De 1965 a 1973, pocos analistas dieron atención a los partidos y a las elecciones en el Brasil, y esa omisión no era enteramente injustificable. Sobre todo a partir de diciembre de 1968, se acentúan las características burocrático-autoritarias del régimen, junto con una conducta represiva, motivada o reforzada por la acción de los grupos armados clandestinos, que tendía al totalitarismo. El espacio para la actuación de un partido político de oposición, que era ya pequeño, se redujo todavía más.

Con el ascenso del general Ernesto Geisel a la presidencia, en 1973, el panorama empieza a modificarse, dando lugar a esperanzas de "redemocratización". Un punto crítico en este proceso fueron las elecciones legislativas realizadas en noviembre de 1974, en las cuales el MBD conquistó una importante, y para muchos, inesperada vic-

(*) Este texto es una versión más corta de "El Voto en São Paulo, 1970-1978", incluido en Bolívar Lamounier, organizador, *Voto de Desconfianza: Elecciones y Cambio Político en el Brasil* (Río de Janeiro, Editora Vozes, 1980).

(**) Investigador del Cebrap y profesor de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de São Paulo.

toria. A partir de este momento, hasta los más escépticos empezaron a admitir que la llamada "distensión gradual y segura" del general Geisel empezaba a adquirir características de un proceso "autónomamente político" esto es, no enteramente controlable por los planificadores políticos del gobierno.

Lo que se pretende en este ensayo es, por un lado, reflexionar sobre el impacto de las elecciones en el proceso político posterior a 1964, y, por otro lado, estudiar con cierto detalle el crecimiento político-electoral de la oposición en las grandes áreas urbanas, especialmente en São Paulo.

Así, discutiremos en la sección I el proceso de deslegitimación del régimen burocrático-autoritario, y la revalorización del campo electoral como uno de sus aspectos. Más adelante, en la sección II, haremos un ejercicio de geografía electoral: tomando como base los datos proporcionados por el Tribunal Regional Electoral de São Paulo, trataremos de delinear las tendencias del voto en el estado y en el municipio de la capital. El período a ser estudiado empieza en 1970, auge del cierre del régimen, y termina en 1978, o sea, en la última elección realizada en términos bipartidistas.¹ Y finalmente, en la sección III, echaremos mano de investigaciones de campo hechas entre 1974 y 1978 a fin de caracterizar mejor el vínculo subjetivo que los electores de las diferentes clases sociales establecieron con los dos partidos existentes hasta 1979, ARENA y MDB. Esperamos que este análisis pueda tener interés para otros estudiosos latinoamericanos, en la medida en que la transformación de otros regímenes autoritarios de la región se opere por la vía político-electoral.

Estudiar el crecimiento del MDB en São Paulo es lo mismo que estudiar un proceso de conversión del voto *urbano* en voto *oposicionista*, y de éste, a su vez, en voto *emedebista*. Nadie desconoce la tendencia "oposicionista" de los grandes centros urbanos, la cual, por ser común, pasa a ser encarada como algo que dispensa mayores indagaciones. Esta percepción es todavía más acentuada en el Brasil, en virtud de ciertas características de nuestra formación histórica. Por un lado, el hecho de que las divisiones de carácter étnico o reli-

¹ Por iniciativa del propio gobierno, una nueva legislación fue aprobada a fines de 1979 terminando con los dos partidos creados en 1965 y estableciendo condiciones para la formación de nuevas agrupaciones. Se encuentran provisionalmente constituidos: el PDS (Partido Democrático Social), de apoyo al gobierno, y los siguientes partidos de oposición: PMDB (Partido del Movimiento Democrático Brasileño) sucesor del antiguo MDB; PP (Partido Popular); PT (Partido de los Trabajadores); PTB (Partido Obrero Brasileño); y el PDT (Partido Demócrata Obrero).

gioso han sido comparativamente poco importantes en la lucha político-electoral. Por otro, los obstáculos que la estructura agraria brasileña y la propia vinculación de los grandes propietarios de tierra al aparato estatal crearon para la formación de partidos campesinos independientes, o aun a reivindicaciones de autonomía o de reforma social en el ámbito de los pequeños municipios. El contraste entre ciudad y campo, o hasta más bruscamente, entre capital e interior, adquirió así entre nosotros una connotación inconfundible, traduciéndose para el léxico político-electoral como autonomía *versus* sumisión, oposición *versus* coronelismo.

Sin embargo, es conveniente recordar que la llamada inclinación oposicionista del voto urbano es sólo esto, una inclinación o tendencia, que puede no concretarse a cada momento y, sobre todo, que puede no encontrar, de un momento para otro, la esperada canalización partidista. Los acontecimientos político-electorales de esta década, en São Paulo, son, en este sentido, ilustrativos. La misma población que da al MDB una victoria contundente en el municipio de la capital, en 1974 y 1978, le dio en 1970 menos de la mitad de los votos obtenidos por la ARENA, en lo relativo a la Cámara Federal y a la Asamblea Legislativa del Estado. Aun para el Senado, la victoria del MDB en el municipio se logró en ese año por un estrecho margen. Se sabe también que los votos *no arenistas* de 1970 fueron dos veces más blancos y nulos que emedebistas. Es cierto que el aspecto "anormal" de los resultados de 1970 es debido básicamente a las circunstancias políticas entonces prevalecientes, con el casi total aniquilamiento de la vida partidista y de las elecciones. En parte, sin embargo, no lo es. Precisamente por ser urbano, es decir, producto de una estructura social extremadamente compleja y móvil, es que ese voto se manifiesta de manera mucho *menos* previsible al de los pequeños municipios, y precisamente por esto debe ser colocado en el centro de las investigaciones.

I. LA DESLEGITIMACIÓN DEL RÉGIMEN

La importancia del voto de oposición en el proceso político reciente aumentó, *no obstante* la fragilidad del MDB como partido apto para asumir el gobierno, *debido* quizá a esa fragilidad exactamente. La supresión de las elecciones directas para el ejecutivo de las capitales y de los estados — por no mencionar, claro, la presidencia de la República —, volvió perfectamente claro para la mayoría del elec-

torado urbano que su voto no se destinaba más a sustituir a los principales ocupantes del poder, ni aun a ejercer de manera directa alguna presión sobre la administración local. ¿A qué se destinaba entonces? La respuesta que hoy nos parece obvia es que el voto pasó a transmitir un juicio genérico sobre la situación del país, juicio que forzosamente se presentaría ahora como sí o no, ARENA o MDB. No es otro el significado de la frecuente alusión al carácter plebiscitario del que se revistieron las elecciones de 1974 y 1978.

Sin embargo, existen a este respecto algunos aspectos frecuentemente olvidados y que nos parecen fundamentales para la presente discusión. El primero es que ese cambio de función del proceso electoral —su transformación en plebiscito— no fue entendido de inmediato por la población. Ni podría ser de otra forma, considerándose que la supresión de las elecciones directas no se hizo de un sólo golpe, sino con idas y venidas, retrasos y promesas de restablecimiento. Cabe, por lo tanto, la insinuación de que solamente después de algún tiempo el electorado, en su mayoría, tomó como un hecho establecido el que no participaba más en la elección que juzgaba más importante; y de que hubo un período de “aprendizaje” antes de que se configurara la posibilidad del uso plebiscitario del voto.

El segundo aspecto a considerar es que el elemento de plebiscito no proviene, al contrario de lo que muchas veces se afirma, sólo del sistema bipartidista, sino de la imposición de éste *simultáneamente* con la supresión de las elecciones directas. Se sabe que en el ámbito municipal, una parte sustancial del electorado confiere al voto un sentido de evaluación de la administración local, cuando no de mero proteccionismo. Es pues evidente que aun el MDB, en caso de que controlase las presidencias municipales de las mayores capitales, no estaría a salvo de graves riesgos electorales en elecciones directas. Esto quedó claramente demostrado en las elecciones municipales de 1976, cuando ese partido fue derrotado en algunas ciudades industriales frecuentemente vistas como sus “reductos” electorales: Juiz de Fora (Minas Gerais) y Taubaté (São Paulo) pueden ser citadas como ejemplos (véase: Reis, Fabio Wanderley, *Os Partidos e o Regime: a Lógica de Processo Eleitoral Brasileiro*, São Paulo, Editora Símbolo, 1978).

Fue por lo tanto la *combinación* del bipartidismo impuesto, con la supresión de las elecciones directas para el ejecutivo de las capitales y de los estados, además de la presidencia de la República, la que acabó por conferir a las elecciones legislativas, y en particular a la

votación para el Senado, una clara connotación del pronunciamiento acerca del régimen en su conjunto. Fue lo que pasó en 1974 y, a primera vista por lo menos, el impacto político del voto opositor urbano se explicaría entonces por ese efecto de agregación plebiscitaria que el bipartidismo y las elecciones indirectas produjeron, aunado, claro, a reivindicaciones y protestas diversas por parte de la llamada "sociedad civil".

Me parece, entre tanto, que aun en este enfoque se está perdiendo lo esencial del problema, que es, por un lado, *la clara decisión por parte del círculo dirigente de revalorizar el proceso político-partidista y electoral, y, por el otro, la peculiar vulnerabilidad del régimen ante las derrotas electorales que se darían como consecuencia de esa misma decisión*. Estas cuestiones, como es obvio, son centrales para el análisis de la apertura política, y sería pueril pretender agotar en este ensayo la compleja red de condicionamientos políticos y económicos que la motivaron. Entre ellos, sin embargo, destaca la propia necesidad de recomponer, a través del proceso electoral, la debilitada legitimidad del régimen.²

En una rápida retrospectiva, parece claro que el régimen implantado en 1964 desarrolló dos tipos de esfuerzos para asegurar su legitimidad. El primero, volcado sobre todo hacia la compatibilización interna de las "élites" y para el mantenimiento de la cohesión de las Fuerzas Armadas, consistió en observar de manera bastante estricta el principio del poder impersonal, y en no romper en definitiva, ni aun en los momentos más represivos, sus vínculos con las instituciones representativas clásicas. El poder impersonal significa que el control se hace en nombre de la corporación militar en cuanto tal, sujeta ésta a normas constitucionales, sin configurarse una "apropiación" permanente del gobierno por parte de una oligarquía caudillesca. Esta tentativa de distinguirse de una dictadura sudamericana clásica fue reforzada, claro, por la conservación de una estructura partidista, de un calendario electoral y del poder legisla-

² Los indicios de que efectivamente *hubo* una decisión en ese sentido son innumerables, empezando por el levantamiento parcial de la censura a la prensa y la protección oficial al tema de distensión, desde el inicio del gobierno de Geisel. Menos recordado, pero no menos ilustrativo, es el incentivo dado por el gobierno a la llamada Ley Etevlino Lins, de 1974, que introducía importantes alteraciones en la legislación electoral, como lo demuestra el artículo de Celina Robello Duarte, "A Lei Falcão: antecedentes e impacto" en Bolívar Lamounier (comp.), *Voto de Desconfiança: Eleições e Mudança Política no Brasil*, Río de Janeiro, Editora Vozes, 1980.

tivo, no importando desde este punto de vista el elemento de contracción que en diferentes momentos había en todo eso.

Más importante, sin embargo, para la comprensión de las diferentes dificultades hasta aquí experimentadas por el régimen, es el segundo tipo de esfuerzo a que hicimos mención. Mientras el primero se refiere a principios constitucionales básicos, éste otro tiene que ver con el contenido mismo de la acción gubernamental, y con la retórica más ostensible a través de la cual fue presentado a la población en diferentes momentos. Bajo este aspecto, el proceso de legitimación pasó por dos etapas distintas, encontrándose desde 1974 en una tercera. La primera fue el propio signo bajo el cual se hizo el movimiento militar de 1964: una legitimación eminentemente negativa, *contra* la subversión y la corrupción, *contra* la desorganización administrativa, *contra* el desorden económico-financiero. La segunda, a partir de 1967, fue el crecimiento económico: las altas tasas de expansión del PNB, el ufanismo, la entronización de una particular concepción de eficiencia. Durante todo ese período, y por razones que no cabe analizar aquí, los intentos de formular una legitimación autoritaria *permanente* fueron tímidos. Se hacían, como máximo, las acostumbradas apelaciones al sentido de constituir un modelo "genuinamente nacional" pero aun éstos se enfrentaron a cada momento con señales inmediatas de inviabilidad, siendo a cada paso refutados dentro del propio círculo de las élites gubernamentales, económicas, religiosas e intelectuales del país. Es pues comprensible que, agotadas las condiciones que habían favorecido al ciclo ufanista, la búsqueda de legitimidad se identificara cada vez más con los deseos, antes reprimidos, de *normalización* institucional.

Forzado a reconocerse como temporal, o el círculo dirigente encontraba una nueva "doctrina" y una nueva materialización político-institucional o, por el contrario, definía su propio papel como el de autor y conductor de un proyecto de normalización. Ésta, como se nota, fue la opción del gobierno de Geisel. La revalorización del proceso electoral, de los partidos políticos y del poder legislativo (dejando a un lado, por intrascendente en este análisis, la mayor o menor convicción democratizante de los responsables por esa decisión) adquiere en este enfoque un sentido bastante claro: es la utilización, por el régimen, de una válvula de escape cuidadosamente preservada para la eventual erosión de su legitimidad. Precarias, sin duda, en su representatividad inmediata, estas instituciones — partidos, elecciones, poder legislativo — no perdieron en el Brasil

su potencialidad como vehículo de transición ordenada de una a otra situación política. Sometiéndose a una prueba electoral más seria, el gobierno podría no sólo cotejar la dimensión real de sus bases de apoyo, sino también, y aun en la eventualidad de una derrota, beneficiarse de la respetabilidad que le adviene del simple hecho de haber buscado la legitimación popular.

La historia de las elecciones de 1974 puede ser contada precisamente en estos términos. Su efecto en el proceso político fue innegablemente agudo, y esto se debió no sólo a la circunstancia obvia de que la oposición ganó terreno en lo legislativo federal y en varios estatales, sino también al haber forzado ésta una reevaluación generalizada de las expectativas en cuanto al futuro político y en cuanto a las propias condiciones bajo las cuales se desarrollaría la estrategia de la *distensión gradual y segura*. Dados los resultados contundentes de la votación en los principales estados, se puede afirmar con seguridad que los protagonistas centrales del proceso político tuvieron su atención puesta en las bases sociales de los dos partidos y, en especial, en el comportamiento de las grandes ciudades. En éste sentido, precisamente, afirmamos desde el inicio que la supremacía electoral del MDB en los principales centros urbanos pasó a figurar como un dato fundamental en todos los cálculos políticos.

Esa ventaja en las grandes ciudades no fue todavía suficiente, como se vio en las elecciones de 1978, para transferir a la oposición el control de la Cámara Federal, pero tiene implicaciones políticas que trascienden su significado numérico inmediato. Desde luego, el predominio urbano indica una capacidad expansiva que no puede ser esperada de un partido como ARENA, o de su sucesor, el PDS, cuyas bases electorales se localizan preferentemente en los municipios menores. Significa también que la apelación del partido de oposición, por razones que no cabe evaluar en este momento, encontró acogida en puntos estratégicos del sistema social y político: en las grandes concentraciones industriales, en los centros culturalmente más avanzados, en los polos responsables de la formación de la opinión a escala nacional.

Entre tanto, se debe recordar que, hasta 1970, la existencia de un grupo urbano a favor del MDB no constituía problema alguno para el gobierno. El carácter ya entonces "urbano" de ese partido indicaba algo más que su incapacidad de implantar su organización en los municipios del interior. El cierre casi total del régimen y el éxito de los acontecimientos ligados a la legitimación obtenida vía el creci-

miento económico equilibraban con sobras la escasa votación del partido de oposición, sin expresión aun hasta en los principales estados. Este cuadro llevó a los círculos gubernamentales a preocuparse, no con una hipotética amenaza electoral, sino, al contrario, con los perjuicios a la imagen del régimen que vendrían de una posible auto-disolución del MDB.

El panorama que se presentó después de las elecciones de 1974 era completamente distinto, no sólo en virtud del crecimiento del grupo opositor, sino también por el origen predominantemente urbano de su votación. En 1978, en el que pese a la conservación, por parte de ARENA, de la mayoría en la Cámara Federal, los resultados de la elección no contribuyeron en nada para deshacer la convicción del momento difícil a que se había llegado, en la hipótesis de mantenerse el cuadro bipartidista.³

En São Paulo, principalmente, toda la campaña de ARENA se desarrolló dentro de una marcación previa que era la certeza anticipada de la derrota. Las investigaciones pre-electorales del Instituto Gallup, ampliamente divulgadas, mostraban desde septiembre que la votación del MDB en el Estado no sería inferior a la de 1974, cuando obtuvo el 48% de los votos, contra apenas el 29% dados a ARENA.⁴

Los cuadros I y II, a continuación, presentan las informaciones básicas para la discusión que estamos proponiendo. La primera muestra los resultados de 1978 y permite verificar nítidamente la persistencia de los grupos diferenciales ya apuntados, con el MDB obteniendo una votación proporcionalmente mucho mayor en la capital y en las grandes ciudades. Más incisivos, sin embargo, son los datos del cuadro II, en los cuales se nota la creciente dilatación del margen obtenido por el MDB en relación a ARENA entre 1970 y 1978. Esa ampliación es perceptible inclusive en el interior del Estado, pero, para los fines que se propone este artículo, nos interesa sobre todo la tendencia relativa al municipio de la capital. Aquí, sin duda, la ventaja del MDB alcanzó proporciones impresionantes pa-

³ Sobre la dificultad partidista y la campaña electoral de 1978 en São Paulo véanse, Maria D'Avila Gil Kinso, "Novos partidos: o início do debate" y Shingenoli Myiamoto, "Eleições de 1978 em São Paulo: a campanha" en Bolívar Lamounier (compilador), *Voto de Desconfiança: Eleições e Mudança Política no Brasil*, Río de Janeiro, Editora Vozes, 1980.

⁴ En el total del país, aun previendo ventaja para el partido del gobierno, la estimación de Gallup daba al MDB entre 50 y 60% de los votos en las capitales y en las ciudades de más de 100 mil electores, y casi 50% en las ciudades de 50 y 100 mil, contra no más del 30% para ARENA en cualquiera de estas categorías.

CUADRO I
 RESULTADO DE LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS DE 1978 EN EL ESTADO DE SÃO PAULO (EN PORCENTAJES)

	SENADO			CAMARA FEDERAL			ASAMBLEA LEGISLATIVA			TOTAL DE VOTANTES (NÚMEROS) ABSOLUTOS
	EN BLANCO y ANULADOS		ARENA MDB	EN BLANCO y ANULADOS		ARENA MDB	EN BLANCO y ANULADOS			
	ARENA MDB	22.2		18.3	61.5		20.2	18.4	60.2	
Capital	9.6	68.2	22.2	18.3	61.5	20.2	18.4	60.2	21.3	3 362 167
Municipios con población urbana superior a 30 mil en 1970	12.3	64.9	22.9	24.6	52.1	23.2	25.4	52.1	22.4	3 287 577
Municipios con población urbana inferior a 30 mil en 1970	20.4	55.7	23.9	36.7	37.4	25.9	37.0	37.2	25.8	2 442 753
Total del Estado	13.5	63.7	22.9	25.6	51.6	22.8	26.0	51.1	22.9	9 095 452

Fuente de los datos originales: *Tribunal Regional Electoral de São Paulo* (citado de aquí en adelante sólo como TRE.SP).

CUADRO II
 NÚMERO DE VOTOS DADOS AL MDB POR CADA VOTO DADO A LA ARENA EN LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS DE 1970, 1974 Y 1978 EN EL ESTADO DE SÃO PAULO

	SENADO			CÁMARA FEDERAL			ASAMBLEA LEGISLATIVA		
	1970	1974	1978	1970	1974	1978	1970	1974	1978
Capital	1.10	3.72	7.11	0.42	2.41	3.35	0.40	2.55	3.20
Interior	0.95	2.31	3.82	0.30	1.38	1.54	0.30	1.43	1.50
Total del Estado	1.01	2.73	4.72	0.34	1.68	2.02	0.33	1.75	1.97

Fuente de los datos originales: TRE.SP

sando de 1.10 a 7.11, en lo que se refiere al Senado, y de 0.40 a cerca de 3.30 en lo que respecta a la Cámara Federal y a la Asamblea Estatal. Por sí solos estos datos justifican un análisis más detenido del comportamiento electoral en la ciudad de São Paulo.

II. SÃO PAULO: LA GEOGRAFÍA DEL VOTO

La existencia de tendencias bastante estables entre las diferentes zonas electorales del municipio de São Paulo es un hecho hace mucho tiempo reconocido por periodistas y militantes políticos.⁵ Es, por ejemplo, trivial la observación de que los dos casos extremos son siempre los mismos, la 5a. zona arenista, y la 247a., fuertemente emedebista.⁶ Este contraste entre los barrios aristocráticos de la 5a. y la periferia miserable de que se compone gran parte de la 247a., es en realidad suficiente para sugerir una fuerte correlación entre voto y posición socioeconómica y, por consecuencia, una continuidad en las tendencias básicas. El problema con una descripción impresionista como esta es, mientras tanto, que, o dice muy poco, o dice más de lo que debe. Si consideráramos, por ejemplo, que la geografía electoral del municipio, repartida en 22 zonas y 170 distritos, cubre una estructura social infinitamente más compleja, no hay duda de que el contraste citado es simplista y, en este sentido, dice más de lo que debe.

Al mismo tiempo, la comparación de los casos extremos dice muy poco, pues, como veremos en seguida, la continuidad de los alineamientos electorales en São Paulo puede ser captada en medidas mucho más pequeñas. Entre 1974 y 1978, por ejemplo, aunque el número de votantes haya aumentado en 700 mil y la votación del MDB en 500 mil, existe una gran semejanza en la distribución espacial de los votos. Una manera simple de demostrar esta afirmación es

⁵ Para una visión retrospectiva de los estudios de sociología electoral en São Paulo y, en particular, para una comparación del mapa electoral de 1974 con tendencias anteriores 1964, véase, Bolívar Lamounier, "Comportamento eleitoral em São Paulo: Passado e Presente" en *Os partidos e as Eleições no Brasil*, Río de Janeiro, Editora Paz e Terra, 1975, pp. 19-27.

⁶ La 5a. zona comprende los distritos del Jardim Paulista, Cerqueira César, Jardim América, y Vila Olímpia. En la 247a. se incluyen São Miguel Paulista, Artur Alvim, A.E. Carvalho, Ermelino Matarazzo, Itaim (no confundir con el Itaim-Bibi), Jardim Penha, Parque Paulistano, Vila Nova Curuçá y Vila Sinhá. Se debe observar que el municipio está actualmente dividido en 22 zonas y 170 distritos. La numeración de las zonas desmembradas más recientemente acompaña sin embargo la del conjunto del Estado, razón por la cual algunas de ellas son designadas por números ordinales superiores al 22.

calcular un coeficiente de correlación entre los valores de la razón MDB/ARENA en las 22 zonas para las dos elecciones citadas. Los valores encontrados para el coeficiente (R de Pearson) fueron + 0.97 en la votación para el Senado y + 0.95 para la Cámara Federal y la Asamblea Legislativa, lo que sin duda constituye una evidencia concluyente de semejanza entre las dos distribuciones.

En contra de este razonamiento caben, mientras tanto dos objeciones obvias : una, que las 22 zonas son demasiado extensas e internamente heterogéneas, lo que vuelve muy poco interpretables las correlaciones citadas; y otra, que la de 1974 y la de 1978 son elecciones muy próximas y semejantes, no habiendo, por lo tanto, nada de extraordinario en la permanencia de los mismos alineamientos.

Sin embargo, examinando los resultados a nivel de los distritos, mucho más numerosos y homogéneos, la continuidad no es menos impresionante. Para una mejor perspectiva de lo que estamos afirmando, presentamos en el cuadro III una simple clasificación en grupos, todavía con referencia a las elecciones de 1974 y 1978. Los distritos fueron ordenados según la razón MDB/ARENA y divididos en cuatro grupos de igual tamaño, con los datos de 1974, haciendo a continuación lo mismo con los datos de 1978. El grupo I (menor razón MDB/ARENA) es por lo tanto el más arenista, y el grupo IV, el más emedebista. Hicimos en seguida la tabulación cruzada entre los cuatro grupos de 1974 y de 1978. El cuadro III muestra los resultados referentes al Senado, que son prácticamente idénticos a los obtenidos para la Cámara y la Asamblea.

CUADRO III

CLASIFICACIÓN CRUZADA DE LOS DISTRITOS ELECTORALES DEL MUNICIPIO DE SAO PAULO EN 1974 Y EN 1978. SEGUN LA MAGNITUD DE LA RAZÓN MDB/ARENA PARA EL SENADO (*)

1974 \ 1978	I	II	III	IV	Número de distritos
I	90.5	9.5	—	—	(41)
II	9.5	71.4	14.3	4.8	(42)
III	—	19.5	63.4	17.1	(41)
IV	—	—	21.4	78.6	(42)

Fuente de los datos originales: TRE-SP

(*) Del grupo I al grupo IV aumenta la razón MDB/ARENA y, por lo tanto, el grado de "emedebismo". Fueron excluidos de este análisis cuatro pequeños distritos que no existían en 1974: Alto de Pinheiros (1 968 votantes), Cidade Satélite Sta. Bárbara (415), Vila Ida (1 813) y Vila Progreso (1 204).

Se verifica que el 90% de los distritos más arenistas de 1974 continúan siendo los más arenistas (grupo I) de 1978, sucediendo lo mismo con el 78.6% de los más emedebistas (grupo IV) de 1974, que permanecen en el grupo IV de 1978. Igualmente significativo es el hecho de que no se verifican muchas inversiones acentuadas en la posición relativa de los distritos que cambiaron de grupo: del grupo I de 1974, los 9.5% que cambiaron fueron para el grupo II; del grupo II, 9.5% para el grupo I y 14.3% para el III, pero solamente 4.8% para el grupo IV, y así sucesivamente, manteniendo, sin duda, el alineamiento básico. Haciendo este mismo razonamiento con coeficientes de correlación, sin agrupar los distritos, obtenemos una indicación igualmente clara de la continuidad ocurrida entre esas dos elecciones: los valores obtenidos fueron de +0.92 para el Senado y de +0.86 para la Cámara y la Asamblea (coeficiente R), tomado una vez más como variable el número de votos dados al MDB por cada voto dado a ARENA.⁷

Como dijimos anteriormente, el estudio de la geografía electoral del municipio a través de las 22 zonas tropieza con la dificultad de ser éstas demasiado extensas y enteramente heterogéneas. Esto no sería tan grave en el caso de la división en distritos, cuyo número es elevado, sin embargo persiste una dificultad básica, la inexistencia de datos socioeconómicos en el correspondiente nivel de agrupación. En vista de eso, aunque las informaciones presentadas hasta aquí sirvan como indicación de la gran estabilidad que parece existir en las posiciones relativas de las diferentes áreas de la ciudad, no son suficientes para el estudio de la estructura social subyacente a las tendencias apuntadas.

Otra dificultad, y no menos grave, es que la división en distritos y zonas electorales fue bastante alterada entre 1970 y 1974, y éste es precisamente el período que más interesa al presente análisis. Como fue sugerido, contra los datos del cuadro III se puede argumentar legítimamente que se refieren a elecciones muy próximas en tiempo y también muy semejantes en lo que respecta al contexto político. Ya las elecciones de 1970 se dieron en una situación muy distinta, basta recordar que, aun en la ciudad de São Paulo, no solamente se verificó la victoria de ARENA en la Cámara y en la Asamblea, sino

⁷ Observéese que las correlaciones citadas, cuyos valores son altos y positivos, se refieren al total de la votación del MDB. Si consideráramos separadamente los votos de Franco Montoro y Fernando Henrique Cardoso, ambos candidatos de este partido al Senado, importantes consideraciones se imponen a nuestro argumento, como veremos al final de este estudio.

que también el porcentaje de votos en blanco y anulados fue el doble de la votación del MDB. Para el Senado, aunque victorioso, el MDB obtuvo sólo el 34.8% de los votos, contra el 31.5% de ARENA y el 33.7% de los votos en blanco y anulados. Verificar, por lo tanto, si la geografía del voto opositor de 1970 es o no semejante a la de 1974 y 1978 es un punto crucial en el análisis que estamos desarrollando.

Felizmente, encontramos un medio de resolver simultáneamente esos dos problemas, volviendo comparables las regiones geográficas a las cuales corresponden los datos de las tres elecciones y, al mismo tiempo, ajustándolos a indicadores socioeconómicos satisfactorios. Este ajuste fue hecho en dos etapas. Primero, los distritos y zonas electorales fueron “traducidos” en las 55 unidades a las cuales pertenecen en la división *administrativa* del municipio. Este procedimiento elimina el problema de las desmembraciones, una vez visto que éstos se dieron *dentro* de unidades administrativas cuyos límites no fueron alterados. En seguida, recurrimos a una clasificación de esas 55 unidades en 8 *áreas homogéneas* según criterios socioeconómicos que serán mejor explicados a continuación. A través de este doble ajuste, se volvió posible encuadrar los resultados electorales en 8 subregiones cuyas fronteras permanecieron iguales durante toda esta década y que, por otro lado, constituyen claramente una jerarquía no tocante a condiciones generales de vida y a la disponibilidad de servicios urbanos.

Elaborada por la Secretaría de Economía y Planificación del Gobierno del Estado de São Paulo, la subdivisión del municipio de áreas homogéneas se basó en el ingreso medio familiar, como criterio básico, y en seis otras variantes, tendiéndose a “la mayor semejanza posible entre los diversos distritos en relación al ingreso medio familiar”.⁸ Las otras seis variantes fueron:

a) *instalaciones sanitarias*: un índice prudente de los diversos tipos de instalación con vistas a captar la calidad de las instalaciones disponibles; b) *agua entubada*: porcentaje de predios ligados a la red general; c) *densidad demográfica*: relación entre la población y el área de cada unidad; d) *crecimiento poblacional*: tasa geométrica de crecimiento anual en el período 1960-1970; e) *mortandad pro-*

⁸ Véase Secretaría de Economía y Planificación, *Subdivisão do Município de São Paulo em Áreas Homogêneas, Estudos y Pesquisas*, núm. 13, 1977, p. 17. El método utilizado fue el análisis de eliminación por pasos (*stepwise*), siendo responsable por el tratamiento estadístico el profesor Antonio Carlos Azevedo.

porcional: decesos de menores de 1 año sobre los decesos generales; f) *uso residencial del suelo*: predios residenciales sobre el total de predios.⁹

El resultado de la tentativa de clasificar las 55 unidades administrativas en áreas homogéneas fue lo que se ve en el mapa que a continuación reproducimos. (Véase página siguiente.)

Para que el recurso de las áreas homogéneas sea útil en la comprensión de las tendencias electorales, es evidentemente necesario que correspondan a una distribución equilibrada del electorado. El cuadro IV, indica que esto es efectivamente lo que ocurre. Se verifica, mientras tanto, que las áreas más privilegiadas en términos socioeconómicos vienen sufriendo una declinación en lo relativo a su participación como porcentaje en el total de los votantes. Tómadas en conjunto, las cinco primeras áreas retenían el 59.4% del total de votantes, en 1970, cayendo al 48.9% en 1978.¹⁰

CUADRO IV
PORCENTAJE DE VOTANTES EN LAS ELECCIONES DE 1970, 1974 Y 1978, SEGÚN LAS ÁREAS HOMOGÉNEAS DEL MUNICIPIO DE SÃO PAULO

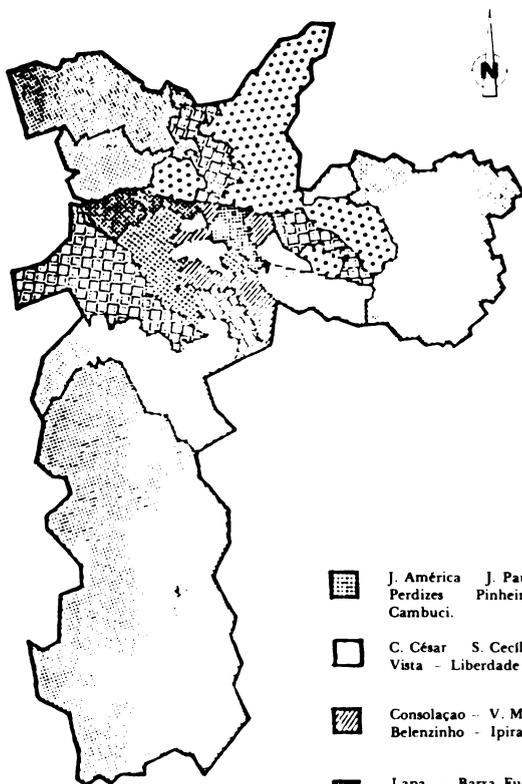
AREA	VOTANTES		
	1970	1974	1978
I	10.8	9.7	8.7
II	8.8	8.0	7.4
III	12.0	10.4	8.8
IV	11.0	9.5	7.9
V	16.8	16.4	16.1
VI	16.9	17.3	17.5
VII	14.8	16.2	17.3
VIII	8.9	12.4	16.3
TOTAL (· 100)	1 997 438	2 660 296	3 356 767

Fuente de los datos originales: TRE-SP. Sobre la clasificación en áreas homogéneas, ver cita 7 y mapa siguiente.

⁹ La ordenación de las unidades administrativas según el ingreso medio familiar mensual indicó que, en 1970, la más alta era el Jardim América, con Cr \$ 2 820.40 mensuales, siendo Parelheiros la más baja, con Cr \$ 394.40 mensuales. El salario mínimo mensual en 1970 era de Cr \$ 187.20. Los datos utilizados son todos de 1970, aunque de fuentes diversas.

¹⁰ Esa baja se explica, en parte, por el crecimiento poblacional más rápido y por la reducción de las tasas de analfabetismo en las áreas periféricas. Sin embargo, como estamos tratando con el porcentaje de votantes, y no de electores inscritos, la participación, en porcentaje de las diferentes áreas está también influida por los diferenciales de comparecimiento a las urnas. Es probable que a una mayor tasa global de comparecimiento corresponda una mayor participación de las áreas periféricas. Entre 1970 y 1974, el índice de comparecimiento en el municipio de São Paulo aumentó del 84.6 al 89.5%, y esto sin duda redundó en ganancias bastante acentuadas en las áreas VII y VIII.

DIVISIÓN DEL MUNICIPIO DE SÃO PAULO EN 8 AREAS HOMOGÊNEAS



	<p>J. América - J. Paulista - Indianópolis - Perdizes - Pinheiros - V. Madalena - Cambuci.</p>	ÁREA I
	<p>C. César - S. Cecília - Aclimação - Bela Vista - Liberdade - Alto de Mooca.</p>	ÁREA II
	<p>Consolação - V. Mariana - Bom Retiro - Belenzinho - Ipiranga.</p>	ÁREA III
	<p>Lapa - Barra Funda - Sta. Ifigênia - Mooca - Pari - Sé - Brás.</p>	ÁREA IV
	<p>Ibirapuera - Saude - Santana - Tatuapé - Butantã.</p>	ÁREA V
	<p>C. Verde - P. de França - Tucuruvi - V. Maria - Limão - V. Formosa - V. Matil de. V. Guilherme.</p>	ÁREA VI
	<p>Sto. Amaro - Jabaquara - V. Prudente - V. Jaguara - N. Sra. do O - Pirituba - Cangalva.</p>	ÁREA VII
	<p>C.do Socorro - V.H. Cachoerinha - E. Matarazzo - Itaquera - Perus - S. Miguel Paulista - Brasilândia - Jaraguá - Guaianases - Parelheiros.</p>	ÁREA VIII

Fuente: SEPLAN (1977)

El punto principal es, sobre todo, el alineamiento del electorado en relación a los dos partidos en las 8 áreas de la ciudad. Retomando el hilo de la trama, nos interesa sobre todo establecer: (a) si existe o no una correlación entre la jerarquía socioeconómica representada por las 8 áreas y la distribución de los votos; (b) si esas correlaciones, en caso de que existan, ya se habían configurado en 1970; y (c) ¿cómo se viene reflejando entre las áreas de la ciudad, la enorme dilatación ocurrida entre 1970 y 1978 de la razón MDB/ARENA? En relación a cada uno de estos puntos, los datos del cuadro V no podrían ser más elocuentes, no dejando la menor duda de que, efectivamente, la distribución de los votos entre los dos partidos acompaña de cerca la ordenación socioeconómica de las 8 áreas. Leyendo inicialmente el cuadro de arriba a abajo, columna por columna, se comprueba fácilmente que el margen del MDB en relación a ARENA aumenta linealmente en *todos* los casos: en las tres elecciones, y tanto para el Senado como para la Cámara y para la Asamblea. Dado que el trayecto desde el área I hasta el área VIII corresponde a una ordenación decreciente de indicadores socioeconómicos poderosos, no queda duda de que el desempeño electoral del MDB es tanto mejor en cuanto peores son las condiciones de vida que caracterizan en *conjunto* a cada una de las áreas.¹¹

Igualmente positiva es la respuesta que se puede obtener a través del cuadro V para la segunda de las tres cuestiones anteriormente mencionadas. En efecto, el aumento de la razón MDB/ARENA del área I hasta el área VIII se verifica con igual nitidez en 1970, indicando que la tendencia exactamente inversa en la votación de los dos partidos ya se había configurado en ese año. Podríamos aún agregar (esta información no fue incluida en el cuadro) que el patrón a que nos estamos refiriendo se manifiesta en 1970 en las votaciones de *ambos* candidatos del MDB al Senado, Franco Montoro y Lino de Mattos, y no sólo en el total.

Retomando ahora la tercera cuestión — como se viene reflejando entre las 8 áreas homogéneas el aumento de la diferencia obtenida por el MDB en relación a ARENA —, lo que más llama la atención en el cuadro V sea, tal vez, el claro surgimiento de un voto “de periferia”, a juzgar por los enormes diferenciales a favor del MDB en las áreas de menor ingreso medio familiar. Considerando al municipio

¹¹ Como veremos más adelante, el hecho de que las *áreas* más pobres sean las más emedebistas no quiere decir necesariamente, que, dentro de ellas, sean los individuos más pobres los más emedebistas.

en su conjunto, habíamos visto que la razón MDB/ARENA, para el Senado, aumentó de sólo 1.10 en 1970 a 7.11 en 1978. Para la Cámara, derrotado en 1970 con sólo el 0.42 de los votos por cada voto de ARENA, el MDB consigue en 1978 una diferencia de 3.35 a su favor (véase cuadro II). Este aumento se tradujo en la geografía de la ciudad de manera indicada en el cuadro V: diferencias inclusive superiores a 12 por 1 en la votación para el Senado, y próximas a 6 por 1, en lo que se refiere a la Cámara y a la Asamblea.¹²

La continuidad de tendencias es, pues, inequívoca. Ya sea que se considere la elección de 1970, que corresponde al auge del ufanismo del régimen iniciado en 1964, o la de 1978, cuando el partido del gobierno disputa una elección sin la menor perspectiva de victoria, se comprueba la existencia de un patrón o alineamiento básico en las opciones electorales en São Paulo. En ambos casos, la votación del MDB fue tanto mayor cuanto menor fue el ingreso medio familiar y cuanto más precarias, de un modo general, las condiciones de vida de las diferentes áreas. Obsérvese también que este alineamiento, perceptible ya en 1970, es anterior a la configuración de una tendencia emedebista *mayoritaria* en el municipio.

Esta demostración, dentro de todo, suscita problemas por lo menos tan agudos como los que esclarece. La estabilidad de los alineamientos electorales entre las regiones de la ciudad, sería fácilmente comprensible si pudiéramos atribuir al voto una elevada densidad ideológica y/o una correlación exacta entre las posiciones socioeconómicas de los individuos. Sin embargo es evidente que los contenidos ideológicos asociados al voto en cualquiera de los dos partidos se caracterizan, antes que nada, por un nivel muy bajo de información política y por una gran imprevisión en la estructuración de las opiniones, cuando, no pura y simplemente por la ausencia de éstas. La paradoja que ahí existe se acentúa más cuando verificamos que la continuidad de las tendencias electorales ocurre aun hasta en las áreas más pobres, en la llamada "periferia", en donde los índices de marginalización en relación al proceso político-partidista son, sin

¹² Es sin embargo digno de mención el hecho de que la posición *relativa* de las 8 áreas no se alteró desde 1970. Expresando los datos del cuadro V en resultados ordenados (resultados Z, que corresponden a la inclinación de cada una en relación a la media dividida entre la inclinación muestra abajo de la media), veríamos por ejemplo, que al área I se mantuvo siempre cerca de una inclinación muestra abajo de la media. O sea, aunque también ahí aumentara la votación del MDB, la distancia de esta área, en relación a la media de la ciudad, fue guardada. En el otro extremo, apreciamos, que la votación del MDB en el área VIII, se encuentra siempre entre 1.8 y 2.0 inclinaciones muestra por arriba de la media de las 8 áreas.

CUADRO V
NÚMERO DE VOTOS DADOS AL MDB POR CADA VOTO DADO A ARENA EN
1970, 1974 Y 1978, SEGÚN LA ÁREA HOMOGÉNEAS DEL MUNICIPIO DE SÃO
PAULO

ÁREAS	NÚMERO DE VOTOS DEL MDB POR CADA VOTO DE ARENA								
	Senado			Cámara Federal			Asamblea		
	1970	1974	1978	1970	1974	1978	1970	1974	1978
I	0.74	1.88	3.99	0.29	1.20	1.93	0.27	1.25	1.91
II	0.85	2.33	4.78	0.34	1.47	2.24	0.32	1.52	2.24
III	0.89	2.71	5.14	0.35	1.67	2.41	0.33	1.76	2.24
IV	0.92	3.03	5.58	0.36	1.97	2.55	0.35	2.06	2.50
V	1.05	3.48	6.77	0.39	2.22	3.14	0.37	2.34	3.09
VI	1.40	5.73	9.36	0.52	3.76	4.14	0.49	3.89	4.11
VII	1.55	5.82	10.27	0.54	3.83	4.63	0.50	4.13	4.41
VIII	1.85	7.15	12.39	0.64	4.94	5.99	0.59	5.36	5.52

duda, más elevados. Estas consideraciones nos obligan, por lo tanto, a escoger entre dos hipótesis: o los alineamientos a los que nos referimos son ilusorios, episódicos y, por lo tanto, susceptibles de fácil alteración frente a un nuevo cuadro institucional y partidista, o la estabilidad efectivamente existe, pero se basa en mecanismos insuficientemente comprendidos.

III. ESTRATOS SOCIALES, IDEOLOGÍA Y PREFERENCIA PARTIDISTA

a) *La imagen popular de los partidos, 1974-1978*

La caracterización de las expectativas ideológicas asociadas a los dos partidos, es una tarea menos compleja de lo que podría parecer a primera vista, debido a la fuerte inflexión ocurrida en 1974. La elección de ese año representó, como es sabido, un significativo *realignamiento* en relación a 1970. El volumen de aumento de la votación del MDB en 1974 es en sí mismo indicativo de que se procesaba una alteración generalizada en las expectativas del electorado, tratándose, por lo tanto, de un fenómeno "ideológico", si tomáramos este término en un sentido simple, en contraposición a "clientelístico". Basta recordar, a propósito, que la votación del MDB para la Cámara Federal, en el conjunto del país, aumentó del 30 al 48% (excluidos los votos en blanco y los anulados) en relación a 1970, con la correspondiente baja de ARENA, del 70 al 52%.¹³ En el munic

¹³ Claro indicio de que la inflexión de 1974 se asoció, en São Paulo, a la formación de identificaciones duraderas, es la estabilidad que se viene observando desde entonces en los porcentajes de preferencia por el MDB, a juzgar por las investigaciones del Instituto Gallup.

pio de São Paulo, como es de imaginarse, el cambio fue todavía más drástico: mientras en 1970 la votación del MDB prácticamente coincidió con la media nacional del 30%, en 1974 subió al 71%, y a 77%, en 1978.

Una transformación de tal magnitud no se daría, es obvio, sin una fuerte resonancia en el vocabulario y en las imágenes populares respecto de los dos partidos. Nuestro objetivo principal, en este momento, será el de analizar el *contenido* de esa identificación, para lo cual recorreremos inicialmente las informaciones recogidas antes de la elección de 1974, dado que el asunto fue abordado directamente en nuestras investigaciones, por ejemplo cuando preguntamos los motivos de las preferencias declaradas por los entrevistados, ¿qué diferencias encontraban entre los dos partidos?, o ¿qué tipo de personas serían beneficiadas por la eventual victoria de sus candidatos?

Se ha observado que los partidarios del MDB son predominantemente los *underdogs*: los menos instruidos, los asalariados de bajo ingreso, los que ejercen ocupaciones manuales, etcétera. Sin embargo, se puede afirmar que son emedebistas los que hacen del MDB una *imagen* de partido del pueblo, contra ARENA, partido de la élite, de los ricos, del gobierno. El MDB es el partido que procura defender a los más débiles y que, por eso, es también el partido más débil, envuelto en una lucha desigual con un poder mucho mayor. Este poder es el gobierno, son los ricos, los que no quieren una renovación. El punto principal a ser subrayado, a nuestra manera de ver, es que en estas imágenes se *combinan* categorías de connotación clasista, como “el pueblo” y “los pobres”, e imágenes propiamente políticas. Estas últimas, o bien aluden de manera difusa a un gobierno distante, que se contrapone al “pueblo”, o hacen referencias explícitas a la supresión de las elecciones directas.¹⁴ En uno como en otro caso, se entiende sin ninguna dificultad la insatisfacción producida por las técnicas empleadas por los gobiernos militares para suprimir el “populismo”, que consistieron, por un lado, en suspender las elecciones directas para los principales cargos ejecutivos y,

Las primeras investigaciones pre-electorales de 1978, realizadas en la primera quincena de septiembre, daban al MDB el 45% de los votos, aumentando a 49% en los primeros días de noviembre. Véase, *Índice Gallup de Opinión Pública*, año IV, núms. 86/87, diciembre/1978, enero/1979, p. 4.

¹⁴ Véase también al respecto, el ensayo de Teresa Pires do Rio Caldeira, “¿Para que serve o voto?” en Bolívar Lamounier (comp.), *Voto de Desconfiança: Eleições Mudança Política no Brasil*, Rio de Janeiro, Editorial Paz e Terra 1980. Basado en investigaciones antropológicas en la periferia de São Paulo.

por otro, en una estudiada distancia, con la cual se pretendía subrayar el carácter impersonal del gobierno, asumido directamente por las Fuerzas Armadas. Véamos algunas referencias hechas en 1974 por partidarios de ambos partidos, sin preocuparnos, por el momento, de la posición social de sus autores. Comenzando por las más claramente "clasistas":

- "El MDB está más por el pueblo que ARENA".
- "El MDB es demócrata, es decir, está a favor del voto directo, y eso no puede ser, pues el pueblo no sabe votar".
- "El MDB está siempre de parte de la pobreza. ARENA puede poner blanco".
- "Oí decir que el MDB puede beneficiar a los obreros, ARENA, no".
- "Con ARENA simpatizo más, viene de más cultura".
- "Yo creo que el MDB se interesa más por el trabajo, da trabajo para el pueblo. De ARENA yo no se nada".

También son frecuentes las imágenes que contraponen el "pueblo" al "gobierno":

- "Uno apoya al gobierno, el otro apoya al pueblo".
- "El MDB trata de lo que estamos necesitando con más urgencia, costo de vida, etcétera. ARENA trata más del desarrollo del país".
- "ARENA se va más para el lado del gobierno, apoya todo lo que el gobierno hace, el MDB procura ir siempre para el lado del pueblo".
- "El progreso del Brasil sube junto con el pueblo, ya con ARENA el país sube solito".
- "El MDB está más ligado al pueblo. ARENA está ligada al gobierno, y nadie está satisfecho con el gobierno".
- "ARENA pertenece al gobierno".

El contraste entre oposición y gobierno es una de las respuestas más frecuentes, y también una de las más variadas. En algunos casos, aparece como un contraste vacío, denotando una percepción política de las más pobres; en otros, demuestra claramente que la división entre ARENA y MDB correspondía, en 1974, a una división entre los satisfechos y los insatisfechos con la situación del país:

- "El MDB tiene una oportunidad de ser de la contra y cambiar las cosas".
- "ARENA es el partido del gobierno. Debemos votar por el otro para que suba, porque hoy en día uno no puede hablar ni hacer nada. Es sólo sí y no, no hay debate".
- "El MDB está contra el gobierno y ARENA es el partido del gobierno. Todo está bien, tengo escuela, empleo, no me falta nada, voto por ARENA. Como dicen en el radio, protestar ¿contra qué?".

Tampoco faltaban alusiones a la “acomodación” y al “envejecimiento” de ARENA, indicando el desgaste electoral producido por el poder, o por su apariencia: “El MDB tiene posibilidades de renovar muchas cosas. Carvalho Pinto ya está viejo”. Se entiende, por lo tanto, que *el arenismo, entendiéndose por él una identificación explícita y articulada con el partido, se volvía muy limitado. Se localizaba, por un lado, entre individuos o grupos que se sentían incuestionablemente beneficiados por la situación (“tengo escuela, empleo, protestar ¿contra qué?”) o entre aquellos, verdaderamente poco numerosos, que encontraban razones más antiguas y suficientes para defender al régimen posterior a 1964:*

“El MDB parece que está queriendo destruir lo que ya se hizo. Usa argumentos como la crisis, que es mundial, que no son válidos”.

“Lo que echa a perder al MDB es que tiene hombres de bien y otros que no valen nada. Están rebelados. Un grupo de elementos poco confiables, que pertenecían a partidos que están proscritos. Oposición no es insurrección. ARENA tiene menos elementos que no deberían estar en el partido de los que tiene el MDB”.

No es fácil darse cuenta de que las razones de este tipo, ya sean favorables o contrarias al régimen, sólo se conservan actuantes entre personas menos jóvenes y de un nivel educativo relativamente elevado, capaces, por lo tanto, de asimilar y retener informaciones políticas más complejas. No por casualidad, las razones más citadas por los partidarios del MDB para preferir ese partido son, en primer lugar, su vinculación a grupos sociales, “a los pobres”, “a los trabajadores”, o simplemente “al pueblo”; y en segundo, el hecho de ser el partido de la oposición. Del lado de ARENA, el apoyo al gobierno y la calidad de los candidatos, frecuentemente considerados como más “cultos”.

b) *Estratos sociales y preferencia partidista*

Vimos, en efecto, que existe en la distribución geográfica de los votos, entre 1970 y 1978, una estratificación bastante estable, con diferencias a favor del MDB siempre mayores en las áreas de menor ingreso y menos abastecidas de servicios básicos. Sin embargo, cuando pasamos al nivel de las evaluaciones subjetivas, no parece claro que la proporción de emedebistas sea mayor entre los satisfechos con esos mismos servicios (véase Lamounier, Bolívar (compilador), *Voto de Desconfiança: Eleições e Mudança Política no Brasil*, Río de Ja-

neiro, Editora Vozes, 1980). Todo indica que las líneas de diferenciación entre los electores de uno y otro partido se sitúan, antes que nada, en las opiniones de naturaleza político-institucional, es decir, en juicios bastante amplios sobre el régimen vigente en el país. Esta verificación sólo aumenta las paradojas, pues no es plausible atribuir a la población pobre de los barrios periféricos una percepción tan compleja de la realidad político-institucional.

Esta sensación inicial de perplejidad se atenúa, mientras tanto, si consideramos en más detalle algunos elementos básicos de nuestra caracterización del electorado paulista. Parece claro, por un lado, que entre los electores con nivel de instrucción superior las expectativas se hayan efectivamente polarizadas en términos de aceptación o rechazo del régimen vigente. Por otro, en lo que se refiere a la gran mayoría del electorado y, en particular, a los individuos menos escolarizados, parece también claro que existe apenas una simbolización difusa del MDB como oposición a la situación reinante y como portador de un índice bastante limitado de reivindicaciones básicas, tales como el retorno a las elecciones directas y al gobierno civil, el aumento de salarios, y el derecho de huelga.

Aunque de cierta posibilidad de entender bien los resultados electorales de los últimos años, esta descripción indica, al mismo tiempo, que las relaciones entre el voto (o la preferencia de partido) y la posición socioeconómica de los individuos no obedece al patrón simple y lineal casualmente sugerido por el análisis de las tendencias entre las áreas geográficas de la ciudad, en la segunda parte de este ensayo. En efecto, aunque sea cierto que la crítica económica y política al régimen sensibilizó en menor grado a los electores de bajo ingreso, parece evidente que el bajo nivel de instrucción y el carácter difuso de sus percepciones respecto a los partidos dejan un amplio margen para la acción de los candidatos arenistas (especialmente de los candidatos a diputado) y para los llamados propagandísticos del gobierno federal. En el otro extremo, parece también cierto que el desgaste de la legitimidad del régimen posterior a 1964, entre los estratos medios y altos, abrió al MDB posibilidades electorales bastante amplias. La acción conjugada de estos factores impide, así, una relación lineal entre posición socioeconómica y voto, aun habiendo indicios, como veremos más adelante, de que esa relación se tornó *menos* nítida entre 1974 y 1978, en el municipio de São Paulo.

El análisis de las determinantes de la preferencia partidista, que haremos a continuación, tendrá por lo tanto como objetivo el de

mostrar que los indicadores socioeconómicos habituales no reproducen, a nivel de los individuos, una jerarquización simple y lineal como la que encontramos entre las 8 áreas homogéneas de la ciudad (ver cuadro VI).

Considerando inicialmente que los datos referentes a la escolaridad, a la posición en la ocupación y al nivel ocupacional es de llamar la atención el hecho de que las categorías *extremadamente* bajas no son las más emedebistas. Entre los analfabetas, por ejemplo, la preferencia por el MDB alcanza sólo el 64.3%. En las demás categorías de la escolaridad variable, se notan sólo ligeras variaciones en torno a la media.

No menos ilustrativos son los datos referentes a la posición dentro de la ocupación. Como sería de esperarse, el mayor porcentaje de emedebistas se da entre los *empleados*, el menor entre los *empleadores*. Por otro lado, las preferencias por el MDB son bastante menos frecuentes (57.1%) entre los *subempleados*. Aunque el pequeño número (N=7) de casos en esta categoría perjudique cualquier inferencia, se puede observar en la clasificación de niveles ocupacionales, a continuación, que el porcentaje de emedebistas es el máximo (82.5%) en el nivel medio, y el mínimo en las categorías extremas (68.0 y 69.6%, respectivamente).¹⁵

Pasando al lado derecho del cuadro VI, vemos que los datos referentes al tipo de sindicato a que pertenecen los entrevistados poco acrecentan a las inferencias ya hechas, no sólo por ser pequeño el número de sindicalizados, sino también porque la única variación importante se verifica en la pequeña categoría de los afiliados a sindicatos patronales (N=7) previsiblemente menos emedebistas. En las variantes sexo, religión, y color, existen algunas variaciones dignas de hacer notar. Las preferencias por el MDB parecen un poco menos frecuentes entre las mujeres, como además sería de esperar, teniendo en cuenta que esa proporción es también menor entre las personas que no trabajan y entre las que ejercen ocupaciones de nivel muy bajo, predominantemente domésticas.

En lo tocante a la religión y al color, existen variaciones bastante acentuadas entre los grupos numéricamente menos importantes.

¹⁵ Se podría objetar, claro, que la categoría media es demasiado amplia y heterogénea. Sin embargo, el examen de los porcentajes en cuatro sub-categorías (trabajadores manuales de nivel bajo, obreros calificados y empleados burócratas calificados) en nada altera el razonamiento expuesto. En todos estos casos las preferencias por el MDB son sensiblemente más frecuentes de lo que en las dos categorías extremas.

CUADRO VI
IDENTIFICACIONES CON EL MDB. SEGUN LAS DIFERENTES CLASIFICACIONES
SOCIOECONÓMICAS.
MUNICIPIO DE SÃO PAULO, 1978 (*)

<i>Escolaridad</i>	(%)	(N)	<i>Tipo de sindicato a que pertenece</i>	(%)	(N)
Analfabetas	64.2	(53)	Obrero	80.0	(60)
Primaria	76.0	(221)	Prof. Liberal	82.4	(17)
Secundaria	81.0	(143)	Patronal	43.4	(7)
Bachillerato	78.0	(91)			
Universidad	81.7	(71)			
<i>Posición en la ocupación</i>			<i>Sexo</i>		
Subempleados	57.1	(7)	Masculino	81.0	(253)
Empleado	84.1	(289)	Femenino	74.4	(328)
Cuenta propia	74.2	(02)	<i>Religión</i>		
Empleador	52.2	(23)	Católica	78.2	(455)
No trabaja (estudiantes, amas de casa, etc.)	71.4	(189)	Espiritista	80.8	(26)
<i>Nivel ocupacional</i>			Umbanda	93.8	(16)
Bajo (sirvientas, vendedores ambulantes etc.)	68.0	(28)	Protestante	35.3	(17)
Medio (de trabajadores manuales no calificados a empleados burócratas de nivel bajo)	82.5	(320)	Pentecostal	66.7	(21)
Alto (enseñanza, gerentes, administradores)	69.6	(46)	Ninguna	88.6	(35)
			<i>Color</i>		
			Blanco	74.8	(428)
			Negro	78.3	(23)
			Mulato	84.7	(118)
			Oriental	91.0	(11)

(*) Basada en las respuestas a la pregunta: "Usted se considera de ARENA, del MDB, o de ninguno de los dos?" El complemento de los porcentajes corresponde a los que se declararon arenistas, siendo por lo tanto excluidos los que no tienen preferencia entre los partidos, y los que no quisieron o no supieron responder. En total, 581 individuos declararon alguna preferencia, siendo el 77.3% emedebistas y el 22.7% arenistas.

Los umbandistas entrevistados, por ejemplo, son casi unánimemente emedebistas (93.8%), al contrario de los protestantes, entre los cuales solamente el 35.3% declararon esa preferencia. En cuanto al color, se confirma ligeramente la conocida tendencia por parte de los negros y mulatos a apoyar a los partidos más ligados a la tradición obrera.¹⁶ Mientras tanto, en el pequeño grupo de orientales (N = 11) es donde se encuentra la variación más acentuada, con el 91.0% declarándose a favor del MDB.

El punto principal a destacar es, sin embargo, que *de estos datos no resulta un cuadro lineal y consistente como el sugerido por la distribución de los votos entre las áreas geográficas de la ciudad*. Lo que se comprueba es, por el contrario, que las relaciones entre posición socioeconómica y la preferencia por determinado partido son muy poco nítidas. En lo tocante a la escolaridad, por ejemplo, y exceptuado el caso de los analfabetas, no se encuentra una tendencia consistente entre los diversos niveles. Ya el nivel ocupacional parece mantener con la preferencia partidista una relación curvilínea, teniendo en cuenta la reducción de los porcentajes de emedebismo en las dos categorías extremas. Superadas las imprecisiones que normalmente acompañan a las informaciones sobre el ingreso, obtenidas a través de entrevistas, el cuadro VII servirá para complementar el razonamiento que venimos desarrollando.

Se comprueba sin dificultad que las variaciones del ingreso individual no mantienen una relación consistente con los porcentajes de preferencia por el MDB. En cuanto al ingreso familiar, existe una baja del emedebismo cuando se pasa de uno a cuatro salarios mínimos, sin embargo, esta tendencia se invierte a partir de ahí, encontrándose nuevamente porcentajes próximos a la media global en los niveles más altos. Este resultado no es sorprendente si consideramos a partir del cuadro VI, que las preferencias por el MDB se encuentran muy próximas de la media global entre las personas de alto nivel educativo, aunque sean inferiores a ella entre los empleadores y entre los individuos que ejercen ocupaciones de nivel elevado (enseñanza, gerentes, administradores, etcétera). Es pues patente que los indicadores considerados en los cuadros VI y VII no reproducen el resultado obtenido en el cuadro V para la distribución de los votos entre las áreas socioeconómicas homogéneas del municipio de São

¹⁶ Véase Amaury de Souza, "Raças e classe no Brasil urbano", *Revista de Administração de Empresas*, vol. II, núm. 4, 1971.

CUADRO VII
IDENTIFICACIONES CON EL MDB, SEGÚN EL INGRESO INDIVIDUAL Y EL
INGRESO FAMILIAR *PER CAPITA*, MUNICIPIO DE SÃO PAULO, 1978 (EN
PORCENTAJES) (*)

NIVELES DE INGRESO (EN SALARIOS MÍNIMOS DE 1978) (*)	INDIVIDUAL	FAMILIAR <i>PER CAPITA</i>
1	75.0 (28)	83.2 (143)
2	85.7 (77)	77.9 (136)
3	72.9 (59)	74.4 (82)
4	79.6 (54)	70.0 (50)
5	100.0 (14)	84.8 (33)
6-10	80.2 (86)	74.6 (59)
+ de 10	79.6 (49)	78.6 (14)
Núm. total de los que declararon ingreso y preferencia partidista.	80.4 (367)	78.2 (517)

(*) Basada en las respuestas a la pregunta: "¿Usted se considera de ARENA, del MDB, o de ninguno de los dos?". Los números entre paréntesis son las bases del porcentaje, cuyo complemento corresponde a las identificaciones con ARENA. El salario mínimo en São Paulo en octubre-noviembre de 1978 era de 1 560.00 cruzeiros.

Paulo. Se debe por lo tanto concluir, que nuestra muestra no reprodujo satisfactoriamente las diferenciaciones existentes en el municipio. Esta última hipótesis puede ser descartada teniéndose en cuenta que la razón MDB/ARENA obtenida a través de la pesquisa es de 3.40, resultado bastante cercano a lo que efectivamene pasó en la votación para diputados, que fue de 3.35 y 3.26, respectivamente, para la Cámara Federal y para la Asamblea Legislativa estatal.

c) Interpretaciones del realineamiento electoral de 1974

Una situación de realineamiento electoral fuerte como la ocurrida en São Paulo entre 1970 y 1978, coloca en movimiento poderosas tendencias homogeneizadoras en el comportamiento electoral. Interpretar un cambio de tal magnitud es, pues, tarea mucho más compleja de lo que normalmente se supone en el discurso político no apoyado en investigaciones empíricas. Una de las hipótesis más frecuentes, que vería en el crecimiento del MDB un mero "rebatismo" de identificaciones anteriores a 1964, puede ser descartada sin dificultad, para lo cual basta con reparar en la magnitud demográfica de las transformaciones a que nos estamos refiriendo. Otra hipótesis, mucho más plausible, tendería a concebir este proceso como un ajuste gradual de las bases sociales a sus "verdaderos" intereses, o

sea, como un “reconocimiento” gradual, por parte de los diferentes estratos sociales, de los partidos que mejor expresan sus anhelos e intereses. Esta hipótesis, como notamos repetidamente, cae en una dificultad considerable cuando tratamos de conciliar dos afirmaciones empíricas igualmente indiscutibles: por un lado, son efectivamente las áreas más pobres de la ciudad las que más fuertemente apoyan al partido opositor; pero por otro, es en estas áreas en donde la hipótesis del “reconocimiento” se vuelve más problemática, dados los bajísimos índices de información política que ahí prevalecen. Como demostramos en otros trabajos, prácticamente no existe correlación entre opiniones o actitudes *específicas*, de carácter económico y social, y preferencia partidista, entre los estratos de bajo ingreso de la periferia de São Paulo. Por consiguiente, se puede hacer la siguiente conjetura, los mecanismos de este tipo de cambio son mucho más amplios, y actúan en gran parte a través de transformaciones demográficas de mayor envergadura. Dentro de este mismo orden de ideas, se puede suponer que actuarán con mayor eficacia entre los más jóvenes o, de modo general, entre individuos menos informados y menos integrados a los esquemas previos de participación (o de apatía) política; y también que los más dispuestos a persistir en una fidelidad partidista contraria a las tendencias emergentes no solamente serán aquellos que la ven como apropiada a sus intereses, sino sobre todo aquellos que, además de eso, poseen una reserva apropiada de informaciones, memorias y involucramientos. En este sentido algunas indicaciones fueron ligeramente resaltadas mientras discutimos sobre las imágenes populares de los partidos, al observar que el arenismo articulado y militante se basaba en razones sólo apropiadas para grupos menos jóvenes y de alto *status* socioeconómico. No por azar, la *combinación* de las variables edad y escolaridad nos proporciona una visión razonablemente clara de las bases sociales del voto en São Paulo, y la alteración que se produjo a partir de 1974, como veremos, a continuación, en el cuadro VIII.

Aunque la redacción de la pregunta no haya sido exactamente la misma en las pesquisas realizadas en 1974 y en 1978, nos pareció útil comparar la distribución de la preferencia partidista según la edad y el nivel de instrucción en estos dos años. El procedimiento que veníamos adoptando en los cuadros anteriores fue ligeramente alterado a fin de volver el análisis de los datos de 1978 comparable a otro, ya publicado, de los datos de 1974 (véase Lamounier, Bolívar, “Comportamiento eleitoral em São Paulo”, en *Os Partidos e as*

Eleições no Brasil, Río de Janeiro, Editora Paz e Terra, 1975). Así, presentamos en el cuadro VIII los porcentajes correspondientes a ARENA y, como complemento, no los que corresponden al MDB, sino a la suma de los emedebistas con los que no optaron por ninguno de los dos partidos.

CUADRO VIII

IDENTIFICACIONES CON ARENA. SEGÚN LA EDAD Y EL NIVEL DE ESCOLARIDAD. MUNICIPIO DE SÃO PAULO, EN 1974 Y 1978 (PORCENTAJES) (*)

EDAD \ ESCOLARIDAD	1974				1978			
	18/28	29/44	45/64	Total	19/28	29/44	45/64	Total
Hasta Primaria completa	12.4 (74)	19.7 (162)	25.9 (138)	20.5 (374)	12.5 (72)	19.9 (156)	19.4 (124)	18.2 (352)
Secundaria a Preparatoria incompleta	24.0 (127)	26.3 (67)	37.8 (45)	26.9 (239)	8.8 (102)	15.3 (72)	23.1 (39)	13.6 (213)
Bachillerato completo y Superior	26.4 (94)	33.5 (63)	50.4 (43)	33.6 (200)	8.5 (82)	15.3 (72)	39.1 (23)	15.3 (177)
Total	21.8 (295)	24.4 (292)	32.8 (226)	25.7 (813)	9.8 (256)	17.7 (300)	22.6 (186)	16.2 (742)

(*) El complemento de los porcentajes corresponde a los que declaran preferir el MDB y a los que no manifestaron preferencia por ninguno de los dos partidos. Los números entre paréntesis son las bases utilizadas para el cálculo de los porcentajes. En 1974 la pregunta sobre la preferencia partidista tuvo la siguiente redacción: "¿A usted le gusta más alguno de los dos partidos actuales, ARENA y MDB? Y en 1978: ¿Usted se considera de ARENA, del MDB, o de ninguno de los dos?".

Observando inicialmente los datos de 1974, se confirma que las variables escolaridad y edad actúan simultáneamente, de manera interactiva, sobre la preferencia partidista. El porcentaje de identificaciones con ARENA aumenta en función de la edad en cada uno de los estratos educacionales, y en función de la escolaridad en cada uno de los niveles de edad. En consecuencia de esto, la distancia extrema es precisamente la que separa a los más jóvenes y menos escolarizados (sólo el 12.4% de arenistas) de los más viejos y más escolarizados, entre los cuales esa proporción alcanza el 50.4%.

Refiriéndose ahora a los datos de 1978, e ignorando la magnitud absoluta de los porcentajes, debido a las diferentes redacciones de la pregunta en las dos pesquisas, verificamos algunas modificaciones importantes. Aunque el arenismo continué aumentando en función de la edad dentro de cada estrato educacional, como se observa leyendo horizontalmente los porcentajes, la reciprocidad no es verdadera, o sea, ya no se da el aumento en función de la educación

dentro de cada grupo clasificado por edad. Se verifica, al contrario, que el aumento de la escolaridad hace *disminuir* el arenismo en los grupos de 18 a 28 y de 29 a 44 años. El patrón de 1974 persiste sólo en el grupo más viejo, de 45 a 64 años, en el cual efectivamente se comprueba un aumento del 19.4 al 39.1% cuando pasamos del nivel de primaria al más alto, que corresponde al bachillerato completo y al de educación superior. En consecuencia, la distancia extrema se encuentra ahora *dentro* del estrato educacional más alto, contraponiendo a los más jóvenes, de los cuales solamente el 8.5% se declaran arenistas, a los más viejos, entre los cuales esta proporción alcanza el 39.1%. La lectura de la columna del total, a la derecha, confirma lo que habíamos visto en los cuadros anteriores, esto es, que no existe ya una tendencia consistente a aumentar el arenismo en función del efecto *aislado* del nivel de instrucción.

Los datos presentados en el cuadro VIII tienen implicaciones en el análisis del realineamiento electoral que se dio a partir de 1974. Afirmamos desde el principio que el crecimiento del voto opositor en São Paulo se debió en gran parte al desgaste de la legitimidad del régimen, reflejándose en un rápido abandono de ARENA, o en la adquisición de una identificación emedebista por parte de individuos antes indiferentes. Ese proceso, como es obvio, fue más intenso entre los niveles de edad más joven, y tuvo como consecuencia la dilución del vínculo, antes bastante claro, entre nivel educacional y preferencia partidista.

Esta comprobación nos conduce naturalmente al análisis de la elección para el Senado en 1978. Al principio de este ensayo (véase cita 7), habíamos señalado ligeramente que, aunque la votación *total* del MDB en 1978 sea muy semejante a la de 1974, en lo que respecta a la distribución geográfica de los votos, esta afirmación no se apoya sin reservas cuando consideramos separadamente la votación de los dos candidatos de ese partido al Senado, Franco Montoro y Fernando Henrique Cardoso. Los votos de este último, como veremos más adelante, siguen un patrón bastante distinto del perfil "histórico" de los votos emedebistas, y esto se debe, como todo lo indica, al realineamiento que acabamos de sugerir al analizar el comportamiento de las generaciones más jóvenes.

d) *Las elecciones para el senado en 1978*

La tesis desarrollada hasta aquí es la de que el crecimiento de la oposición en São Paulo obedeció a percepciones y a ritmos hasta

cierto punto diferenciados, y esto tanto entre estratos sociales como entre generaciones. Los datos presentados indican claramente que las insatisfacciones vividas por la gran mayoría de la población, sobre todo por los estratos de bajo ingreso y bajos niveles de instrucción, fueron catalizadas en el terreno político por una imagen del MDB como "partido de los pobres" y por un grupo restringido de opiniones contrarias al régimen vigente. En esa parte del electorado, en 1974 ya se había configurado una opción opositora ampliamente mayoritaria, especialmente entre los electores más jóvenes. Pero quedó también evidente que, aun en el municipio de São Paulo, ARENA conservaba un margen sustancial de apoyo en los grupos de menor edad y entre los estratos de más alto *status*. Especialmente importante es la indicación de que, aun entre los jóvenes, la apelación de ARENA, en 1974, era mayor mientras más elevado era el nivel socioeconómico (medido por la escolaridad), como se demostró en el cuadro VIII.

Desde este ángulo, las elecciones de 1978 para el Senado adquieren en nuestro análisis un interés estratégico. Por un lado, porque el lanzamiento de la candidatura de Fernando Henrique Cardoso por el MDB, como suplente al lado del senador en funciones, Franco Montoro, tenía entre sus objetivos más evidentes el de ampliar la penetración del partido opositor en algunos grupos del electorado. Entre ellos, naturalmente, destacaban los grupos más jóvenes y escolarizados, entre los cuales, como se sabe, existía no sólo un apoyo residual a ARENA sino también, en los medios universitarios, una oposición al propio MDB. No se pretende afirmar aquí que los propósitos de esa candidatura fueran desde el inicio modestos, ni mucho menos que su orientación ideológica tuviera como mira *intereses* de los llamados "sectores medios". Se afirma solamente, que la receptividad de esos sectores constituiría necesariamente su apoyo mínimo, sabiéndose de antemano que, a partir de ese momento, Fernando Henrique tendría que enfrentarse a la tarea casi imposible de volverse conocido sin la cooperación de la televisión, y de competir con Franco Montoro, político de indiscutible prestigio ante la gran masa de electores, especialmente entre los asalariados de bajo ingreso.

Habíamos visto anteriormente, en el cuadro I, que los votos del MDB para el Senado, considerados en conjunto, son indiscutiblemente más urbanos, es decir, proporcionalmente más numerosos en la capital y en las grandes ciudades, que los de ARENA. Exami

nando la procedencia de los votos dados a cada candidato, individualmente, comprobamos que Fernando Henrique es, de los tres, el más concentrado en la capital¹⁷. En este momento nos interesa, sin embargo, únicamente la distribución de los votos *dentro* del municipio de la capital, en función de las diferentes áreas socioeconómicas. Los datos básicos para la presente argumentación fueron organizados en el cuadro IX en función de las 8 áreas socioeconómicas homogéneas ya utilizadas en la segunda parte de este trabajo. Como se recordará, la numeración de esas áreas corresponde a un orden decreciente en función del ingreso medio familiar y de otros 6 indicadores socioeconómicos. Como se vio en el cuadro V, esa escala

CUADRO IX
RAZÓN MDB/ARENA EN LA VOTACIÓN PARA EL SENADO EN 1970, 1974 Y 1978, Y VOTACIÓN INDIVIDUAL DE LOS TRES CANDIDATOS AL SENADO EN 1978, EN SÃO PAULO, SEGÚN LA DIVISIÓN DEL MUNICIPIO EN 8 ÁREAS SOCIOECONÓMICAS HOMOGÉNEAS (*)

ÁREAS HOMOGÉNEAS	RAZÓN MDB ARENA PARA EL SENADO			SENADO 1978. EN PORCENTAJES		
	1970	1974	1978	Franco Montoro	F.H. Cardoso	Cláudio Lembo
I	0.74	1.88	3.99	46.6	33.6	19.8
II	0.85	2.33	4.78	52.3	30.5	17.3
III	0.89	2.71	5.14	55.9	27.8	16.3
IV	0.92	3.03	5.58	58.7	26.1	15.2
V	1.05	3.48	6.77	61.8	25.4	12.9
VI	1.40	5.73	9.36	72.1	18.2	9.7
VII	1.55	5.82	10.2	74.8	16.4	8.9
VIII	1.85	7.15	12.39	80.4	12.2	7.5
TOTAL	1.10	3.72	7.11	66.0	22.0	12.0

(*) Fuente: TRE-SP. El cálculo de los porcentajes de los tres candidatos en 1978 excluye los votos en blanco y los anulados. Sobre la división del municipio en áreas homogéneas, véase SEPLAN, Secretaría de Economía y Planificación del Estado de São Paulo — Subdivisão de Municipio de São Paulo en áreas homogéneas. *Estudos e Pesquisas*, núm. 13, 1977.

¹⁷ Las proporciones de los votos obtenidos en la capital sobre el total de cada candidato fueron, respectivamente: Fernando Henrique, 45%; Franco Montoro, 38.5%; Claudio Lembo, 26%. Es evidente que esa mayor concentración de los votos de Fernando Henrique en la capital indica cosas distintas en relación a Cláudio Lembo y a Franco Montoro. En relación a Lembo, se trata de una diferenciación efectiva en la localización de las bases partidistas y, por consiguiente, en la propia estrategia espacial de la campaña, lo que se comprueba fácilmente teniéndose en cuenta que la magnitud absoluta de la votación de uno y otro fue más o menos la misma. En relación a Montoro, ya indica sobre todo la debilidad del apoyo organizativo de Fernando Henrique en los municipios menores, las limitaciones de una campaña sin el apoyo de la televisión y, *last but not least*, la extensión del prestigio electoral de Franco Montoro.

discrimina nítidamente la fuerza relativa de los dos partidos: el apoyo al MDB, mínimo en el área I, aumenta consistentemente a medida que recorremos la escala, hasta el área VIII.

El cuadro IX permite extraer conclusiones nítidas sobre la distribución espacial de los votos de los tres candidatos. Para una mejor percepción de las tendencias, reproducimos en la parte izquierda de la tabla la razón MDB/ARENA en las tres últimas elecciones senatoriales. El perfil "histórico" del MDB paulistano, que de ahí se desprende, es el de una ventaja creciente en relación a ARENA, y mayor entre más bajo el nivel socioeconómico de las diferentes áreas. Haciendo ahora la comparación con los votos de los tres candidatos, se puede comprobar que ese perfil histórico se reproduce de manera exacta en la distribución de los votos de Franco Montoro. Ya los votos de Fernando Henrique Cardoso, *varían en dirección exactamente inversa a los de Montoro*, asemejándose su distribución, por consiguiente, a la del candidato de ARENA, Cláudio Lembo. Aunque la expresión "estratos medios urbanos" sea un tanto insuficiente para expresar el patrón demostrado, parece claro, por lo tanto, que la votación de Fernando Henrique tiende a aumentar proporcionalmente a medida en que pasamos de las áreas menos para las más privilegiadas en términos socioeconómicos. Sin embargo, esta cuestión requiere un examen más cuidadoso, pues, como vimos a propósito de las bases sociales para la preferencia partidista, la posibilidad de ese ordenamiento en función de las áreas socioeconómicas no significa que el mismo tipo de relación prevalezca *necesariamente* a nivel de individuos.¹⁸

La variación inversa entre los votos de Fernando Henrique y de Franco Montoro puede ser comprobada con los datos del muestreo realizado en el municipio de São Paulo, examinándose, por ejemplo, su distribución en función de los niveles de escolaridad de los entrevistados.

¹⁸ Refiriéndose a los candidatos a diputado "que se identificaron con los intereses populares más amplios y profundos", Brás José de Araujo ("Eleições em São Paulo", *Revista de Cultura Contemporânea*, CEDEC, año 1, núm. 1, 1979.) observa que muchos de ellos "obtienen una votación más expresiva en los barrios considerados de clase media". Acrecienta, entre tanto, que aquí es necesario evitar inferencias apresuradas, en vista de que "en São Paulo, no existe un criterio rígido de distribución de los electores consideradas de "clase media", según su localización geográfica, es muy común la presencia de un grupo significativo del electorado trabajador" (p. 106). Este problema, como se vio en la segunda parte de este trabajo, es sensiblemente atenuado por la utilización de las áreas socioeconómicas homogéneas, pero aún así es real, volviendo indispensable el recurrir a los datos individuales recogidos a través del *survey*.

Para una mejor comprensión, colocamos en el lado izquierdo del cuadro los porcentajes de los tres candidatos sólo en función de los niveles de escolaridad, y, del lado derecho, en función *también* de la edad.

Los datos del cuadro X indican claramente que el apoyo a la candidatura de Fernando Henrique Cardoso varía en dirección inversa al de Franco Montoro, aumentando sistemáticamente en función de la escolaridad e inclusive superándolo entre los electores de nivel universitario. Es también pertinente observar que el apoyo a Cláudio Lembo prácticamente no varía en función de la escolaridad. Su votación es significativa (17.5%) entre los electores de poca instrucción, confirmando una vez más que ARENA retiene cierto apoyo entre los estratos *extremadamente* bajos, tales como en los que se encuentran los analfabetas y los que ejercen ocupaciones domésticas o subempleos.

Más significativo es, entre tanto, el resultado obtenido por el examen del trabajo *simultáneo* de las dos variables, escolaridad y edad, al lado derecho del cuadro. Ahí se aprecia nítidamente que el apoyo a Fernando Henrique es sensiblemente superior al de los otros dos candidatos entre los electores jóvenes de nivel universitario, pero es igual al de Franco Montoro e inferior al de Cláudio Lembo entre los electores universitarios con edad superior a 46 años. Es también digno de mención que, exceptuado el nivel universitario, la votación de Franco Montoro es superior a la de Fernando Henrique y a la de Cláudio Lembo en todas las demás subdivisiones.

CONCLUSIÓN

Tomando como punto de partida la importancia adquirida por las elecciones y, en particular, por el voto urbano a partir de 1974, procuramos reunir en este ensayo algunas informaciones para el estudio del proceso electoral en São Paulo. En una breve recapitulación, nos parece que tres puntos deben ser destacados. El primero tiene que ver con la notable continuidad de los alineamientos básicos. Como vimos, el apoyo electoral al MDB mantiene una relación claramente inversa con el nivel socioeconómico de las diferentes áreas del municipio. Este patrón puede ser observado aún en los datos de 1970, a pesar de las especiales circunstancias de la elección de ese año, que correspondió a uno de los momentos más represivos del régimen posterior a 1964. En las elecciones siguientes, mientras tanto,

se verifica no solamente la repetición del mismo alineamiento, sino también una enorme ampliación de la ventaja del MDB en relación a ARENA en las áreas más pobres y carentes de servicios urbanos.

Este es, pues, el segundo punto: ¿Cómo explicar ese "Voto de periferia"? Una de las preocupaciones de este ensayo fue el evitar la respuesta simplista, y bajo muchos aspectos equivocada, que apenas se refiere al "costo de la vida", o a alguna formulación igualmente genérica con respecto a la situación económica de los asalariados de bajo ingreso. La insuficiencia de este tipo de razonamiento puede ser fácilmente comprendida si recordamos que la situación de esos sectores no era muy distinta en 1970, cuando buena parte de ellos contribuyó para la victoria de ARENA en el municipio, en la votación para la Cámara Federal y para la Asamblea Legislativa. Una comprensión más adecuada de los cambios que se dieron en esta década debe, pues, empezar por lo obvio, esto es, por el reconocimiento de que efectivamente se dio una inflexión de grandes proporciones en 1974.

La identificación con el MDB, visto como partido "de los pobres" o "del pueblo", para recordar aquí sólo los símbolos más frecuentes, fue en verdad uno de los procesos más notables de los años setenta, en términos de comportamiento político urbano.

Pero ¿cómo caracterizar, sociológicamente, esa identificación? Sería ingenuo imaginar que las variaciones regionales existentes en el Brasil, o aun las que prevalecen dentro del área metropolitana de São Paulo, admitan fácilmente alguna clasificación homogénea. Nos parece, entre tanto, que la orientación *predominante* en relación al MDB es, por un lado, ideológica, y, por otro, *partidista*. Ideológica, entiéndase bien, en el sentido estricto que tiene este término cuando se contrapone al término *clientelístico*. Es, pues, ideológica en el sentido de que no se basa primordialmente en expectativas de beneficios inmediatos, tangibles y diferenciados, sino en símbolos y consideraciones más amplios. Y es partidista, en la medida en que se distingue tanto de orientaciones puramente personalistas como también, en el otro extremo, de actitudes más complejas volcadas hacia cuestiones sustantivas. O sea: aunque basado en expectativas amplias, el voto opositor en São Paulo no es ideológico en el sentido amplio del término, que se refiere también a la capacidad de discriminar explícitamente entre cuestiones de política pública, y de asociar las opciones entre ellas a las alternativas partidistas.

Como dijimos, la imagen popular del MDB en São Paulo, desde 1974, ha sido la de partido de los *underdogs*, de los pobres, del pueblo contra ARENA, partido de la élite, de los ricos, del gobierno.

El surgimiento de esta imagen, notoriamente a partir de 1974, es el que permite comprender la ampliación de las diferencias a favor del MDB cuando pasamos del "centro" a la "periferia", y también la previsibilidad del voto, aun sin el apoyo de la televisión y pese a los índices todavía muy bajos de información y participación política. A pesar del enorme esfuerzo de movilización emprendido por los partidos, especialmente por el MDB, en las elecciones de 1978, nuestros datos permiten estimar con cierta seguridad que no más del 29% de los electores fueron procurados, aunque fuera en forma superficial, por alguna persona ligada a cualquiera de los dos partidos. Poco más del 15% trataron de convencer a otras personas para que votaran por sus candidatos; como máximo el 7% pegaron cartelones en su casa o en el local de trabajo, sólo el 3 o 4% comparecieron a algún comicio. Más del 90% oyeron, o asistieron, la propaganda gratuita por el radio o la televisión, pero los resultados de esas transmisiones, en los moldes en que fueron hechas en 1976 y 1978 son muy conocidos: la casi totalidad de los escuchas y telespectadores apaga inmediatamente sus aparatos.

Esto significa que el fuerte realineamiento político electoral ocurrido en São Paulo, como en casi todo el resto del Brasil, a partir de 1974, se asocia a transformaciones más amplias, especialmente a la entrada en la escena política de un enorme contingente de electores jóvenes que saben poco o nada respecto a los acontecimientos de 1964. El propio proceso de crecimiento económico, que alcanzó tasas particularmente elevadas entre 1967 y 1973, asociado a tasas históricamente elevadas de crecimiento demográfico, condujo rápidamente al régimen a un momento difícil en lo que respecta a sus parámetros de legitimidad. El mantenimiento del vínculo con las instituciones representativas clásicas, y por consiguiente de los partidos políticos y del calendario electoral, constituye, como vimos, un parámetro político-ideológico de gran importancia en el Brasil. Se trata no sólo de una imposición de la formación histórica y de la posición internacional del país, sino también de un vehículo que los propios detentadores del poder en el régimen posterior a 1964 se interesan en preservar con vistas a una eventual necesidad de redemocratización. La revalorización del escenario político-electoral, en 1974, mostró claramente que esas instituciones poseen de hecho, enorme capacidad legitimadora,

pero al precio, claro, de desencadenar un proceso político que no puede ser controlado en los moldes de un régimen burocrático-autoritario clásico. En esta ambigüedad es que reside la compleja fascinación de la situación política que se inicia con las elecciones de 1974.

Traducción: Zoraida Borges

BIBLIOGRAFÍA

Araujo, Brás José de, "Eleições em São Paulo" en *Revista de Cultura Contemporânea*, año 1, núm. 1, CEDEC, 1979.

Caldeira, Teresa Pires do Rio, "Para que serve o voto?" (véase Lamounier, 1980).

Duarte, Celina Rabello, "A Lei Falcão: Antecedentes e Impacto" (véase Lamounier, 1980).

Índice Gallup de Opinião Pública, año IV, núms. 86/87, 1978-1979.

Kinso, Marfa D'Alva Gil, "Novos partidos: o início do debate" (véase Lamounier, 1980).

Lamounier, Bolívar, "Comportamento Eleitoral em São Paulo: passado e presente", en Bolívar Lamounier y F.H. Cardoso, *Os Partidos e as Eleições no Brasil*, Río de Janeiro, Editorial Paz e Terra, 1975.

Lamounier, Bolívar (comp.), *Voto de Desconfiança: Eleições e Mudança Política no Brasil*, Río de Janeiro, Editora Vozes, 1980.

Myiamoto, Shiguenoli, "Eleições de 1978 em São Paulo: a campanha" (véase Lamounier, 1980).

Reis, Fábio Wanderley, *Os Partidos e o Regime: a Lógica do Processo Eleitoral Brasileiro*, São Paulo, Editora Símbolo, 1978.

SEPLAN: Secretaría de Economía y Planificación del Estado de São Paulo Subdivisão do Município de São Paulo em Áreas Homogêneas, *Estudos e Pesquisas*, núm. 13, 1977.

Saouza, Amaury de, "Raças e classe no Brasil urbano" en *Revista de Administração de Empresas*, vol. II, núm. 4, 1974.

LOS INTELLECTUALES Y EL PODER EN BRASIL (1922-1981)

CARLOS GUILHERME MOTA

No somos hombres completos. Somos seres que se debaten para llegar a las relaciones humanas y a una definición de hombre. Estamos ahora, en plena batalla. Y ella, sin duda, durará muchos años.

Jean Paul Sartre, 1980.

I. ¿EXISTE UNA "CULTURA BRASILEÑA"?

A primera vista, un observador poco conocedor de la historia de Brasil podría pensar que asiste, actualmente, a un retorno de la antigua temática de la cultura brasileña y de los viejos patrones establecidos por los estamentos señoriales de la Primera República (1889-1930). La verdad es que se está lejos del concepto de cultura forjado en los años treinta por un Gilberto Freyre o un Alfonso Arinos. Se desconfía hoy de esa búsqueda de un "estilo brasileño", de la "cultura brasileña", de "nuestras" raíces, de "nuestra" manera de ser y sentir, de las razones de nuestra supuesta democracia racial, de nuestra "cordialidad". Sin embargo, esos temas aún surgen esporádicamente en las reflexiones de los intelectuales de la generación intermedia, nuevas fracciones de la *intelligentsia* indican en qué medida esa visión del Brasil está cargada de autoritarismo, de negación de diferencias sociales, de la semantización de la violencia. A los "explicadores" de Brasil comienza a sucederles un tropel de investigadores preocupados con sus responsabilidades sociales, sumamente críticos en relación al "sistema ideológico" que abriga esa noción oligárquica y desmovilizadora de "cultura brasileña". Estos conceptos son los que sirven de sustentación ideológica al sistema político que se defiende y esconde bajo la ideología de la Seguridad Nacional. En este país, marcado por la dependencia y por las inmensas desigual-

dades sociales existe una profunda desconfianza que parece atravesar con fuerza las conciencias de los intelectuales más lúcidos, que ya no se confunden nostálgicamente con las producciones de la Semana de Arte Moderno (1922) -- verdadera fiesta de la oligarquía paulista -- y que todavía se resienten de los equívocos del período populista de los años cincuenta y sesenta. No obstante, muchos parecen sostener la efusividad del mulato Mario de Andrade, autor de la genial *Macunaima* (1928), que al finalizar su vida rompió consigo mismo y con el ambiente que la había producido y en el cual había actuado, en busca de una política cultural para el Estado de São Paulo:

Mi generación era, a final de cuentas, el quinto acto final de un mundo y representaba, bastante bien, su época, disuelta en la neblina de un impresionismo que dilataba la moral como la política. Una generación de degeneración aristocrática, amoral, cómica y, a pesar de la revolución modernista, no muy distante de las generaciones de la que era la "sonrisa final".

(en *Elegía*, abril, 1941).

La frase de Mario, pocos años antes de su muerte, sugiere el peso de las estructuras oligárquicas asfixiando la producción cultural. Después de la efervescencia de los años 20, en que se fundó el P.C., la Semana de Arte Moderno, movimientos sociales importantes (la insurrección tenentista, huelgas, etcétera) y en que ocurrió la ampliación de las actividades periodísticas y el establecimiento de núcleos educacionales de expresión (la Universidad de São Paulo es de 1934) así como las producciones de Alcántara Machado, Sergio Buarque, Gilberto Freyre, Afonso Arinos y otros, lo que se estaba viviendo era la recesión de la actividad crítica.

En Brasil, la red universitaria aún en gestación, y asistiendo al desarrollo de algunos núcleos básicos, todavía no funcionaba como factor de estabilización de la producción intelectual. Las grandes obras ensayísticas sobre la llamada cultura brasileña provienen de escritores desvinculados de las actividades académicas que son, por lo general, autodidactas o hijos rebeldes de instituciones que forman licenciados; algunos perfeccionando su "autodidactismo" en estancias en el exterior (especialmente en Francia). El impacto de las nuevas instituciones universitarias no se hizo sentir: su tiempo llegará, pero hasta el final de los años 40, con las obras de Cruz Costa en filosofía, y de los más nuevos, Antonio Cândido y Florestan Fernan-

des (para nombrar sólo dos ejemplos), estos últimos en el campo de la ciencia social.

Para la *intelligentsia*, el inicio de los años 40, en pleno Estado Novo (1937-1945), la sensación es de abandono. La Segunda Guerra aparece como telón de fondo para el ajuste de cuentas de Mario con la oligarquía y su ausentismo, de la misma forma que para la poesía más comprometida de Carlos Drummond de Andrade, en *A Rosa do Povo*: "es tiempo de partidos, tiempo de hombres partidos".

En efecto, la sensación es de abandono, de crisis, de fin de ciclo. Por ese motivo Mario de Andrade puede ser entendido como una especie de conciencia-límite, por representar la vivencia de la crisis en los términos más explícitos y directos. Difícilmente la estética y la política habrán encontrado en Brasil reflexiones más profundas y atormentadas que aquellas contenidas en *El Banquete*, su obra final. En busca de una estética popular y nacional, las palabras de Mario de Andrade son como una *denuncia de la concepción oligárquica de cultura*, elaborada en el período anterior, y que no encontraba los caminos de renovación crítica.

II. ¿UNA CULTURA "OESTE-SUR ATLÁNTICA"?

Buen ejemplo de esa postura ideológica respecto a "nuestra" cultura, puede ser captado en Artur Ramos. Produce parte de sus escritos en los años 30, como Gilberto Freyre, Buarque y Afonso Arinos. Llega a la formación de algunos criterios para la detección de una filosofía de "nuestra" cultura. Trabajando en una línea de investigación en psicología social, relaciones raciales y manifestaciones religiosas y, siguiendo el ejemplo de Nina Rodrigues, Artur Ramos se dio a conocer por sus estudios sobre los negros en Brasil. Su trabajo clásico, *El Negro Brasileño* (1934) es indicativo de la cantidad de material empírico investigado, experimentando la aplicación del nuevo tratamiento teórico-metodológico. Interesa su "caso" para verificar hasta que punto, en el plano de las formulaciones más generales, no consigue escapar al cuadro ideológico del momento — a pesar de incorporar en sus teorías — elementos de la vanguardia psicoanalítica de la época.

Partiendo del principio de que cada cultura tiene sus valores propios (*Paideuma*), se utiliza la conocida tipología (cultura apolínea y cultura dionisíaca) para clasificar y definir a "nuestra cultura" como apolínea. A pesar de estar apoyado en Kurt Lewin, no resistirá la

tentación de destilar una fórmula a través de la cual llegará a sugerir trazos de una posible “filosofía de la cultura brasileña” —según su propia expresión.

Entrevistado en una época de guerra mundial centrada en Europa, él dirá que nunca se sintió tan “brasileño”, queriendo decir, “nunca mi *Paideuma* fue tan cultura oeste-sur-atlántica, en esos inquietos momentos en que los pueblos abandonan las viejas concepciones tan arraigadas y queridas”.

Artur Ramos, trabajando con una concepción científicista en la que se combinan la endocrinología, el estudio del inconsciente y la antropología, proclama la relatividad de los valores humanos para caer, mientras tanto, en el caldo ideológico más consumido por los grandes sectores de la intelectualidad del Estado Novo:

Encuentro que somos felices porque nuestro destino es suave, nuestra naturaleza no es vehemente, nuestra historia es una página abierta de tolerancia y nuestra cultura es, por tanto, una cultura “apolínea” y nuestra filosofía humanística, de una cordialidad singular.

Imposible olvidar la proximidad de eventos tales como la insurrección comunizante de 1935, o el golpe fascista de 1937, o ciertas vicisitudes de coronelismo en el *sertão*, o las violentas sequías en el Nordeste, especialmente en los diez años que antecedieron a este testimonio, entonces, ¿cómo, no extrañar la existencia de nociones como las de tolerancia, cordialidad, humanismo, sino para apuntar la extrema rigidez de un *sistema ideológico*, que surgía como contrapartida y amortiguador del orden autoritario del Estado Novo?

Claro está que, fuera de ese sistema ideológico que se iba elaborando siempre ocurrieron manifestaciones más críticas en relación a la realidad social de Brasil. Es el caso de Caio Prado Júnior, cuya primera publicación coincide en el tiempo con *Casa Grande e Senzala* de Gilberto Freyre: 1933. Su actividad intelectual y política lo conduciría a los cuadros del P.C. y también a la Guerra Civil española, en cuanto que a Freyre lo llevaría al Consejo Federal de Cultura, desde hace no muchos años, en el período de la dictadura del gobierno Medici. No sería difícil encontrar fuera de los caminos repetidos de la saga de las oligarquías en su lentísima y conmemorada crisis,¹ y fuera, por tanto, de las coordenadas estamentales, manifesta-

¹ Decadencia que no llegó, dígame de paso, a producir una literatura a la altura de Thomas Mann y, ni siquiera de Lampedusa.

ciones de una “cultura” que no fue sacralizada, ni obstaculizada. Un buen ejemplo — que vale por todos — es el del “mineiro” Eduardo Frieiro, tipógrafo e hijo de inmigrantes “gallegos sin letras”:

Sé lo que es el trabajo material del proletario. Y sé lo que es el trabajo de burócrata y lo que es el trabajo de hombre de letras, aficionado o profesional. El trabajo de proletario es una “*corvée*”, una dura y detestable servidumbre. El trabajo intelectual es la liberación o, cuando menos una broma, comparado con el otro.²

Esa posición del comienzo de los años 40, nos remite a la pregunta básica, que reside en saber *sí, de hecho, existe una cultura brasileña*.

Autores más recientes, como Roberto Schwarz, parecen desconfiar de esa cristalización, verdadera fabricación ideológica. Escribiendo, en 1970, sobre los marginados social y culturalmente en Brasil, indicaba que la llamada “cultura brasileña” no alcanzaría, con regularidad y amplitud las 50 000 personas, en un país de 90 millones de habitantes.

En ese sentido, cuando se buscan los fundamentos para una política cultural, no sería adecuado hablar de una cultura brasileña. Nociones como las de “nacionalismo cultural”, “pensamiento brasileño”, “cultura brasileña”, “cultura popular”, fueron tratadas en perspectivas tan diversas en los últimos cuarenta años — y a veces conflictivas, aún considerando, apenas, los sectores progresistas de la *intelectualidad convencional* — por lo que sería poco consistente recaer en las viejas y lineales historias de la “cultura brasileña”, es decir, la búsqueda de una sucesión de “influencias” que se desdoblarían hasta el presente, el cual en esa perspectiva, no sería más que un pasado acumulado. Debemos decir contra esa postura ideológica, que la experiencia cultural del pasado no se acumula en una “cultura brasileña” (implicando, claro, un cúmulo de experiencia política) y, que los instrumentos para comprender y operar en la crítica situación presente, no serían conocidos y manejados; lo que se verifica es que, al inverso, la noción de “cultura brasileña” generada en los últimos cuarenta años disolvió las contradicciones sociales y políticas *reales* cuando éstas afloraron al nivel de la conciencia de los agentes: en una palabra, la conciencia *cultural* nunca incorporó, sistemática y críticamente, la implicación *política* de su

² Cf., *Testamento de Uma Geração*, Porto Alegre. Globo. 1944. p. 199.

propia existencia y, por ese motivo, poco ayudó en la elaboración y condensación de una conciencia *social*.

Ese legado de los estamentos dominantes de la República Velha y del Estado Novo — la noción de “cultura brasileña” — sirvió más para empañar las tensiones *estructurales*, generadas en el montaje de la sociedad de clases y enmascarar la problemática de la *dependencia*. En ese sentido, se trata de un concepto autofágico, enajenante, de raíz estamental y que, en una sociedad ya de clases, ennoblece a aquellos que lo cuidan.³ *No existe, en ese sentido, una cultura brasileña en el plano ontológico, pero sí en la esfera de las formaciones ideológicas de segmentos altamente elitizados de la población, habiendo actuado, ideológicamente, como un factor disolvente de las contradicciones reales.* “Democracia racial”, “historia incruenta”, “hombre cordial”, “carácter nacional”, etcétera, se transformaron con facilidad en monedas corrientes en esa “cultura”. La ausencia sistemática de estudios *importantes* sobre movimientos sociales (Balaiada; Farroupilha; Revolución de 1930), de linajes de movimientos ideológicos significativos, pasa a ser un dato esencial que indica la omisión ejemplar en relación a los temas centrales que debieran marcar la trabazón central de esa “cultura”.

La *omisión* de temas centrales y fundamentales en la producción cultural de una sociedad tiene un valor decisivo para el estudioso de las ideologías, preocupado en diseñar los contornos de un sistema ideológico. Se nota, a propósito, que solamente después del golpe de 1964, esa “cultura” produjo las primeras (pocas) investigaciones significativas, por ejemplo, sobre los trabajadores en Brasil; la omisión resulta comprensible cuando se trabaja más con nociones ideológicas como “cultura brasileña”, “conciencia nacional”, “carácter nacional”, que, por ejemplo, con *conceptos analíticos*, como “modos de producción” o “conciencia de clase”. La aplicación de nociones como aquellas dan cuenta, en el plano del vocabulario, de la existencia de un sistema ideológico que se *actualiza*, en el sentido de mantenerse unificado, a través de interpretaciones que unen las contradicciones reales. Todavía en el plano del vocabulario, no parece

³ No se trata simplemente de una sugestión de exaltación a la nobleza. La dimensión *política* del fenómeno surge en su verdadera grandeza cuando se engaña y se pisa a la mayoría de los intelectuales (sean “grandes intelectuales” o “intelectuales funcionarios”) que participaron en mayor o menor grado en el montaje y dinamización de los aparatos del Estado, y en ese sentido, fueron portavoces de las ideologías de las capas dominantes. Considerada la densidad de ese compacto cuadro, se abrieron algunas grietas (que siempre fueron cerradas de inmediato) por críticos representativos del pensamiento radical.

difícil percibir el circuito recorrido desde 1930 hasta hoy, en el plano de las producciones culturales indicando la existencia de una sucesión de momentos en los cuales nociones como "civilización brasileña", "cultura brasileña", "cultura nacional", "cultura popular", "cultura de masas", marcarían los horizontes ideológicos de la intelectualidad progresista —incrustándose ella misma, en la capa dominante. No será por casualidad que, al final del circuito, ya en los años setenta, se verifica el acoplamiento de ambas nociones (ideológicas) básicas: "cultura brasileña" en los cuadros de *masificación* sobre la égida del Acto Institucional Núm. 5.

Todavía en el plano de los conceptos, la noción de "cultura brasileña", al vincularse a la tradición estamental —entendiendo que "los estamentos no se extinguieron históricamente", como demostrara Florestan Fernandez⁴— colabora en la manutención de un sistema ideológico en el que se pierde de vista aquello que es importante. Es decir, que la tendencia de los procesos sociales, políticos y culturales corrientes, dentro de las premisas de ese sistema, tienden a *eliminar los polos tensos y a escamotear los dinamismos efectivos de los procesos de apropiación de los excedentes*, y a imposibilitar la comprensión de las líneas de ordenación social, en la que se desenvuelven los mecanismos de producción cultural obscureciendo, en consecuencia, la situación de carencia y dependencia culturales. Además: más allá de indicar una grave crisis ideológica, que por cierto es más amplia y logra vanguardias de diagnosticadores de situaciones culturales y políticas en el llamado Tercer Mundo, tal noción disolvente y relativizadora de "cultura nacional" incorpora, con relativa facilidad, formulaciones dispares y hasta radicales, provenientes de los más diversos frentes teóricos (Freyre, retira ingredientes desde el peruano Carlos Delgado hasta Roland Barthes), eliminando su potencial crítico y contestatario, como es la teoría marxista de las clases sociales. La noción de organización social, por ejemplo, al retirársele su potencial crítico, el privilegio, el desempleo sistemático, la exclusión cultural y política pasan a ser datos estables, "neutrales" en las "interpretaciones de Brasil", cuando no omitidos.

Desde ese ángulo, al analizarse los escritos de los intelectuales en el proceso histórico cultural, sería estéril perder de vista sus imbricaciones en el sistema político. Parecerá claro, a partir de entonces, que los frentes de renovación cultural no se desenvuelven sin los

⁴ Florestan Fernandes, *Clases Sociales e Capitalismo Dependente em America Latina*, p. 115.

correspondientes estímulos provenientes de los frentes de renovación política y que, en una perspectiva amplia, un momento de movilización de la cultura popular (1960-1964), que apuntaba hacia un proceso de socialización, correspondió al montaje de un aparato de alto poder represivo después de 1964 que, adaptando las técnicas de la experiencia anterior creó una amplia red de comunicación en que el potencial crítico de la cultura popular fue neutralizado y movilizado hacia los cuadros de masificación, realizada ahora, en escala masiva, a la sombra de la *ideología de la cultura brasileña*. La verdad, en una era de capitalismo monopolista, en un área periférica, la masificación detenta el papel de elemento desintegrador y nivelador de varias formas de producción cultural, realizando esa tarea, paradójicamente, en nombre de la . . . cultura nacional.

III. HISTORIA DE LA PRODUCCIÓN CULTURAL: PERIODIZACIÓN (1930-1981)

Sería un grave error suponer que esas variadas formas de producción cultural quedaran tan fácilmente desintegradas. Nada de eso. Con la masificación, la problemática del control social se colocó como prioritaria para los detentadores de los mecanismos gubernamentales. "Seguridad y desarrollo" fue el lema de los dueños del poder, que vieron su fuerza institucional ampliada con el AI Núm. 5 (13-XII-1968). La articulación de los fragmentos de la producción cultural fue un mandato sutilmente compulsivo (y contó con un sólido aparato de represión de las manifestaciones divergentes, como la censura periodística, en el teatro, cine, T.V.; servicio de control ideológico en las universidades, propaganda, etcétera), de manera de constituir claramente un *sistema ideológico* cohesionado, articulado y coherente, basado en un *modelo de exclusión* cultural paralelo y armónicamente integrado al modelo de exclusión política. El tema dominante fue el supuesto milagro económico, soporte del modelo autocrático-burgués descrito por Florestan Fernandes en *La revolución burguesa en Brasil* (1974).

La historicidad de ese modelo puede vislumbrarse desde sus orígenes, aunque sea la declinación (y la futura desarticulación), lo que más nos interesa. Los pasos principales tal vez pudiesen ser marcados de la siguiente manera, después de la Revolución de 1930:

- a) En la década de los 30, en que sobresalen las obras de Gilberto Freyre y Fernando de Azevedo, correspondientes a la era del

"redescubrimiento de Brasil": momento de las interpretaciones de los "grandes intelectuales", para usar la expresión de Gramsci.

- b) El fin del Estado Novo (1937-1945) que presenta dos caras: una volteada hacia el pasado, hacia el ideal aristocrático de la cultura; otra hacia el futuro, caracterizada ya, por los marcos del pensamiento radical de la clase media. Algunos frutos del trabajo de ésta se manifestaron a través de los cuadros universitarios, en un proceso de institucionalización del saber. Se asiste a la sustitución de la *calificación* intelectual por la *función* intelectual.⁵ Se esbozan algunas formas de pensamiento radical aunque el telón de fondo todavía está dado por las concepciones culturales creadas en los cuadros oligárquicos.
- c) En los años 50, la institucionalización de los cuadros intelectuales provoca el compromiso con las líneas del nacional-desarrollismo. El nacionalismo como ideología impregna los diagnósticos desarrollistas. Surgen formulaciones críticas al final de los años 50, radicalizándose en la primera parte de los años 60. El telón de fondo está todavía dado por el reformismo populista.
- d) En la segunda mitad de los años 60, los análisis radicales rompen con los cuadros de diagnóstico de la era desarrollista. El sistema reacciona a los avances del populismo; el pensamiento crítico se radicaliza, revisándose, combatiendo el reformulismo populista, intensificando las investigaciones sobre las clases sociales, y ampliando el debate sobre la dependencia.
- e) La penúltima etapa (1968-1978) es un período de encierro en respuesta a la radicalización. Las líneas de producción son cortadas como consecuencia de la neutralización radical o eliminación de los intelectuales "orgánicos". Masificación y revitalización de la ideología de la cultura brasileña. Bloqueo de eventuales brechas en el sistema ideológico.
- f) La última etapa (1978-1981), las críticas al modelo de exclusión cultural, amnistía, "apertura", surgimiento de la "nueva sociedad civil". Nueva Iglesia, nuevo empresariado, nuevo sindicalismo.

⁵ Cf., en palabras de Antonio Cândido en la declaración la *Plataforma de la Nueva Generación*, Porto Alegre, Globo, 1945. En la misma época Antonio Gramsci elabora su teoría sobre los intelectuales "tradicionales" y "orgánicos".

Tales cortes se efectuaron teniendo en cuenta una posible línea de estructuración de un *sistema cultural* que acabó por consolidar, en los años 70, una ideología de la cultura brasileña a despecho de los procesos de masificación cultural (ideológica) que revisten el montaje del sistema. Tal sistema *eliminó o neutralizó* gradualmente sus elementos críticos y divergentes hasta el total cierre del debate.

La vieja noción de cultura fue el instrumento de apertura política del Estado Novo y ayudó en la consolidación de los cuadros de la democracia liberal durante cierto tiempo (Universidades, la Campaña de la Escuela Pública en 1960, etcétera). Pero en su nombre también se crearon los argumentos para frenar las manifestaciones que extrapolasen los intereses de las clases dominantes. En el momento que los segmentos auténticamente populares iniciaron la movilización de su potencial crítico 1960-1968, fue en nombre de los "intereses nacionales", de la "cultura brasileña", de la "cultura nacional", etcétera, que se cortaron las líneas de esa esfera de producción cultural. No sería, pues, una paradoja que exactamente en su última fase, de pesada masificación, la *ideología de la cultura brasileña* surja revigorizada: corresponde a la vieja concepción de organización social en términos de élite/masas, que sustituye (o enmascara, al menos) las concepciones críticas que conducían a la idea de organización social basada en la división de las *clases*.

IV. EL ACTA INSTITUCIONAL NÚM. 5 (1968) Y EL MODELO DE EXCLUSIÓN CULTURAL

Cultura y política, en ese caso, pertenecen a una misma categoría porque no es el conocimiento o la verdad lo que está en juego, pero sí el juicio y la decisión, el juicioso cambio de opiniones sobre la esfera de la vida pública y del mundo común y de la decisión, cuanto el modo de acción, de adoptar en él la forma como deberá parecer en lo sucesivo, y la clase de cosas que ha de sugerir (Hannah Arendt).

Tal vez ya está llegando el tiempo de empezar a pensar en los efectos negativos del Acta Institucional Núm. 5 (1968-1979) sobre la vida cultural del país. Parece cierto que el problema reside menos en el texto jurídico en sí, que de la parafernalia de la que se derivó, y que lo acompaña, compuesta de una amplia sublegislación que permitió entrar en escena de un día para otro, a las nuevas "autoridades" encargadas del control de mentes "todavía no maduras". Si estuviera todavía viva, Hannah Arendt, por cierto, tendría suficiente mate-

rial para comprobar sus ideas sobre las bases sociales de los regímenes autoritarios que se sirven, con no rara frecuencia, de sectores marginados de la "buena sociedad" para servicios menos nobles, como el de la eliminación de las disidencias. De hecho, una nueva fracción de clase parece tener ganada su oportunidad histórica de participar de los negocios de Estado (en la censura, en los servicios de seguridad, etcétera) recibiendo las migajas caídas del acrecentado pastel del actual patronato político. Por tanto, debería ejercer — en nombre de la "seguridad" de pocos y el desarrollo de poquísimos — un amplio y polivalente papel que abarcase desde las funciones de fiscalizar a los reclutadores de profesores hasta el de "críticos" de teatro, de literatura, de cine, de televisión, etcétera, y también de "lectores" de correspondencia particular, en el correo y selectores de libros importados. En casos más sutiles, como es sabido, simples telefonemas fueron suficientes para sellar la suerte de jóvenes profesores novatos, impidiéndoles que se encaminaran en una carrera académica positiva: se conocen y mencionan, todavía, casos de competentes candidatos a profesores, que hace muchos años, y cuando todavía estaban en la banca escolar, participaron en remotos y no siempre muy rebeldes congresos estudiantiles, como el de Ibiúna. En sus procesos oficiales de contratación, a veces, aparecía escrito con lápiz un "n.p." ("no puede"), indicando la alegada peligrosidad del candidato. Un censor oculto decidía, por encima de los órganos académicos, sin apelación, sobre la suerte del investigador. Ese mecanismo reprodujo, de manera suave, otro tipo de criterio, igualmente burocrático, de advertencia e intimidación; ¿cuántos científicos y educadores habrán sido interrogados y encapuchados por la policía, en los últimos diez años, cobardía suprema?

Todavía esas consideraciones previas, útiles para el estímulo de la memoria, nos reconducen la atención hacia el estudio de las relaciones entre la política y la cultura, tema predilecto de Hannah Arendt.

Se me ocurre mencionar nuestra *perdida* tradición pedagógica, con sus proyectos impulsados por las personalidades sobresalientes de liberales como Anísio Teixeira, Fernando de Azevedo o Almeida Júnior, siempre atentos a las implicaciones *políticas* de la práctica educativa: ¿qué pensarían aquellos maestros humanistas de un alumno que hubiese pasado por las aulas universitarias y de las escuelas *sin* contacto con la política, vírgenes en materia de ciudadanía, ausentes de su tiempo? ¡Qué curioso fin el de la práctica

liberal entre nosotros! Para ellos, ser liberal era algo superior. La universidad, para ser buena, debería no sólo conservar, sino transformar la cultura. Y la cultura, para tener sentido, debería ser fermentada por la política y estimulada por el derecho sagrado de la crítica.

Hoy en el esfuerzo para alejarse del desvío y del *impasse* de la discusión sobre *cuál es la política cultural* más adecuada para el desarrollo de la Nación, después del período de tinieblas del AI-5, no es del todo impropio regresar a aquella tradición pedagógica que, si produjo fallas, también acabó por vincular indisolublemente la cultura a la política, sin la cual no se forja la noción de *ciudadanía*. Además, fue de aquella tradición que brotaron los proyectos de Universidad de São Paulo (centrada en un organismo articulador central, la Facultad de Filosofía, hoy desfigurada, pero no muerta) y de la Universidad de Brasilia (proyecto de Darcy Ribeiro y Anísio Teixeira). Universidades hoy "sangradas y castradas", para usar la expresión del historiador Capistrano de Abreu.

Es claro que no se va aquí a lamentar el rumbo que tomaron los liberales en los últimos diez años: en su mayor parte acompañó, con tímidas protestas, el proceso de liquidación de la experiencia de Brasilia, de la Universidad Federal de Río de Janeiro, de Manginhos, etcétera, y de la propia idea de la Facultad de Filosofía. No mencionamos las excepciones como la de Aducto Lúcio Cardoso, despojándose, en protesta, de su toga de juez, que vale por todas. Pocos fueron los que siguieron sus pasos o la huella de aquellos grandes nombres de nuestra historia de la educación, luchando dentro de las instituciones, contra el cierre, todavía mayor, de los órganos colegiados directores, degenerados por los servicios de seguridad, — finalmente denunciados a mediados de 1977.

En esta última década fue abandonado uno de los temas predilectos de aquellos maestros pedagogos: *el de la enseñanza pública*. La enseñanza de nivel medio, en especial, llegó en los últimos diez años a sus puntos más bajos, y la ausencia u omisión de ayudantes de clase se tradujo en el degradamiento de los salarios y en la despolitización de todo lo social. Ahora bien, en los dos últimos lustros muchas fueron las profesiones decididamente llamadas liberales que sufrieron el proceso de proletarización, con la correspondiente pérdida de *status*, "santos patronos" y autoimagen. Pero ninguna se podrá comparar a la de los profesores de primero y de segundo grado. La red oficial, que ya era respetable y prestigiosa, perdió su po-

sición a favor de la enseñanza privada, sobre todo para los conglomerados particulares que, pagando (y cobrando) mejor, poseen condiciones de reclutar los mejores profesores y de influir en las decisiones de los órganos federales y estatales, celadores de la política educativa. Gracias a eso, es que se puede entender por qué al período del “milagro económico” correspondieron las generaciones de “crucesitas”.⁶ Las presiones de las escuelas particulares fueron en el sentido de abolir los criterios tradicionales de evaluación pedagógica, facilitando la entrada de postulantes, no siempre bien alfabetizados en los “vedados didácticos”. No se ha de criticar, pues, el nivel de los alumnos, sino de repensar el sistema.

El proceso de masificación de la enseñanza no fue acompañado de una mejoría en los patrones de politización del ciudadano. Por el contrario. La masificación implicó, como es obvio, un decrecimiento de la conciencia crítica, que muchos intentaron denunciar. La fuerza de las cosas y la parafernalia que se estructuró a la sombra del AI-5, desanimó a los más “idealistas”. El temor a la “cacería de brujas” explica claramente cómo en ocasiones, se transformó el criterio de juicio social. Los colegios vocacionales (algunos de los cuales contaban hasta con cursos de teatro, llegaron a reclutar un dramaturgo liberal del porte de Jorge de Andrade, que posteriormente fue destituido) y los “Colégios Aplicação” eran verdaderos laboratorios de iniciación científica, artística, filosófica, de vida y de ciudadanía: hoy quedan apenas como registros lejanos de “hechos” que un día serán levantados por algún futuro historiador que deje *saber por qué siempre se frustró, como lo escribió Raymundo Faoro, en Los dueños del Poder, “el surgimiento de genuina cultura brasileña”.*

Entretanto ya es posible, hoy, intentar esbozar una perspectiva histórica: no fueron, por cierto, los proyectos educacionales humanistas de aquellos pedagogos — y tampoco el de sus discípulos Darcy, Florestan, Antonio Candido, etcétera, los que acabaron por dominar el escenario cultural brasileño, cuya *intelligentsia* se vio obligada a contentarse con una ingenua visión de que “el estudiante fue hecho para estudiar”, “el agricultor para sembrar” etcétera. Tales dogmas, erigidos en punto eje del sistema ideológico dominante en los últimos tiempos, destacaban la separación de “funciones” de los diversos componentes sociales del proceso histórico, facilitando el control político e ideológico de los mismos en nombre, paradójicamente. . . de la *integración nacional*.

⁶ En otras palabras, de estudiantes apenas aptos para responder exámenes.

Universidad, imprenta, teatro y T.V., amordazados (la reunión del SBPC de 1977, no fue autorizada a realizarse en el *campus* de la USP) fueron obligados a asistir a toda suerte de violencias: el episodio del asesinato del periodista y profesor Herzog, que todavía se manifiesta, permite situar el punto de inflexión, en octubre de 1975. Se agudizan las críticas, la censura, a los “enlatados”, al Mobral (programa de alfabetización), las tentativas de implantación de los estudios sociales —solución que sustituiría las disciplinas tradicionales como la historia, geografía—, a los “paquetes” tecnológicos.

Todavía se está lejos de conocer, en sus verdaderas dimensiones, el cuadro ideológico creado para el control social necesario para la acumulación de capitales en el período del “milagro económico”. ¿Quién no escuchó el canto de la sirena tecnocrática que arrulló el sueño pesado de ex-liberales, que de la lectura de las obras de Anísio reaprendieron a leer en el abecedario de la cartilla de los “objetivos nacionales permanentes” de la Escuela Superior de Guerra?

No será difícil, mientras tanto, inventariar algunos de los efectos del *modelo burocrático de exclusión cultural*, que ahora se van agotando: clausura de revistas, censura de los periódicos (aligerada, sin duda, en el último período); autocensura (poco aligerada en el último período); jubilaciones compulsivas y marginalización de los auténticos liderazgos educacionales; apertura sin medida, de las puertas a “expertos” y técnicos en educación de las potencias hegemónicas (criticados en el período anterior, 1964-68, excusados como el Proyecto Camelot, o con un revestimiento “técnico” como el Informe Atcon) en cuanto —y no hay nada paradójico en eso— el método de alfabetización de Paulo Freire es aplicado en la periferia de Nueva York y en otras partes. En la universidad se verificó, en el período, la adopción del modelo norteamericano del sistema departamental, mal extraído del resto, con brutal disminución de la representatividad académica en los cuerpos colegiados y el aumento del financiamiento de las investigaciones nacionales por entidades extranjeras. Son, en síntesis, algunos de los apoyos de una política cultural equivocada y responsable por la inversión total de valores y provocadora de la castración de nuestra fisonomía social y nacional.

Los actuales movimientos de la llamada sociedad civil, como la Orden y la Asociación de los Abogados, como el Sindicato de Periodistas, como la ABI, y como las entidades sindicales de clase en busca de una auténtica representación, y las asociaciones docentes de nuevo tipo, permiten comenzar a levantar la pesada cortina con

que se intentó sofocar las tensiones sociales, los debates, las investigaciones y la producción cultural en general.

El modelo autocrático burgués requirió de un sistema ideológico coherente para ocultar los conflictos y paliar o eliminar la disidencia. En esa perspectiva la universidad sería un buen puesto de observación estratégico para la comprensión del modelo de exclusión cultural, pues reproduce, acentuados, los dinamismos socio-políticos de la vida nacional. Desde esta posición se nota que fue exactamente en el período de implantación del AI-5, que la universidad brasileña sufrió la gran expurgación, después de las intermitentes embestidas que se iniciaron en 1964 (dicho de paso, en el gobierno de Janio Quadros también se presentaron graves ataques a la autonomía universitaria).

La expurgación, al principio, fue justificada como una simple y transitoria forma de corrección de "excesos". Claro que en la historia del Brasil quienes siempre definieron estos excesos fueron, tradicionalmente, los dueños del poder, quienes puestos en una coyuntura menos favorable, siempre supieron, y con maestría, poner en práctica la metodología de la conciliación. Aquello que, históricamente, debería pasar por simple ajuste de cuentas con el cuadro reformista anterior, se convirtió en regla, a veces bajo la complaciente mirada de los tradicionales señores de la cultura, como Gilberto Freyre. En 1969 la gran purga en las escuelas vino como un acto natural de las maniobras de los civiles de la extrema derecha llegando a preocupar hasta a los sectores militares, que no siempre tuvieron miedo del pensamiento crítico. Recuérdese, a propósito, que al inicio de los años 60, el mismo general Castello Branco llegó a invitar al profesor Florestan Fernandes para que hablara a los oficiales del II Ejército, pasando personalmente en su automóvil por la calle María Antonia para acompañarlo. (Después de 1964, es bien cierto, otros militares regresarían a la calle María Antonia, pero ya en comisiones de interrogación).

A partir de 1970, como reacción a las desobediencias esporádicas e intermitentes, se montó una red de control y selección del cuerpo docente que, sin alardear, comenzó a implantar los sutiles mecanismos del "autoritarismo desmovilizador" — para usar la feliz expresión de Michel Debran. A cada simposio o ciclo de conferencias o manifestación colectiva de asociación, llegaban (o se decía que habrían llegado) "órdenes de Brasilia prohibiendo su realización". Muchas veces, telefonemas directos de los organizadores a los confe-

rencistas invalidaban la prohibición. Pero ahí, el tal “autoritarismo desmovilizador” ya había hecho sentir su eficiencia: se consumaba la desmovilización y se postergaba para cualquier otro día la formación política de los *ciudadanos* y el ideal de las *universitas*.

La noción de *integración* (palabra clave que, curiosamente, no permite entender *qué se integra a qué*) pasó a regir todo el sistema ideológico y a eliminar, suavizar, obstaculizar o desmovilizar la disidencia. El clásico tema de la *desobediencia civil*, por ejemplo, se transformó, en el primer lustro de los años 70, en un asunto peligroso, lo mismo en los salones de clase de profesores de buen comportamiento. Y un profundo equívoco estorbó a muchos; liberales tradicionales y austeros fueron tomados por izquierdistas (y hasta despedidos de sus empleos); otros fueron acusados de encubrirlos; funcionalistas de hablar enfático y contundente pasaron a ser “subversivos”, (imposible inventariar los usos y sentidos del término subversivo, sería más fácil investigar qué no lo era. . .), antiguos izquierdistas (confusos o no) adoptaron, conscientemente o no, un lenguaje liberal; demócratas cristianos fueron tomados por socialistas, y viceversa; los periódicos de la burguesía progresista pasaron a revalorizar el papel de los “benedettos croces” locales; olvidándose de sus teorías ayudaron a regar el germen del pensamiento autoritario en Brasil.

Fue difícil para muchos mantener la pureza de espíritu, en las proposiciones y en los diagnósticos; no fueron tan pocos los que los consiguieron. Ahora que las aguas comienzan a regresar al lecho de los ríos, fuera y dentro del país y de la red escolar, se hace posible verificar que, como Rui Mauro Marini y Florestan Fernandes, Leite Lopes o Caio Prado Júnior, en sus respectivas y no siempre coincidentes líneas de trabajo, no se perdió el pie a pesar de la violencia de los tiempos. Surgieron nuevos liderazgos, otros se reafirmaron; muchos, entretanto, no se pudieron destacar como en los años 40, 50 y 60, toda vez que las mallas del régimen —y del sistema ideológico— se fueron cerrando. Pero hay relaciones muy significativas que merecen cierta atención: en el cuerpo social se comienza a hacer sentir un nuevo tipo de empresario y una actividad sindical extremadamente crítica, ¿cómo no ver que, en el plano jurídico-político hay un nuevo tipo de intelectual? ¿Dalmo Dallari, Raymundo Faoro, Miguel Reale Júnior no serán ya indicios claros de un nuevo estilo de pensamiento liberal? En otro plano, en la crítica cultural y en la interpretación de la dependencia cultural y económica,

Roberto Schwarz, Carlos Nelson Coutinho, Silviano Santiago, Alfredo Bosi, o Theotonio Dos Santos trabajan, seguramente, con nuevos conceptos de cultura e ideología.

Así, parece obvio que, con la implantación del actual modelo burocrático de exclusión cultural, la universidad brasileña perdió tiempo, valores humanos inestimables y sabiduría, viendo atrofiados sus mecanismos de reclutamiento y de dinamización del pensamiento crítico. El caso de la Universidad Federal de Río de Janeiro, tal vez sea de los más trágicos por haber sido, literalmente, aplastada. En suma, un medio cultural vivo, ágil y actualizado, como el de Río de Janeiro, no fue absorbido por la universidad. El "poder literario", de que hablan Drumond y Affonso Romano de Sant'Anna, *no está dentro sino fuera de la Universidad*. ¿Ejemplos? Carlos Nelson Coutinho y Ferreira Gullar, para quedar con sólo dos nombres. El "poder historiográfico" tampoco está dentro, sino igualmente *fuera*; menciónense, sin preocupación de encasillamiento, los historiadores Maria Yeda Linhares, Manuel Mauricio, Eulalia Lobo y José Honorio Rodrigues, marginados durante largos e irrecuperables años.

El modelo de exclusión cultural a que aludimos se ajusta perfectamente — y de él se utiliza, en contrapartida — la noción oligárquica de cultura ("armónica", "integrada", "brasileña") que se encastilló, como los intelectuales tradicionales, en los colegiados directores de los aparatos del Estado encargados de definir y establecer las premisas sobre "lo que somos", sobre "nuestra" cultura. El documento *Política Nacional de Cultura*, de 1975, elaborado con mucho sigilo en aquel año de la muerte del periodista Wladimir Herzog, es ejemplar en ese sentido: hablaba de "integración" cultural pero no especificaba — por ejemplo — cuándo serían (re) *integrados* a sus puestos los profesores jubilados sin proceso, juicio o apelación, ni en qué condiciones.

Buen ejercicio para el historiador de la cultura sería, hoy, imaginar lo que un Siqueira Campos, líder tenentista y compañero, en los años 20, de Cordeiro Fariás, Luiz Carlos Prestes y Eduardo Gomes, diría de la obra de sus sucesores militares, en el plano de la cultura. Nótese que, tal vez, no supieron *defender y estimular el reformismo y la inquietud social contenida en la producción cultural y política*, hablada, escrita, enseñada, televisada, y que permitiría — eso sí — conducir a la *emancipación nacional*. Como ese ejercicio de imaginación es imposible, quedémonos con lo que, efectivamente, dijo el

profesor Anísio Teixeira, sobre el dilema de la acción cultural en tiempos de extrema centralización del poder:

La única corrección de que disponemos para el estadio actual del gobierno humano, es la difusión del poder. Debemos difundirlo al máximo para que ninguna concentración del poder se haga lo suficientemente grande para atraer a los grandes hambrientos de su frucción.

Ahí, tal vez, se esconda un poco de la (re) partida para forjar una cultura de resistencia nacional y hasta — ¿por qué no? — popular.

Traducción: Juan Manuel de la Serna

LA NACIÓN LATINOAMERICANA

DARCY RIBEIRO

LA UTOPIA ERA AQUÍ

La América Latina existió desde siempre bajo el signo de la utopía. Estoy convencido de que la utopía tiene sitio y lugar. Es aquí.

Tomás Moro escribió la primera utopía inaugural inspirado en las primeras noticias verídicas que llegaban a Europa sobre nuestro inocente salvajismo. Antes, todo europeo pensaba que sus primitivos antepasados eran unos patriarcas barbudos envueltos en sucias túnicas, hediondos, llorando feos pecados. Fue la visión de nuestra lozana indiada, vestida en la inocencia de su desnudez emplumada, danzando en un idílico jardín tropical, la que lavó sus ojos de aquella visión de judería. Desde entonces, se inflamó el ardor utópico que florece en ondas sucesivas de fantasías generosas o perversas, repensando el mundo como proyecto. Inventando comunismos bonitos y feos, de buenos y malos salvajes, soñando con vidas posibles, más placenteras de ser vividas.

Antes de Tomás Moro muchos santos hombres afirmaban, con base en su sabiduría teológica o astrológica, que las islas de Fidel con las cuales Colón topó, eran el Paraíso. Los propios navegantes, con fundamento en su experiencia directa y visual, dijeron lo mismo.

Colón, visiblemente encantado con la inocente **belleza** de la desnuda indiada, confiesa sin vergüenza en su carta al Santo Padre que lo que había encontrado era el Paraíso Perdido. Creí y creo — escribió — como creyeron y creen todos los sabios y santos teólogos que en aquella mi comarca, está el Paraíso Terrenal.

Américo Vespucio, en su irresistible vocación para la publicidad, dijo y reiteró exhaustivamente que **aquel** su Nuevo Mundo tan ameno, verde, arborizado, florido, saludable, fructífero, sonoro, sabroso, lleno de pájaros, musical, oloroso y colorido sólo podía ser el mismo Edén, y lo era. De hecho, el debate de estas ideas, fundado en la

especulación teológica o en la sabiduría de la experiencia hecha, preocupó más a los eruditos europeos que la comprobación simultánea de que la tierra era redonda como una bola, pero espantosamente no derramaba el mar, ni aventaba a los antípodas. Se quería saber, ávidamente, si aquella indiada desnuda, tan dada a las dádivas del amor como a cambiar espejuelos por oro, era una humanidad o un zoológico. ¿Tendrían alma, capaz de pecados y virtudes? ¿Podían recibir la comunión? Como paganos, ignorantes de la Revelación y, por tanto, inocentes ¿tendrían competencia para pacer? ¿Serían sólo herejes? ¿O serían infieles?

Vinieron luego sabios tras sabios demostrando que los indios, en verdad, estaban adentrados en el pecado de la desnudez y de la falta de vergüenza, de la lujuria y de la antropofagia, del incesto, de la hechicería, de la sodomía y del lesbianismo. Serían criaturas del diablo, *Homúnculos*. Europa, contrita, asume entonces los deberes de la cristiandad proponiéndose arrancar, a fierro y fuego, aquellos pobres indios de las manos del demonio. Santos hombres surgen de las multitudes, con fanáticas vocaciones misioneras y embarcaban para acá con sus caras largas, sus túnicas negras y sus sólidas virtudes. Venían a desindianizar a los indios, retirándolos de la vida salvaje para hacer de ellos cándidos indios seráficos.

La utopía cristiana servida por tantos apóstoles se divide luego en dos corrientes irreductiblemente antagónicas: la católica y la protestante. Ambos caen como plagas sobre las aldeas. Loyola, coloca en tierras americanas a sus secuaces empeñados en llamar a los indios a la santidad, destruyendo su vida aldeana para reunirlos en santas reducciones misioneras. La tristeza de los indios fue tal que las mujeres dejaron de parir. Los padres tenían que tocar campanas de madrugada para que los maridos cumplieran con su deber. Vinieron, entonces, los sectarios de Calvino que desembarcaron un millar de hugonotes en las asoleadas playas de Río de Janeiro para fundar la utopía luterana en medio de la tribu Tupinambá. Cuando se difundió en el mundo católico la noticia de la implantación de la Francia Antártica bajo la regencia luterana, el odio se encendió y arreció.

Estalla ahí, en tierra americana, la guerra de Reforma y la Contrarreforma. Los jesuitas confederan sus acólitos indios y los lanzan contra la tribu que se había aliado a los calvinistas. Diez mil indios murieron en esta sucia guerra de tribus indígenas luchando no sabían por qué. Celosos consigo mismos, los cristianos tanto se es-

quizaron de las batallas y tanto se concentraron en el papel de atizadores del odio que no perdieron, en los dos lados, ni dos docenas.

Derrotada la utopía protestante, prosigue la católica llevada a cabo principalmente por el ardor guerrero de los soldados de Jesús. Primero, se intenta fundar la Pía Cristiandad Indígena en la costa atlántica brasileña. Al fin, después de tres décadas de porfía, Nóbrega, el pastor de los hijos de Loyola, concluyó que no convirtió a nadie: con anzuelo los convierto, con dos los desconvierto, quejóse. Mas la Compañía prosigue en la santa tarea gastando millones de indios de los afluentes del Amazonas, en una tan santa como insensata cruzada de proporcionarles una alternativa civilizada que no fuese la esclavitud a manos de los colonos.

Acabados los indios accesibles del Brasil, los jesuitas prosiguen en el Paraguay su duro oficio. Lejos de cualquier colonización mercantil, consiguen montar la primera experiencia humana de reconstrucción intencional de la sociedad como un proyecto. Resulta de ello una República Comunista Stalinista de Infieles, en donde se concentran centenas de millares de indios, rezando y comulgando de mañana, plantando las rosas de Dios en la tarde, y volviendo a rezar en la noche para expiar sus numerosos pecados. En una desavenencia entre las coronas de Portugal y España sobre a qué jurisdicción pertenecía la provincia en que se llevaba a cabo aquel experimento, los frailes son expulsados y se van. La indiada desvirilizada por la catequesis se ve descabezada. En consecuencia, mueren o son esclavizados los millares de catecúmenos, atropellados por los colonos brasileños, argentinos y paraguayos.

Simultáneamente con esta destrucción de los indios, la imagen que de ellos tenía Europa en los primeros tiempos, se transfigura completamente. La figura del idílico indio en su Edén tropical, da lugar a la del antropófago en el infierno verde. El dulce nombre del pueblo que asombró a Colón por su generosidad, pasa de caribe a canibe y de allí a caníbal. Luego, sería rebajado como Calibán para así surgir como el objeto del celo civilizador de Próspero que le daría habla y entendimiento, y lo introduciría en la historia. Alcanza el clímax, en esta altura, sin quebrar el furor redencionista que se había desatado en Europa, el proceso de anulación de los indios para fundar, como una empresa, la cristiandad ultramarina productora de oro y géneros tropicales.

Medite conmigo, lector, sobre esta desventurada epopeya de la cristiandad utópica europea en los trópicos. Además de una trage-

dia es un terrible equívoco. Lo que se quería implantar aquí, en nombre de Cristo, era lo que aquí había desde siempre, como jamás hubo en parte alguna: una sociedad solidaria de hombres libres.

¿Cómo explicar tanta ceguera en tan santos hombres? ¿Cuál es la traba que no permitió y no permite todavía, a tantos misioneros, ver la belleza de la existencia humana de las comunidades indígenas que ellos destruyen cruelmente, en nombre de una quimera que su propia sociedad no realizó jamás? ¿Cómo y por qué su fe de predicadores de la palabra divina, los vuelve como la codicia desvariada de los colonos, tan ciegos para la alegría y la belleza de formas de existencia que maravillaron y conmovieron a todos los que pudieron verlas, y en ellas convivir?

Esto resulta más espantoso cuando se verifican los vínculos de la difusión de noticias sobre las sociedades indígenas todavía no estratificadas en clases, con el ascenso del pensamiento utópico en Europa. Fueron las noticias sobre ellos las que inspiraron a Tomás Moro, deslumbraron a Erasmo y Campanella, y alentaron a Rousseau a invertir el entendimiento europeo en el mundo. Con base en ellos se arrancó el Paraíso Perdido del pasado, para proyectarlo al futuro. El Paraíso no fue ni se perdió, porque será. Es tarea de los hombres que, mañana, irán a rehacerse a sí mismos como un proyecto, cuando prohiban al pasado generar el futuro, marcándolo con sus feas lacras.

LAS ARMAS DE LA CONQUISTA

En tanto los indios eran deshechos en los ingenios de la fe cristiana, más indios fueron quemados como el carbón humano de la civilización. La dimensión de ese genocidio puede ser evaluada por la reducción de la población indígena americana en el primer siglo. La que era, probablemente, superior a 100 millones en 1500, se vio reducida a menos de 10 millones en 1825.

Contribuyeron a esta despoblación espantosa muchos factores. El principal de ellos fue, ciertamente, la contaminación de los indios con las pestes del hombre blanco. El viejo mundo de europeos, asiáticos y africanos constituyó siempre el único circuito de contacto, milenariamente trabajado por las pestes que lo asolaban por ondas sucesivas y que sólo dejaban sobrevivir a los resistentes. Cuando el indemne mundo americano se vio abruptamente incluido en este circuito feroz, sufrió una hecatombe. Se calcula que en el primer

siglo la mortalidad fue de factor 25. Quiere decir, donde existían 25 personas originalmente, sobró una. Estas pestes eran la viruela, el sarampión, la malaria, la tuberculosis, la neumonía, la gripe, las paperas, la tosferina, la caries dental, la gonorrea, la sífilis, etcétera. Cada una de ellas exigió alto tributo de las poblaciones indígenas procesando un lento cernimiento biológico al fin del cual, pocos sobrevivieron.

Otra causa del decrecimiento poblacional fueron las guerras de exterminio entre tribus, provocadas por los europeos; como aquella ya referida de las luchas de indios aliados a católicos y a protestantes en las costas brasileñas. Enormes fueron también las pérdidas indígenas, por toda América, en guerras promovidas directamente por los blancos con sus espantosos ejércitos de centauros montados a caballo, auxiliados por traíllas de perros feroces y armados de palos de fuego y espadas de acero.

Más indios todavía se gastaron en el trabajo esclavo, tanto los prisioneros de las guerras "justas" que pertenecían legítimamente a sus captores, como los condenados al cautiverio por cualquier decisión gubernamental. E inclusive, los entregados a idéntica explotación por vía de la "encomienda" cristiana. Atribuyendo a un señor blanco el deber sagrado de catequizar una remesa de indios, se le daba en compensación la posesión de las tierras y el derecho de explotarlas para siempre con mano de obra gratuita.

Se conjugaron así, eficazmente, la catequesis y la contaminación, la guerra de exterminio y la esclavitud, para reducir drásticamente la población indígena. En Brasil, por ejemplo, de los 5 a 6 millones de indios de 1500, restan hoy algo como 250 mil. La mayoría de ellos profundamente aculturados.

Lo espantoso, sin embargo, no es que tantos indios murieran una vez que contra ellos se entabló una guerra de exterminio sin paralelo en la historia por su duración multiseccular, por la perversidad increíble con que fue conducida y por la eficacia espantosa de las armas, de los virus y de las estratagemas puestas en escena. Casi increíble es que quedasen algunos para sobrevivir hasta nuestros días.

Después de la Independencia, la población indígena de América Latina se duplica, saltando de 7 millones en 1825 a 15 millones en 1950 y probablemente se duplicará otra vez hasta el año 2000, cuando alcanzará 30 millones. Un crecimiento extremadamente modesto en comparación con los de los otros contingentes, pero ponderable en vista de las vicisitudes que enfrentan.

Naturalmente, después de 500 años nadie, ni los indios son los mismos de antes. En este transcurso pasaron de la condición de indios originales con sus atributos culturales propios y singulares, a la de indios genéricos cada vez más aculturados y asemejados a la población general del país en que viven. A pesar de todo, siguen siendo indios todavía y siempre, por su autoidentificación, y porque son vistos como indios por las gentes con las que conviven.

INDIANIDADES

Los grupos indígenas de América Latina pueden ser clasificados en dos categorías principales. De un lado, las micro-etnias tribales, referentes a los millares de pueblos, cuya población va de unas decenas a unos pocos millares. Cada uno de ellos, aislados en el mar de los neoamericanos, lucha para sobrevivir conservando su lengua y las costumbres que sean viables dentro del contexto del mundo extraño y hostil al que pasaron a integrar.

Permanecen indios, del mismo modo que los judíos y los gitanos se aferran a su identidad. Ésta, se funda menos en alguna singularidad cultural, que en la continuidad de la tradición comunitaria que viene de las generaciones que se sucedieron desde la invasión europea hasta nuestros días. En estos siglos se transformaron profundamente, porque sólo cambiando podían sobrevivir en condiciones también mutantes y cada vez más adversas. Cambiando, sin embargo, dentro de una pauta propia, preservaron su propio ser.

Habiendo conseguido sobrevivir hasta ahora en condiciones tan difíciles, los indios seguramente proseguirán existiendo de aquí en adelante. Eso significa que en el futuro tendremos más y no menos indios que hoy. A pesar de que todos sean cada vez menos indios, en el plano de la tipicidad cultural. No obstante, serán indios.

El otro bloque, referente a las macro-etnias, corresponde a los pueblos americanos que habiendo alcanzado el nivel de altas civilizaciones, antes de la conquista, lograron, por esto mismo, grandes contingentes demográficos y pudieron sobrevivir hasta hoy, como grandes bloques humanos. Tales son, entre otros, los quechuas y aymaras del altiplano andino, estimados en más de 10 millones; los grupos mayas de Guatemala que suman tal vez un millón y medio; los diversos grupos mexicanos con más de 250 mil habitantes que sumarán en total, unos dos y medio millones; y, todavía, los mapuches de Chile que se acercan a un millón.

Todos esos pueblos fueron y son vistos aún recientemente como campesinado y mirados siempre debajo de la tonta suposición de que, con una buena reforma agraria, progresivamente dejarían la manía de ser indios para integrarse alegremente en los países en que vivían. Hoy nadie duda que son pueblos oprimidos, aspirantes a la autonomía. Saben clara y sentidamente que son los descendientes de aquellos que vieron un día llegar e instalarse en sus tierras, al invasor blanco que se apropió de todos los bienes y los sometió al cautiverio. Vieron después, — vieron y no olvidaron — a los criollos nacidos en la tierra declarar la “independencia”, para continuar ejerciendo el mismo dominio opresor sobre ellos.

Los fanáticos de las luchas de clase, olvidando que la estratificación social es cosa reciente, muchísimo más nueva que las entidades étnicas, y de que es hasta probable que las clases desaparezcan antes que las nacionalidades, al obstinarse en negar la identidad de esos indigenatos* como pueblos sometidos, contribuyeron considerablemente para que continuaran siendo oprimidos.

Una de las indicaciones de que está surgiendo una nueva civilización nos es dada hoy por el hecho de que por todo el mundo, los cuadros nacionales se abren admitiendo autonomías étnicas antes impensables. Una de las características ya evidentes de la emergente civilización, es justamente esta propensión a debilitar los cuadros nacionales en su capacidad de tiranizar y de silenciar a los pueblos sojuzgados dentro de sus territorios. En la misma Europa esto se observa en la conducta de los flamencos, de los vascos, así como de decenas de otros pueblos que son cada vez más fanáticamente ellos mismos, rechazando antiguas sujeciones y luchando por la autonomía en la conducción de su destino. Si esto sucede allá, en América Latina, donde la identidad de los pueblos indígenas es mucho más remarcada y diferenciada, y donde la opresión que sufrieron fue mucho más cruel y continuada, la tendencia es para que estallen rebeldías todavía mayores que pueden acabar en verdaderas guerras inter-étnicas. Es probable que ellas cambien el cuadro actual de las nacionalidades latinoamericanas donde sobreviven estas comunidades; o, al menos, que transfiguren su carácter, para forzarlos a dejar de ser estados nacionales unitarios, oprimiendo a las sociedades multiétnicas, para ser estados plurinacionales.

* Se refiere el autor a las grandes civilizaciones americanas tales como la mexicana, inca y maya.

Un contraste notable entre las micro-etnias y las macro-etnias radica en que, en tanto aquellos pueblos tribales resistieron secularmente al avasallamiento y algunos todavía resisten, los indigenatos fueron rápidamente conquistados y subyugados. Esto se explica porque las micro-etnias, no habiéndose estratificado en clases, ni estructurado en Estados, no contaban con ninguna entidad capacitada para negociar y garantizar la paz. Todavía hoy, cuando las fronteras de la civilización se expanden, encontramos grupos indígenas en el interior de Brasil, por ejemplo, y lo que sigue, es la guerra entre aquella tribu aislada, y la civilización que llega con cinco siglos de atraso.

Las macro-etnias, al contrario, siendo sociedades de clase que habían experimentado la opresión de sus propios estratos dominantes, estaban predisuestos para aceptar y acatar el avasallamiento. Por ello fueron rápidamente dominados después de la conquista de sus ciudades, del exterminio de sus élites y de la subyugación de sus burócratas. Aunque sometidos, aquellos pueblos encontraron formas de pactar sus *modus-vivendi* con el invasor, lo que les permitió escamotear y preservar su ser y, dentro de lo posible, su cultura, para resurgir ahora en el espacio abierto por la civilización emergente, como pueblos aspirantes al comando autónomo de su destino.

Me gusta prefigurar nuestra futura federación latinoamericana como un conjunto de naciones que vendrá a incorporar en su seno algunos pueblos indígenas originales de las Américas. Limpios de las heridas, de la explotación, curados de los vejámenes de la opresión, ellos se reconstruirán como culturas auténticas para florecer otra vez como civilizaciones autónomas.

LOS NEO-AMERICANOS

Simultáneamente con estos procesos de etnocidio cultural y despoblación genocida de la América indígena, una nueva entidad étnica nace y crece lenta pero firmemente. Surge, inicialmente, como una especie de herida o de cáncer introducido parasitariamente en las comunidades indígenas, para sacar vida de su muerte.

Hablo de los implantes civilizatorios: aquí y allá, en las playas del Atlántico y del Pacífico, y después subiendo los ríos por el interior, se fueron estableciendo. Primero, como factorías de trueque de chucherías por palos de Brasil; después, como bases corsarias de donde partieron los bandos de salteadores para el saqueo de las ri-

quezas de México y de Perú; finalmente, como protocélulas de una nueva formación económico-social, articulada con el mercado mundial para la producción de géneros tropicales de exportación, o la explotación de otros recursos del Nuevo Mundo.

Partiendo de la nada en 1500, esos núcleos blancoides alcanzan 6 millones en 1825, saltan después a 60 millones en 1950 y amenazan alcanzar nada menos que 200 millones al final del milenio. ¿Cómo tanto blanco pudo nacer de los poquísimos que vinieron en el período colonial? Sólo se explica por el hecho de que aquellos que nos llamamos "blancos" latinoamericanos, somos en verdad mestizos con más sangre indígena que europea. Es cierto, además, que, después de la independencia, algunos países de América Latina sufrieron la invasión de un verdadero alud de inmigrantes europeos que vinieron a engrosar las filas de los blancos. Excepto en Argentina y Uruguay, por todas partes encontraron poblaciones mestizas tan numerosas que no pudieron cambiar sus características raciales básicas.

Transmutación demográfica probable de América Latina

	<u>1500</u>	<u>1825</u>	<u>1950</u>	<u>2000</u>
Indios	100	7.0	15.0	30.0
Blancos	X	6.0	60.0	200.0
Negros	X	6.0	15.0	70.0
Mestizos	<u>X</u>	<u>7.0</u>	<u>70.0</u>	<u>300.0</u>
Totales	100	26.0	160.0	600.0

El incremento del grupo blancoide se revela todavía más sorprendente cuando se compara con el desarrollo de las poblaciones negras. Partiendo de los mismos 6 millones en 1825, los negros apenas habían alcanzado 15 millones en 1950 y prometen llegar apenas a 70 millones en el año 2000, si prosiguen las tendencias demogénicas actuales. Estas diferencias señalan fundamentalmente, por un lado, la dureza de la esclavitud y, por otro, la condición privilegiada del contingente blancoide.

El crecimiento realmente espantoso de la población latinoamericana es el que se da con los mestizos. Éstos, de apenas 7 millones en 1825, pasan a 70 millones en 1950 y crecen tan rápidamente que bien pueden alcanzar 300 millones en el año 2000. Entonces los mestizos serán más de la mitad de la población de América Latina.

Aquella mitad que le dará su aspecto característico de un pueblo que concentra en sus genes el patrimonio de cualidades y de taras de todas las razas humanas. A juzgar por los mestizos y mulatos que se ven por las playas de Río de Janeiro, por ejemplo, serán de las gentes más bellas del mundo. También pueden ser feísimos si se juzga por la gente de las áreas miserables de Brasil o de toda América Latina con sus poblaciones famélicas, enfermas, desgastadas y precozmente envejecidas. Las grandes diferencias raciales que hoy se observan en nuestro mundo latinoamericano son las que separan y oponen a los miembros de las razas que comieron durante una o dos generaciones, esplendorosos todos, de los pobres diablos que todavía no comieron: feos, macilentos, desdentados y tristes.

VICISITUDES ANTI-UTÓPICAS

Una característica singular de América Latina es su condición de un conjunto de pueblos intencionalmente constituidos por actos y voluntades ajenos a ellos mismos. Actos germinales efectuados dentro de programas que, si no fueron siempre previamente prescritos, se desdoblaron dentro de la máxima racionalidad. Nada se dejó al azar, las ciudades fueron asentadas en lugares juiciosamente escogidos y construidos según plantas detalladas para que cumplieran funciones pre-establecidas; la explotación de recursos o la implantación de nuevas formas de producción se ejerció siempre según explícitas reglamentaciones.

En esta ordenación exhaustiva la única cosa que, aunque muy regulada legalmente nunca preocupó de hecho a los gobernantes, fue el destino de la población original que aquí se encontró y a la cual sucedió, totalmente restaurada. El pueblo siempre fue, en este mundo nuestro, una mera fuerza de trabajo, un medio de producción, primero esclavo; después asalariado; siempre avasallado. Sus aspiraciones, deseos e intereses nunca entraron en la preocupación de los formuladores de los proyectos nacionales que sólo tuvieron ojos para la prosperidad de los ricos.

De otros pueblos se puede decir, tal vez, que resultaron en su forma presente del desarrollo de sus potencialidades, tal como se procesó espontáneamente en el curso de la historia. Nosotros, no. Somos la resultante de empresas económicas exógenas que buscan saquear riquezas, explotar minas o promover la producción de bienes exportables, siempre con el objetivo de generar lucros pecuniarios. Si

dé estas operaciones habían surgido nuevas comunidades humanas esto fue una resultante ocasional, inesperada y hasta indeseable. Nacemos, de hecho, por la acumulación de criollos mezclados racial y culturalmente que se multiplicaron como una especie de rechazo o de exceso. Un día este mestizaje fue llamado a convertirse en pueblo cuando unos nativos ricos decidieron que constituían un pueblo-nación que quería la independencia. Naturalmente sus repúblicas se organizaron prescindiendo del concurso del populacho. Todavía hoy, siglo y medio después, sus sucesores atrincherados en el poder creen que el pueblo no está preparado para el ejercicio de la ciudadanía.

Nunca llegamos a ser naciones organizadas como cuadros dentro de los cuales un pueblo vive su destino, realizando sus potencialidades, sobre la base de un cuerpo de derechos coparticipados. El pueblo, primero era el gentío pagano que sólo existía como materia prima para ser transformado en alguna cosa más pía por los misioneros y más útil para los colonos. Después, fue el negrerío esclavo importado como una fuerza energética que se quemaba como un carbón humano en las minas y en las plantaciones para producir lo que no comían ni querían, mas sí lo que daba lucro al amo y señor. Hoy, es la masa numerosa de gentes oscuras, mestizos de indios y de pardos, medio avergonzados de sus caras tan contrastantes con los patrones europeos de belleza y dignidad.

Están ahí siempre disponibles como una fuerza de trabajo que es el componente más vil de la producción, porque siendo más barato que la tierra, el ganado, las máquinas y los insumos, no necesita ser economizado. De hecho, hasta valía más antiguamente, cuando era escaso y tenía que ser cazado en el bosque, trasladado del África o importado como inmigrante, o cuando los europeos excedentes se habían convertido también en ganado humano exportable.

El habitante latinoamericano tanto se multiplicó que hoy excede visiblemente las necesidades de la producción. Comienza incluso a causar preocupaciones ¿Qué hacer con tanta gente innecesaria? Si alguien quisiese importarlos, nuestro gobiernos los proporcionarían gratis e incluso subsidiarían la operación. Lamentablemente, nadie nos quiere. Se trató, trabajosamente, con copiosa asistencia internacional, de detener su impetuoso crecimiento, sea distribuyendo píldoras, sea instalando en las mujeres más pobres y morenas asesinos aparatos anticonceptivos. Mañana intentarán tal vez la castración de los machos y la esterilización de las hembras.

La presencia y las aspiraciones de este pueblo sencillo que desea tener, cada cual su empleo seguro, comer todos los días, hacer un curso primario completo, ser tratado en las enfermedades graves y jubilarse a los 70 años, excede tanto las posibilidades del sistema que no permite a mucha gente dormir. No hay ninguna probabilidad, ni en los horizontes más distantes del desarrollo de América Latina, tal como se da ahora por la ruta del subdesarrollo, de concretizar esta singular utopía en cualquier tiempo previsible.

La pregunta que obliga, en esta altura, es la que nos explique. ¿Por qué exactamente los pueblos de las Américas que fueron los más ricos y los más cultos del pasado — que éramos nosotros — estamos hoy tan empantanados en el atraso? ¿Y por qué, al contrario, pueblos más rústicos y más pobres de ayer, que sólo contaban con simples iglesias de tablas y una economía artesanal autosuficiente, — que eran los norteamericanos — nos rebasaron tanto?

La respuesta está probablemente en el tipo de sociedades que allá y acá se construyeron. Lo que se comprueba, inclusive, mirando el sur esclavista de los Estados Unidos. Su inclinación a ser una sociedad subdesarrollada, atrasada y desigual era tan vehemente, que fue necesaria la Guerra de Secesión para impedirles determinar el estilo de vida y el modo de organización de la sociedad global.

En efecto, los metales preciosos extraídos de América Latina multiplicaron varias veces la existencia de oro y plata del mundo. Las exportaciones de azúcar fueron el producto más rico y lucrativo del mercado mundial hasta la Primera Guerra, cuando fueron superados por el petróleo. La enorme riqueza de estos y de decenas de otros productos, amasada a costa del desgaste de millones de esclavos indios y negros, dejó aquí, además de los huecos de las minas, dos contribuciones importantes. Una, muy alabada, que son las creaciones civilizadoras de que tanto nos enorgullecemos: fortalezas portentosas, suntuosas iglesias barrocas, caserones coloniales que hacen el esplendor de México, de Recife, de Bahía, de Río de Janeiro, de Ouro Preto, De Lima o de Quito. Los Estados Unidos nunca tuvieron nada tan brillante y civilizado. El otro resultado, éste mucho menos apreciado, es nuestro pueblo amulatado de negritudes y mestizado de indianidad que constituye hoy uno de los mayores núcleos poblacionales del mundo. ¿Para qué?

CIVILIZACIÓN Y DESARROLLO

Dicen las malas lenguas que estamos condenados a ser para siempre los pueblos del futuro. ¿Será?

De hecho, hoy por hoy, nuestro bloque latinoamericano tiene expresión principalmente por su tonelaje humano: 400 millones de personas. ¿Cuánto pesarán?

Es también notoria la inmensidad de nuestro territorio continental y su extraordinaria riqueza. Ésta, además, mucho más útil a otros pueblos que a nosotros. Igualmente es evidente que constituimos las mayores naciones latinas; Brasil solamente, está más poblado que Francia e Italia juntos. Sin embargo, ocurre que más de la mitad de los brasileños —viviendo, no obstante, en un país enorme donde lo que se siembra, se da— si no tiene hambre todo el día, la tiene toda la semana. Suman en nuestro país decenas de millones los niños sin escuela y otros tantos los menores abandonados a su mala suerte. Estamos graduando, en este momento, unos 30 millones de analfabetos adultos para inaugurar y exhibir en el año 2000. ¿Qué vale, en estas circunstancias, tan abultada romanidad?

Comparados con los grandes contingentes mundiales de pueblos —los eslavos, los anglo-germánicos, los musulmanes, los hindúes, los chinos— resalta, además de nuestra espantosa y apabullante magnitud poblacional, nuestra admirable homogeneidad lingüística y cultural.

En efecto, somos 400 millones de hablantes de dos variantes subdialectales (el portugués y el español), mutuamente inteligible de una misma lengua. En 100 kilómetros alrededor de Madrid o de Lisboa se encuentran mayores variaciones dialectales que en el castellano o el lusitano del continente latinoamericano. Tenemos, esencialmente, el mismo cuerpo de hábitos y de costumbres, que es una variante de la versión ibérica de la cultura mediterránea europea. Es verdad que enriquecida de componentes culturales y genéticos indios y negros, de los que heredamos múltiples sabores, saberes, sensibilidad, musicalidades, ritmos y tendencias.

Contrastamos también con aquellos bloques por algunas virtudes morales remarcadas. La más preciosa de ellas, heredada de la matriz negra, es una alegría de vivir que no me canso de ver con espanto. Quien quiera puede verla estallar, sea en el carnaval de Río de Janeiro, en la fiesta de Iemanjá de Bahía, en las diversiones de los días de muertos de México o en los grupos de danza de cualquier ciudad negra latinoamericana. Nuestros descendientes de esclavos bailan y cantan, rién y brincan con una creatividad y un gozo incomparables.

Heredamos también, de los indios tal vez, otra virtud que es una predisposición a la vida solidaria que se ostenta natural y frondosa dondequiera que no surja un patrón blanco monopolizando la tierra y esclavizando a la gente.

Aquella alegría y esta sociabilidad contrastan crudamente con la tristeza habitual de la casta señorial y, sobre todo, con su perversidad. No sé de países en los que la distancia social entre ricos y pobres sea tan abismal como entre nosotros, ni donde las relaciones humanas lleguen a ser tan inhumanas e infranqueables. Eso se explica, ciertamente, por la herencia de la esclavitud. Después de todo, fuimos de los últimos países del mundo en abolir la esclavitud.

Las clases sociales formadas secularmente bajo la esclavitud son casi castas. El esclavo todavía se salva porque, condenado a luchar por la propia libertad, sólo por esto se dignifica y solidariza con los compañeros. El señor, al contrario, condenado al triste oficio de arrancar al esclavo el lucro que puede darle sudando — duraban en promedio, de siete a diez años sin interrupción en las plantaciones y en las minas — crea un cascarón de ignorancia y dureza que lo torna insensible al padecimiento ajeno.

El contraste entre el trato cordial y ameno que se dan los patrones cuando están entre sus pares, con la brutalidad con que tratan a los subalternos, sólo tiene paralelo en su aprecio por los bienes materiales y en su desprecio por la persona humana. Cualquier latinoamericano sabe que la enfermedad de un toro en una hacienda es motivo de enorme preocupación de los vaqueros.

¡Atención, gente, es el toro del patrón! Vamos luego tras el veterinario. Si no viene traigan un médico, un farmacéutico.

Saben perfectamente también que cualquier enfermedad de la mujer o del hijo del vaquero es pequeño motivo de preocupación; se trata con té casero de hojas milagrosas.

CONFIGURACIONES HISTÓRICO-CULTURALES

Bolívar, luchando para liberar a América Latina del yugo español, se preguntaba qué pueblo era aquél que se liberaba.

¿Quiénes somos? No somos europeos, ni indios, sino una especie intermedia entre los aborígenes y el español.

La perplejidad del héroe nos llega hasta hoy. Todos nosotros, intelectuales latinoamericanos, somos unos Zeas afligidos en busca de nuestra identidad.

¿Quiénes fuimos? ¿Quiénes somos? ¿Quiénes seremos?

Distingo en las Américas cuatro configuraciones histórico-culturales de pueblos, nítidamente diferenciados por sus respectivos procesos de formación. Los “pueblos testimonio”, resultantes del choque del invasor europeo con las altas civilizaciones azteca, maya e incaica, en los cuales jamás se dio una síntesis viable entre la indianidad sobreviviente y los criollos hispánicos. Los “pueblos nuevos” formados por la confluencia de indios tribales, negros esclavos y blancos ibéricos asentados en las plantaciones tropicales, para explotación de productos forestales o de minas de metales preciosos, que dieron lugar a un ente étnico enteramente nuevo, profundamente diferenciado de sus tres matrices y que todavía anda en busca de su identidad. Son pueblos que no teniendo pasado de qué enorgullirse, sólo sirven para el futuro. “Pueblos trasplantados”, como la América sajona y el Canadá que son meras implantaciones europeas en tierras americanas, tal como lo son también Australia y Nueva Zelanda. En esta categoría situó también a la Argentina y al Uruguay que, a pesar de estar constituidos originalmente con “pueblos nuevos”, fueron después transfigurados por la enormidad de la avalancha inmigratoria que sufrieron. Finalmente, los “pueblos emergentes” que son los indigenatos que comienzan a alzarse en el seno de los “pueblos testimonio”, aspirando a la autonomía nacional.

A cada una de estas configuraciones correspondieron modos diferentes de formación de la población y de la nacionalidad. Los brasileños, por ejemplo, en cuanto “pueblo nuevo”, — tal como los venezolanos, colombianos, cubanos, etcétera — surgimos de los mestizos procreados por padres blancos en los vientres de las indias, queriéndose identificar con el padre y siendo rechazados. Habiendo crecido, fuimos los bandeirantes paulistas asesinos del gentío materno. Por esto es que un jesuita maloso nos llamó “mamelucos”, recordando aquellos niños robados en las áreas de dominación islámica que crecían en los criaderos de gentes para ser, según sus talentos, eunucos, jenizaros, cipayos o mamelucos. Quiere decir, serviciales opresores de sus pueblos.

Por siglos sólo hablamos una lengua general creada, mal pronunciado el tupí con bocas portuguesas. Sobrevivimos porque aprendimos a vivir aquí con los indios, obteniendo el sustento de las siembras de plantas que de ellos recibimos: mandioca, maíz, cacahuate, tabaco y muchos más. Como indios cazamos, pescamos y hacemos chozas. Con nombres indios llamamos las cosas de la tierra y del cielo.

Después que comenzó a llegar la negrada, los mamelucos ganaron una función adicional, la de vigilar al esclavo huido ansioso de ir a dar a un quilombo y, simultáneamente, la de cruzarse con ellos. Esos negros, además, son los que impusieron el portugués en Brasil como la lengua materna. Un portugués aprendido al son de los gritos de los capataces que ellos suavizaron con sus bocas africanas. En efecto, donde el negro no llegó, el pueblo continuó por siglos hablando tupí.

La civilización para los negros esclavizados representó la salida de sus comunidades tribales igualitarias, donde eran personas, para que se vieran convertidos en cosas, como bienes semovientes. Comparados a la alimaña, tenían el trato o el maltrato que su dueño les quisiera dar. La civilización para ellos fue la animalización en los quilombos inmundos, donde aprendieron a realizar las tareas de la producción mercantil bajo la pedagogía del latigazo. Trabajan de sol a sol la semana entera para enriquecer al señor y todavía el domingo, en su propia parcela, para tener qué comer. Como el señor nunca juntaba negros de la misma lengua para evitar motines, tenían que hablar unos con otros en la lengua del amo. Así, lentamente, se rehumanizaron, obteniendo habla, ser y entendimiento. Otro ser. Mas un ser ya suficientemente situado en el nuevo mundo, para atreverse a huir por el bosque y allá rehacer el comunismo primitivo de los quilombos. A la guerra de exterminio de los indios, los neolusitanos, ahora brasileños, tuvieron que sumar otra, también secular, la sujeción de los negros alzados.

Este sistema feroz pudo funcionar gracias al ingreso permanente de más negros, tal era la mortalidad que costaba. Para esto, los europeos montaron las primeras empresas multinacionales modernas reuniendo capitales y empresarios ingleses, holandeses, franceses y hasta ibéricos que compusieron máquinas prodigiosas de cazar negros, embarcándolos en ataúdes para atravesar el Atlántico y venderlos en América Latina. En esta operación capitalista de acumulación original, decenas de millones de negros fueron muertos o esclavizados.

Tarea hercúlea como ninguna otra, lucrativísima. Los empresarios blancos que compraban a los negros para hacerlos producir aquí, pagaban por ellos más de la mitad del valor de su producción. El esclavo rendía, pero era un combustible caro.

Las mujeres negras eran tan pocas que nunca las hubo en número suficiente para todos. En cuanto salían de la pubertad, eran preña-

das por el viejo patrón y por el señorito, después por el capataz, después por el primer oficial, etcétera. Parían mulatillos risueños que engrosaban los esclavos del señor. Esos frutos de la tierra ganaron luego mala fama como esclavos fugitivos, mulatos presumidos, irrespetuosos, insoportables, que no sabían ponerse en su lugar. Todavía son muy mal vistos.

Muy diferente fue el proceso formativo de los “pueblos testimonio”, — como los mexicanos, los guatemaltecos, los peruanos, los bolivianos, los ecuatorianos — por el drama de su ambigüedad esencial. Siendo altas civilizaciones, servidas de ciudades con noblezas y sacerdocios, ejércitos y burocracias, se vieron luego subyugados por los europeos que tomaron las ciudades, derribaron los templos, degollaron a los nobles, derrotaron a los ejércitos y pusieron a su servicio las burocracias para dominar al avasallado pueblo indígena.

Se dio allí el mismo mestizaje prodigioso de poquísimos europeos con una multitud de indias cautivas. Mas estos mestizos — por contraste más occidentalizados — se aislan en las ciudades y villas, siempre diferenciados de la indiada que permanecía en su mundo, como un campesinado que perdió sus cabezas ciudadinas. Era principalmente una fuente, aparentemente inagotable, de mano de obra para todas las empresas que los criollos emprendían.

Aprovechando la crisis napoleónica europea, los más claros y sabihondos de esos criollos, orgullosísimos de no ser indios, deciden emprender la independencia.

Eran motivados tanto por el amor a la libertad, como por la curiosidad de experimentar nuevas formas de gobierno, pero, sobre todo, por el deseo de acceso a los altos cargos de administración del Estado, de embajadores, de generales, de magistrados, de financieros, de contratistas. Madrid se cambia, así, a la ciudad de México, de Guatemala, de Lima, de Quito y La Paz, para continuar ejerciendo, desde allí, su función civilizadora sobre la indiada que se empeñaba en continuar india, a pesar de la vil tristeza de la vida que tenían como indios de una civilización ajena.

LA HAZAÑA EUROPEA

El indudable éxito económico de la empresa latinoamericana — que fue, seguramente, el conjunto de empresas más próspero del mundo de 1500 a 1800 — desencadenó un proceso civilizador en el

curso del cual se multiplicaron las fundaciones de aquellas comunidades inhumanas de esclavos, indios, negros y sus mestizos, productores de oro, plata, azúcar, algodón, café, etcétera.

Su desarrollo se da a través de tres procesos de sucesión ecológica y de transfiguración étnica nada menos que espantosos. Primero, la población americana original de 100 millones de indios es sustituida al fin de la dominación colonial, por una revoltura de 26 millones de indios, blancos, negros y mestizos, en proporciones casi iguales. Segundo, la economía original comunitaria volcada a la reproducción ampliada de las condiciones de existencia de la propia población, y que siempre garantizó el hartazgo, da lugar a una economía alocada, de comunidades famélicas que producen eficientemente lo que no comen ni consumen, para enriquecer a sus amos ibéricos o criollos. El tercer proceso de sucesión ecológica y cultural que se da después de la independencia, es el de la transmutación étnica de aquel molde latinoamericano original, fundido en los siglos del dominio colonial, a través de su conversión en nacionalidades, su modernización y blanqueamiento.

Los criollos más acaudalados, que siempre habían querido identificarse, en vano, con los metropolitanos ibéricos, de repente se dieron cuenta de que eran diferentes, tal vez hasta mejores. Rápidamente se distinguieron, asumiendo nuevas identidades étnicas, orgullosos de ellas. Unos pasaron a ser y a llamarse brasileños (cortadores de palo de tinta), otros argentinos (gente plateada), cubanos (de los toneles de azúcar), otros todavía quisieron ser, elegantemente, ecuatorianos (por el paralelo solar), cuando no onomásticamente bolivianos (de Bolívar), colombianos (de Colombo), pero todos americanos (de Vespucio, el usurpador) y neolatinos.

Una nueva América Latina surge, así, como la gran hazaña ultramarina europea, para seguir cumpliendo su viejo papel de provedora de toda riqueza y de toda sabrosura tropical que pudiera producir, juntamente, con lucros que enriquecieran cada generación de patrones nativos y extranjeros. Después, para el ejercicio adicional de acoger los millones de pobretones europeos, marginados por la modernización capitalista. Inicialmente arribaron franceses, después italianos, alemanes y polacos, etcétera; al final, hasta japoneses, hindúes y chinos. Ellos vienen a saciar el hambre de mano de obra de las plantaciones tropicales. Aquí introducen el salario capitalista. Los inmigrantes blancos cumplen dos funciones adicionales, la de agentes activos de modernización y la de europeizadores y

blanqueadores. En las áreas donde más se concentraron, encontrando una población más rala – Argentina y Uruguay – llegaron a cambiar el carácter de la configuración, transformándolos de “pueblos nuevos” en “pueblos testimonio”.

Esta masa inmigratoria tenía como aspiración más alta conseguir un lote de tierra para construir su casa y levantar su parcela, como ocurrió con los europeos que fueron hacia América del Norte. No las reciben jamás. América Latina, al final, no es ninguna colonia del lejano oeste, regida por *homesteads*. Aquí la tierra está astutamente monopolizada en pocas manos, no para ser utilizada, sino para ennoblecen, especular y principalmente, para obligar a la mano de obra que salía de una hacienda a caer en otra hacienda igual.

Como no les gustó, la masa de inmigrantes se fue urbanizando rápidamente, de lo que resultó tanto un proletariado moderno con inclinaciones anarquistas como el crecimiento espantoso de las metrópolis latinoamericanas. México, São Paulo, Buenos Aires y Río son, cada una de ellas, dos o tres veces mayores que París o Roma, aunque tengan diez veces menos instalaciones y servicios urbanos esenciales.

TEORÍAS DEL ATRASO Y DEL PROGRESO

A través de las décadas y de los siglos, el patronato latinoamericano se consoló con la sabia idea de que el subdesarrollo de sus países tenía una explicación evidente en factores naturales e inmutables. La causa estaría en el clima tropical, insufrible, y en la incontrolada mestización con razas inferiores, ineptas para la civilización.

– Esa mulatería tropical sólo quiere sombra y agua fresca.

Sin cuestionar esas consoladoras razones causales, le aumentaban otras vicisitudes: la religión católica, tan impropia al progreso.

– Tanta iglesia suntuosa, tanta misa, tanta confesión y comunión, tanto latín. . .

Otra infelicidad latinoamericana sería la herencia ibérica que había traído para acá la indolencia y la intolerancia de esos pueblos exóticos de los confines del mediterráneo, más africanos que europeos.

– Otro sería nuestro destino, si no hubiesen expulsado a los holandeses y a los franceses que tanto nos quisieron colonizar.

Se confiaba, entre tanto, en que el esfuerzo y la laboriosidad de los empresarios empeñados en promover el progreso latinoamericano a cualquier costo, con el tiempo, superaría tantos factores adversos.

— Al final, somos países jóvenes, con futuro.

La educación y la sanidad, junto con una buena acumulación capitalista, preparan el día de la prosperidad general.

— Entonces, los ingresos podrían ser distribuidos en justos salarios, porque el pueblo ya sabría gastar en cosas útiles, en vez de disipar todo en carnavales.

Últimamente, el dulce consuelo que las clases dominantes y sus letrados sacaban de ese discurso fue perturbado por unos aguafiestas. Se comenzó a dudar de que fuera tan verdadero.

— ¿El trópico es o no es el mejor lugar para que los humanos vivan? Naciendo desnudos, sólo en países tropicales los hombres podíamos surgir.

Otros demostraron, después, que quien trabaja de sol a sol en nuestros países, edificando cuanto se construyó, cultivando todo lo que se plantó para exportar, fabricando cuanto se fabricó, es sólo el negro, el mestizo y el blanco pobre, lo que, al final, es la misma cosa.

Las otras causas y culpas del atraso fueron también desmoralizadoras. Unos, mirando a la Francia católica que no parece propiamente subdesarrollada, otros, visitando el batavo Surinam o la gala Cayena que no maravillaban a nadie. El final de los consuelos se dio cuando un metiche descubrió que la América del Norte es cien años más joven que nosotros, entre tanto. . .

Se cayó, desde entonces, en la sospecha subversiva de que la culpa causal de tamaño atraso, no siendo atribuible a los feos y pobres e ignorantes, bien puede residir en los ricos, bonitos y educados. Los proyectos de formación de nuestras sociedades nacionales que ellos formularon, rigieron y rigen desde siempre, y que siempre fueron tan gratificantes y lucrativos para ellos, tal vez sea la causa del atraso. Esencialmente su incapacidad de promover una prosperidad que alcance a la población trabajadora. El hecho de que se conformasen con economías nacionales volcadas hacia fuera, convirtió al pueblo, en un proletariado externo de las naciones ricas haciendo de él lo que es todo pueblo colonizado y dependiente: una mierda.

Mas todo es relativo. La clase dominante colonial que estructuró nuestras economías de exportación, no consolándose nunca de que sus pueblos sean tan mestizados, tan indolentes y sin ambición, era una maravilla delante de la nueva clase que surgió con la independencia. Ésta tanto se apegó a intereses e ideas extranjeras, primero inglesas, después norteamericanas, y tanto se cebó en sobornos y propinas, que convirtió a América Latina en un conjunto de colo-

nias atípicas. Funcionando de hecho, como colonias, se ilusionaron con la idea de que eran naciones libres imitando parlamentos de mentiras. Éstos sólo habían servido, de hecho, para promulgar leyes antipopulares y reaccionarias, consagrando la riqueza de los ricos y la pobreza de los pobres. Este empresariado, sin embargo, tiene en su crédito la hazaña de haber promovido una relevante modernización refleja de sus países, implantando ferrovías, importando camiones e iluminando ciudades, todo para volverse todavía más eficientes en su papel tradicional de proveedores en el mercado mundial. Sus propósitos más ambiciosos fueron el de lavar el cerebro de la población nativa a través de programas educacionales – lo que no pudo ser realizado porque ya había gente de más y de lavarles la sangre a través de la importación de reproductores blancos. Esto se hizo, al menos en el Cono Sur. En el sur de Brasil se intentó, afanosamente, con gran entusiasmo del emperador y del embajador francés, pero había demasiados mulatos e indios para blanquear. . .

Otra vez caímos en la exageración por incapacidad de relativizar. De hecho, peor todavía que aquellos aprendices del capitalismo dependiente es la clase dominante actual de América Latina. Su sector predominante es, hoy, el estamento formado por los gerentes de las empresas multinacionales que se apoderaron de más de la mitad de las empresas privadas. Cada vez que un portavoz de la Volkswagen, de la Toshiba o de la Ford tose, los ministros saltan ávidos, presurosos, ofreciendo pañuelos para recibir el catarro de los estornudos. Si los patronatos nativos, coloniales y consulares habían organizado nuestros países para su propio enriquecimiento y gozo, estos gerentes y la tecnoburocracia que sobornan los reorganizan, todavía más eficazmente, para el lucro de sus matrices. Ahora, en lugar de locomotoras y motores importados, implantan aquí fábricas de automóviles, de televisores, de medicinas, de cigarros, de cosméticos, de refrescos y hasta de computadoras, promoviendo una nueva ola de modernización que nos vuelve cada vez más modernos y dependientes. Trabajan afanosamente, casi enardecidos, en la certeza de que necesitan retirar lo máximo de nuestros países, porque explotación tan desvergonzada no puede durar.

CONCIENCIA ALIENADA

Más todavía que países de la utopía, somos el reino del desarraigo. Comencemos por nuestra loca geografía. Conversando con un chile-

no, un peruano o con un ciudadano de cualquier país de la costa del Pacífico, se verifica fácilmente que para él lo que su país tiene enfrente es la Europa atlántica o la América sajona, abstrae totalmente el hecho de que para ir a Europa tiene que rodear el estrecho de Magallanes allá abajo, o atravesar el Canal de Panamá, allá arriba. Si algún malvado les dice que ellos viven cara a cara con China o Japón, los pobres se espantan.

Nosotros, de la costa atlántica, que vivimos cara a cara con África, de donde vinieron tantísimos de nuestros patricios, borramos con igual celo este hecho de nuestras mentes; somos vecinos de Francia o de América. América, además, es para todo latinoamericano sólo la del norte. Nos concebimos, de hecho, como una especie de suburbio del mundo, un área marginal, periférica, puesta boca abajo en el hemisferio sur de la tierra para sufrir. Exagero, ciertamente.

En América del Sur, Brasil tiene una frontera terrestre de quince mil kilómetros con otros países. Como corre, desierta, en la montaña o en la floresta virgen — una vez que sólo tenemos unos pocos puntos de contacto— es como si perteneciéramos a continentes diferentes. Cada país latinoamericano, inconsciente de su contexto, —excepto para trifulcas o para el intercambio de piezas de las respectivas fábricas de las multinacionales— se relaciona directamente con el centro. Aunque éste sea tan descentrado como las metrópolis que miramos pasmados: París, Londres, Moscú, Pekín, Berlín, Nueva York o Tokio.

Hablo evidentemente de la visión del mundo de las clases afortunadas y cultas. El pueblo mal sabe de qué país se trata, su patria verdadera es la patriecita del barrio rural donde nació y donde vive, o el vasto mundo extraño e inhóspito de las carreteras en que transita de hacienda en hacienda, sirviendo a sus patrones.

Otra alienación latinoamericana típica, es nuestro carácter de pueblo que llegó aquí ayer y todavía no conoce la tierra donde habita. Mientras un indio sabe el nombre, el uso y el misterio de cada animal, planta, piedra, tierra y nube, para nosotros latinoamericanos, todo es bicho, o mata, o cosa. Somos, culturalmente, una especie de pueblos tabla rasa, desculturizados de los saberes y de las artes tan elaboradas de nuestras matrices indígenas, africanas o europeas. Al civilizarnos quedamos idiotas, perdiendo la cara y el ser que teníamos, nos volvimos una pobre cosa que sólo lentísimamente se va rehaciendo por el cruzamiento sincrético de tradiciones ajenas. Cuando se cristalizaban en una cultura popular viviente, surgieron

la radio y la televisión que todo quieren convertir en folklore y aniquilar, para difundir el ye-ye-ye. ¿Pero resistiremos? ¿Hasta cuándo?

No se precipite lector, frente a nuestra pobreza, envaneciéndose de ser civilizado y servido por bienes culturales admirables. Así es, efectivamente. Mas yo prefiero nuestra pobreza inaugural a la opulencia terminal, de quien ya acabó de hacer el mundo y, ahora, usufructa lo creado. Nosotros tenemos todo un mundo por rehacer. Yo mismo — muera de envidia — anduve en un río caudaloso que todavía no había sido cartografiado, fui el primero en convivir y estudiar a los kaapor, un pueblo que parecía recién salido de las manos del Creador. Nuestra tarea no es usufructuar riquezas terrenales acumuladas en museos e institutos culturales. Es hacer lo mejor posible para vivir el mundo que ha de ser.

También en el tiempo, nosotros los latinoamericanos no nos situamos bien. Para un norteamericano hubo, antes del capitalismo un feudalismo que vivió en Inglaterra, antes, un esclavismo de cuando los romanos mandaban y hasta algún tribalismo caníbal de sus abuelos germanos, documentado por Tácito.

Para nosotros, no. Así como el pasado, su presente no es nuestro futuro, somos evolutivamente de otro uso temporal. Para nosotros, cualquier revolución burguesa de liberación de las lacras feudales, a fin de intentar el surgimiento de un empresariado shumpeteriano, sería tardío, ya nacimos capitalistas produciendo mercaderías con mano de obra esclava en grandes empresas agro-mercantiles exportadoras. La revolución socialista para nosotros fue una tarea precoz porque cada bando de negro huído de nuestro esclavismo capitalista, recaía en el comunismo primitivo; y cada campesinado alzado del capitalismo dependiente, rehace la comunidad solidaria y en ella vive feliz hasta que la policía viene a acabar con la fiesta.

Vivimos tan fuera de los tiempos evolutivos, que Fidel y el Che sólo hicieron una revolución socialista en Cuba por ignorancia. Si hubiesen leído de marxismo sabrían que la etapa cubana era todavía la democrática burguesa.

EUROCENTRISMOS

En el patrimonio cultural que heredamos de Europa se destacan tres contrabandos ideológicos, por los inmensos daños que nos causaron. El primero de ellos, nuestra hedionda herencia, fue desde siempre y todavía es el racismo, como el arma principal del arsenal ideológico europeo de dominación colonial.

Atribuyéndose el papel de agente civilizador, el europeo pasó a representar el mundo de fuera como habitado por sub-razas que ellos eran llamados a regenerar. La estratagema es tan terrible y sutil que cada negro y cada indio y sus mestizos, desculturizados por europeos, introducen dentro de su propia conciencia la idea de su fealdad e inferioridad innatas, que sufren terriblemente por tener la cara que tienen. Unos, inocentes, todavía sufren.

Frente a la evidencia incontestable de la esbeltez, la vivacidad y el vigor de nuestros mulatos y mestizos, los teóricos de la superioridad blancoide estuvieron diciendo por siglos que ellos no eran más que mulas humanas y como tal, además de infecundos, incapaces de civilización. Lo mismo frente a la belleza y la gracia incomparable de la mujer negra y morena, privaba la costumbre de tratarlas como indígenas tanto por su ancestralidad servil como, y principalmente, por la idea de que estaban indeleblemente impregnadas del color y de la marca de razas inferiores.

El racismo latinoamericano es, como se ve, fruto europeo de exportación que, trasplantado aquí, cundió pavorosamente. El nuestro sólo tiene de típico, frente al racismo sajón, su carácter asimilacionista y mezclado. Sólo se admite al indio y al negro como materia prima para hacer más mestizos que mejoren por el blanqueamiento, hasta volverse blancos totales. Es todavía aquí, el ideal europeo de blanquitud que opera como motivador. El prejuicio sajón, al contrario, no quiere saber de ningún mestizaje. Detesta a los mulatos como encarnaciones vivas de los feos pecados de la sexualidad interracial. Si el nuestro conduce a la confluencia, el de ellos conduce a la intolerancia y al apartamiento. En el mundo latinoamericano, un mulato claro ya es blanco, principalmente si es rico, en este caso es considerado y tratado casi como blanco. El de ellos, quiere ver y retener como negro e inferior a quien tenga siquiera una gota de sangre negra o india. Ambos son prejuicios detestables, pero el de ellos es todavía peor.

El segundo contrabando ideológico del eurocentrismo se refiere a la supuesta cualidad diferencial de la civilización occidental, que sería su creatividad. Esta visión hace figurar como intrínsecamente europeos los avances materiales de la civilización. De hecho, son creaciones culturales humanas alcanzadas en el curso de la evolución, por la explotación de las limitadas potencialidades del mundo material. Al surgir, ocasionalmente en Europa, se impregnaron también de europeidad. De allí el equívoco de considerar que fuentes de

energía, procesos mecánicos o técnicos pudieran ser tomados como inherentes a una civilización.

Esta idea es tan idiota como la de creer que la gasolina es cristiana o que la electricidad es inglesa. Son conquistas de la evolución humana, adaptables por cualquier sociedad que viva a nivel de civilización. Pueden, inclusive, fortalecer su autonomía cultural y defender su identidad étnica. Sólo esto no ocurre cuando estos bienes ingresan como mercancía dentro del sistema imperialista de intercambio desigual, montados para explotar y subyugar un pueblo. La tecnificación del sistema productivo chino ya no los está occidentalizado; al contrario, les está dando condiciones de lavarse de las impregnaciones europeas para ser majestuosamente más chinos.

Otra propensión etnocéntrica, ésta más antigua, es la de mirar como un caso de bondad humanística la expansión de la cristiandad. En la forma salvacionista y cruzada que asumió en las américas, tanto en su vertiente católica como en la protestante, cristianizar significó siempre subyugar pueblos a hierro y fuego, con la persecución y destrucción implacable de toda la religiosidad anterior y la construcción sobre ella de portentosos aparatos físicos y espirituales de afirmación de iglesias triunfantes.

No tiene paralelo el furor intolerante de esta mesiánica cristiandad. Contrasta clamorosamente con los panteones grecorromanos tan propicios a la asimilación de dioses ajenos. Contrasta flagrantemente hasta con los propios *chihad* musulmanes. Una vez terminada la conquista, el Islam nunca se preocupó de convertir a los infieles, lo que quería de éstos eran impuestos.

Sólo recientemente, con Juan XXIII, la Iglesia Católica comenzó a entregarse a exámenes de conciencia sobre su servidumbre a los ricos, su reaccionarismo y su papel etnocida, lamentando quejumbrosamente tan feos pecados. Los protestantes, al contrario, persisten inconscientes en su triste papel de agentes de la occidentalización. Son tan infieles a los pueblos que adoctrinan que llegan a veces a las fronteras del genocidio. Ven, por ejemplo, que tierras de indios están siendo usurpadas sin mover una paja, sea para no disgustar al gobierno, sea para no desagradar a los hacendados.

ABRA LOS OJOS, LECTOR

Es tiempo ya de lavar los ojos del mundo para enseñarlo a vernos en lo que somos, sin escondernos tras estereotipos. La idea de una

América Latina de la “siesta” y de la “fiesta”, del machismo, de los dictadores vocacionales, de la rumba y una enfermiza indolencia, tiene la misma función del racismo: escamotear la realidad de la dominación colonial y clasista.

Más horas de descanso para el almuerzo yo vi en Holanda o en Italia de las que veo aquí. La larga y afrodisiaca fiesta europea de las vacaciones de verano, no tienen, lamentablemente, ningún equivalente por acá; no consiguen ser tan creativas, vivaces y bellas como nuestras fiestecillas.

Sobre la propalada pereza latinoamericana, déjeme decirle que un obrero de la Volkswagen de México o de São Paulo trabaja lo mismo o más que su colega alemán, ganando un salario cinco veces menor. Los directores y gerentes de acá son los que ganan diez veces más que los de allá. Lo mismo ocurre con el *boia fria** de Paraná o el vaquero de Bahía, que trabajan más que cualquier peón de Texas o campesino galo, laborando en condiciones muchísimo peores y ganando diez veces menos.

¿Donde está nuestra pereza? La pereza entre nosotros, como la lujuria y los requiebros, nunca fueron cosa de negro, ni de indio o de mulato, ni aún de blanco pobre; es la ganancia del blanco rico, la más sabrosa de sus muchas regalías.

Los pocos méritos que habitualmente se reconocen en nosotros, los latinoamericanos, son luego degradados por el espíritu despreciativo con que se expresan.

Este es el caso, entre otros, de nuestra música popular sabidamente bella, rítmica y vibrante, que debemos a la vena creativa africana. A pesar de alabada, nos es más veces adeudada que acreditada, como ocurre cuando nos figuran como los insaciables danzadores de sambas, rumbas y boleros.

Caso todavía más feo es el del llamado *boom* de la literatura latinoamericana. En este caso el prejuicio es evidente. No hay ningún *boom* espantoso que deba ser explicado como un fenómeno, simplemente, el mundo moderno no conoce novelistas mejores que Gabo, Borges, Cortázar, Rulfo y Guimarães Rosa, ni poetas que poeticen mejor que Neruda, César Vallejo y Drumond.

Hablando todavía de literatura cabe señalar, que grandes escritores nórdicos buscan habitualmente sus orígenes donde éstos efectivamente están, en Europa. Es allá que Elliot y Pound van a beber en la

* Trabajador asalariado del campo.

fuelle. Nuestra búsqueda de orígenes se da en Guillén, poeta de la negritud, o en Arguedas, novelista de la indianidad. Incluso nuestros literatos más dados a europeizar, radican allá mirando para acá, rehaciéndonos en palabras. Algunos defectos nos son atribuidos con carretadas de razón, entre ellos el machismo. Es verdad que mucho hemos pecado de machismo, mas nuestras mujeres nos vienen reeducando con rigor para que, continuando cálidos y amorosos, seamos cooperativos y sensatos y, si es posible, hasta fieles.

El autoritarismo caudillesco que también nos atribuyen no es cosa nuestra; por lo menos no es atribuible al pueblo latinoamericano. Fue él quien sufrió y padece, en carne propia, la rapacidad de los ré-gulos esclavistas, coloniales o multinacionales que la civilización europea y su filial yanqui nos imponen como sus servidores más fieles. Cárdenas, Allende o Fidel no se parecen a ningún caudillo.

Abra los ojos y el entendimiento, lector, para otra revelación. Dictadores tropicales sanguinarios como Somoza, Trujillo y Batista son criaturas que Washington creó, amaestró y nos impuso para perpetuar el dominio yanqui sobre las "repúblicas bananeras" que mantienen en el Caribe. Ellas son la expresión política natural y necesaria de la apropiación de las tierras por las empresas norteamericanas productoras de frutas de exportación. Si usted duda, mire un poco a Nicaragua, El Salvador y Guatemala y pregúntese: ¿Quién es el que quiere retener la lucrativa tradición bananera? ¿Quién crea, ceba y perpetúa dictaduras en el Caribe?

Las nuevas dictaduras militares del Brasil, Bolivia, Chile y Argentina son también creaciones norteamericanas. Son el correspondiente político inevitable del dominio de nuestra economía por las corporaciones transnacionales, que no pudiendo ser legitimadas por el voto popular, tienen que ser impuestas por la mano de los gobiernos militares.

Cada una de ellas nos fue impuesta a través de movimientos programados cuidadosamente en Washington - con la activa participación internacional - desestabilización de gobiernos democráticos y progresistas, seguidos de la apropiación del poder a través de golpes militares yanquizados. Una vez establecido el nuevo orden, sus gobernados atendieron solícitos la voz del amo. Redefinieron toda la política salarial para anular las conquistas sociales de los trabajadores e imponer regímenes de miedo y de hambre. Luego, después, con el mismo denuedo, revocaron por decreto la legislación de defensa de los intereses nacionales, para que las empresas multina-

cionales se apropiaran de nuestros recursos y mercados. En consecuencia, nos convirtieron en exportadores de capitales que envían al exterior lucros cada vez mayores, al mismo tiempo que asumimos una deuda externa que crece astronómicamente.

Fíjese además en otro detalle expresivo. Algunos de estos dictadores nuevos de América Latina tienen nombres que para nosotros suenan tan bizarros: Geisel, Garrastazu Medici, Stroessner, Pinochet, Banzer, etcétera. ¿Serán los hijos exitosos de los inmigrantes que acogimos? ¡Ingratos! Ninguno de ellos, por ser europeizados, tuvo ningún escrúpulo en adoptar y hasta profundizar la barbarie del estilo dictatorial latinoamericano.

A esta altura usted estará de acuerdo conmigo en que es dudoso que el proyecto del futuro que las naciones ricas tienen para nosotros, sea alguna liberación. Indudablemente quieren y necesitan de nuestros productos de exportación y de nuestra mano de obra barata para con ellos proveerse y lucrar. Si abrigan algún sueño para nosotros, éste será tan feo como el de hacer de la América Latina del futuro un inmenso Puerto Rico, a fin de estrellar y llenar de barras nuevas una nueva bandera norteamericana. Dulce sueño de tarados.

Nuestro propio proyecto es otro, que fuimos y somos impedidos de realizar. Para evitarlo, drogan a los ejércitos, sobornan políticos y quiebran empresarios. Pero no paran en esto, sino que persiguen, prenden, exilian, anulan, torturan y matan cuando sienten amenazados sus privilegios.

Una muestra de lo que podría venir a ser mañana una América Latina estructurada para sí misma en democracia y libertad, como quería Salvador Allende, es la que hoy nos da Cuba. A pesar del cerco y del boicot yanqui, todos comen diariamente, los niños tienen escuela, completan la primaria y muchos continúan sus estudios.

Pero eso no es todo, importante, hasta bello, es el papel internacional que hoy desempeña Cuba, mucho más importante que toda América Latina junta. 10 millones de cubanos, frente a 30 millones de tontos argentinos, 60 millones de mexicanos timoratos, 120 millones de brasileños tibios o el total de 400 millones de latinoamericanos insignificantes, es la que nos da la voz y la presencia generosa que quisiéramos tener, liberando Áfricas. Hasta el gobierno brasileño, tan reaccionario, tiene que aprobar la presencia de soldados cubanos en Angola porque sólo ellos, allí y allende, impiden la hegemonía *afrikaner* que perpetuaría, agravada, la brutalidad del colonialismo europeo.

Imagine conmigo, lector, lo que será en el año 2000 una América Latina que valga 50 Cubas de poderío y garra como presencia generosa en ese mundo tan necesitado de osadías libertarias. No es imposible, ni que el Tercer Mundo llegue a ser el primero.

Hegel, que no entendió nunca a los pueblos americanos, pero tenía estallidos de genio, dijo una vez que América, país del porvenir, alcanzaría su importancia histórica a través de una guerra entre la América del Norte y la América del Sur. No sé si precisamos de más guerra que la sucia guerra no declarada que entablan contra nosotros. Sé apenas que una vez liberados de la opresión imperialista, nosotros floreceremos y ellos serán mejores, porque estarán libres del feo papel anti-histórico que hoy encarnan.

Váyase acostumbrando, lector, con la idea de que vamos a hacerlo y de que eso hará mucho bien al mundo. Somos y nos vemos como parte de la civilización occidental, alternados de las civilizaciones orientales como la hindú, la china o la japonesa. Sabemos que somos un suburbio de la civilización occidental, más distante y diferenciado de sus orgullosos núcleos céntricos, que los soviéticos, además de menos importantes.

Poca o ninguna conciencia tenemos, todavía, de que sobre nuestros hombros recaerá, en gran parte, la tarea de crear una nueva occidentalidad que sea, por primera vez, una civilización humana respetable. Entretanto, frente a la hegemonía infecunda de la América sajona que parece sólo preocupada en lucrar y retener a la historia inmóvil; frente a una Europa reducida a su expresión geográfica, dividida por la línea arbitraria de las fronteras de las dos grandes potencias hegemónicas y aterrada de miedo a la Tercera Guerra que estallará en la víspera de su destrucción; frente a un mundo socialista impedido de realizar sus potencialidades libertarias, oprimido por la tarea de mantener el poder de represalia con una economía cinco veces menor que la de sus adversarios; frente a todo esto, sólo veo a nosotros para la tarea urgente de humanizar nuestra civilización y orientarla por caminos solidarios que liberen a los hombres del miedo y les devuelva la alegría de vivir.

Traducción: Felicitas López Portillo T.

INTERPRETACIÓN DEL BRASIL: UNA EXPERIENCIA HISTÓRICA DE DESARROLLO

PAUL SINGER*

I. ETAPAS DEL PROCESO DE INDUSTRIALIZACIÓN

a) *1885-1930: la industrialización como consecuencia secundaria de la reorganización capitalista del cultivo del café.*

Alrededor de 1885 se inicia la llamada “Segunda Revolución Industrial”; surgen importantes innovaciones técnicas, como la utilización industrial de la energía eléctrica, el motor de combustión interna y una serie de nuevos productos (bienes de consumo), de los cuales el más importante es el automóvil. El progreso en el dominio de nuevas formas de energía trae como consecuencia cambios en el proceso, de los cuales, los más conocidos son la línea de montaje y las medidas de “racionalización” en la organización del trabajo, ligadas al auge del taylorismo. El tamaño de las plantas industriales se expande en consecuencia, ocasionando el surgimiento de la sociedad anónima, del mercado de capitales, de la fusión del capital financiero con el capital industrial, llevando al capitalismo a una nueva etapa de su existencia: el capitalismo “monopolista”.

Todo eso opera profundas alteraciones en la economía mundial. Las innovaciones técnicas y las nuevas formas de capital monopolista son puestas en práctica sobre todo en los Estados Unidos y en Alemania, que pasan a compartir con la Gran Bretaña el liderazgo del mercado mundial. Se forman grandes imperios coloniales y/o áreas de influencia alrededor de los cuales crecen las barreras proteccionistas, ligando determinadas zonas de la periferia no-industrializada a cada uno de los grandes centros imperialistas. El comercio internacional se diversifica, multiplicándose el número de artículos manufacturados y de materias primas que, como en el caso del

* Centro Brasileño de Análisis y Planificación, São Paulo – 1980.

petróleo, del cobre y del caucho, son valorizadas por las innovaciones técnicas.

En este remolino de cambios, Brasil parece quedarse al margen. En 1885, "la economía del país se centra" todavía en la producción para el mercado externo, cimentada en el brazo esclavo. Pero esta institución está en plena crisis. Habiendo cesado la importación de esclavos desde 1850 y garantizándose la libertad a los hijos de los esclavos mediante la "Ley del Vientre Libre", aprobada en 1871, era obvio que tendrían que encontrarse otras fuentes de mano de obra. Por otra parte, en la masa de esclavos, la proporción de los nacidos en Brasil, de lengua portuguesa, es cada vez mayor, lo que dificulta mantenerlos en sumisión.¹ Se forma una coalición anti-esclavista integrada por esclavos rebeldes y miembros de la clase media, que promueven la campaña abolicionista a través de la prensa y en el parlamento, además de propiciar la fuga de esclavos y la formación de *quilombos* (reductos de liberados) fuera del alcance de las fuerzas represivas. La esclavitud entra en decadencia acelerada, hasta que por fin es liquidada en 1888, con la aprobación de la Ley Áurea.

La crisis y la abolición de la esclavitud coinciden con la acelerada expansión del mercado mundial del café, del cual Brasil se vuelve el mayor abastecedor. El Sector de Mercado Externo (SME) entra, por lo tanto, en rápido crecimiento, reforzado aún más por la elevación de la demanda del caucho, extraído en la cuenca amazónica y exportado a través del puerto brasileño de Belém do Pará. También la difusión del uso del chocolate da lugar a la expansión del plantío del cacao en el sur del estado de Bahía. Tanto en el cultivo del café como en el del cacao se hace necesario sustituir al esclavo por el trabajador libre. En el cultivo del café, este trabajador es un asalariado —el "colono"— importado de Europa bajo la forma de migración subvencionada. Centenas de millares de inmigrantes vienen a Brasil, a partir de 1885, sobre todo de Italia y de la Península Ibérica, con pasajes pagados por el gobierno brasileño, y cabe hacer notar que, en la última década del siglo, este volumen llega a superar los flujos que se dirigen a los Estados Unidos y a la Argentina, que constituían entonces los mayores polos de atracción para los desplazados por la industrialización en el sur de Europa.

¹ Conforme lo demostró Dean Warren en su obra, *Río Claro. Un Sistema Brasileiro de Grande Lavoura 1820-1920*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1977.

En esta época se inicia el proceso de industrialización en Brasil y hasta entonces, el consumo de artículos industrializados era un privilegio de la clase señorial y de la minúscula clase media urbana, quienes obtenían tales artículos mediante importación, sobre todo de la Gran Bretaña. Sin embargo, con la inmigración, el mercado interno se agranda considerablemente. Los colonos del café y los demás trabajadores del complejo cafetalero — ferrocarrileros, empacadores, empleados portuarios, empleados de las casas de comercio y de los bancos— recibían salarios, que supuestamente les permitirían un cierto consumo de productos de la industria, abrigos, ropa y otros artículos textiles. Ya que, si Brasil competía con Estados Unidos y Argentina, países de salarios notoriamente elevados, en la captación de los flujos de la migración trasatlántica, el nivel de remuneración de la mano de obra del SME no podía ser excesivamente bajo. El hecho es señalado por los simpatizantes con los movimientos huelguistas de colonos y ferrocarrileros, que se multiplican hacia el fin del siglo pasado e inicio de éste, así como por las quejas de los inmigrantes que se sentían engañados por falsas promesas de los agentes de inmigración. Sin embargo, el propio hecho de que tales movimientos se llevaran a cabo y en ocasiones lograran éxito, prueba que la sustitución del esclavo por el asalariado, al menos en el caso del café, trajo como consecuencia un encarecimiento relativo de la mano de obra, y por consiguiente un crecimiento del mercado interno por bienes de consumo. Es verdad, como lo demuestra Lopes,² que el volumen de inmigrantes para trabajar en el café, superó en mucho la demanda de fuerza de trabajo, lo que sirvió para mantener los salarios bastante bajos. A la vez que las normas de sumisión personal heredadas de la esclavitud, eran mantenidas generalmente en las haciendas. Sin embargo, todo eso se dio en los cuadros de una economía capitalista en fuerte expansión que constituía, a pesar del reducido poder adquisitivo del trabajador individual, un mercado bastante dinámico.

Teóricamente, este mercado interno en expansión podía ser abastecido por la importación, pero, para los artículos de menor valor, que eran los consumidos por la nueva masa de asalariados, el costo del transporte encarecía fuertemente los precios, ofreciendo sustancial margen de protección a la producción local. Al inicio de la Re-

² Brandão Lopes Juarez R., *Capitalism in the Periphery: Agrarian Conditions and the Development of the Working Classes in São Paulo*, São Paulo, CEBRAP, 1977 (mimeografiada).

pública (1890), este margen fue ampliado por la elevación de las tarifas aduanales, que tendía a aumentar el presupuesto fiscal del estado. De esta manera, comenzó a desarrollarse la industria textil y otras ramas de la industria ligera. Durante la Primera Guerra Mundial, los impedimentos al comercio internacional dieron fuerte impulso adicional a este proceso de industrialización mediante la sustitución de importaciones.

En esta etapa, la industria era de carácter local. Los establecimientos fabriles modernos eran pocos, excepto en la industria textil, que aparentemente era la única rama en la cual se expandía el capitalismo industrial, en la verdadera acepción de la palabra. El resto se resumía en gran cantidad de pequeños establecimientos, de carácter artesanal, que producían alimentos, objetos de vestuario, tocador, velas, muebles, etcétera. En 1889, de acuerdo con Simonsen, 636 establecimientos industriales empleaban a 54 169 obreros en Brasil; “de los capitales comprendidos en la industria, 60% estaba en el sector textil; 15% en el de la alimentación; 10% en el de productos químicos y análogos; 4% en la industria maderera; 3.5% en la del vestido y objetos de tocador y 3% en la metalúrgica”.³ Un censo industrial realizado en 1907, reveló la existencia de 3 250 establecimientos industriales empleando a 150 481 obreros. Del valor de la producción, 26.7% correspondía a la industria de la alimentación, 20.6% a la textil, 15.9% a la del vestido y tocador, 9.4% a la de productos químicos y 27.4% a otras industrias. En 1920 el re-censo general enumeró 13 336 establecimientos industriales que empleaban 275 512 obreros. La producción continuaba concentrada en las mismas ramas de la industria ligera: 40.2% en la alimentación, 27.6% en la textil, 8.2% en la del vestido y tocador, etcétera.⁴

Es interesante observar que entre 1889 y 1907, el número de establecimientos se quintuplica, mientras que el número de obreros no llega a duplicarse. Se podría tener la impresión de que el proceso de industrialización se estaba dando mediante la multiplicación de establecimientos cada vez menores. Lo que sería una impresión errónea. En realidad, son los censos los que se vuelven cada vez más amplios: el de 1889 debe haberse limitado a los establecimientos mayores; ya el “censo industrial” de 1907, realizado por un grupo

³ Roberto Simonsen, *A Evolução Industrial do Brasil*, São Paulo. Federación de las Industrias de São Paulo 1939, p. 25.

⁴ *Ibid.*, p. 26 y 27.

privado⁵ fue más amplio, aunque lejos de ser completo, así como el re-censo de 1920 debe haber tenido una amplitud aún mayor, aunque se dude que haya cubierto todo el universo. Lo que los datos revelan, por lo tanto, es que había en Brasil, en esta época, una amplia actividad manufacturera, realizada en gran parte, en una multitud de pequeños establecimientos, organizados bajo la forma de producción simple de mercancías, o sea, operados por sus dueños y familiares, con el eventual auxilio de algunos empleados.

En realidad, la producción para el mercado externo absorbía, sólo una pequeña parte limitada de la fuerza de trabajo del país, proporcionando un presupuesto también limitado en divisas, parte del cual todavía tenía que ser utilizado para cubrir la deuda externa.⁶ La capacidad de importar, sólo podía bastar para abastecer de productos industriales importados al pequeño grupo de mayor poder adquisitivo de la población que vivía en los centros urbanos más grandes. La mayor parte de la población se encontraba en el campo, basada en una economía de subsistencia, produciendo para su propio consumo y llevando el excedente de la producción alimentaria al mercado local. En las pequeñas ciudades del interior, había siempre un cierto número de productos artesanales, de alfarería, de peletería, destilerías, boticas, carpinterías, herrerías, etcétera, que abastecían a la población rural. El relativo aislamiento de los mercados locales y el bajo poder adquisitivo de sus participantes, protegía esta manufactura artesanal de la competencia del producto industrial, importado o nacional. Este último posiblemente era de calidad superior y hubiera sido de precio más bajo, si fuera accesible. Pero, mientras la mayoría de la población rural participaba de una división social de trabajo estrictamente local, en el que los intercambios comunmente se hacían todavía por medio del trueque, la penetración del producto industrial era imposible.

La industrialización en un país atrasado, como el Brasil, es siempre "sustitutiva": o avanza mediante la implantación de ramas antes inexistentes, en las cuales se fabrican "nuevos productos", hasta entonces importados de países más desarrollados, o reorganiza ramas manufactureras preexistentes, introducidas en la producción simple de mercancías, mediante la introducción de "cambios de proceso", que permiten alcanzar una productividad más elevada mediante el uso de la máquina. Son dos estrategias de industrializa-

⁵ Dean Warren, *A Industrialização de São Paulo (1880-1945)*, São Paulo, DIFEL, 1971.

⁶ Véase: anexo 1 para una discusión sobre este aspecto.

ción diferentes. Una, de sustitución de importaciones, se vuelve hacia el mercado urbano ya introducido en la economía capitalista, cuya expansión depende, en el período bajo análisis, del dinamismo del SME, o sea, del crecimiento de la producción para el mercado mundial. La otra, de sustitución de la producción artesanal por la fabril, desde el punto de vista técnico, o de sustitución de la producción simple de mercancías por el capitalismo industrial, desde el punto de vista de las relaciones de producción, implicaba la unificación de los mercados locales y su integración en la división nacional de trabajo, dado que la mayor escala de producción es la condición específica que torna los procesos "industriales" de producción más ventajosos que los "artesanales", fundamentando la superioridad competitiva del capital frente a la producción simple de mercancías.

Entre 1885 y 1930, las dos vías de industrialización estaban severamente restringidas en Brasil. La sustitución de importaciones se limitaba a las ramas en las que el costo del transporte encarecía a tal punto el costo del producto importado que la producción nacional se tornaba claramente más barata. En las demás, el margen de producción ofrecido por las tarifas aduanales era, en general, insuficiente para garantizar al producto nacional una ventaja competitiva decisiva, ya que, en igualdad de condiciones, el consumidor brasileño daba siempre preferencia al artículo extranjero, actitud que prevalece hasta hoy. De tal modo que la sustitución de importaciones estaba condicionada a un margen creciente de protección, en la medida en que se pasaba a productos cuyo costo de transporte representaba una proporción decreciente de su precio final; antes de 1930, este margen de protección no fue concedido a la industria nacional. Esto se daba principalmente porque la oligarquía cafetalera, que sustentaba la hegemonía política, daba prioridad a la producción para el mercado externo y temía que una política proteccionista demasiado pronunciada ocasionara discriminaciones, en represalia, contra las mercancías brasileñas en los países industrializados. Así, por ejemplo, en 1906, "el cultivo cafetalero se oponía al proyecto de João Luis Alves, expresando el temor de que, perjudicadas por nuestra política proteccionista, las otras naciones elevaran, en represalia, los derechos sobre el café brasileño".⁷

Por otro lado, los caficultores junto con la clase media urbana (que se encontraba en su mayor parte ocupada en labores) se

⁷ Luz Nícia Vilela, *A Luta pela Industrialização do Brasil: 1800 a 1930*, 2a. ed., Sao Paulo, Editora Alfa-Omega, 1975, p. 134-135.

oponían a la sustitución de importaciones en su calidad de “consumidores”. Es probable que el producto nacional fuera, al menos durante la etapa inicial de implantación de la industria, de calidad inferior y de precio superior al producto importado. En vista de tales “sacrificios”, no es sorprendente que los miembros tanto de la oligarquía como de la clase media urbana tuvieran arraigadas convicciones librecambistas y se ocuparan con vehemencia de la protección de industrias consideradas “artificiales” en un país cuya vocación agrícola no era discutida por nadie.

La sustitución de la producción artesanal dependía de la unificación física del mercado interno mediante un sistema adecuado de transportes. Indudablemente hubo una considerable expansión ferroviaria durante este período. La extensión de la red pasó de 9 320 km en 1888 a 31 857 km en 1928.⁸ Sin embargo, esta red servía básicamente a la producción para el mercado externo. Estaba constituida por redes regionales, que comunicaban a los territorios productores con los puertos de embarque: Río de Janeiro y Santos en el Centro, Río Grande en el Sur, Recife y Salvador en el Noreste. No existía una intercomunicación entre estos sistemas regionales, y cuando excepcionalmente la había, la diferencia en el tamaño de los rieles exigía el transbordo de la carga, encareciendo el transporte.

De este modo, la unificación de los mercados se hacía con carácter regional y dependía, en última instancia, del dinamismo del SME de cada área. El café proporcionó la posibilidad de aglutinar una buena parte del territorio alrededor del estado de São Paulo, que se volvió, por eso, el centro de acumulación del capital industrial. Las zonas de colonización alemana e italiana, en el estado de Río Grande del Sur y en el de Santa Catarina encontraron en el área cafetalera un escurridero para su producción agropecuaria, lo que propició la difusión del capitalismo y de la producción simple de mercancías en el interior de esos estados. Como resultado, surgió en el Sur, sobre todo en Porto Alegre, un significativo impulso industrializador. Lo mismo sucedió en el Noreste, con la sustitución de los viejos ingenios artesanales por fábricas modernas en la agroindustria azucarera. Allí se desarrolló un cierto campo de acumulación de capital industrial, extensivo a la industria textil, que empezó por producir sacos para el azúcar. Sin embargo, la pérdida del mercado externo para el azúcar brasileño, a partir de 1900, arruinó el dinamismo de

⁸ Annibal Villela V. y Wilson Suzigan, *Política do Governo e Crescimento da Economia Brasileira: 1889-1945*, Río de Janeiro, IPEA/INPES, 1973, p. 393.

la industrialización en el Noreste, la cual sufrió un atraso creciente en relación al centro-sur y sur del país.

Lo que ocurrió, fue la sustitución de la artesanía sólo en la medida en que las necesidades del SME exigieron la construcción de una red de transporte y la constitución de una división interregional de trabajo "agrícola". Por esto, se puede decir que la industrialización que se dio en el Brasil entre 1885 y 1930 no pasó de ser una consecuencia secundaria de la reorganización capitalista del SME, particularmente de su parte más dinámica: la cafetalera.

Hacia el final del período, la producción manufacturera todavía se encuentra, en su mayoría, organizada como producción simple de mercancías. Carone atribuyó el que la industria haya sido menos debilitada por la crisis de 1930 que la agricultura, a los siguientes factores: "la existencia de un mercado interno, que es abastecido por un número infinito de pequeñas empresas dispersas por el Brasil; gran concentración industrial en el eje de São Paulo - Río de Janeiro, en parte marginado del resto del país, debido a problemas de transporte; sistema rudimentario de capitalización, que se concentra en manos familiares, con grandes vinculaciones agrario-urbanas; falta de especialización de los capitales en determinadas ramas de actividades: lo que explica formas industriales menos sofisticadas. . ."⁹ Y más adelante comprueba esta descripción con datos: "El número de fábricas y obreros en el Brasil nos puede llevar a pensar que existe una concentración razonable; sin embargo, de las 55 926 fábricas existentes en 1934, 27 090 tienen menos de 6 obreros, 3 758 llegan a menos de 12 y 22 574 viven de registro gratuito, esto es, el número de obreros y de producción es ínfimo".¹⁰

Por los mismos motivos, Brasil permanece enteramente al margen de la Segunda Revolución Industrial hasta el fin de este período. Conforme la opinión de un observador de la época, "es pobre nuestra industria en 1934; hay mucho trabajo manual y poca maquinaria; es débil el capital disponible para nuestra industrialización, no fabricamos máquinas, armas, vehículos, sino que fabricamos artículos de consumo con máquinas importadas".¹¹

⁹ Edgard Carone, *A República Nova (1930-1937)*, São Paulo, DIFEL, 1974, p. 53.

¹⁰ *Ibid.*, p. 55.

¹¹ Ivan Pedro de Martins, *Introdução a Economia Brasileira*, citado por Edgard Carone en *A República Nova*, *op. cit.*, p. 55-57.

b) 1933-55: la transición de la industrialización extensiva a la constitución de la industria de base.

La crisis de 1930, la larga depresión que la acompañó y la Segunda Guerra Mundial determinaron una fuerte reducción del nivel de intercambios entre los países, con consecuencias funestas para el SME de un país tan dependiente de la economía mundial como el Brasil. La producción de café era particularmente vulnerable a la caída de la demanda externa debido a que se encontraba, desde 1928 en superproducción. La política de defensa del precio del café estimuló enormemente la plantación en la década de los 20, lo que no sólo agravó las consecuencias de la reducción de la búsqueda en el mercado mundial sino que prolongó los efectos. "Los millones de cafetales plantados en el período de defensa permanente alcanzaron su máxima productividad en la época de la depresión, agravando todavía más la crisis de superproducción".¹²

La crisis de SME fue permanente y trajo consigo la ruina de la antigua oligarquía agro-exportadora que perdió su primacía política. En su lugar, ocupó el poder una coalición de capitales agrícolas e industriales ligados al Sector de Mercado Interno (SMI).

Se podría suponer que la protección "natural" proporcionada por la guerra habría de posibilitar ampliar la sustitución de importaciones y que, en consecuencia, la industria se diversificara mediante la implantación de numerosas ramas nuevas. Efectivamente eso se dio, pero no durante el período analizado. En 1933-1955 se llevó a cabo una industrialización extensiva tanto a lo largo de la estructura industrial ya montada anteriormente como complementaria a la misma.

La crisis de 1929 y la depresión repercutieron en Brasil, causando una baja en la producción industrial, que duró desde 1928 (último año de prosperidad) hasta 1932 o 1933. Existen divergencias, entre las diversas fuentes, con respecto al año en que comenzó la recuperación, pero no hay duda que ésta se llevó a cabo con gran estilo, resultando hasta el final de la década en una duplicación del nivel de la producción industrial. De acuerdo con Haddad,¹³ la producción industrial presentó las siguientes tasas de variación anual: 1.7%

¹² Anibal Villela, *Política de...* op. cit., p. 64.

¹³ C.L.S. Haddad, "The growth of brazilian real output, 1900-1947" Chicago 1974 (tesis doctoral) citado en Malan, et. al., *Política Económica Externa e Industrialização no Brasil, 1939-1952*, Rio de Janeiro, IPEA, 1977.

entre 1928 y 1932 y 10% entre 1932 y 1939. Las ramas que presentaron mayores tasas de crecimiento anual en este último período fueron las industrias del caucho (53%), del cemento (25%), de mobiliario (23%), de papel (22%) y la siderúrgica (20%). Lo que llama la atención es que casi todas estas ramas pertenecen al Departamento I de la economía, esto es, producen medios de producción, o más específicamente, bienes intermediarios.

No hay duda que el crecimiento de estas industrias se dio debido a la sustitución de importaciones. La participación de la oferta externa en el surgimiento total de la industria del caucho cayó de 70.7% en 1919 a 40.7% en 1939 y, en el mismo período, de 58.3 a 37.5% en la del papel y de 64.2% a 41.4% en la metalúrgica.¹⁴ Todo indica que se trata de la expansión de empresas capitalistas y en los casos de la industria del caucho (hule y llantas) y de la siderúrgica sobre todo de capitales extranjeros. Sin embargo, el peso específico de estas ramas en el conjunto de la producción industrial era todavía muy pequeño hacia el fin de la década de los 30. Al valor adicionado por la industria de transformación, en 1939, la industria hulera contribuía con solamente 0.4%, la del papel con 1.5%, la de minerales no metálicos (que además de las fábricas de cemento y de vidrio incluía innumerables alfarerías y fábricas de cerámica artesanal) con 4.3% y la metalúrgica con 7.6%. Se trata del surgimiento de la industria de base, cuyo desarrollo sólo se dará plenamente a partir del período siguiente: 1956-1967. En verdad, lo que caracteriza la industrialización en este período es la gran expansión de los hilados y tejidos y de otras ramas del Departamento II, sobre todo de los que producían bienes de consumo no-duradero (excepto el mobiliario).

En realidad, las tasas de crecimiento relativo pueden ser engañosas cuando la base de la cual se parte es muy estrecha. Donde el capital industrial se acumula de forma significativa continúa siendo la industria textil, que entre 1932 y 1939 expande su producción a una tasa geométrica del 13% al año, más alta que los 10% del conjunto de la industria de transformación. En 1939, esta rama responde al 22% del valor adicional total, que se compara a los 22.9% representados por todas las industrias de bienes intermedios.

La expansión textil, en el período 1932-39, no puede ser explicada enteramente por la sustitución de importaciones. Éstas respondían al 13.7% de la oferta total de tejidos en 1919 y hasta 1929 fluc-

¹⁴ Malan, *et al.*, *op. cit.*, Tabla V-6.

tuaron alrededor de este nivel, cayendo después hasta el 1.8% en 1959. Es probable, pues, que la industria nacional haya conquistado los mercados de artículos más finos y caros que anteriormente eran proveídos por la industria extranjera. Entre 1929 y 1938, la producción nacional de tejidos de algodón aumentó de 477 995 a 845 984 mil metros, la de tejidos de seda de 597 a 4 106 toneladas y la de casimir, alpaca, etcétera de 5 661 a 7 652 mil metros (IBGE, *Anuario Estadístico del Brasil, 1939-40*). Sin embargo, el margen de sustitución ya era muy estrecho en 1929, de tal modo que la expansión textil después de 1932 fue causada en buena medida por la elevación de la demanda interna que, de acuerdo con los cálculos de Malan¹⁵ se habría duplicado entre 1927-29, y 1937-39, creciendo a una tasa media del 7% anual. Este crecimiento constituye la base de la industrialización en el período y es explicada a continuación.

El gran cambio después de 1930 consistió en la prioridad otorgada por el gobierno al desarrollo del mercado interno, al crecimiento "para adentro", adoptando una estrategia en la que la industrialización aparece como el instrumento que hará a la economía nacional menos dependiente del mercado mundial. En palabras de Roberto Simonsen, opinión presentada ante el Consejo Federal de Comercio en 1937, ". . . si quisiéramos perder algunas de las características de la atrasada economía en que nos debatimos; prácticamente todavía en la etapa colonial, nos debemos orientar hacia un programa de fortalecimiento intensivo de nuestros mercados internos y, por lo tanto, del intercambio dentro de nuestras propias fronteras. Y esta orientación se justificaba, en el Brasil como en otros países, por el escepticismo en relación a las posibilidades de desarrollo en base del comercio internacional, mundo cerrado y circunscrito a autarquías e imperios coloniales".¹⁶

En la práctica esto significaba abrir las regiones semi-aisladas, que vivían en una economía de subsistencia, e integrarlas a la división interregional del trabajo, lo que representaba, al mismo tiempo, ampliar el mercado al capital industrial y por lo tanto la base para su acumulación. Hasta 1930, este tipo de proceso también ocurrió, pero apenas subsidiariamente a la expansión del SME. La infraestructura de transportes y comunicaciones que se construyó entonces, sirvió para agrandar ciertos mercados regionales, lo que

¹⁵ *Ibid.*, p. 275.

¹⁶ Roberto C. Simonsen, *Evolução, Industrial do Brasil e Outros Ensaíos*, Companhia Editora Nacional, 1973, p. 79-80.

hizo de modo accidental, ya que sus objetivos eran otros: abrir el interior al comercio internacional. Pero, a partir de los años 30, la llamada "marcha hacia el oeste" apuntaba sobre todo a integrar económicamente el territorio del país, lo que significaba en la práctica crear un "mercado nacional".

Un hecho nada fortuito que vino a facilitar la realización de este programa, fue el desarrollo del transporte por medio de carreteras, el cual pasó a sustituir en esta época al transporte ferroviario como principal medio de transporte terrestre. Importa destacar aquí que la construcción de carreteras es mucho más barata que la ferroviaria: la vía permanente es de costo menor y el material rodante es adquirido por una multitud de capitales individuales en vez de ser centralizado en una única empresa. La inversión en carreteras es, por lo tanto, mucho más flexible: un camino vecinal puede ser ensanchado paulatinamente debido al paso de camiones de carga y de pasajeros, para posteriormente ser mejorado o pavimentado en el momento en que su uso no sólo justifica estas inversiones, sino que, inclusive, proporciona recursos para financiarlas. En contraste, la vía férrea debe ser construida de modo integral, trecho por trecho, exigiendo recursos más costosos en un plazo mucho menor.

Refiriéndose a las zonas pioneras en Brasil, el rápido crecimiento de la población y la expansión del área cultivada se atribuye "esencialmente al surgimiento de un nuevo sistema de transporte — el camión de carga y la construcción de carreteras", dice Waibel: "Una condición para el transporte por carretera es, naturalmente, la construcción de carreteras y sobre todo la construcción de puentes sobre los ríos y riachuelos. Estos últimos tienen una construcción más sólida, mientras que las carreteras muchas veces no son más que veredas en la tierra lodosa, polvorientas pero transitables en la estación seca y llenas de baches, al grado de ser intransitables, después de las lluvias". De esta manera, la inversión inicial se limita casi a la construcción de puentes, al tiempo que lo demás puede ser hecho a medida que el volumen de tránsito aumenta.

A partir de 1930 la construcción ferroviaria casi cesa en el país y la de carreteras se acelera de manera impresionante. La red ferroviaria pasa de 31 851.2 km en 1928 a 34 206.4 km en 1938 y a 37 092 en 1955, al mismo tiempo que la de carreteras crece de 113 570 km en 1928 a 258 390 km en 1939 y a 459 714 en 1955.¹⁷ Otro índice que da

¹⁷ Villela, *et. al.*, *op. cit.*, IBGE, *El Brasil en Números*, 1960.

una idea del desarrollo del transporte terrestre en este período es el número de camiones de carga en circulación, el cual sube de 54 842 en 1937 a 109 210 en 1947 y a 210 244 en 1951. Se duplica en los primeros 10 años, creciendo a un ritmo del 7% anual, tasa que se eleva a 17.9% entre 1947 y 1951. Conviene observar todavía que la integración de carreteras está lejos de cubrir todo el territorio en este período. Dicha integración se realiza sobre todo alrededor del eje industrial Río de Janeiro - São Paulo. Aproximadamente el 85% de los vehículos se concentran en los estados del centro y del sur del país: Minas Gerais, Río de Janeiro, Distrito Federal, São Paulo, Paraná, Santa Catarina y Río Grande do Sul.¹⁸

La expansión de las carreteras volvió los productos de la industria, concentrada sobre todo en São Paulo, accesibles a la población del centro-sur del país. Pero, para que hubiera una ampliación del mercado, esta población debía tener el poder adquisitivo suficiente para consumir esos productos. Para lograrlo era necesario integrarla a la economía de mercado especializándola en la producción para el mercado "nacional". Y efectivamente así se dio. La industrialización, en este período, indujo a la urbanización de buena parte de la población del país, ensanchando, de esta forma, la demanda urbana de alimentos, lo que a su vez posibilitó la expansión de la agricultura comercial. Los datos disponibles indican que, entre 1938 y 1955, creció en forma notable la producción de alimentos como:

<u>Producto</u>	<u>% de aumento</u>	<u>Tasa media anual</u>
Arroz	144%	5.4%
Frijol	73%	3.3%
Papa	123%	4.8%
Mandioca	137%	5.2%
Maíz	20%	1.1%

Con excepción del maíz, estas tasas de crecimiento son superiores a la del crecimiento de la población que sería de 52% entre 1938 y 1955 (cerca del 2.5% anual), estando más cercanas a la del crecimiento de la población urbana.¹⁹ Esto nos da una idea de la porción de la población agrícola que pasó a ser integrada al mercado na-

¹⁸ Datos obtenidos en los *Anuarios Estadísticos* del IBGE.

¹⁹ La población urbana creció de 12 880 182 habitantes en 1940 a 18 782 891 en 1950 y a 32 004 817 en 1960. La tasa media anual fue de 3.84% en 1940-50 y de 5.47% en 1950-60.

cional. No se trata, en este caso, de sustitución de importaciones agrícolas, la cual ya se había realizado -- con excepción del trigo -- en el período de la Primera Guerra Mundial, conforme lo demuestran Villela y Suzigan.²⁰ Lo que ocurrió fue un aumento de la demanda comercial de alimentos, resultante en un último análisis de la industrialización, que causó la expansión de la agricultura de mercado lo que, a su vez, amplió el mercado no sólo de artículos manufacturados en si, sino de artículos producidos en empresas capitalistas con técnicas industriales "en masa".

De esta manera, a través del automóvil y del camión de carga, la Segunda Revolución Industrial penetró en Brasil. Fueron el primer "nuevo producto" que Brasil empezó a importar en grandes cantidades desde los años 20:

Año	Automóviles, Camiones (unidades)	Chasis con motores (t)	Gasolina y Aceites Combustibles (t)
1907	366	—	1 110
1913	3 218	—	38 651
1919	4 537	—	187 279
1925	43 714	—	404 426
1931	4 429	—	605 481
1937	14 539	10 932	913 889
1943	533	187	643 042
1949	29 815	11 453	3 228 859
1955	5 143	6 438	4 425 970

Fuente: IBGE, *El Brasil en Números*, 1960.

Los datos indican que el automóvil, el camión de carga y los combustibles derivados del petróleo pasan a ocupar un lugar cada vez más importante en la lista de importaciones, a partir de mediados de la década de los años 20.²¹ En 1931, la crisis internacional fuerza la disminución de las importaciones de vehículos pero no de combustible, porque la flota en circulación lo requiere para continuar

²⁰ Villela, *et. al.*, *op. cit.*

²¹ De los gastos en importaciones, estas cifras representaban el 9% en 1925, el 15% en 1949 y el 13% en 1955.

en movimiento. Como consecuencia de ello se procede, a partir de mediados de los treinta, a una primera etapa de sustitución de importaciones de vehículos, que empiezan a venir desmontados. Surge así una nueva rama industrial: la de ensamblaje de vehículos, desde su inicio capitalista y dominada por los subsidios de los fabricantes extranjeros. Durante la Segunda Guerra Mundial, se restringe también la importación del chasis de los automoviles, lo que trajo como consecuencia el surgimiento de talleres que empezaron a fabricar piezas de reposición y componentes.²² En este período, como se puede observar, hasta la importación de combustible disminuyó, lo que llevó a producir en Brasil “gasógenos” que, adaptados a los automóviles, utilizaron como combustible el carbón. Dada la continua limitación de la capacidad de importar, antes y durante la Segunda Guerra Mundial y aun en el período de la posguerra (excepto un corto intervalo en 1946-48 cuando se importaron más de 50 000 vehículos armados y desarmados por año), se presentaba con urgencia, cada vez mayor, la sustitución de las importaciones tanto de automóviles y camiones de carga como de derivados del petróleo. Por otro lado, es necesario observar que, en valor, las importaciones de combustibles superaron a las de vehículos a partir de 1931. Las limitaciones del proceso brasileño de industrialización se revelan al enfrentar estos problemas durante el transcurso de este período.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, se restablecieron poco a poco los niveles del comercio internacional, al principio de forma unilateral, en la medida en que los países europeos y Japón tuvieron que reconstruir primero sus economías devastadas durante el conflicto. Los Estados Unidos contribuyeron en forma amplia a esta reconstrucción, de modo que durante la primera década de la posguerra no existía gran disponibilidad de capitales de los países desarrollados para ser invertidos en países como Brasil que estaban industrializándose.

La capacidad de importación del país aumentó, sin duda, en la posguerra, lo que se refleja en el crecimiento de las importaciones.

²² “. . . en 1944, la industria brasileña podía ofrecer más de dos mil piezas diferentes, para automóviles y camiones de carga inclusive radiadores y pistones. También se producían llantas para vehículos, tambores de frenos, cubos de ruedas, soportes, ejes, tapones, bandas, discos de engranaje, cardanes, piezas para diferencial, etc. . . . En ese período también eran fabricadas en el Brasil, prácticamente todas las carrocerías para camiones de carga y de pasajeros”. Nascimento Beneditto H., *Política e Desenvolvimento Industrial em uma Economia Dependente: Formação da Indústria Automobilística Brasileira*, São Paulo, FFLCH/USP, 1972, (tesis doctoral, mimeografiada), p. 15 y 16.

cuyo valor pasó de 449 millones de dólares en 1945 a 1 217 millones en 1947 y a cerca de 2 000 millones en 1951 y 1952. Pero la necesidad de productos importados se había ampliado todavía más, a pesar de la total sustitución de importaciones ocurrida entre 1930 y 1945, como consecuencia de la sustitución de la producción artesanal por producción fabril. La producción artesanal, parte integrante de la economía de subsistencia, es por definición autosuficiente. Así como la agricultura, practicada en estas condiciones, no requiere de insumos industriales, tampoco la manufactura utiliza equipos o materias primas que no sean producidas localmente. Cuando esta manufactura es sustituida por la industria capitalista, localizada en los grandes centros urbanos, surge la necesidad de materias primas y de bienes de capital importados. Los procesos de producción industriales aplicados en Brasil provienen de los países industrializados y su implantación requiere, como es obvio, del auxilio de estos países. Esto es fácil de entender si se piensa en lo que ocurre cuando se sustituye el carro de bueyes por el camión de carga o el consumo de productos artesanales (medicinas a base de hierbas, alimentos no procesados, casas autoconstruidas, etcétera) por sus correspondientes industriales.

Entre 1939 y 1952, la producción industrial brasileña creció a una tasa media del 8.3% anual. Las ramas que más se desarrollaron en este período fueron la industria hulera (18.4% anual), la de material de transporte (16.1% anual), la metalúrgica (15.2% anual), la de minerales no metálicos (12.1% anual) y la química y farmacéutica (10.5% anual).²³ No por casualidad, estas también fueron las ramas en que las importaciones crecieron más durante estos años, como se puede observar a continuación.

Rama	Participación en el total de Importaciones		
	1939	1946	1952
Material de transporte	11.5%	13.7%	19.0%
Mecánica	12.4%	10.0%	17.0%
Química	14.9%	11.8%	17.3%
Metalurgia	15.7%	15.0%	11.5%

Fuente: Malan, *et. al.*, *op. cit.*, tabla III-12

De este modo se revela un aspecto esencial del proceso de industrialización de un país atrasado, como Brasil: la importación de

²³ Malan, *et. al.*, *op. cit.*, tabla V-2.

tecnología, tanto bajo la forma de nuevos productos como de cambios de procesos. Estos últimos son importados con retraso, pues la mano de obra es más barata lo que no justifica su sustitución por capital en la misma medida que en los países industrializados y también porque los mercados son menores, no permitiendo grandes escalas de producción. La importación de procesos de producción que proporcionan mayor productividad en el trabajo es esencial al capital para dominar las áreas de la economía en que pretende expandirse. La superioridad del capitalismo industrial frente a la producción simple de mercancías consiste precisamente en su mayor productividad, la cual se refleja precisamente en costos más bajos. Pero esta superioridad sólo se materializa en la medida en que el capital puede disponer de equipos y materias primas adecuadas que, por lo menos en una primera etapa, tienen que ser importados.

Lo mismo sucede con la importación de nuevos productos que se incorporan al consumo en la medida en que la población se urbaniza. El estilo de vida urbano, producto del capitalismo industrial, se transforma cada vez que nuevos productos son lanzados al mercado. El automóvil, la televisión, el teléfono, el refrigerador y centenas de otros productos caracterizan un patrón de vida que constituye la razón de ser del "desarrollo" para la mayoría de la población. Es claro que la importación de estos productos tiende a aumentar en la medida en la que los grupos crecientes de la población son incorporados a la economía capitalista.²⁴

De todo esto resulta un crecimiento intenso de la demanda por importaciones, que tiende a exceder el límite de disponibilidad de divisas del país, las cuales se encontraban limitadas, en el período analizado, primero por la crisis y depresión, que redujeron la demanda externa por los productos brasileños, después por la Segunda Guerra Mundial y, en la posguerra, por el hecho de que Brasil disponía sólo de un número reducido de artículos de exportación, todos ellos mercancías coloniales. En 1952, por ejemplo, el café respondía al 73.7% del presupuesto de exportaciones, siguiéndole el cacao con 2.9%, el algodón con 2.5%, el pino con 2.3%, el arroz con 1.9% etcétera. La diversificación de las exportaciones se mostró poco viable en este período, básicamente porque la industria recién-

²⁴ La dinámica de la introducción de cambios de proceso y de nuevos productos en las economías no desarrolladas es analizada más detenidamente en Paul Singer, *Economía Política do Trabalho*, São Paulo, Hucitec, 1977.

temente implantada en el país no tenía capacidad para competir en un mercado mundial que continuaba todavía como en 1937, "circunscrito a autarquías e imperios coloniales".

De esta manera se imponía la sustitución de importaciones como condición básica para la continuidad del proceso de industrialización. Era necesario producir en el país los nuevos productos de consumo, los equipos y las materias primas que no podían ser importados. Ocurre que estas mercancías ya eran productos de la Segunda Revolución Industrial, provenientes de un capitalismo que se volvió monopolista. Esto significa que la producción de automóviles, camiones, derivados del petróleo, productos farmacéuticos, productos electro-domésticos o material de comunicación no podrían ser hechos en pequeña escala por empresas familiares, que crecían paulatinamente mediante la acumulación de sus propios lucros. La sustitución de importaciones que se imponía, a partir de los años 30, requería una reestructuración profunda de las relaciones de producción. Era necesario hacer inversiones cuantiosas, con largos plazos de maduración, lo que exigía formas de acumulación apenas realizables en un mercado de capital capaz de concentrar numerosos ahorros privados y de asegurarles tasas de interés adecuadas, a modo de posibilitar su participación en proyectos de gran capacidad y con retorno a largo plazo. Un mercado de capital de esta especie no pudo ser formado en Brasil, ya porque no había una clase media ahorradora que invirtiera o porque el capital brasileño no se disponía a entregar la gestión de sus empresas a una tecnoburocracia profesional, bajo el control de los agentes del capital financiero.

En suma, a partir de la década de los treinta se volvía necesario que Brasil pasara a la etapa del capitalismo monopolista. Este paso, no pudiendo ser realizado bajo el amparo del capital privado nacional - todavía embrionario y débil - tuvo que ser realizado mediante la intervención del capital estatal y, más tarde, del capital transnacional. En el período 1933-55, por los motivos ya expuestos, el capital monopolista de los países industrializados no se mostró interesado en intervenir, en proporciones significativas, en el proceso de industrialización de Brasil. Hubo numerosas tentativas en este sentido, sobre todo en la creación de una planta industrial siderúrgica integrada en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial. El gobierno brasileño fracasó, tanto en conseguir la participación de los Du Pont o de la United States Steel, así como en atraer capital

privado brasileño para dicha empresa,²⁵ la cual se llevó a cabo con capital público nacional y financiamiento gubernamental de los Estados Unidos, quienes lo concedieron como contrapartida de la participación brasileña al lado de los aliados en la guerra. La planta industrial de Volta Redonda de la compañía Siderúrgica Nacional fue construida durante la guerra y comenzó a producir en 1946, contribuyendo en la baja de la participación de la metalurgia en la lista de importaciones en 1952, como se vio anteriormente.²⁶ Fue la primera empresa de capital monopolista que surgió en el panorama industrial brasileño, marcando un cambio cualitativo en el proceso de industrialización.

El gobierno creó todavía durante la guerra, la Fábrica Nacional de Motores, que se convirtió en la primera empresa brasileña que "fabricaba" vehículos (el 35% de los camiones de carga en 1952), en vez de limitarse a ensamblarlos. Otro sector en el cual se inició la sustitución de importaciones fue en el del petróleo. Nuevos yacimientos fueron descubiertos en Brasil en esta época, y su explotación fue objeto de vivos debates. Una gran campaña nacionalista contra la entrega del petróleo brasileño a compañías extranjeras se desarrolló entre 1948 y 1953 con éxito. Se estableció el monopolio estatal de la explotación y refinamiento del petróleo por ley, se constituyó Petrobrás que comenzó a construir refinerías, creó una flota petrolera y organizó la explotación. Durante esta época se iniciaron también las inversiones estatales en energía eléctrica, con la construcción de la gran planta hidroeléctrica de Paulo Afonso, en el río San Francisco. La incapacidad de los concesionarios privados para ampliar adecuadamente el subsidio a la energía eléctrica llevó a la paulatina estatización del sector, que culminó con la propuesta de crear Eletrobrás, simultáneamente *holding* y órgano de financiamiento de las empresas estatales de energía eléctrica, que se multiplicaron a partir de los años cincuenta.

Surge así el sector monopolista del capitalismo industrial brasileño, que opera una significativa sustitución de importaciones a partir del período siguiente, viabilizando la continuidad de la industrialización, a pesar del estrangulamiento externo. Éste se agrava, a partir del fin de la guerra de Corea, cuando los términos de intercambio se vuelven cada vez más desfavorables a los países como Brasil, que

²⁵ Werner Baer, *The Development of the Brazilian Steel Industry*, Nashville, Vanderbilt University Press, 1969.

²⁶ *Ibid.*, p. 17.

participan en la división internacional de trabajo como exportadores de productos primarios. Se produce entonces el problema de acelerar, de forma decisiva, la sustitución de importaciones ya que la creciente sustitución de la producción artesanal por la fabril continúa expandiendo la demanda de importaciones.

c) 1956-1967: la expansión del capital monopolista (transnacional y estatal)

Este período se caracteriza, en el plano mundial, por el fin de la reconstrucción de las economías de los países participantes en la Segunda Guerra Mundial, por la constitución del Mercado Común Europeo y por la gran expansión de las transnacionales americanas en el espacio económico así creado. Se fortalece el sistema de intercambios comerciales entre los países capitalistas industrializados cuyas economías están integradas por las transnacionales americanas, europeas y japonesas. Este esquema comienza a extenderse, en 1956-1967, a algunos países no desarrollados, entre los cuales se encuentra Brasil.

Después de una serie de crisis políticas, que culminan con la deposición de dos presidentes (Vargas que se suicidó, en 1954 y Café Filho en 1955), toma posesión, regularmente electo, el presidente Juscelino Kubitchek, quien se dispone a acelerar, de forma clara, el proceso de industrialización. Su programa de gobierno tiende a completar la integración física del territorio nacional mediante el cambio de la capital al centro del país y la construcción de una amplia red de carreteras, para integrarla al resto del país. Previendo que esto daría lugar a una intensa sustitución de la producción artesanal por la fabril, su programa de metas tiende, entre otros objetivos, a elevar, entre 1956 y 1960, la producción siderúrgica de 1 150 000 a 2 300 000 ton. al año, la refinación de petróleo de 6 500 000 a 16 500 000 ton. al año, la producción de aluminio de 2 600 a 30 000 ton. al año, la de cemento de 2.7 a 5 millones de ton. al año, la de celulosa de 90 000 a 500 000 ton. al año y así progresivamente.

Es preciso considerar que estos objetivos fueron alcanzados. En 1960, Brasilia fue inaugurada como la nueva capital y las principales carreteras de acceso estaban listas. De las realizaciones industriales del período, la más impresionante, sin duda, fue la creación de la industria automovilística. El gobierno ofreció a las empresas una serie de incentivos, siempre y cuando establecieran fábricas de vehículos

capaces de producir en Brasil, hasta 1961, del 98 al 99% del peso de los vehículos. Estos índices fueron alcanzados, sin embargo, en 1962. La producción de camiones, tanto de carga como de pasajeros, pasó de 19 855 unidades en 1957 a 51 325 en 1960; la de automóviles empezó en 1958, con 2 189 unidades y alcanzó 37 843 en 1960.²⁷

En realidad, la aceleración del crecimiento industrial fue más amplia. Entre 1957 y 1962, la producción industrial aumentó 11.9% en promedio por año, con particular importancia para las ramas de material de transporte y de material eléctrico, ambas con 27% anual, la química con 16.7% anual, la mecánica con 16.5% anual, la metalúrgica con 15.6% anual y la hulera con 15% anual.²⁸ Estas ramas son las que producen bienes de capital (capital fijo), bienes intermediarios y bienes durables de consumo. Las industrias de bienes perecederos presentan tasas menores, aunque significativas: 8.8% anual la industria textil y 7.5% la industria de alimentos, lo que demuestra que la demanda interna aumentó en estos años, independientemente de la sustitución de importaciones que estaba como base del crecimiento rápido de las ramas mencionadas anteriormente.

Las industrias que más se expandieron, entre 1957 y 1962, son todas (con excepción de la mecánica) creaciones de la Segunda Revolución Industrial, cuya tecnología fue perfeccionada después de la Primera Guerra Mundial teniendo por condición fundamental la producción a gran escala. En estas industrias, la presencia del capital extranjero fue siempre sobresaliente en Brasil, y su desarrollo acelerado después de 1956 se dio bajo el amparo de las transnacionales. La Comisión Parlamentaria de Investigación constituida en 1968, para examinar las "transacciones efectuadas entre empresas nacionales y extranjeras" presentó en 1960, las siguientes estimaciones sobre la participación del capital extranjero en diversas ramas industriales:

Alimentos y bebidas	35%
Papel y celulosa	30%
Farmacéutica	86%
Química	48%
Siderúrgica	17%

²⁷ Nascimientto Beneditto H., *op. cit.*, p. 76.

²⁸ Wilson Suzigan, *et. al.*, *Crecimiento Industrial no Brasil: Incentivos e Desempenho Recente*, Río de Janeiro, IPEA/INPES, 1974, Tabla II-13.

Maquinaria	59%
Piezas para autos	62%
Vehículos de motor	100%
Minería	20%
Aluminio	48%
Vidrio	90%
Cemento	15%
Llantas (hulera)	100%
Industria	31%

Fuente Estimaciones preparadas por la Editora Banas S.A. Rubem Medina. *Desnacionalização, crime contra o Brasil*. Río de Janeiro. Editora Saga. 1970. Tabla III 1

Es fácil observar que las ramas que más se expandieron fueron aquellas en las que la participación del capital extranjero fue mayor. Uno de los cambios ocurridos en el período 1956-67 fue precisamente éste: mientras en el primero, la implantación de las industrias de carácter monopolista se dio básicamente bajo el amparo del capital estatal, en el segundo el proceso fue esencialmente dominado por el capital transnacional.

Se podría preguntar por qué Brasil, después de haber lanzado los fundamentos de una estructura industrial moderna con recursos propios, abrió la economía al capital extranjero a tal punto que éste acabó dominando sus industrias más dinámicas. La respuesta más obvia es que el aporte de capital de las transnacionales era indispensable. Pero, los datos no llegan a confirmar esta hipótesis. Es verdad que el volumen de las inversiones extranjeras se elevó de 17.6 millones de dólares anuales, en promedio, en el período 1947-55 a 106 millones en el de 1956-62, sin embargo esta suma para una economía de las dimensiones de la brasileña no llega a ser significativa. Sumándose las reinversiones de las empresas extranjeras hechas en Brasil, esos valores medios anuales llegan a 62.3 millones en 1947-55 y a 145.7 millones en 1956-62, lo que tampoco representa mucho si se compara con el valor de la formación bruta de capital fijo, que era de 1 912 millones de dólares en 1956, llegando a 3 019 millones en 1962. (FGV, *Cojuntura Económica*, 9/1971).

Además de las inversiones directas, hay que considerar también el capital de préstamo, que fue traído por las transnacionales. Los valores en este renglón son más significativos, habiendo pasado de la media anual de 202 millones de dólares en 1947-55 a 549.2 millones

en 1956-62. Aunque sumando préstamos e inversiones se pudiese llegar a la conclusión de que el capital extranjero pudo haber contribuido con algo más del 20% para la formación bruta de capital fijo en el período 1956-62, es más probable que su aporte haya sido de mayor importancia para elevar la capacidad de importar, condición posiblemente esencial para alcanzar las metas de industrialización propuestas por el gobierno de Kubitscheck. Pero aún eso es dudoso. En primer lugar porque descontando los rendimientos del capital extranjero (intereses, lucros y dividendos) remitidos al exterior y las amortizaciones, el ingreso neto cae a una media anual de 159.6 millones de dólares. Y en segundo lugar, porque de las inversiones directas entradas al país, entre 1956 y 1960, 69.3% llegaron bajo la forma de equipos²⁹ en gran parte ya usados, habiendo buenas razones para creer que su valor haya sido superestimado por las circunstancias de su registro.

En estas condiciones, la respuesta más probable es que la apertura de la economía al capital extranjero haya sido el resultado de la correlación de fuerzas, dentro de la alianza en el poder, de los que se colocaban contra y a favor de la industrialización acelerada y contra y a favor de la participación de las transnacionales y del Estado en este proceso. Siendo la alternativa para la entrada del capital transnacional la expansión todavía mayor del capital estatal, ya que el capital privado brasileño continuaba siendo incapaz de alcanzar un grado de concentración monopolista, es posible que los partidarios de la industrialización se hayan aliado a los adversarios del capital estatal para neutralizar la oposición de otros de los sectores de la coalición en el poder, sobre todo los que daban prioridad a la agricultura de exportación, optando de esta manera por una política de puertas abiertas al capitalismo extranjero.

En el período 1956-67 se completa la integración del territorio nacional mediante la efectiva intercomunicación de todas las grandes regiones del país, geográficamente alrededor de Brasilia, pero económicamente mediante el polo industrial instalado en São Paulo. Si hasta mediados de la década de los cincuenta apenas la mitad sur del país estaba integrada, la expansión de carreteras y la instalación de la industria automovilística lograron la integración del Noreste y del Centro-oeste, lo que dio lugar a un proceso de concentración todavía más profundo. El engrandecimiento del mercado nacional

²⁹ Rubem Medina, *Desnacionalização, Crime contra o Brasil*, Rio de Janeiro, Editora Saga, 1970.

llevó hasta las últimas consecuencias el proceso de sustitución de la producción artesanal por la industrial y aceleró el proceso de centralización del capital, mediante el cual el capital monopolista tomaba el mercado de los pequeños y medianos capitales individuales. Esto provocó en el Noreste una seria crisis industrial en los años 50, que llevó al gobierno federal a instituir la SUDENE y a planear la industrialización del área. El sistema de incentivos fiscales, adoptado para desarrollar la región, provocó su industrialización, a partir de 1960, mediante el capital monopolista del Centro-sur y, después de 1964, también mediante capital transnacional. Según la acertada expresión de Francisco Oliveira, se inició la "homogeneización monopolista" del espacio brasileño.

Cabe señalar también que entre 1956 y 1967 las relaciones de producción capitalista se volvieron hegemónicas en el campo, debido a que la ampliación del mercado interno de alimentos y materias primas agrícolas atrajo al capital monopolista hacia la agricultura. Con incentivos fiscales, grandes haciendas de ganado empezaron a ser abiertas a lo largo de los caminos de penetración, trayendo como consecuencia la expropiación de predios, y sus poseedores, transformados en trabajadores que ganaban un salario diario y del cual carecían en caso de no laborar (diaristas). De modo general, colonos y semejantes fueron expulsados de las haciendas y sustituidos por diaristas, conocidos por el epíteto de "voladores" o "comidas-frías". Pequeños arrendatarios, semejantes y campesinos empezaron a organizarse en Ligas Campesinas, a partir de 1955 en el Noreste y, después de 1960, en otras partes del país para resistir ante este proceso. También surgieron sindicatos de trabajadores agrícolas para defender los intereses de los asalariados rurales.

Se puede decir que el capitalismo monopolista, que antes de 1930 sólo existía en los servicios de infra-estructura, echa raíces en Brasil entre 1933 y 1955 para pasar a "dominar" el proceso de industrialización a partir de 1956. El capital monopolista continúa siendo, en su mayor parte, transnacional o estatal, pero algunos grupos privados brasileños, en ramas como la de fabricación de máquinas, papel y la metalurgia empiezan a transformarse en capitales monopolistas en esa época.

A partir de 1962 el ímpetu del proceso de industrialización empieza a disminuir y la economía pasa por una serie de recesiones hasta el final del período. El crecimiento medio del producto real de la industria cae del 10.2% anual entre 1956 y 1962 al 2.9% entre 1962

v 1967. Esta caída se explica por una serie de contradicciones, cuya perspicacia se traduce en crecientes presiones inflacionarias. El monto implícito del producto nacional sube de 33.3% en 1961 a 54.8% en 1962 y a 78% en 1963, alcanzando su auge con el 87.8% en 1964.

Estas contradicciones pueden ser resumidas del siguiente modo:

- a) Progresivo desequilibrio en la balanza de pagos como resultado del endeudamiento externo asumido en 1956-61, así como de la incapacidad de diversificar las exportaciones (por lo tanto, de ampliarlas) y por la imposibilidad de reducir las importaciones por los motivos antes mencionados.
- b) Creciente inestabilidad del gasto público, como consecuencia de la ampliación de los gastos de inversión estatal en los sectores industriales a su cargo (siderurgia, petróleo) y en los trabajos de infraestructura, estando el gobierno políticamente imposibilitado para elevar, en forma adecuada, la renta tributaria, lo que lo lleva a cubrir el "déficit" mediante emisiones.
- c) Alto grado de organización y combatividad de los asalariados, provocada por la continua elevación del costo de la vida. Los aumentos de salarios nominales concedidos, en estas condiciones, alimentan la carrera precios salarios.

Las tentativas de combatir la inflación antes de 1964 mediante formas clásicas como la contención del gasto público, la restricción al crédito y la limitación de los aumentos salariales, solamente provocan una disminución de las inversiones privadas y agudos choques políticos que, al final, conducen al movimiento militar que pone fin al régimen constitucional en abril de ese año.

El nuevo régimen político se caracteriza por la concentración de poder en el ejecutivo federal, utilizada para resolver las contradicciones en el plano económico que la situación política había agravado. El sistema fiscal fue reformado, elevando la participación del estado en el producto: "la participación del presupuesto fiscal en el PIB, que oscilaba entre 17 y 21% en el período 1957-64, empezó a subir a partir de 1965 y alcanzó el 26.7% en 1968. . . el "déficit" presupuestario de la Unión, como porcentaje del PIB, alcanzó su máximo en 1962 y 1963 4.3 cayendo a partir de 1965 hasta llegar al 0.6% en 1969".³⁰ Además de eso, el gobierno instituyó la lla-

³⁰ Paul Singer. *A Crise do Milagre*. Río de Janeiro, Paz e Terra, 1975.

mada "corrección monetaria" de los títulos de la deuda pública, permitiéndole así financiar los "déficits" sin multiplicar los medios de pago. En un último análisis, la centralización del poder, después de 1964, superó las numerosas resistencias, tanto de los intereses regionales como de los del sector privado de la economía, a que el estado se apropiase de un fragmento mayor del excedente. Se tornó así viable la práctica de una política de equilibrio fiscal y se fortaleció la capacidad de decisión de la burocracia estatal frente a otras fracciones de la clase dominante.

Los asalariados perdieron el derecho de negociar colectivamente el aumento de salarios. El reajuste periódico de los salarios nominales pasó a ser decidido, para todas las categorías de trabajadores de todo el país, por el gobierno federal. Entre 1965 y 1967 estos reajustes fueron considerablemente inferiores al aumento del costo de la vida, ocasionando una caída de los salarios reales. Sin embargo esta caída no fue general. Los salarios del personal administrativo y de los técnicos no dejaron de subir, al mismo tiempo que los de los trabajadores poco calificados disminuían fuertemente. En la industria de la transformación, entre 1964 y 1967, en términos reales, el salario medio cayó 2.7% pero el salario mediano, que se manifiesta como la cabeza de remuneración de los 50% peor pagados, fue reducido en 14%.

El desequilibrio en la balanza de pagos fue corregido "naturalmente", en la medida en que la recesión, que fue particularmente severa entre 1963 y 1965, redujo la demanda de productos importados. El valor de las importaciones fue de alrededor de 1 300 millones de dólares entre 1960 y 1963, cayendo a 1 086 en 1964 y a 941 en 1965, volviendo sólo a 1 103 millones en 1966. Entre 1964 y 1967, el saldo de la balanza comercial fue positivo, totalizando nada menos que 1 650 millones de dólares. Es interesante observar que la reducción de las importaciones coincidió con una fuerte caída de las inversiones en la industria de la transformación. En millones de cruzeiros (de 1969) evolucionaron del siguiente modo:

1962	3 111
1963	2 644
1964	2 411
1965	2 463
1966	2 893
1967	2 773

Fuente: Suzigan, *op. cit.*, Tabla II-5

También fueron tomadas medidas para estimular la exportación de productos manufacturados, pero sus efectos sólo se hicieron sentir a partir de 1969. La desaparición del desequilibrio en la balanza de pagos, en el período de recesión, comprueba la tesis de que la industrialización de un país retrasado que demanda la importación de tecnología, genera una fuerte demanda de productos importados.

d) 1968-1980: *la consolidación de las transformaciones estructurales.*

El período 1955-67 representó la integración final del mercado nacional y el establecimiento de la hegemonía del capital monopolista. A partir de 1968, la incorporación de nuevas áreas a la producción capitalista empieza a agotarse. La economía de subsistencia y la producción artesanal, que la complementan, están lejos de haber desaparecido, pero su volumen es relativamente pequeño, frente al tamaño alcanzado ya por la producción capitalista³¹ de modo que la mera "extensión" a través de la incorporación de sectores "atrasados" pasa a representar un papel cada vez menor en la dinámica de la acumulación del capital. Continúan ocurriendo cambios de proceso – la mecanización de la agricultura por ejemplo, toma gran impulso a partir de 1970 – pero el crecimiento económico es dominado cada vez más por la introducción de nuevos productos, o sea, por la diversificación del consumo de los grupos de mayor poder adquisitivo.

Por otro lado, las relaciones de la economía brasileña con el resto del mundo, es decir, con las naciones capitalistas industrializadas sufrieron cambios significativos. Hasta entonces Brasil participó de la división internacional del trabajo como abastecedor de productos primarios, cuyo rendimiento servía para pagar la compra en el exterior de productos manufacturados y para la remesa de los rendimientos del capital extranjero. A partir de fines de la década de los 60, el país empieza a integrarse a una nueva división del trabajo, creada por las transnacionales, cuya participación en la economía mundial capitalista pasa a un nivel cualitativamente diferente. Las transnacionales surgen en los países industrialmente más avanzados,

³¹ El cálculo cuidadoso del número de pobladores rurales brasileños que vivían en áreas "poco mercantiles", en 1970, nos lleva a concluir que representaban apenas el 31.4% del total de la misma, Brandao Lopes Juarez R., "Do latifundio a empresa: unidade e diversidade do capitalismo no campo", en *Caderno 26*, São Paulo, CEBRAP, 1976, cuadro 47.

principalmente en los Estados Unidos, y establecen filiales en otros países, que se hayan en diferente nivel de desarrollo. En la medida en que el comercio entre estos países es liberado, las diferencias de nivel de desarrollo dan lugar a ventajas comparativas cuya explotación es el fin específico de las transnacionales. El elevado grado de desarrollo tecnológico en ciertos países y la abundancia y bajo costo de la mano de obra en otros vuelve posible establecer internacionalmente determinadas líneas de producción, con el fin de minimizar los costos y al mismo tiempo explotar al máximo las ventajas derivadas de las posiciones oligopolíticas en los mercados de todos ellos. Y es eso lo que las transnacionales hacen, creando de esta manera una división internacional del trabajo considerablemente diferente.³²

Como fue previsto, las transnacionales empezaron a participar de la industrialización brasileña a partir de 1956 principalmente, pero en el período 1956-67 se limitaron a producir para el mercado interno. A partir de 1964, el gobierno brasileño empieza a conceder incentivos fiscales y crediticios a los exportadores de productos manufacturados. Éstos amplían sucesivamente su participación en el valor total de las exportaciones: de 9.3% en 1964 a 15.1% en 1967, a 25.9% en 1972, hasta llegar a 29.8% en 1975 y a 45.5% en 1979-80. Es conveniente observar que, en este período, las exportaciones totales se expanden fuertemente, al pasar de 1 430 millones de dólares en 1964 a 1 654 millones en 1967, a 3 991 millones en 1972 y a 8 669.9 millones en 1975, hasta alcanzar 17 158.7 millones en 1979-80. Entre 1967 y 1979-80, las exportaciones brasileñas fueron decuplicadas, creciendo a un promedio del 19.7% anual, al mismo tiempo que las exportaciones de manufacturados multiplicaron su valor por 31, habiéndose elevado en promedio un 30.3% anual. Del aumento global de las exportaciones del país en este período (15 504.7 millones de dólares), la expansión de las exportaciones de productos manufacturados representó el 48.7%.³³

No son sólo las transnacionales las que exportan productos manufacturados de Brasil. Al inicio de la expansión de este tipo de exportaciones fueron empresas de la industria de bienes de consumo no duradero (textiles, vestuario, calzado) las que más participaron de él, presumiéndose que en ellas predomine el capital privado na-

³² El asunto es estudiado de manera más completa por Paul Singer, "Divisão internacional do trabalho e empresas multinacionais", en *Caderno 28, CEBRAP*, 1977.

³³ Suzigan, *et. al.*, *op. cit.*, Tabla II-16 y FGV, *Cojuntura Económica*, agosto de 1980, p. 43.

cional. Sin embargo, en los últimos años, los sectores que destacan son: en 1976, en 5o. lugar en la lista de exportaciones, material de transporte, en 6o. máquinas, calderas, etcétera, e hilos de algodón. Y como es sabido, en las industrias productoras de bienes de consumo duradero y de bienes de capital predominan las transnacionales.

El modo como se da la inserción del país en la nueva división internacional del trabajo es bien ejemplificado por el sector de máquinas de escritorio. "La oferta nacional de equipo para escritorio es controlada por tres grupos internacionales, cada uno con su unidad de producción específica. Dos de estos grupos fabrican máquinas de escribir mecánicas y sumadoras mientras el otro produce máquinas de escribir eléctricas y equipos periféricos para procesamiento de datos. . . . los grupos dividieron entre sí el mercado mundial, incluida en él la América Latina, procurando optimizar las ventajas referentes a las economías de escala y a las tareas preferenciales de los Mercados Comunes".

"En el caso de Brasil, la mayor empresa instaló aquí la única unidad productora de máquinas de escribir de la América Latina (existiendo sin embargo líneas de montaje en otros países) siendo ella la responsable de la atención de este mercado. La Argentina fue escogida para la fabricación de máquinas eléctricas y calculadoras y México para calculadoras manuales".³⁴

El extenso mercado interno, la participación en la ALALC, el reducido costo de la mano de obra y la considerable infraestructura industrial ya instalada constituyen las ventajas comparativas que atraen a las transnacionales a Brasil, que tienden a tornarlo en una de sus principales bases de exportación para el mercado mundial. El gobierno brasileño aprobó, hace algunos años, un programa especial de incentivos — el BEFIEX — para empresas que vienen a establecerse en el país con la mira principal de exportar su producción. De esta manera apoya el gobierno la integración de la economía brasileña en la nueva división internacional del trabajo.

Otra política, en el mismo sentido, es la creación de *joint ventures* entre el capital transnacional, el capital estatal y el capital privado teniendo como finalidad suplir el mercado interno y exportar. Existen numerosos casos en el área de la petroquímica, de la siderurgia y de la industria automovilística, además de proyectos ambiciosos,

³⁴ Carlos Von Duellinger y Gilberto Dupos, *Exportação de manufacturados*, Río de Janeiro, IPEA/INPES, 1971, p. 63.

parcialmente detenidos por causa de la recesión mundial, en los sectores del papel y la celulosa, y del acero y el aluminio.

Es preciso considerar que esta nueva estrategia de desarrollo para afuera tiene consecuencias para las diferentes clases sociales. Desde el punto de vista del capital nacional y, en particular, de lo que se podría llamar comunidad técnico-científica (en la cual se incluirían desde las universidades hasta las empresas de asesoría) la cual prolonga y tiende a perpetuar la dependencia tecnológica, ya que las transnacionales (todas extranjeras) mantienen la producción de tecnología en general en los países en que están situadas sus matrices. Por otro lado, la importancia que las transnacionales asumen para la balanza de pagos (son no sólo grandes exportadoras sino, sobre todo, las más grandes importadoras de mercancías y de capitales) reduce la capacidad de decisión en el campo económico, tanto del capital nacional como del estado brasileño. Desde el punto de vista de los asalariados, los efectos son más diferenciados. El reducido valor de la fuerza de trabajo es condición indispensable para volver competitivos, en el mercado mundial, los productos manufacturados brasileños. Lo que requiere una política de lucha salarial permanente. Sin embargo, esta política no alcanza los peldaños medios y altos de la administración de las grandes empresas cuyos niveles de lucro tienden a acompañar las tendencias mundiales de remuneración de la llamada "nueva clase media".

Se creó así, un desnivel creciente entre dos tipos de asalariados, ambos teniendo sus ganancias condicionadas en términos de competencia internacional: los trabajadores de la línea de producción que tienen su nivel salarial condicionado por los que tienen vigor en otros países no desarrollados que también están siendo integrados a la nueva división del trabajo. Una muestra de los salarios medios vigentes en la industria de la transformación de diversos países es la siguiente:

País	Año	Salario Mensual (en dólares)
Ghana	1971	39.50
Marruecos	1972	50.40
Mauricio	1972	39.00
Colombia	1970	74.40
México	1972	156.60

País	Año	Salario Mensual (en dólares)
Panamá	1971	221.00
India	1970	30.00
Corea del Sur	1972	50.40
Filipinas	1971	38.10
Yugoslavia	1972	93.60
<i>Brasil</i>	1972	86.70
Estados Unidos	1972	914.00
Alemania Occidental	1972	545.00

Fuente: Folker Fröbel, *et. al.*, "The tendency towards a new international division of labor" en *Review*, vol. 1, núm. 1, 1977 (los datos de salario-hora para algunos países fueron convertidos en mensuales en base a 240 horas -mes, para volverlos comparables con los demás).

Por estos datos, podemos observar que los salarios son de dos a cuatro veces más elevados en América Latina que en Asia y en África. Brasil, en América Latina, se sitúa en el mismo nivel que Colombia, con salario bastante inferior al de México y al de Panamá. De ahí se deduce que Brasil presenta una nítida ventaja comparativa desde el punto de vista del capital transnacional, en relación a otros países de desarrollo industrial análogo, pero debe sufrir la presión de las alternativas regionales asiáticas y africanas, en donde la mano de obra es todavía más barata.

Sin embargo, para los ejecutivos de las grandes empresas el cuadro es otro. Las investigaciones han demostrado que éstos gozan, en Brasil, de niveles de remuneración iguales a los más altos del mundo, comparables a los de los Estados Unidos y Alemania Occidental, que son, no por casualidad, los dos mayores inversionistas extranjeros en el país. Lo que parece existir es una especie de mercado internacional de trabajo para ejecutivos, en el cual los niveles de remuneración tienden a igualarse a nivel mundial. Dentro de las grandes empresas, las ganancias del personal técnico y de dirección intermedia son reguladas en función de los altos ejecutivos. De ahí resulta la fuerte polarización de niveles de salario entre este grupo (la "tecnoestructura" de Galbraith) y los trabajadores restantes,³⁵

³⁵ Edmar Bacho, "Hierarquia e remuneração gerencial", *Os Mitos de uma Década*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1976.

que se refleja en la distribución del ingreso en general.³⁶ La parte del ingreso personal apropiada por el 10% de los más ricos pasa del 39.66% en 1960 al 47.79% en 1970, al igual que en el mismo período la parte del ingreso apropiada por la mitad más pobre de la población activa cayó del 17.71% al 14.90%.³⁷

El curso iniciado por la industrialización brasileña, de 1968 en adelante, tiende a polarizar socialmente al país, ya no en términos de heterogeneidad estructural (sector "moderno" X sector "tradicional"), que naturalmente persiste, aunque en decadencia, sino dentro del sector dominado por el capital monopolista. A la dicotomía de ganancias corresponde una dicotomía de patrones de vida y de mercados de bienes de consumo, que van caracterizando cada vez más la vida del país. Se trata en última instancia, de un desarrollo desigual y combinado, en el que las nuevas formas de combinación con el capital transnacional generan nuevas formas de desigualdad.

Traducción: Zoraida Borges

³⁶ "En 1969 el salario promedio de un gerente general de mediana y grande empresa en São Paulo y Río de Janeiro era 65 veces mayor que el de un peón de la construcción civil en São Paulo; en 1972, 81 veces mayor y en 1975, 90 veces mayor. Incluyéndose los beneficios adicionales recibidos por el gerente general, calculados por Morris & Morgan apenas en 1975 la remuneración del gerente general, en el caso de un ejecutivo local era 144 veces la del peón; en el caso de un ejecutivo extranjero en el Brasil, era 162 veces la del peón". Eduardo Matarazzo Suplicy, *Política Económica Brasileira e Internacional*, Petrópolis, Vozes, 1977, p. 77.

³⁷ Carlos Langoni, G., *Distribuição da Renda e Desenvolvimento Econômico do Brasil*. Expressao e Cultura, 1973.

ANEXO 1

La afirmación (véase p. 161) de que el SME absorbía apenas una parte limitada de la fuerza de trabajo es aparentemente desmentida por cálculos de Villela y Suzigan, que estiman en 67.9% la parte de la producción agrícola brasileña exportada en 1907, proporción que habría caído para 36.1% en 1919 y para 36.7% en 1939. Si fuera cierto que el 67.9% de la producción agrícola fuera destinado al mercado externo, en 1907, sería mínima la proporción de población agraria incluida en la economía de subsistencia. En el anexo, en el que se expone la metodología, los autores relatan: "los datos básicos para 1907 son los referentes al valor de producción de los productos agrícolas de exportación, los únicos para los cuales existía información. . ." Después de deducir el 10% de consumo intermediario, "fue agregado el monto de 87 000 contos de réis³⁸ relativo al cálculo de producción animal y derivados. . .".³⁹ Al parecer, los autores sólo consideraron como producción no destinada a la exportación, la de animales y sus derivados, lo que sería una subestimación no digna de crédito. Había obviamente amplia producción vegetal (mandioca, frijol, fruta, etcétera) para consumo interno.

Una manera de evaluar el contingente poblacional "fuera" del SME a principios del siglo es la siguiente: de acuerdo con Villela y Suzigan en 1989-1910, el valor de la exportación brasileña dependía en 52.7% del café y en 25.7% del hule, los dos principales productos de la lista de exportación. Al inicio de este siglo, de acuerdo con los datos presentados por Simonsen,⁴⁰ Holloway,⁴¹ Delfim⁴² y Furtado,⁴³

³⁸ Conto: número; diez veces cien mil (réis). En el actual sistema monetario brasileño, equivale a 1000 cruzeiros.

³⁹ Villela, Annibal y Wilson Suzigan, *Política do. . .*, *op. cit.*, p. 242-243.

⁴⁰ Simonsen, *op. cit.*, p. 200.

⁴¹ Thomas H. Holloway, "Condiciones del mercado de trabajo y organización del trabajo en las plantaciones en la economía cafetalera de São Paulo, 1805-1915. Un análisis preliminar" en *Estudos Econômicos*, vol. 2, núm. 6, São Paulo, IPE/USP, 1972.

⁴² Antonio Delfim Netto, *O Problema do Café no Brasil*, São Paulo, FCEA/USP, 1959.

⁴³ Celso Furtado, *Formação Econômica do Brasil*, Rio de Janeiro, Editora Fundo de Cultura, 1959, p. 207.

São Paulo producía 2/3 del café brasileño, con sólo el 13.1% de la población del país en 1900 y 15% en 1920. De acuerdo con Villela y Suzigan,⁴⁴ el café representaba el 39% de la producción agrícola brasileña en 1907. Aun admitiendo que toda la población agrícola de São Paulo se dedicara al café (lo que es inverosímil), tendríamos que llegar a la conclusión de que el 13% de la población agrícola del país⁴⁵ habría sido responsable del 26% (2/3 del 39%) del producto agrícola. La población de los estados del norte, esto es, de la región en que se extraía todo el caucho, representaba solamente el 4% de la del Brasil en 1900 y 4.7% en 1920. De acuerdo con la misma tesis poco confiable de que toda la población agrícola del Norte se dedicaba sólo a la producción del hule, se tendría que concluir que del 4 al 5% de la población agrícola del país sería responsable por algo así como el 17.4% (67.9% de 25.7%) del producto agrícola brasileño.

Parece obvio que la realidad era diferente. En las primeras dos décadas de este siglo, cerca del 80% del SME estaba en el Norte, en São Paulo y en ciertas partes de Minas Gerais (zona sureste) en las que se producía respectivamente caucho y café. La producción de estos artículos podría absorber como máximo al 20% de la población del país (proporción de los que vivían en el Norte y en São Paulo). Los demás artículos de exportación (cacao, cueros y pieles, mate, etcétera) contribuían con cerca de una quinta parte para el presupuesto de las exportaciones, su producción podría ocupar, por lo tanto, cerca del 4% (1/5 del 20%) de la población, o mejor dicho, del tiempo de trabajo social empleado en el país. En suma, a principios del siglo cerca de un cuarto de la población agrícola debería estar incluida en el SME, estando los otros tres cuartos ocupados en la producción para el mercado interno nacional y local y para el autoconsumo.

⁴⁴ Villela, Annibal y Wilson Suzigan, *Política do. . . op. cit.*

⁴⁵ Estamos admitiendo todavía que la participación de São Paulo y del Norte en la población "agrícola", en 1900 y 1920, fuera igual a su participación en la población "total".

BIBLIOGRAFÍA

1. BACHO, Edmar, "Hierarquia e remuneração gerencial" en *Os Mitos de uma Década*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1976.
2. BAER, Werner, *The Development of the Brazilian Steel Industry*, Nashville, Vanderbilt University Press, 1969.
3. CARONE, Edgard, *A República Nova 1930-1937*, São Paulo, DIFFL, 1974.
4. DELFIM NETT, Antonio, *O Problema do Café no Brasil*, São Paulo, FCEA/USP, 1959.
5. DVELLINGER, Carlos Von y GILBERTO Dupas, *Exportação de Manufaturas*, Rio de Janeiro, IPEA/INPES, 1971.
6. FGV, *Cojuntura Económica*, agosto de 1980.
7. FRÖBEL, Folker, Jürger y Otto Kreyo, "The tendency towards a new international division of labor" en *Review*, vol. 1, núm. 1, Verano de 1977.
3. FURTADO, Celso, *Formação Económica do Brasil*, Rio de Janeiro, Editora Fundo de Cultura, 1959.
9. HADDAD, C.L.S., "The growth of brazilian real output, 1900-1947" Chicago, Universidad de Chicago (tesis doctoral); citado por Malan, *et. al.*, en *Política*, *op. cit.*
10. HOLLOWAY, Thomas H., "Condiciones del mercado de trabajo y organización del trabajo en las plantaciones en la economía cafetalera de São Paulo 1805-1915. Un análisis preliminar" en *Estudos Econômicos*, vol. 2, núm. 6, São Paulo, IPE/USP, 1972.
11. IBGE, *El Brasil en Números*, 1960.
12. LANGONI, Carlos G., *Distribuição da Renda e Desenvolvimento Económico do Brasil*, Ed. Expressão e Cultura, 1973.
13. LOPES JUAREZ R., Brandao, "Do latifúndio a empresa: unidade e diversidade do capitalismo no campo" en *Caderno 26*, São Paulo, CEBRAP, 1976.
14. LOPES JUAREZ R., Brandao, *Capitalism in the Periphery: Agrarian Conditions and the Development of the Working Classes in São Paulo*. São Paulo, CEBRAP, 1977, (mimeografiada).
15. MALAN, P., R. Bonelli. M. Abreu y J.E. Pereira, *Política Económica Externa e Industrialização no Brasil 1939 - 1952*. Rio de Janeiro. IPEA. 1977.
16. MARTINS. Ivan Pedro de, *Introdução à Economia Brasileira*: citado por Edgard Carone en *A República*. . . *op. cit.*, p. 55-57

17. MEDINA, Rubem, *Desnacionalização, crime contra o Brasil*. Rio de Janeiro, Editora Saga, 1970.
18. NASCIMENTO, Beneditto H., *Política e Desenvolvimento Industrial em uma Economia Dependente: Formação da Indústria Automobilística Brasileira*, São Paulo, FFLCH/USP, tesis doctoral, 1972, (mimeografiada).
19. SIMONSEN, Roberto, *A Evolução Industrial do Brasil*, São Paulo, Federación de las Industrias de São Paulo, 1939.
20. SIMONSEN, Roberto, *Evolução Industrial do Brasil e Outros Ensaio*, Companhia Editora Nacional, 1973.
21. SINGER, Paul, *A Crise do Milagre*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1975.
22. SINGER, Paul, *Economia Política do Trabalho*, São Paulo, Hucitec, 1977.
23. SINGER, Paul, "Divisão internacional do trabalho e empresas multinacionais", en *Caderno 28*, São Paulo, CEBRAP, 1977.
24. SUPPLY MATARAZZO, Eduardo, *Política Económica Brasileira e Internacional*, Petrópolis, Vozes, 1977.
25. SUZIGAN, Wilson, R. Bonelli, M.H.T.T., Horta y C.A. Ladder, *Crecimiento Industrial no Brasil: Incentivos e Desempenho Recente*, Rio de Janeiro, IPEA/INPES, 1974.
26. VILELA, Luz Nícia, *A Luta pela Industrialização no Brasil: 1800 a 1930*, São Paulo, Editora Alfa-Omega, 2a. ed., 1975.
27. VILLELA, Annibal y WILSON Suzigan, *Política do Governo e Crecimiento da Economia Brasileira: 1889-1945*, Rio de Janeiro, IPEA/INPES, 1973.
28. WARREN, Dean, *A Industrialização de São Paulo 1880-1945*, São Paulo, DIFEL, 1971.
29. WARREN, Dean, *Rio Claro. Um Sistema Brasileiro de Grande Lavouira 1820-1920*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1977.

LA POLÍTICA, LA IDEOLOGÍA Y EL SUJETO EN LA CONSTRUCCIÓN DEMOCRÁTICA: EL PROCESO DE DEMOCRATIZACIÓN DE 1946 EN BRASIL

JOÃO ALMINO

Este ensayo reúne parte de las conclusiones de un trabajo que publiqué en Brasil en 1980 (*Os Democratas Autoritários*, Editora Brasiliense). Me limito a exponer aquí, de manera resumida, las cuestiones que allí planteé sobre las explicaciones históricas para el cambio político. Dejo de lado, por tanto, toda la minuciosa descripción histórica y muchísimos otros asuntos relacionados con la filosofía política que traté de analizar en aquel estudio, no por considerarlos sin importancia, sino por destacar este tema, que me parece interesante para la reflexión política contemporánea.

En el segundo semestre de 1945 y el primero de 1946, Brasil vivía en plena efervescencia democrática. ¿Cuándo en la historia de Brasil y en qué pocos momentos de la historia de América Latina se puede hablar de la existencia de un debate amplio y sin límites claros sobre las reformas políticas y sociales? ¿De una libertad de asociación política que permitiría el funcionamiento legal de partidos antes clandestinos, como el Partido Comunista, que fue legalizado a mediados de 1945? ¿De la posibilidad de que los sindicatos se desprendieran, en la práctica, de los controles estatales, posibilitando un movimiento sindical intenso? ¿En qué escasos momentos puede una sociedad poner a prueba máxima el ideal de la soberanía popular por medios pacíficos, a través de la libre elección de representantes para una Asamblea Constituyente, en la cual se pretende cristalizar la nueva regla social?

Ese proceso democratizador se revela en poco tiempo ambiguo, ya que una de sus tareas centrales será la definición de sus propios límites, considerados, además, como punto de partida para el control que se ejerce, hasta el día de hoy, sobre los sindicatos y para las restricciones a la libertad de manifestación y de asociación

política y sindical que prevalecieron al final de la Constituyente, cuando se vuelven claros los nuevos controles sobre los sindicatos, y a partir de 1947, cuando en el mes de mayo es suspendido el registro del Partido Comunista. La Constituyente de 1946, aunque se realiza después del golpe que depone a Vargas en octubre de 1945 simbolizando, ella misma, la posibilidad de construcción del nuevo régimen, opera bajo el cuadro constitucional del Estado Novo; la dictadura que Vargas había instituido con el golpe de 1937, coincide, además de lo anterior, con la expedición de decretos de control político y sindical por parte de un Ejecutivo que se puede respaldar en este marco constitucional todavía en vigor.

Considero que las discusiones de la coyuntura de 1942-47 y especialmente las de 1945-46, pueden tener la función de un "revelador" sobre la historia brasileña y la de América Latina, pues si es verdad que esa historia se debate entre un permanente proyecto democrático y una realidad política autoritaria, mejor momento no puede existir para captar las raíces más profundas de ese autoritarismo que éste, en que se encuentra aparentemente vencido y derrotado; y, sin embargo, se consigue redefinir, pervirtiendo el espíritu reformador.

Me gustaría no reducir la explicación de ese proceso político a procesos económicos o a esquemas estructurales ya que las explicaciones estructurales, aun cuando correctas, no son suficientes, porque ignoran el juego de los posibles, reducen los sujetos a títeres de una historia abstracta y esconden una intención: la de invalidar cualquier acción que no se inscriba en la tarea ilusoria de una ruptura única y definitiva en el tiempo, que instalaría la novedad redentora. El economicismo, a su vez, no consigue explicar las enormes e importantes transformaciones políticas de la coyuntura de 1945. Decir que el Estado Novo, o sea el período dictatorial (1937-1945) del gobierno de Vargas, corresponde a una fase del capitalismo brasileño — en que era necesario acumular en beneficio de los industriales — no explica cómo ni por qué esos mismos industriales van a querer verse libres más tarde de él; tampoco explica la mudanza súbita del discurso de Vargas y de sus alianzas políticas. Por lo que respecta al movimiento obrero, éste no puede desvincularse del proceso de industrialización; el grado de concientización de los trabajadores en esta fase no les permite explicar por qué la clase obrera se somete dócilmente a los controles estatales en el primer semestre de 1945; en el segundo semestre de 1945, se organiza rápidamente y se moviliza en torno al gobierno, cuando todavía son contenidos los

ímpetus huelguistas embrionarios con la aceptación de la política de apretarse el cinturón, y entra en su fase más combativa a través de las huelgas, principalmente en el primer semestre de 1946. En cuanto a las relaciones de los trabajadores con el poder, se pueden apuntar varias razones para el desarrollo del populismo: la forma como fue colonizado Brasil, la manera en la que el régimen de grandes propiedades, creó vínculos paternalistas entre los señores y los trabajadores de las haciendas, las relaciones que se establecieron entre los colonos de cultura europea y la población local indígena, la utilización de mano de obra esclava, el papel histórico desempeñado por la burocracia, la evolución del capitalismo brasileño y la penetración del capitalismo en el campo, liberando grandes masas del campo hacia las ciudades. Pero nada de eso puede explicar por qué un esquema populista de poder existía en el segundo semestre de 1945, con un dictador que quería vestir el ropaje democrático y dejaba de existir con el gobierno Dutra en 1946. No tendría sentido querer explicar las transformaciones políticas de 1945-46 únicamente en función del surgimiento de una nueva fase para el capitalismo brasileño, en la que la industrialización, después de la acumulación necesaria, y ya habiendo vencido los obstáculos de la oligarquía, se abría al capital extranjero, pasando a ser compatible con un régimen más abierto. No sólo no se puede situar en 1946 el momento en el cual el capital extranjero empieza a tener un peso mayor en la economía brasileña; sino que tampoco las relaciones entre el capital extranjero y el capital nacional podrían explicar por qué la idea que se hace de una dependencia económica en relación a empresas extranjeras o a otros países lleva a reacciones diferentes, según el momento histórico. El nacionalismo económico del período del Estado Novo, era principalmente el de la construcción de la gran nación del futuro. No había oposición entre el capital nacional y el capital extranjero, ya que éste venía a Brasil para ayudar a realizar el objetivo de la nación brasileña. Desde el punto de vista económico, el nacionalismo del dictador, en su fase populista del segundo semestre de 1945, apuntaba especialmente a la defensa de la economía brasileña contra los *trusts* que la amenazaban. Lo contrario ocurriría en 1946 con los discursos de muchos de los miembros del Partido Social Demócrata (partido que Vargas fundara al final de la dictadura y que llegó al poder en enero de 1946 por la vía electoral), los cuales se hicieron sin amedrentar al capital extranjero que Brasil necesitaba tanto para poder progresar. ¿Cómo explicar por qué, por ejemplo,

Dutra y los grupos conservadores más ligados a Vargas que participaron durante el Estado Novo de la política nacionalista del dictador, vengán en 1946, ya con Dutra como presidente, a hacer la defensa de una apertura para el capital externo? ¿Por qué el Partido Comunista, que consideraba en 1945 al capital norteamericano progresista, va, en 1946, a estimarlo reaccionario? Tomando en cuenta solamente las relaciones entre el capital local y el capital internacional es difícil entender, además, por qué, en el primer semestre de 1945, no hubiese sido juzgado amenazador para Brasil un partido que tenía ligazones con la Unión Soviética, siendo el propio Dutra quien hacía públicamente la defensa de su legalización; y por qué en el año siguiente el Partido Comunista vino a ser mirado como una amenaza hacia la nación brasileña. ¿Será que la dependencia política e ideológica se explican únicamente por la dependencia económica? Si así fuera ¿cómo explicar la evolución del PC en la coyuntura, y la dependencia política e ideológica de este partido en relación a la Unión Soviética?

Tenemos que examinar aspectos propiamente políticos e ideológicos sin los cuales sería imposible entender el proceso de democratización de 1946 y los límites que se le establecieron.

En primer lugar, hay que recordar que la entrada de Brasil en la Guerra Mundial coincide con el inicio del proceso de democratización; eso se explica por la creación de una contradicción, que pasa a ser inmediatamente enarbolada por la oposición al régimen: ¿cómo puede un gobierno que lucha con los aliados, en defensa de los ideales liberales y democráticos y contra el fascismo y el nazismo, mantener internamente un régimen en clara disonancia con su postura externa? Además de lo anterior, junto con el fin del Estado Novo, sería difícil entender plenamente la evolución de la coyuntura política en Brasil disociada de la relación entre las grandes potencias internacionales: en un primer momento, una relación de colaboración entre los Estados Unidos y la Unión Soviética en la lucha contra el fascismo, después de la guerra, en 1945, la continuación de la cooperación entre estas naciones, en nombre de la paz mundial y finalmente, en 1946, el inicio de la guerra fría.

Desde el punto de vista ideológico es clara la relación existente entre los movimientos internacionales y los locales, aunque los unos no puedan ser reducidos a los otros. De cualquier forma, la ola liberal de la posguerra europea tuvo, sin duda, un impacto importante en el proceso de democratización de 1945-46.

También en la esfera de lo político, y desde el punto de vista interno, es importante destacar que en la medida en que es posible que se ejerzan algunas libertades democráticas, este propio ejercicio se constituye en el motor del proceso democratizador, es decir, que una de las bases para la ampliación democrática es la propia democracia. Ésta encarna el movimiento permanente de pasar de una norma a otra. Uno de sus elementos fundamentales es la libertad de asociación, la que crea las instituciones que tendrán, a su vez, un peso autónomo en el proceso político. Otro de esos elementos son las libertades individuales, entre las cuales se manifiesta su distancia, no sólo en relación a la norma del pasado, sino también a la norma establecida, no sólo respecto a lo que le parece, de hecho, distante, sino también a lo que le es más próximo. Los individuos, así como sus asociaciones, surgen como sujetos de la historia, como responsables por el proceso político en que se insertan. No podemos, por tanto, desconocerlos en su lucha y en su acción, si nos proponemos tratar de entender el proceso de democratización de 1946 en Brasil.

Comenzando con la cuestión de la libertad de asociación en el período de la dictadura, todas las asociaciones o instituciones, a menos que actuasen en la clandestinidad, estaban sometidas al control centralizado del Estado. La esfera del Estado monopolizaba así el espacio por medio del cual se ejercía el poder. Como los jefes centralizaban las decisiones finales detentando el control inclusive sobre aquello que podría ser público, no era factible, por tanto, que su poder estuviera amenazado por las discusiones que se daban dentro de los límites de las instituciones. Como existía, además, un monopolio de la información, el cual generaba un "silencio" social que abolía el espacio público para el debate, el individuo o el sujeto, no podían definirse públicamente a través de otro apartado de su institución; él, que se torna anónimo, se define entonces por la figura del jefe o por el todo de una institución inmutable, a cuyo prestigio está ligada su promoción social. La confrontación de ideas y opiniones en un espacio público es enteramente sustituida por la competencia, a través de pareceres técnicos, entre instituciones o departamentos. Esta pugna entre las diferentes esferas institucionales sólo refuerza la imposibilidad de establecer una distancia entre el individuo, el sujeto y su institución, que permitiría que su discurso ganara una dimensión innovadora.

Se entiende que existe una ruptura con la dictadura, cuando el poder comienza a ser ejercido a través de diferentes esferas, sin un

control enteramente centralizado en el Estado. La utilización de esa multiplicidad de esferas no lleva "necesariamente" a una modificación en las relaciones de poder y en el control del poder.

La gran novedad es, sin embargo, que la libertad de los individuos que se pueden manifestar en un espacio público, pasa a dificultar los monopolios de poder y libera las reivindicaciones por parte de la sociedad civil.

Las asociaciones de clase pasan a tener una existencia social independiente del control del Estado, que va a posibilitar la libertad relativa de los sindicatos en el período de transición entre la dictadura y el nuevo orden (que queda claro al final de la Constituyente). Los industriales, pueden reforzar, entonces, sus posiciones y su capacidad de decisión política. Igualmente las oligarquías que habrían sido apartadas del poder por la dictadura encuentran medios para reconquistar algunos espacios políticos perdidos, pactando alianzas, por ejemplo, con grupos políticos antidictatoriales y, en principio, antioligárquicos. Es ilustrativo, de este último hecho, la alianza en el Estado de Pernambuco, entre las antiguas oligarquías y el único, entre los grandes partidos nuevos, que fue creado a partir de la sociedad civil, partido antidictatorial y liberal: la Unión Democrática Nacional.

Existe además, después de la dictadura, la novedad fundamental de que las opiniones de las instituciones o de los partidos se pueden confrontar en el espacio público, en que el discurso de cada partido encuentra su definición en relación al discurso del otro. Con la existencia de varias esferas a través de las cuales se ejerce el poder, el jefe deja de ser intocable, una vez que su poder, en una esfera, puede ser alcanzado a través de otras esferas. Con la vulnerabilidad del jefe y la posibilidad de un ejercicio más difuso del poder, el prestigio social queda menos ligado a la figura de un jefe o a una institución. Se hace posible, así, el distanciamiento entre el sujeto y la institución, que le permite salir del anonimato y expresar un discurso que no sea ni el del jefe ni el de la institución (y entre éstas están, por ejemplo, los partidos); que sea un discurso creador.

Cada una de esas instituciones o esferas de acción desempeñan un papel creador en la política y no son mero reflejo de la llamada "realidad social", de una base económica o de los intereses de las clases sociales.

En el caso de la posición asumida por los partidos políticos, por ejemplo, lo que está en juego, en muchos casos, es su destreza para

la conservación u ocupación del poder. Esta estrategia puede ser utilizada para objetivos o intereses sociales, para objetivos o intereses de clase, los cuales no tienen sentido si no pueden ser utilizados, aunque únicamente en el plano ideológico, para mantener o aumentar el poder partidario. Con vista a este último resultado, se admite hasta que "a la mitad del camino" se realice lo contrario del objetivo social anhelado. Así, se puede explicar que el partido que más defendía, en el primer semestre de 1945, la movilización popular por la democracia y se pronunciaba en un primer momento contra el golpismo y el elitismo político, la Unión Democrática Nacional, en el momento en que aprecia que el proceso democrático está siendo conducido por el propio dictador y que la movilización popular se hace en torno de éste, decide preparar, con los militares, el golpe de Estado de octubre de 1945.

Las alianzas políticas se encuadran dentro de esta perspectiva de estrategia partidaria. La alianza entre el Partido Comunista y Vargas, en 1945, interesaba a los comunistas, pues era una de las piezas esenciales para la propia sobrevivencia del partido y para su reconocimiento legal. A Vargas le importaba aumentar el apoyo popular, para lo cual los comunistas habían contribuido con su participación en la campaña "queremista" (que usaba el slogan "Queremos a Vargas") del segundo semestre de 1945.

De la misma manera como los partidos políticos tienen una función creadora y no son mera expresión de lo social, se puede decir también que la propia Asamblea Nacional Constituyente es más que la consecuencia inevitable de la evolución de la coyuntura y más que la expresión de determinadas condiciones estructurales. Es decir, que los resultados a que llegan sus trabajos tienen una fuerza creativa y no son únicamente reflejos perfectamente comprensibles de una estructura dada.

Las mismas observaciones son válidas para la actividad de los sindicatos, de las comisiones de fábrica, de la prensa, de la Barra de Abogados de Brasil, de los intelectuales, de los estudiantes, de la Iglesia. Esas asociaciones o esferas institucionales, a través de las cuales se ejerce el poder, aunque se digan intérpretes de las clases sociales y tengan ligazones con ellas, no las "representan": están por encima de ellas y son, en alguna medida, inmunes a ellas, presentándose, en muchos casos, como sus protectoras o salvadoras. Estas instituciones, que actúan en un contexto social e ideológico, desempeñan un papel creador en esas mismas configuraciones. Esto no

quiere decir, por otra parte, que la historia o la norma social sean creaciones de esas esferas o instituciones. Tampoco significa desconocer la sociedad, en sus aspectos materiales; denota rescatar el aspecto creador de un sujeto, no dejar la acción presa a una fatalidad siempre evidente solo *a posteriori*.

Después de estos comentarios sobre el papel de la estructura social, de las instituciones y de los individuos en la política, cabría analizar el sentido político de Getulio Vargas.

En realidad, no se puede entender a Vargas disociado de un contexto social e histórico, aislado de las instituciones que le precedieron y de las que creó, separado de una política que podría ciertamente haber sido conducida en forma diferente si otro hubiera sido el gobernante. Vargas no es el motor de la historia, por ello va a someterse a los cambios que se verifican en el ámbito social (los industriales, por ejemplo, comienzan a quedar insatisfechos con la dictadura). También tendrá que actuar a partir de y en reacción a determinadas condiciones políticas internacionales que, aunadas a un nacionalismo económico que consideraba indispensable la instalación de la industria siderúrgica, llevan al país a entrar en la guerra al lado de los Aliados. El dictador ve cómo se transforman contra su voluntad las condiciones políticas internas que le retiraron paulatinamente sus bases de poder.

El dictador no era mero producto de la historia, porque no se puede decir que toda la política del Estado Novo fue inevitable. Un ejemplo de ello corresponde a la legislación laborista. En 1937 existían en el país presiones de izquierda, pero se trataba de presiones elitistas que podrían ser extirpadas también de manera elitista. El movimiento trabalhista, después del golpe de 1937, estaba perfectamente bajo control, y la legislación laborista que Vargas presentaba como una de sus grandes obras sociales era una forma de imponer, a través de la tutela sobre los sindicatos, las reglas del juego para la integración de los obreros y de las masas urbanas, aunque la presencia de las masas no se hiciese sentir políticamente. En esas condiciones, no era inevitable que fuese hecha la reforma trabalhista durante el Estado Novo, aunque el régimen dictatorial consideraría importante disminuir los medios relativos al control del Estado sobre los trabajadores.

Además, las formas que el dictador va a utilizar para enfrentar los cambios en las condiciones políticas, no puede decirse que son inevitables como tampoco que carecen de importancia. Un ejemplo es su

iniciativa de fundar dos partidos políticos con los cuales tenía la intención de continuar gobernando el país: el Partido Social Demócrata, al cual se afiliaría la nueva oligarquía política creada por la dictadura (ahí están, por ejemplo, figuras de la importancia de Benedito Valladares y Agamenón Magalhaes, nombrados interventores durante el Estado Novo en Minas Gerais y Pernambuco, respectivamente), y el Partido Trabalhista Brasileño, que estaría integrado, entre otros, por los funcionarios del Ministerio del Trabajo que colaboraban en la elaboración de la imagen paternalista de un Vargas “padre de los pobres”. Otro ejemplo es el del segundo semestre de 1945 cuando, aislado en la composición elitista, Vargas resuelve encarnar una nueva imagen política, firmando la alianza con el PC y acercándose a las masas movilizadas.

En suma, no hay manera de dejar de reconocer los aspectos propiamente políticos que están en juego en la definición del orden democrático. Cabría ahora indagar sobre lo que pasa en el terreno ideológico.

Comencemos por señalar que no se puede decir que el orden establecido en 1946 fue tan autoritario como el del período de la dictadura; aceptarlo sería desconocer la importancia de la libertad de manifestación, del derecho de reunión, del *habeas corpus*, entre otras libertades. Pero la disciplina que se establece en 1946, es ambigua en relación a cuestiones importantes para el funcionamiento de la democracia, como las de la libertad de organización partidaria, el derecho de huelga o la autonomía sindical. Una razón viene luego a la mente: entre los constituyentes, muchos habían tomado la defensa de estas libertades, pero fueron vencidos por la mayoría del Partido Social Demócrata.

De manera más profunda, sin embargo, podríamos decir que hay razones ideológicas en el origen de esa hegemonía del PSD, que unían parlamentarios de diferentes matices en la tácita aceptación del establecimiento de un nuevo orden excluyente (o sea, que eliminaba a algunos sectores de participar en la elaboración de la norma social).

Sobre los elementos políticos e ideológicos que contribuyeron a la situación privilegiada de PSD, es importante señalar, por ejemplo, que la imagen social que predominaba en relación a la figura del gobernante, ciertamente tenía que ver con este PSD victorioso, con la elección de Dutra y con la gran concentración de poder que éste usufructuaba. Fue la “imagen” política de Vargas, entre otros ele-

mentos, lo que posibilitó su alianza con el PC, y la movilización popular en torno a su nombre, en detrimento de la Unión Democrática Nacional. Vargas, neutralizando el mismo ideario antidictatorial de la UDN, encarnó una imagen polarizadora que conseguía unir en el gobierno los “protectores” de los trabajadores (Partido Trabalhista Brasileiro) y los defensores del poder político del Estado Novo. Manteniéndose fiel al Partido Social Demócrata que fundara y dando su apoyo, aunque en el último momento, a la candidatura de su antiguo ministro de Guerra, Enrico Gaspar Dutra, Vargas contribuía decisivamente a la victoria de éste y del PSD. Finalmente, Dutra era considerado, en los momentos críticos de la realización de huelgas, de desórdenes públicos, de prisiones arbitrarias, por todas las corrientes políticas en 1946, como aquel que conseguiría salvar la nación del desastre inminente. La cuestión política y la cuestión ideológica están, por tanto, ligadas: la imagen de Vargas fue importante para la elección de Dutra, y el poder de Dutra era reforzado por la idea de la necesidad de un Ejecutivo fuerte.

Si de hecho, por un lado, diferentes factores de orden político e ideológico habían permitido al PSD tener el control de un Ejecutivo con poderes casi dictatoriales y con un peso determinante en la Asamblea Constituyente, no se puede, sin embargo, responsabilizar únicamente al PSD por los resultados a que se llegó. Había una creencia común de gran importancia para la configuración política de 1946 que recorría todos los partidos.

En esa convicción general, uno de los aspectos es el ya mencionado aprecio desmesurado a la figura del jefe y a su poder político. Hasta el proyecto democrático, que partía de la idea de una soberanía del pueblo, se imaginaba paradójicamente que estuviera en manos de un gobernante soberano. Existe la imagen de una sociedad que es doble y que está sujeta al complot. Pero no se trata de la imagen de una conjuración que opera de abajo hacia arriba, como ocurría en las revoluciones liberales (en la Revolución Francesa, por ejemplo); desde el punto de vista de los constituyentes, no es el pueblo quien embiste contra un poder opresor. La idea es la de un pueblo amenazado por los “agitadores”; la representación de un pueblo que, lejos de acometer contra el poder constituido, necesita de su protección para defenderse de los enemigos. El patrón ideológico que se define es, por un lado, “liberal autoritario” y, por otro, conservador; “liberal autoritario” en el sentido de que un liberalismo que no aparece como una posibilidad de escape a la opresión del po-

der, sino como un proyecto de construcción de la democracia, que tendrá que utilizar como instrumento el propio poder establecido; "conservador" en el sentido contrario al de desear librarse de la opresión del poder, pues procura eliminar las amenazas al poder económico o político establecido; "autoritario" y "conservador" en el sentido de un liberalismo que surge como una ideología que transfiere su realización para el futuro, momento de una ruptura en el tiempo que será realizada, por el poder entonces establecido.

A partir de esta visión de una sociedad escindida, se desenvuelve en cada discurso una imagen de los otros que representa, o la amenaza presente, el enemigo con capacidad de destrucción, o la esperanza futura, un otro que aparece como modelo salvador o redentor.

La democracia, a su vez, no consigue esbozarse en el presente fuera de una contingencia. O es vista como una táctica para la construcción de un futuro identificado con una felicidad de riqueza y de igualdad (el desarrollo, el socialismo) o es vista como algo amenazado, sujeto a la emboscada del enemigo. En este último caso, su defensa fácilmente se confunde con la de la propiedad privada y de las alianzas internacionales.

En un país con grandes desigualdades sociales, en el que las mayorías son pobres, la idea democrática no consigue establecerse disociada de reivindicaciones sociales, de un deseo de reformas por parte de esas mayorías. La democracia es, por tanto, la idea más contraria a la conservación del *statu quo*. Es por eso que para quien controla el poder de manera elitista, la democracia es, en sí, una amenaza. Es mejor, por tanto, para éstos, recuperar la retórica democrática a través de una idea de defensa de la democracia que implica represión y exclusión, y que nada significa sino la propia negación de la democracia.

La construcción democrática, al contrario de que surgiera a partir de una multiplicidad de esferas dentro de la sociedad, emerge entre grupos minoritarios que, en la disputa del poder estatal, confunden democratización con privatización y estatización con socialización, desconociendo que lo público o lo social no tienen necesariamente que ser controlados a partir de arriba, de la esfera del Estado, que el cercenamiento de las libertades, de iniciativa y de organización de grupos de individuos, puede ocurrir en instancias tanto privadas cuanto estatales inmunes, en este caso, a los controles públicos y democráticos.

En 1946, en el meollo de la cuestión de la democracia estaba claramente el problema de los trabajadores. Estos se organizaban y

reivindicaban, procurando participar en la elaboración de la norma social, pero había dueños de la norma, que los excluían de la participación. En la Constituyente, incluso cuando las posiciones eran favorables a los trabajadores, no era la idea de un poder permeable a la sociedad la que estaba presente. Era, para unos, la idea de un poder que, para ser mantenido, necesitaba ilusionar con concesiones a los trabajadores, como única manera de apartar la amenaza comunista. Era, para otros, la idea de que conceder mayor fuerza a la clase obrera vinculada al partido, era reforzar las bases revolucionarias de un partido con aspiración al poder futuro. La mistificación, en este último caso, iba al punto de imaginarse que la explotación de una masa trabajadora en las industrias desaparecería automáticamente, al instalarse en el poder una burocracia que se autonombraía clase proletaria en el poder.

Traducción: Felicitas López Portillo T.

ÍNDICE

Prólogo	5
El Brasil como meta histórica de la Alemania nazi, <i>Mario Contreras</i>	9
Autoritarismo y liberalización: el discurso político en el Brasil, <i>José Eduardo Faria</i>	21
Elecciones y apertura política en el Brasil: el impacto del voto urbano, 1970-1978, <i>Bolívar Lamounier</i> ..	73
Los intelectuales y el poder en el Brasil (1922-1981), <i>Carlos Guilherme Mota</i>	111
La nación latinoamericana, <i>Darcy Ribeiro</i>	129
Interpretación del Brasil: una experiencia histórica de desarrollo, <i>Paul Singer</i>	159
La política, la ideología y el sujeto en la construcción democrática: el proceso de democratización de 1946 en Brasil, <i>João Almino</i>	195

Perfil del Brasil contemporáneo, editado por la Dirección General de Publicaciones, se terminó de imprimir en Hemes Impresores el 3 de julio de 1987. Su composición se hizo en tipo Baskerville de 11:12 y 8:10 puntos. La edición consta de 1300 ejemplares.

Este libro reúne seis ensayos sobre diversos problemas del Brasil contemporáneo. Sus autores pertenecen al más alto nivel de la investigación académica en México y Brasil y todos ellos tienen reconocido prestigio.

La edición del presente volumen resulta de gran actualidad porque en él se abordan cuestiones sobre la democracia, el militarismo, el papel de los intelectuales en relación al poder y problemas económicos y políticos de importancia actual. La mayoría de los temas tratados se relacionan con el inminente cambio político en Brasil, ya que analizan, precisamente, la encrucijada en la vida política y sus posibles derivaciones. Esto permite conocer el trasfondo de los problemas que vive actualmente el Brasil, con lo cual se logra una mayor comprensión de su historia contemporánea.